

LA MONEDA EN EL AIRE

Conversaciones sobre la Argentina y su historia de futuros imprevisibles



Índice

Pablo Gerchunoff
Roy Hora

LA MONEDA EN EL AIRE

Conversaciones sobre la Argentina y su historia de futuros imprevisibles



Gerchunoff, Pablo
La moneda en el aire / Pablo Gerchunoff, Roy Hora.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2021.

Libro digital, EPUB.- (Singular)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-003-8

1. Historia Política Argentina. 2. Historia Económica Argentina. 3. Historia Argentina. I. Gerchunoff, Pablo II. Título

CDD 320.982

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de portada: Ana Zelada & Rompo

Fotos de interior: Las imágenes del Archivo General de la Nación (AGN) provienen del Departamento Documentos Fotográficos, Fondo: Acervo Gráfico Audiovisual y Sonoro, Serie Repositorio Gráfico

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: junio de 2021

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-003-8

A Tania, Emi y Vicky
PG

A Martín y Manuel
RH



Prólogo

Roy Hora

Este libro es fruto de una larga conversación con Pablo Gerchunoff sobre el pasado y el presente de la Argentina. Pablo no requiere presentación. Es uno de los historiadores más reconocidos de nuestro país y, desde mi punto de vista, uno de los más originales y talentosos. En la historia económica argentina, su campo de especialización, el último cuarto de siglo ha sido suyo. En este período publicó libros fundamentales como *El ciclo de la ilusión y el desencanto, Desorden y progreso* y *El eslabón perdido*. También dio a conocer ensayos más sintéticos, pero igualmente iluminadores, como *Entre la equidad y el crecimiento* y *¿Por qué la Argentina no fue Australia?* Compuestos con elegancia y talento narrativo, tan sensibles al gran panorama como atentos al detalle revelador, quien lea estos ejemplos del poder analítico de la historia económica no solo tendrá la oportunidad de sofisticar su visión del pasado, sino que podrá desmentir a los que afirman que esta disciplina es, por definición, árida y poco estimulante. En manos de autores como Pablo, la historia económica sigue viva.

Antes de volcarse al estudio de la historia, Pablo recorrió otros senderos. Formado como economista y economista de profesión durante un tramo de su vida, también pasó por la función pública. Integró la plana mayor del Ministerio de Economía en dos momentos particularmente complejos: acompañó a Juan V. Sourrouille en la segunda parte del gobierno de Alfonsín, y a José Luis Machinea en el comienzo de la presidencia de Fernando de la Rúa. Más atrás en el tiempo, en su primera juventud, allá por la década del sesenta, incursionó en el periodismo gráfico. Su lugar en ese mundo fue la revista semanal, género estrella de esos años. Su último libro, el provocativo *La caída,* evoca esa estación de su biografía a través de una entrevista imaginaria, pero con sólidos fundamentos documentales, del novel periodista que era Pablo en 1968 con el Perón del exilio en Puerta de Hierro. Quien esté interesado en la discusión contemporánea sobre la naturaleza y los desafíos de la narrativa histórica tiene allí una referencia ineludible.

Periodismo, economía, política económica, historia: todas estas experiencias lo han ayudado a forjar una manera muy singular, además de

muy apreciada, de mirar la Argentina. Ya sea bajo la forma de libros o de artículos académicos, de entrevistas en los medios o de los agudos y con frecuencia irónicos comentarios que publica en su cuenta de Twitter, el interés que las intervenciones de Pablo suscitan en tribus muy distintas –economistas, historiadores, cientistas sociales, políticos, periodistas– es un buen indicador de la relevancia y el atractivo de lo que tiene para decir.

Pero además de todo esto –y, algunos dirían, por sobre todo eso– Pablo Gerchunoff es un gran conversador. Profesor destacado, conferencista de relieve, todo aquel que lo haya escuchado disertar puede dar testimonio de su gusto por la palabra y sus destrezas retóricas. Pero un practicante de la conversación es algo más que un orador capaz de presentar sus argumentos de manera clara y elocuente. El diálogo supone el intercambio, y a Pablo también le agrada escuchar otras voces (no es casual que muchos de sus trabajos, comenzando por el ya clásico *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, escrito junto con Lucas Llach, hayan sido elaborados en colaboración, a cuatro y hasta a seis manos). La conversación, para ser tal, requiere considerar al interlocutor no como un sujeto al que ilustrar, seducir o doblegar sino, ante todo, como un individuo cuyos juicios merecen respeto y consideración. El punto de partida de este poderoso antídoto contra el narcisismo es el reconocimiento del valor de la palabra y de las verdades ajenas. El diálogo solamente florece cuando sus protagonistas admiten la legitimidad de las ideas de aquellos que ven las cosas desde otro ángulo y, además, están dispuestos a aprender de esa experiencia. De allí que nadie emerge de una auténtica conversación con el mismo bagaje con el que ingresó. El diálogo es un juego plural, y Pablo es un conversador consecuente. Le gusta hablar, pero también le agrada y sabe escuchar.

Enfatizo estos aspectos de su personalidad para explicar por qué cuando Carlos Díaz y Caty Galdeano, los editores de Siglo XXI, me propusieron este proyecto, acepté de inmediato. Un poco más de dos décadas nos separan, y nunca habíamos trabajado juntos. Además, pese a que escribí algunos ensayos en las fronteras de la historia económica, esta disciplina no es mi principal área de competencia profesional. Pero me dije: ¿quién mejor que Pablo Gerchunoff, que concibe la historia económica como una disciplina que debe dialogar con otras formas de estudiar la sociedad, para encarar un diálogo público sobre un conjunto de temas que, de una u otra manera, nos interesan y nos inquietan a ambos? ¿Quién mejor que el autor de *El eslabón perdido* –que, como descubrirá el lector de estas páginas, se siente cómodo cuando lo describen como el Almodóvar de la historia económica, esto es, como un autor dispuesto a elogiar a los bellos pero también a vindicar a los feos– para recordarnos que debemos encarar el estudio del pasado animados por la convicción de que la historia importa pero que, al igual que en la conversación, comprender siempre es más importante que juzgar? ¿Y quién

mejor que Pablo para insistir en la importancia de mirar los problemas de la economía argentina contemporánea desde una perspectiva atenta al complejo legado del pasado y, a la vez, consciente de que el presente, moldeado por determinaciones tanto como por azares, no es una mera proyección de ese pasado? Más aún: contra todas las formas de la pereza intelectual que se escudan detrás del pesimismo o el determinismo, y que se regodean con ideas como las de paraíso perdido o pasado dorado, rumbo equivocado o (más frecuentemente) declinación o fracaso, ¿quién mejor que Pablo para mostrarnos que la trayectoria histórica argentina está hecha tanto de logros como de frustraciones, de luces y de sombras, de oportunidades aprovechadas y otras perdidas, y que, como en toda historia abierta y de resultado incierto, en más de una ocasión la moneda estuvo –y sigue estando– en el aire? Y entonces puse manos a la obra.

Pensé la arquitectura de este libro a partir de tres ejes. El diálogo luego le dio forma a mi hoja de ruta. El primer eje se despliega en torno a la biografía de Pablo. Sobre el telón de fondo de las transformaciones de la izquierda y de los avatares del debate político nacional, explora la travesía que va desde su infancia en un hogar comunista hasta su adhesión al alfonsinismo. El segundo se enfoca en su paso por el gobierno, en los tiempos de vértigo económico de las administraciones de Alfonsín y De la Rúa. Sus protagonistas son los personajes del universo que gira en torno a la formulación de política económica, de Juan Sourrouille a Domingo Cavallo. El tercero, el más extenso, es un recorrido por la historia económica argentina desde el siglo XIX hasta nuestros días. En este diálogo, la historia económica es concebida en toda la amplitud que debe atribuirse a los estudios encuadrados en esta disciplina. Ideas y actores, cultura política y estructuras sociales, recursos naturales y estructuras productivas, regímenes políticos y hasta fortuna y destino: todas estas dimensiones tienen un lugar en el análisis del singular, y desde hace ya varias décadas frustrante, camino recorrido por nuestro país.

El material de base con que compusimos el libro surgió de los encuentros que, grabador y café de por medio, mantuvimos a lo largo de los últimos dos años. Luego, con las desgrabaciones en la mano, encaramos la segunda etapa del diálogo: eliminamos repeticiones, precisamos argumentos, agregamos pasajes que amplían o aclaran los temas y problemas que fuimos analizando a lo largo de la conversación. Este segundo momento del intercambio, sostenido ya no por el grabador sino por el teléfono, email y WhatsApp, fue para mí tan estimulante como el primero. Con un texto más pulido y más coherente, cerramos el trabajo a comienzos de abril de 2021, ya entrado el segundo año de la presidencia de Alberto Fernández.

Hacer este libro amplió mis horizontes. Disfruté la conversación y todo lo que la rodeó. Terminé conociendo, apreciando y respetando más a mi

interlocutor. El diálogo me ayudó a reflexionar sobre la historia y los problemas de nuestro país. Creo que hoy entiendo a la Argentina algo mejor que cuando comenzamos la charla. Para decirlo de manera directa y sencilla: el intercambio me enriqueció. Confío en que a Pablo también. Me gusta pensar que a los lectores, a los que invito a sumarse a la conversación, pueda sucederles lo mismo.

Buenos Aires, abril de 2021

1. Entre el comunismo y el peronismo

“Un día era un rupturista del Partido Comunista; otro día, o el mismo día, era un rupturista del peronismo. Un día estaba con Portantiero; otro día, con mis compañeros de generación. Yo llamaría a esto ‘la flexibilidad’ de los años sesenta. Sorprendentemente, no lo veía como un problema ni me daba vergüenza. Recuerdo todo eso como una calesita vertiginosa. Todo duraba poco”.

Roy Hora: Te propongo que iniciemos esta conversación reconstruyendo el ambiente en el que te criaste. Podemos comenzar trazando brevemente la historia de tu familia de origen, atendiendo en particular a su mundo de experiencias e ideas políticas. Si uno mira en esta dirección, el nombre Gerchunoff rápidamente invita a la asociación con la era de la gran inmigración, y en particular con el proyecto de integración de la comunidad judía, o de parte de la comunidad judía, a la vida nacional. Alberto Gerchunoff, el autor de *Los gauchos judíos*, aparecido en el año del Centenario, y un personaje de relieve en la cultura argentina de su tiempo, simboliza como pocos el alcance que, a fines del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, tuvo esa voluntad de incorporación al país liberal.

Pablo Gerchunoff: Alberto Gerchunoff era primo de mi abuelo. Hay que recordar que, si yo me llamo Gerchunoff, no puedo ser descendiente de Alberto porque él solo tuvo hijas mujeres. Hay otras ramas de la familia que descienden más directamente de Alberto y no se llaman Gerchunoff, sino Kantor y Payró. Cómo son los recuerdos infantiles, ¿no? Uno no sabe bien si le contaron algo o lo vivió cuando era muy chico… Alberto murió en 1950, cuando yo tenía unos 6 años. Creo recordar que alguna vez estuvo en mi casa de Ramos Mejía. En todo caso, lo que está claro es que la historia de mi familia, la visión y las vivencias de mi familia son del tipo de las del primer Alberto, el Alberto integrador, con vocación de integración del judío a la Argentina. Más tarde, sabemos, se volvió menos optimista sobre el rumbo del país.

RH: ¿Ustedes, los Gerchunoff, se veían como judíos? Pienso en otras historias familiares, como la que narró Tulio Halperin Donghi en *Son memorias*, en 2008, donde recuerda que sus orígenes judíos estaban silenciados, o puestos en un plano muy secundario. Primaba la idea de que debían integrarse y se estaban integrando –vía su ingreso a la República de las Letras, o a los círculos de la política reformista, o de

izquierda, o por otros caminos– a la sociedad argentina. Para comenzar, tu nombre de pila no evoca esa cultura: es un nombre, y uno de los más importantes, del santoral católico.

PG: No sé si alguna vez decíamos que éramos judíos. A ver: todo judío dice que lo es, porque hay un problema de identidad que hay que resolver rápidamente para saber quién es el otro, pero yo no recuerdo nunca haber ido a una sinagoga en mi niñez, ni en mi adolescencia, ni nunca en realidad, salvo para el casamiento de algún amigo cuando ya era mayor. Entonces, lo que identificaba a mi familia –a mis padres y a mi familia extendida también, me refiero a algunos tíos, como Salomón Gerchunoff en Córdoba, por ejemplo, una persona muy importante dentro del Partido Comunista– era más bien el hecho de ser una familia de izquierda y, básicamente, una familia comunista. Si éramos judíos, era en una dimensión cultural. Nunca fuimos sionistas. Creo que algo parecido decía Tulio.

RH: La presencia de la cultura comunista era la marca identitaria más importante en tu familia. Signó también la vida de tus padres.

PG: Mi padre, Julio, era sin duda un hombre del Partido Comunista, y mi madre, Ana Albertina Mactas, era una mujer del Partido Comunista, pero del Partido Comunista de la República Argentina, que era el primer nombre que tuvo el partido liderado por José Penelón, un importante dirigente de los años fundacionales del comunismo, que desde fines de la década de 1920 perdió frente a Rodolfo Ghioldi y desde entonces se mantuvo en una posición de disidencia respecto del comunismo oficial. En 1951 Penelón sacó 1200 votos como candidato a presidente, y esa debe haber sido una experiencia desalentadora para mi madre, que era una militante importante, hablaba en los actos y esas cosas. Desde entonces, con la desilusión política, creció su interés en cuestiones de literatura, aunque siempre vinculada a una literatura de izquierda.

RH: Encarnaba la figura de la mujer militante, de la mujer de cultura que alza su voz en la vida pública. ¿Y qué tipo de comunista era tu padre?

PG: Él sí era un hombre del Partido Comunista, dedicado sobre todo a tareas organizativas, como la recolección de fondos. Era entusiasta –mejor dicho, al comienzo era entusiasta–, aunque ese entusiasmo, creo, no dejó grandes huellas en mi vida. Por otra parte, la convivencia matrimonial de mis padres

no sufrió, que yo recuerde, por la lealtad a distintas facciones. La militancia de mi madre se fue desvaneciendo con las derrotas algo humillantes de Penelón, y ello la fue acercando al Partido Comunista, sin mucha fogosidad. Así fue la casa de mi niñez.

RH: Una casa dominada por la cultura de izquierda en esas décadas en las que existía una cultura de izquierda vibrante y poderosa, y en la que las palabras “izquierda” y “cultura” tenían una relación estrecha e intensa.

PG: Sí, en mi primera casa en Ramos Mejía, el signo de que éramos comunistas era un retrato de Máximo Gorki en la pared de mi habitación, y después, por influjo de mi madre, uno de Charles Dickens y sus personajes, y otro de Jack London. Es decir, la gran tradición de la literatura de izquierda de esos años. No un recorte exclusivo del “Partido Comunista”, sino una tradición más amplia, pero de izquierda revolucionaria. En este marco, un episodio que me hizo ver que éramos una familia comunista fue la muerte de Stalin, en marzo de 1953.

RH: Hablemos de esa anécdota que te reveló que tu familia pertenecía a una cofradía situada al margen del mundo habitado por el común de los mortales. El fallecimiento del líder que, tras la muerte de Lenin, tomó la antorcha y señaló el camino. El gran constructor del Estado soviético.

PG: Yo tenía 8 años. Ni sé si me había enterado de la muerte de Stalin… Sé que ya era de noche, y en marzo, en un lugar del hemisferio sur como Buenos Aires, eso quiere decir bastante tarde. Recuerdo que mis padres nos dijeron a mí y a mi hermana Vera, que era una bebita prácticamente –si yo tenía 8 años ella tenía 2–, que teníamos que salir. Cruzamos hacia el lado derecho de la vía de Ramos, y nos dirigimos hacia un lugar al que no íbamos nunca, donde vivía la gente poco confiable, como decíamos los chicos cuando jugábamos a la pelota. Tocamos el timbre en una casa modesta. Nos invitaron a pasar y entramos a un living muy pequeño, iluminado por una luz mortecina, y sobre una silla forrada de pana verde, brillosa, estaba apoyado un retrato de Stalin. Yo lo miraba a mi padre y él me apretaba la mano como diciendo que había que guardar silencio. Habremos estado unos cinco minutos; mi hermana lloraba un poco. Era el homenaje al gran líder que acababa de morir. Muchos años después nos enteramos de que la muerte de Stalin tuvo ribetes escandalosos, pero en ese

momento nada de eso contaba. Te cuento esta anécdota porque revela que la presencia del comunismo en mi casa no afectaba mucho nuestra vida cotidiana. Ese breve instante de marzo de 1953 es el momento propiamente comunista de mi familia, al menos tal como yo lo viví.

RH: ¿Tus padres fueron los primeros comunistas de la familia, o la identificación con la izquierda venía de antes?

PG: Ellos eran comunistas de primera generación. Y como a veces ocurre en algunas familias, la madre de mi padre se volvió comunista porque su hijo se hizo comunista. Mi abuela, que era maravillosa, una campesina ruso-entrerriana, judío-entrerriana, dijo poco antes de morirse que el Sputnik era la prueba irrefutable de la superioridad del comunismo. Eso lo decía mucha gente, pero ella estaba totalmente convencida.

RH: Era un argumento poderoso en esos años de la Guerra Fría. A las nuevas generaciones tal vez les cueste imaginarlo, pero por entonces algunos pensaban que la Unión Soviética era la dueña del futuro. Y el nombre Sputnik, claro, todavía no evocaba la vacuna contra el covid-19 sino la victoria en el exigente terreno de la carrera espacial, que mostraba que el comunismo era una forma superior de organización social. La sociedad burguesa y capitalista era el pasado…

PG: Totalmente. “Dios no existe, el Sputnik sí”. Eso decía mi abuela paterna. No recuerdo militancia política en mis abuelos maternos. Mi abuela materna era casi ciega, pero con un paladar literario exquisito. Con mis primos nos turnábamos para leerle *El Quijote*.

RH: En una familia en la que una figura como Alberto Gerchunoff debía pesar bastante, el acercamiento al comunismo no era un camino obvio y tampoco el más esperable. Te pregunto, entonces, de qué manera tus padres se acercaron al comunismo. ¿Fue en la universidad?

PG: Mi padre no fue a la universidad. Venía de Villa Domínguez, en Entre Ríos, y había terminado la secundaria en Rosario. Su acercamiento al comunismo se produjo en la escuela secundaria y en el trabajo. Después, ya instalado en Buenos Aires, montó una pequeña empresita cerca de la cancha de Huracán: eran él, un socio y un obrero. En mi recuerdo, el obrero revolvía un tacho del que salía un olor muy feo. Era una empresa de tinturas industriales que desapareció hacia 1967, cuando Adalbert Krieger Vasena

era ministro. ¿Qué tiene que ver eso con el eficientismo de Krieger Vasena? No lo sé, pero en ese momento desapareció la empresa. Fue el comienzo de una tragedia económica.

RH: Todo indica que, más tarde o más temprano, un tallercito así iba a tener dificultades para acompañar la modernización del sector industrial en un rubro como el de la química. Es casi un milagro que llegara tan lejos.

PG: Desde luego, y quebró en ese momento. Y en un tipo de gesto que parece que ha desaparecido de la Argentina, mi padre –el socio, más astuto, ya se había esfumado– se abrazó con el obrero y le dijo: "No va más". Y cada uno se fue para su lado, sin conflicto, sin juicio laboral. Fue un golpe muy duro para mi padre. El preludio de un golpe más duro aún: la muerte de mi madre en 1968. Fue un lindo hombre mi padre. Muy querible, bailarín eximio de tango, jinete extraordinario, el rasgo más nítido de su origen entrerriano.

RH: Entre Ríos, la tierra de los jinetes... Contame de tu madre, la seguidora de Penelón y los comunistas disidentes.

PG: Era una persona distinta, que quiso estudiar y estudió. ¿Qué quiere decir esto? Primero estudió Farmacia, y por un tiempo fue farmacéutica en Ramos Mejía. Pero en algún momento se dio cuenta de que era Letras, y no Farmacia, lo que ella quería hacer. Poco antes de morir muy joven, a los 51 años, estudió Literatura. Llegó algo tarde al ambiente universitario de Filosofía y Letras, que era lo que en verdad le gustaba. Pero en ese camino reunió una fantástica biblioteca de literatura inglesa. Esa biblioteca, algo diezmada, la conserva ahora mi hermana Vera. Creo que ahí forjó mi madre ese gusto por la mezcla del mundo ruso y el realismo socialista, y Dickens y Jack London. Todo esto sucedía en los años de la segunda presidencia de Perón, entre 1953 y 1955.

RH: ¿Tenés recuerdos de la vida pública en esos años peronistas? ¿Cuánto pesaba en tu visión infantil el hecho de que tu familia fuese comunista?

PG: Tengo un recuerdo, intenso como una llamarada. Estaba jugando en la casa de mi amigo Marcelo Montes, que vivía enfrente de casa. Los Montes se daban el lujo de tener un televisor en 1954 o 1955. Y escuché: "Por cada

uno de nosotros caerán cinco de ellos". Y entonces, por primera vez en mi vida, percibí que mis padres estaban en una zona de riesgo. Riesgo para la época, ¿no?, pues resultó que muchos muertos antiperonistas con Perón no hubo, si es que hubo alguno. Pero volví corriendo a casa, asustado, y les dije a mis padres: "Los van a matar, los van a matar". Ahí fui un militante comunista durante un segundo. Todo lo demás, toda la historia de mi casa y el comunismo, es una historia de mis padres, que yo viví con la naturalidad de un hijo que respira el clima de la casa pero sin que permeara mucho en mí. Creo que en ningún momento me volví comunista, salvo en lo que te voy a contar ahora, vinculado a Juan Carlos Portantiero.

RH: Ya que mencionás a Portantiero: lo recordaste en un texto de homenaje aparecido en la revista *Punto de Vista* en 2007, "Memoria afectiva y biografía intelectual", como un visitante asiduo a la casa familiar. Allí señalabas que Portantiero fue una figura muy importante en tu despertar político.

PG: Así es. Esa relación comenzó cuando todavía vivíamos en Ramos Mejía, hacia 1958 o 1959. Mi primer contacto fue cuando Juan Carlos, un jovencito que ya era el delfín de Héctor Agosti en el Partido Comunista, vino a dar una charla a Ramos Mejía –eso conectaba con los intereses de mi madre; acordate que el primer libro de Juan Carlos es *Realismo y realidad en la narrativa argentina, de 1961*–. Yo, que entonces debía tener 14 o 15 años, no fui, pero sí fueron mis padres. Cuando terminó la charla, lo invitaron a Juan Carlos a casa. Portantiero tenía exactamente diez años más que yo. Ahí empezó una relación que se amplió durante mis años como estudiante secundario en el Nacional de Buenos Aires.

RH: Situemos entonces el relato en El Colegio –así, con mayúscula, como suelen llamarlo pomposamente muchos de sus graduados– de esos años, los de la presidencia de Arturo Frondizi.

PG: Yo elegí el turno tarde porque, a pesar de haber sacado una buena nota en el examen de ingreso, vivía tan lejos que preferí evitar el madrugón. Fui compañero de curso y amigo de Enrique Tandeter, el gran historiador colonialista. Hacia fines de 1959 o principios de 1960 mi familia se mudó a Defensa 251, a la vuelta del colegio. De allí en adelante, mi presencia en el Buenos Aires se hizo más intensa. Empecé a militar dentro de la corriente reformista, la de izquierda, que era claramente minoritaria frente a los humanistas. El rector, Florentino Sanguinetti, había autorizado la

realización de elecciones en el claustro estudiantil. En nuestro curso, el que compartíamos Enrique y yo, se imponía el reformismo. Había algo así como un parlamento y yo era jefe del bloque reformista. Ahí empecé una vida de militante estudiantil, llena de grandes ideas y ambiciones desmedidas, que a la distancia veo muy marcada por esa institución peculiar: todo chico del Buenos Aires cree que ser militante estudiantil en ese colegio es lo mismo que ser Premio Nobel, ¿no? Fue en este marco que la presencia de Portantiero, y otras figuras que lo rodeaban, adquirió regularidad e intensidad.

RH: Para entonces, con 25 o 26 años, y cuando estaba por publicarse el libro que recién mencionabas, *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, Portantiero ya era una estrella que brillaba con luz propia en el firmamento del comunismo porteño. ¿Qué recordás de ese ambiente?

PG: En mi pequeño mundo, el Negro Portantiero era una estrella, pero había otras, que también frecuentaban mi casa de la calle Defensa. Entre ellos, el poeta Juan Gelman, de quien tengo libros dedicados a mi familia, también a mí, a mi hermana Vera, a la que Juan quería especialmente. Venían también escritores como Andrés Rivera, Roberto Hosne, y el dramaturgo Tito Cossa. No recuerdo cómo se llama la primera obra de Roberto Cossa, pero me acuerdo de verlo ensayándola, haciendo la gestualidad, en el living de mi casa. Ese era un mundo “Mariquita Sánchez de Thompson”, digamos, porque el liderazgo era de mi madre. Mi padre era un ser encantador e inteligente, al que todo el mundo quería muchísimo, pero no tenía el refinamiento intelectual de mi madre.

RH: Esa sociabilidad ya no era la de un estrecho círculo de activistas comunistas.

PG: Eso no fue para mí una continuidad de la experiencia comunista de mi primera infancia. Además, yo era más grande y todo era más excitante. Por otra parte, poco después de que Juan Carlos publicara *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, comenzó a pasar otra cosa. Más que la experiencia de militantes comunistas, lo que presencié fueron los aprestos de conspiradores que se preparaban para abandonar el Partido Comunista. Me acuerdo de conversaciones en mi casa sobre la falta de democracia interna, un argumento típico con el que comienzan esos movimientos de ruptura. Pero, a diferencia de secesiones anteriores, esa tenía otro horizonte, generado por

Cuba. El año 1961 fue el año en que el lado romántico de la Revolución cubana se impuso por sobre los dogmas algo resecos del marxismo-leninismo. Y fue entonces que todo ese grupo se volvió –si querés decirlo así– procubano. Y esa experiencia no tenía nada que ver con lo que nosotros vivimos en el Partido Comunista Argentino, que siempre había sido muy poco osado en sus opciones políticas (la Unión Democrática, etc.). Bajo el impacto de la radicalización de la Revolución cubana, ese grupo se fue corriendo a la izquierda y fue preparando su salida del partido. Finalmente, esa ruptura tuvo lugar en 1963, cuando Juan Carlos y otros militantes fundaron Vanguardia Revolucionaria. En síntesis, la experiencia más intensa que tuve como miembro del mundo comunista fue la de una ruptura con el partido, no la experiencia dentro del partido. Lo anterior, cuando era muy chico, era lo que te conté con esos flashes de infancia, como el retrato de Stalin o el "cinco por uno".

RH: Antes de volver sobre tu relación con Portantiero, quisiera preguntarte qué lugar ocupaba el peronismo en tu mundo de adolescencia y primera juventud. En lo que venís relatando, las novedades vienen asociadas a las querellas dentro del comunismo, las transformaciones de la izquierda y el problema de la actualidad de la revolución. ¿Qué veías del gran escenario de la política argentina, en particular de la cuestión peronista?

PG: Aparece intensamente, y para mí fue importante. En un punto, la experiencia comunista era sobre todo la vida de mis padres, que al comienzo veía con admiración. Pero yo también empezaba a vivir mi propia vida, la de un adolescente que ya era casi un joven y tenía amigos que lo moldeaban tanto como la familia. Terminé el colegio secundario en 1962, un año antes de la constitución de Vanguardia Revolucionaria. Y también quise, ahora me doy cuenta –debería ir a un psicoanalista a hablar del tema–, armar mi propia ruptura. Y mientras se desplegaba la experiencia rupturista en mi casa, en paralelo me sumé a un grupo que se llamó 3MH, esto es: Tercer Movimiento Histórico. El nombre lo dice todo: ¿cómo superar al peronismo? Y allí estaba, con mis amigos de generación, ya no en una situación de "hermano menor" de Portantiero. De ese grupo efímero participaron Jorge Castro, Jorge Bolívar, Aldo Comotto, Arturo Lewinger, su hermano Jorge Omar, Rolando "Lanny" Hanglin. La mayoría venía del grupo Praxis, de Silvio Frondizi. Yo me acerqué más tarde. Algunos de ellos terminaron en la guerrilla, otros apoyando al gobierno de Onganía o buscando "un general nasserista", como estaba de moda entre jóvenes nacionalistas.

RH: Para ayudar al lector a situar esta experiencia, señalo que el derrocamiento de Perón y la Revolución cubana sacudieron el tablero de la izquierda. La colocaron ante un nuevo escenario, en el que la revolución ya no formaba parte de un horizonte lejano o utópico sino que, por primera vez, tenía existencia real en América Latina. Este panorama renovado fue especialmente atractivo para algunos grupos disidentes y, sobre todo, para las nuevas generaciones, que comenzaron a alzar la voz contra el quietismo político de las formaciones tradicionales de la izquierda. La expansión de la matrícula universitaria –gran factor de politización juvenil– le dio una base más amplia al movimiento de impugnación. Había algo nuevo en el aire, y una prueba de ello es que un ya muy veterano Alfredo Palacios aprovechó el momento cuando, convertido en un defensor entusiasta de la Revolución cubana, en 1961 ganó la elección porteña para cubrir una banca de senador. Muchas de las nuevas experiencias políticas nacidas en esos años fueron efímeras, pero aun así marcaron que el monopolio del PS y el PC sobre las posiciones de izquierda había terminado. Y ello ponía en la agenda nuevas formas de articulación con las clases populares peronistas y con el peronismo. La idea de superar al peronismo, conquistando sus bases para un programa de cambio de signo revolucionario, fue el sueño de muchos. Esa aspiración alimentaría la radicalización que cobró envergadura a fines de esa década. Ironías del destino: cuando finalmente adquirió forma, dos décadas más tarde, el Tercer Movimiento Histórico surgiría en el seno de un partido que no era ni es de izquierda y que nadie de izquierda en esos años sesenta tomaba en cuenta.

PG: En efecto, ese mundo que había conocido en mi infancia estaba en crisis. Por el influjo de mi casa, era pasivamente un rupturista dentro del Partido Comunista y, afuera, activamente un rupturista, es decir, alguien colocado en un lugar que ya no era el del comunismo, preocupado por cómo se lo podía superar. Después, cuando en los años del gobierno de Alfonsín me encontré con que el radicalismo abrigaba la esperanza de crear el Tercer Movimiento Histórico, esa aspiración me hizo gracia. Una vez le dije a Raúl: “Junto con unos amigos del secundario, yo inventé esta historia del tercer movimiento histórico”. Se rió, condescendiente.

RH: En los sesenta, ese Tercer Movimiento Histórico pertenecía a las derivas posibles del peronismo, no del radicalismo. Esto quiere decir que ya muchos creían que el peronismo podía ser conceptualizado como una experiencia política valiosa que, debidamente orientada,

expurgada de sus costados burgueses, reaccionarios, podía servir para edificar una política de izquierda, un orden socialmente más democrático.

PG: Por supuesto, para nosotros, para mis amigos, el peronismo no era un fascismo, como tampoco lo era ya para Portantiero y para muchos otros. Esa estación de la reflexión sobre el peronismo había quedado bien atrás. Hay una experiencia que puede ayudar a entender para qué lado íbamos. En las elecciones de 1963, las que finalmente ganó Arturo Illia, decidimos apoyar la candidatura de Raúl Matera-Horacio Sueldo. Fletamos un micro y nos sumamos a un acto multitudinario en Rosario. Finalmente, Matera fue proscripto, y ese proyecto se cayó.

RH: Esa fórmula neoperonista llevaba a un demócrata-cristiano de izquierda como candidato a vice. De allí en adelante, Sueldo seguiría moviéndose hacia la izquierda, hasta acompañar a Oscar Alende en la fórmula presidencial de la Alianza Popular Revolucionaria de 1973. Matera, en cambio, no era precisamente un hombre de la izquierda peronista: sus principales amistades y lealtades estaban del otro lado de la cerca. Eso nos muestra cuán poco estabilizadas estaban las trincheras políticas en esos años de reacomodamiento a una vida política con peronismo pero sin Perón.

PG: Yo llamaría a esto “la flexibilidad” de los años sesenta. Y eso tenía influencia en mis posiciones: yo estaba allí o acá, un día ahí, un día acá. Y, sorprendentemente, no lo veía como un problema ni me daba vergüenza. En mi cabeza era perfectamente admisible. Un día era un rupturista del Partido Comunista; otro día, o el mismo día, era un rupturista del peronismo. Un día estaba con Portantiero; otro día, con mis compañeros de generación. Para ilustrar esa flexibilidad y agregar más datos a esa confusión que era mi vida adolescente-juvenil, voy a volver a Alberto Gerchunoff durante un segundo: en alguna reunión que no fue en mi casa, tal vez en la casa de Teodelina Lezica Alvear de Hileret, una metralla de apellidos oligárquicos que era una militante comunista, yo dije que no era comunista, sino demócrata progresista. Y lo dije porque acababa de leer las cartas de Lisandro de la Torre y había tres o cuatro dirigidas a Alberto. Eso me había fascinado y me dije: “Un Gerchunoff debe continuar esta tradición”. Entonces, por algunos días, también fui demócrata progresista. Recuerdo todo eso como una calesita vertiginosa. Todo duraba poco.

RH: Bueno, Lisandro de la Torre se movió bastante a lo largo de su vida política, y en algunas etapas de su carrera estuvo cerca de la izquierda; tras su muerte, incluso, la democracia progresista que había fundado conformó una alianza electoral con los comunistas. Eso sucedió en las famosas elecciones de febrero de 1946, cuando Perón ganó la presidencia. Pero al margen de los factores contextuales que estamos señalando, que revelan que en esos años sesenta el escenario político estaba abierto a transformaciones en distintas direcciones, creo que esa plasticidad puede entenderse a partir de otros dos factores. Por una parte, la veo como un fenómeno típicamente juvenil, ligado a la predisposición a experimentar y a cambiar. Por la otra, te pregunto si esas distintas tomas de posición no deben entenderse como parte de una búsqueda que era más intelectual que política. Era algo esperable de un joven al que las ideas le interesaban más que la acción.

PG: Portantiero era como mi hermano mayor. Era una persona extraordinariamente atractiva para mí como joven o como adolescente. Pero si algo no era Juan Carlos –lo digo y estoy seguro de que él se reiría y diría que es la pura verdad–, era un dirigente político. Hacia 1962, él me había pedido que me afiliara al Partido Comunista, pero solo para darle mayor volumen a la ruptura que estaban preparando. Esto sucedía al mismo tiempo que yo participaba en el 3MH. Iba a afiliarme, pero por una cosa u otra me demoré y finalmente no lo hice, pero afilié a dos amigos (Enrique Tandeter y Jorge Feldman, quien luego se casaría con Liliana De Riz). ¿Estaba dispuesto Juan Carlos a invertir su tiempo en Vanguardia Revolucionaria, de modo de convertirla en una fuerza de izquierda capaz de opacar al Partido Comunista? Lo dudo. Desde el punto de vista político, Vanguardia Revolucionaria era una experiencia que daba muy poco jugo porque a Portantiero le gustaba más quedarse en su casa leyendo a Gramsci. Tiempo después, me lo dijo varias veces: “Muchos veían en mí algo que yo no podía ser”. Creo que, en varios aspectos, eso vale para muchos de nosotros. Nos interesaban más las ideas que la política.

RH: Sin embargo, tu primera vocación –vos dirás si cabe llamarla de esta manera– no estuvo ligada a los espacios tradicionalmente asociados a la formación intelectual sino al periodismo. Al terminar el colegio secundario no te encaminaste hacia la universidad sino hacia las redacciones. Hablemos entonces de tu etapa en la prensa gráfica. En la introducción a tu último libro, *La caída*, de 2018, evocás esa experiencia que llenó una década de tu vida. Este libro difícil de

clasificar –una entrevista ficcional del Pablo Gerchunoff de 1972 con el Perón de 1972, acompañada por una suerte de anexo donde, recurriendo al análisis histórico, explicás por qué Perón contesta tus preguntas del modo en que las contesta– es, entre otras cosas, un homenaje al mundo de la prensa gráfica, más precisamente al género entrevista periodística. Tu acercamiento al periodismo escrito coincidió con el auge de uno de los vectores de renovación del género en la década del sesenta: las revistas orientadas a las clases medias educadas, o que querían educarse bajo el signo de la renovación de las ideas, la cultura y las costumbres. ¿Qué te llevó en esa dirección?

PG: Por diez años, el periodismo se me presentó como una experiencia muy intensa y muy central. Entré a las redacciones después de un breve paso por la carrera de Sociología, que duró apenas un cuatrimestre. Empezó de manera algo fortuita. Curiosamente, casi al mismo tiempo que Juan Carlos Portantiero ingresaba en *Clarín*. Yo empecé en el semanario *Todo*, una revista dirigida por Bernardo Neustadt. Si mal no recuerdo, el jefe de redacción era Rodolfo Pandolfi.

RH: Muchas figuras que luego se hicieron un nombre en la academia pasaron por el periodismo en esos años, o escribieron regularmente en la prensa. Recordemos que la academia rara vez remuneraba lo suficiente como para vivir de ella; en la universidad casi no había puestos de dedicación exclusiva, el Conicet era muy pequeño, y orientado hacia las ciencias duras. Incluso nombres que uno suele asociar a la profesionalización de la actividad intelectual trabajaron en las redacciones. Para no mencionar más que un par de nombres emblemáticos: Gino Germani escribió varios artículos en la revista *Idilio*, de la editorial Abril. Y Ezequiel Gallo fue periodista deportivo de *La Hora*, el diario comunista.

PG: Así es. Ezequiel fue sobre todo un periodista del Partido. Juan Carlos, en cambio, fue un periodista de *Clarín*, y eso, en términos de periodismo profesional, son palabras mayores.

RH: Además de que el periodismo ayudaba a solucionar el problema de cómo ganarse la vida, quiero llamar la atención sobre el hecho de que también era una actividad que gente muy talentosa, que luego hizo carrera en la universidad, podía considerar estimulante, interesante y, en algunos casos, incluso prestigiosa. Había bastantes lazos entre

ambos mundos. Más tarde los caminos se fueron separando.

PG: El periodismo tenía mucho atractivo. No entraba en mi mente ser un simple estudiante de Sociología cuando tenía a mi disposición una vida divertida, intensa y, por si fuera poco, bien pagada. Un periodista que recién comenzaba ganaba mucho más de lo que ganaría hoy. Yo vivía muy bien con mis ingresos como periodista, y pude independizarme de mi familia.

RH: ¿Cómo entraste a la redacción de *Todo*?

PG: Entré porque el padre de Lanny Hanglin era amigo de Bernardo Neustadt. Y Bernardo quería sumar dos o tres jóvenes que no hubieran tenido ninguna experiencia periodística. Lanny entró primero. Luego fuimos Pepe Eliaschev y yo. Recuerdo que nos entrevistó Enrique Raab.

RH: Raab, un gran periodista, asesinado durante el Proceso. Y ustedes eran todos chicos del Nacional Buenos Aires.

PG: Pepe Eliaschev y Lanny Hanglin tenían un año menos que yo, pero los conocía bastante del 3MH. Duró poquísimo este semanario porque Neustadt solo tenía financiamiento para unos pocos meses. En menos de un año todo se terminó. Un día vino Bernardo y nos dijo, como mi padre al obrero: "No va más". Solo que nos pagó una suma muy jugosa, porque había –no sé si sigue habiendo– un régimen de indemnización muy generoso para los periodistas; trabajabas un mes, te echaban, y te pagaban seis meses, o algo así. Al poco tiempo me llamaron de la editorial Abril, y allí seguí mi carrera. Luego escribí para varias revistas: *Leoplán, Panorama, Competencia.* Como desde 1966 comencé a estudiar Economía, me tocó esta sección. En el periodismo todo es de una enorme y divertida superficialidad: "¿Vos sos estudiante de Economía? Entonces, a la página económica". Así fue como empecé a firmar cosas y a ser visible como periodista económico, al mismo tiempo que avanzaba en la carrera universitaria. Todo se parecía a "Para ser periodista", una aguafuerte muy graciosa de Roberto Arlt.

RH: ¿Tenías un modelo de periodista al que querías parecerte? ¿Qué significaba para vos ser un buen periodista en los años sesenta?

PG: Para mí, el periodismo no fue una vocación sino un descubrimiento, que con el tiempo se volvió cada día más seductor. Entré a las redacciones sin

tener un modelo. Después descubrí a los periodistas de *Primera Plana*: Ramiro de Casasbellas, Tomás Eloy Martínez, Osiris Troiani.

RH: ¿Y qué hay de lo que pasaba fuera de la redacción? Esos fueron años de mucho cambio en la cultura, de expansión y diversificación de la oferta de entretenimiento.

PG: El fútbol ocupaba un lugar importante en mi vida. A Racing le fue muy bien a fines de los cincuenta y principios de los sesenta, y yo lo disfruté. También me cautivó el hipódromo. Mi acercamiento al turf tuvo algo de azaroso. Un día decidí que, como buen periodista, me tenía que ir a cortar el pelo a la tradicional peluquería Basile, en Esmeralda y Corrientes. Me tocó mi turno y al lado mío se sentó un señor mucho mayor que yo. El peluquero le dijo: "Y, ¿cómo va, comisario? ¿Algo para el fin de semana?". Y el hombre le contestó: "El sábado, Buen Servidor en la cuarta". Eso abrió otro mundo para mí.

RH: El turf ya había comenzado su descenso y estaba perdiendo público. Pero en los años sesenta todavía seguía atrayendo multitudes. Seguiste ese consejo.

PG: Ese sábado me fui al hipódromo. Viniendo de familia comunista, era un mundo desconocido para mí. No sabía ni por dónde se entraba ni qué era el paddock o la oficial. Pero me cautivó y le fui fiel por mucho tiempo, casi por el mismo período que fui periodista. No era un jugador empedernido pero me gustaba.

RH: En defensa de un espectáculo hoy bastante desprestigiado, hay que recordar que, de los entretenimientos que incorporan apuestas, o que funcionan sobre la base de apuestas, es sin duda el más cerebral. Hay azar, pero también mucho estudio y cálculo de probabilidades. Por algo a los conocedores se los llama "catedráticos".

PG: Ese primer día en el hipódromo podían pasar dos cosas horribles. Una es que ganara. La otra es que Buen Servidor perdiera por menos de un pescuezo, como efectivamente sucedió.

RH: El hipódromo te debía una revancha... que por lo visto te tomaste. Fútbol, turf, periodismo: si tuviera que describir el cuadro que surge

de tus recuerdos de la década del sesenta diría que está caracterizado por dos mundos. Por una parte, tenías un mundo que giraba en torno a la política y el debate de ideas, que en el curso de esos años fue perdiendo algo de gravitación. Y esto porque aparecieron otros intereses que conectan con fenómenos típicos de esa década: modernización de los consumos, cambios culturales graduales y en general poco traumáticos, expansión de la oferta de entretenimiento, en fin, lo que evoca una sociedad que se renueva al ritmo de la creciente gravitación de sus clases medias y de una economía en expansión. Allí, por cierto, no está anunciada la tormenta de los años setenta.

PG: Si tuviese que describir mi vida en esos años, diría que son los sesenta de un chico inquieto que tenía todo servido: le gustaba el periodismo, ganaba bien, disfrutaba del fútbol y de las carreras. Hasta se dio el gusto de ser colibretista del primer cortometraje de Eliseo Subiela. Con estos estímulos, la experiencia del Tercer Movimiento Histórico y de Vanguardia Revolucionaria se fue diluyendo. Fue como la historia que Scott Fitzgerald narra en *Suave es la noche*. En esa novela, el personaje masculino empieza como el más importante del libro. Y la historia, tal como yo la leo, gira en torno a cómo él se va esfumando y ella va ocupando el centro de la escena, hasta que en las últimas páginas el personaje masculino termina como una sombra. Eso me pasó con Vanguardia Revolucionaria y más en general con la política. En ese momento, yo no tenía ningún contacto, como sí lo tuvo, y muy intensamente, Juan Carlos Portantiero, con los disidentes comunistas de Córdoba que formaron el grupo de *Pasado y Presente*, un hito intelectual fundamental para entender la historia de la izquierda que se apartaba del Partido Comunista. A Pancho Aricó, que lideraba ese grupo, lo conocí más tarde, cuando se mudó a Buenos Aires, por lo que esa experiencia extraordinaria no tuvo ninguna relevancia para mí. Sí la tuvo para Juan Carlos Portantiero y para Juan Carlos Torre, que con el tiempo se volvió uno de mis mejores amigos y todavía lo es hoy. Para mí, en cambio, lo interesante estaba en otro lado.

RH: Decí algo más sobre los atractivos del mundo del periodismo en esos años sesenta.

PG: Me tocó vivir una etapa en la que había una vida rica en el medio. El Sindicato de Prensa, por ejemplo, era muy importante. Eduardo Jozami era el secretario general, y Roberto Quieto, sobre el que después quisiera decir algo, el abogado. Eso conecta con la experiencia de la CGT de los

Argentinos, que era un foco de atracción para muchos periodistas. Todos los jóvenes más o menos radicalizados, peronistas o de izquierda, íbamos a la redacción del semanario de la CGT de los Argentinos a ofrecer algún dato, a hacer alguna colaboración. Allí conocí a Rodolfo Walsh, con quien en 1968 compartí el viaje a Cuba del que hablo en la introducción de *La caída*. Ambos asistimos al Congreso Cultural de La Habana, que tenía una sección sobre periodismo. Y al regreso pasamos juntos varios días en París y trabamos una buena relación. Recuerdo que después vino al cumpleaños de mi hermana, que se hizo en casa de mi padre, con mi madre ya muerta. De nuevo: era el mundo de los sesenta, que ponía en contacto desde grupos de izquierda bastante radicalizada hasta peronistas combativos.

PH: Describí cómo era tu relación con Portantiero, entonces uno de los líderes intelectuales del grupito de disidentes que en 1963 se apartó del Partido Comunista.

PG: En 1963 o 1964 yo todavía era el hijo de Julio y Albertina, de Julio y Tina. A medida que convergimos en las edades, nos fuimos acercando también en muchas otras cosas, y establecimos una relación que para mí fue muy importante, muy intensa. Pero en verdad la convergencia profunda con Juan Carlos y con muchos otros que conocí por ese entonces vino luego de 1976, en los años de la dictadura. Su exilio en México fue un gran dolor para mí; un dolor que importaba. Entonces, mientras él estaba en el exilio, como yo ya era economista o algo así, y de vez en cuando viajaba a seminarios internacionales, trataba de verlo. Recuerdo un encuentro muy importante en un seminario en Costa Rica, en 1978, donde además conocí a Raúl Alfonsín.

RH: Quiero volver por un instante a tu paso por la carrera de Sociología. Los relatos del ascenso de las ciencias sociales y en particular de la sociología en la década posterior al derrocamiento de Perón suelen enfatizar el atractivo de esa nueva disciplina, a la que sus practicantes describían como un saber científico que venía a colocar la discusión intelectual en un umbral superior. Eso es lo que predicó, con bastante éxito, Gino Germani. En tu descripción de esos años, sin embargo, el mundo ubicado fuera de la universidad era más seductor que el proyecto de conocimiento que promovía la sociología o, para el caso, cualquier otra disciplina académica. En tu experiencia, además, el factor perturbador no fue la política. Me interesa saber por qué pensás que no te cautivó el modelo del sociólogo profesional.

PG: Dejame decirte que no fui el único que se resistió. El propio Juan Carlos abandonó Sociología a poco de entrar, y retomó bastante más tarde. Por eso digo que tengo que ir a un psicoanalista, porque me doy cuenta de que hay algo imitativo, o no, no lo sé, con mi "hermano mayor".

RH: Portantiero siempre tuvo algo de *outsider*. Tenía un denso mundo político-cultural fuera de la universidad, que de hecho antecedía a su ingreso a la carrera de Sociología, y que siempre lo sedujo. Tal vez no le gustaba la idea de convertirse en un actor político, pero el mundo intelectual asociado a la política le resultaba muy atractivo. Lo mismo puede decirse de José Aricó, al que le interesaban más las ideas y el debate político que la currícula universitaria. Pero sobre otros jóvenes que ingresaron a la carrera hacia 1960, y a los que también los seducía lo que sucedía en la calle, la sociología académica ejercía un atractivo poderoso. Pienso en Silvia Sigal, en Francis Korn, en Juan Carlos Torre.

PG: No fue así para Portantiero, que fue y volvió, y terminó graduándose de sociólogo muy tarde, a los 32 o 33 años, cuando ya tenía un nombre. El hecho de que tuviese otros intereses lo fue demorando. También creo que la atracción de la sociología para mi generación no era igual a la de los años fundacionales, en la década de 1950, cuando Germani armó la carrera. Hacia mediados de los sesenta ya era una oferta establecida, con bastantes estudiantes. Ese espíritu de cuerpo que pueden haber sentido Juan Carlos Torre o Manuel Mora y Araujo se había perdido. A mí no me llegó esa experiencia: éramos un montón de estudiantes que asistía a clase y preparaba exámenes.

RH: La mística cientificista se estaba opacando, y en tu caso no surgió otra capaz de reemplazarla. Unos pocos años cuentan, ya que el clima universitario cambió muy rápido, sobre todo desde el golpe de Onganía y la intervención a la universidad. Para entonces, Germani había decidido dejar el país para instalarse en Harvard.

PG: Fijate que yo comencé a estudiar Economía en 1966, cuando la experiencia de la universidad reformista se cerró con violencia. Quizás en otras circunstancias la universidad me hubiera resultado más atractiva, pero para entonces yo le daba más importancia a lo que pasaba afuera. La universidad podía estar y también podía no estar. En cambio, en figuras como Juan Carlos Torre o Enrique Tandeter, la vocación universitaria era

dominante, y lo demás estaba subordinado. Torre, por ejemplo, hizo toda la experiencia de Vanguardia Revolucionaria dentro de las aulas, como estudiante y como dirigente estudiantil. Solo allí tenía sentido la militancia. Para gente como él, la universidad era importante, y muchos hicieron su carrera y luego partieron a hacer un posgrado afuera. Pero este no era el único camino posible, y tampoco era el más transitado. Cuando terminé la carrera de Economía pensé en ir a estudiar afuera, pero por diversas circunstancias consideré que ya era demasiado tarde. Adolfo Canitrot, que se fue a estudiar al exterior tarde y con hijos, es uno de los pocos casos que conozco de alguien de esos años que perseveró ya grande, hasta doctorarse. Su determinación siempre me causó admiración.

RH: ¿Qué te llevó a abandonar el periodismo? ¿Cómo fue que la economía le dobló el brazo a la redacción?

PG: Hubo un momento en que intuí que mi experiencia periodística tenía que acabarse. No había entrado con mucho entusiasmo a la carrera de Economía, y durante varios años fui algo así como un visitante en la facultad. Iba a clase, luego tomaba un café con mis amigos y, en vez de retornar a la facultad, volvía a la redacción. Tampoco hice la carrera muy rápido: tardé seis años en recibirme. Me seguía importando mi otra vida.

RH: Contá cómo veías el ambiente intelectual y político en la Facultad de Ciencias Económicas en esa segunda mitad de los sesenta. Recién decías que no te parecía muy interesante.

PG: No, no era especialmente atractivo. La dictadura y su presencia en la universidad son importantes para entender eso. Hacia 1970, sin embargo, algo me tocó un nervio. De a poco, todos mis amigos de la facultad fueron volviéndose peronistas o filoperonistas, y comencé a sentir una presión para acompañarlos en esta dirección. Allí estaban Juan José Llach, Miguel Bein, Ricardo Markwald, Fernando Porta. Al mismo tiempo, algo me cambió en la cabeza, y fue entonces cuando la economía verdaderamente empezó a interesarme. En esto, la influencia de Guido Di Tella, que además había hecho el tránsito de la democracia cristiana al peronismo, fue decisiva. Fue muy importante para que yo esté aquí hoy. Él, y no la carrera de Sociología, me despertó la curiosidad por las ciencias sociales.

RH: Guido Di Tella fue un personaje multifacético: hijo del empresario industrial más importante del país, ingeniero, luego economista,

integrante del grupo fundador de la Democracia Cristiana, empresario y creador de instituciones de la cultura, intelectual y funcionario peronista, impulsor del peronismo renovador con Antonio Cafiero y luego canciller del gobierno de Carlos Menem. Hay muchos Guido Di Tella. Trazá un retrato del que conociste.

PG: Lo conocí como profesor. Guido enseñaba Desarrollo Económico. No sé si se llamaba "crecimiento" o "desarrollo", porque cambió de nombre con el tiempo. Su curso –junto con el de Javier Villanueva; uno enseñaba Crecimiento y el otro Desarrollo– me llevó a pensar: "Acá hay algo que me gusta". Guido era una figura notable, un gran profesor. La suya fue la primera materia que hice como si fuera un universitario en serio. Tanto es así que, al terminar el curso, me sumé a su cátedra como ayudante. Teníamos un diálogo fantástico. Él era muy antirradical. Desde que escribió su tesis doctoral sobre las etapas del desarrollo económico argentino, esa era una de sus obsesiones: el problema argentino eran los radicales. Nada en el mundo le parecía peor como factor de bloqueo al desarrollo económico argentino.

RH: Di Tella insistió mucho en que, tras la Gran Guerra, la Argentina dilató la transición hacia una economía industrial. En su visión, el principal responsable de esa "gran demora" había sido el gobierno radical, al que veía demasiado comprometido con los intereses agrarios como para advertir la necesidad de promover un cambio cualitativo en la orientación de la política económica. Una visión muy propia del clima intelectual de los sesenta, que sus trabajos contribuyeron a arraigar y a dotar de legitimidad intelectual.

PG: Su crítica al radicalismo no me importaba porque en esos años el radicalismo no tenía existencia en mi mundo. Casi no había radicales en la Facultad de Ciencias Económicas. Entre esos pocos estaba Luis Stuhlman, que visitaba la facultad de vez en cuando. Al igual que mis compañeros, yo lo veía como un personaje exótico. ¿Raúl Alfonsín? Su nombre no me decía nada.

RH: ¿Qué otros profesores o colegas contribuyeron a definirte como economista?

PG: En la universidad, además de Guido, y con algún desfase en el tiempo, Oscar (con acento en la O) Braun. Guido Di Tella primero, Oscar Braun

después, me ayudaron a situarme como economista.

RH: Braun pertenecía a otra tribu, la de los marxistas académicos. Murió joven, y hoy es casi un desconocido.

PG: Oscar era un tipo muy brillante, de estilo muy oligarca, con yate y esas cosas. Venía de una familia muy rica. Difícil hacerse amigo de él, pero, si te hacías amigo, era interesante y muy divertido. Rosalía Cortés, que entonces era su esposa, era tan divertida como él o más. Oscar se fue del país en 1974 y no lo volví a ver: falleció unos años después, en un accidente.

RH: Se ocupaba de cuestiones como la teoría del comercio internacional, los flujos de valor entre centro y periferia. El hecho de que su nombre hoy sea poco conocido en la universidad está relacionado, sin duda, con que su agenda de investigación perdió gravitación académica mucho más rápidamente que la de Di Tella (que, además, siguió haciendo muchas cosas, y cambiando sus intereses y su enfoque).

PG: Sí, y con Oscar discutíamos sobre esos temas, y me impulsó a publicar un estudio sobre las ideas de Arghiri Emmanuel acerca del intercambio desigual. Fue la introducción a un cuaderno de *Pasado y Presente* que salió en 1972, y se llamó "Imperialismo y comercio internacional". Ese texto lo escribí yo, aunque si mal no recuerdo no está firmado. O sí. Hace poco me llamaron de la Universidad de Córdoba para pedirme un par de carillas como recordatorio de aquella contribución.

RH: Por esos años también escribiste con Juan José Llach. Tengo presente un artículo aparecido en 1975 en *Desarrollo Económico*, que todavía suele encontrarse en las bibliografías de los cursos universitarios, "Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas".

PG: Juan José fue un gran compañero de esos años. Lo nuestro fue amor a primera vista. Él era un demócrata cristiano con inclinaciones peronistas. Yo no era peronista pero tampoco de la izquierda más radicalizada, lo que desde el comienzo nos permitió congeniar bastante bien. Juntos escribimos ese artículo. Nunca pensamos que iba a tener la repercusión que tuvo, no como artículo académico –que también la tuvo– sino como hecho político. Pese a que tiene muy pocos números, poca evidencia cuantitativa,

investigamos y trabajamos mucho para hacerlo. ¿Qué decíamos ahí? Que había habido vida entre las dos experiencias peronistas, lo que equivalía a decir que la década del sesenta no había sido mala para los asalariados. En ese momento, cuando reinaba la teoría de la dependencia, eso no era aceptado tan fácilmente. Recuerdo que, cuando lo presentamos en el IDES, invitados por Juan Carlos Torre, había banderas montoneras repudiándonos. El propio Juan Sourrouille, que después fue un amigo entrañable, y que era el moderador de la mesa, habló en contra de nuestro artículo. Pasé una noche espantosa.

RH: Llevó tiempo encuadrar la década del sesenta como un período de expansión económica y cambio productivo. Pese a que había sólidas evidencias que apuntaban en esa dirección, el argumento de que tras el derrocamiento de Perón había habido progreso social y mejora del nivel de vida estaba poco presente en la discusión. Palabras como "dependencia" e "imperialismo" tenían mucho peso. Al mismo tiempo, muchas veces los relatos sobre la política del período estaban más atentos a las batallas de retaguardia que libraba el movimiento obrero en defensa de sus conquistas de la era peronista que a los elementos que hablaban de la creciente centralidad de las clases medias o la movilidad social, fenómenos que se reflejaban, por ejemplo, en la expansión de la matrícula universitaria y el peso creciente de las demandas estudiantiles. En el clima muy ideologizado de los tempranos setenta estos aspectos más benignos no siempre se percibían en toda su significación. Visiones como las que informan *La hora de los hornos* de Pino Solanas, de 1968, o *Los traidores* de Raymundo Gleyzer, de 1973, tenían un influjo muy considerable sobre los sectores politizados de la opinión pública. El mundo más apacible de Mafalda y Eudeba, e incluso del Centro Editor de América Latina, estaba menos presente en ese cuadro.

PG: En ese ambiente, nuestro trabajo con Juan José no fue bien recibido, por decirlo delicadamente. Después, con los años, se convirtió en un artículo de alguna relevancia. Las dos cosas son sorprendentes: la reacción tan hostil, que yo no esperaba, y el hecho de que más tarde, con la revalorización de los sesenta, también llegase la revalorización de ese artículo.

RH: El argumento que allí presentaban estaba más en sintonía con tu experiencia de lo que habían sido esos años que con la visión que enfatizaba la primacía del imperialismo y la dependencia, o la revancha de las clases propietarias.

PG: Exactamente. Yo estaba revalorizando mi juventud sesentista, la vitalidad de ese ambiente, pero ahora desde una posición más académica.

RH: De todos modos, para entonces vos no te sentías del todo extraño al mundo peronista: Di Tella, Braun, Llach, todos pertenecían a esa gran familia. Además, en la estela del Cordobazo, en esos primeros años setenta, para los jóvenes politizados y con una sensibilidad política de izquierda, el atractivo del peronismo radicalizado, por ejemplo de Montoneros, era cada vez más considerable.

PG: Desde el momento en que Montoneros empezó a crecer, nadie fue indiferente a su influjo. De todos modos, sí fui inmune a una cosa: la lucha armada. Nunca me acerqué a la violencia revolucionaria. Tanto es así que la principal experiencia de la que participé en esos años, junto con Oscar Braun, fue la del Peronismo de Base. Ese fue el momento de mi vínculo más estrecho con el peronismo, y aun entonces estaba en contra de la lucha armada. El Peronismo de Base se parecía al populismo ruso: apreciaba mucho la natural sabiduría del pueblo. En el fondo, era una propuesta que negaba el núcleo del peronismo, porque por definición no se puede ser peronista y "basista" al mismo tiempo, algo que señaló atinadamente Pancho Aricó en un reportaje filmado que le hizo Carlos Altamirano. El principal referente político del Peronismo de Base era Envar El Kadri; también estaba Carlos Caride. Esa gente luego se volvió muy violenta, pero en ese primer momento todavía no lo era.

RH: Fue una experiencia que, como tantas otras en esos años, parecía no tener otro destino que ser engullida por Montoneros, cuyos animadores eran muy conscientes del poder seductor de la lucha armada. Esta forma de hacer política comenzó a ser vista como legítima por sectores cada vez más amplios de la izquierda peronista.

PG: Ilusos, nosotros por un momento creímos que podíamos ganar la batalla. Fue casi el mismo momento en que el grupo de *Pasado y Presente*, con Juan Carlos Portantiero pero con el rechazo de Juan Carlos Torre, se acercó a Montoneros. Eso fue una señal: para Pancho Aricó, políticamente hablando, solo existía Montoneros. Allí estaba la posibilidad de cambio. Después podés decir: "Qué horror, se contaminaron con los Montoneros" –yo no decía eso–, pero en todo caso Pancho tenía razón. Montoneros era un hecho político y el Peronismo de Base no lo era.

RH: De todos modos, y al igual que otras experiencias políticas anteriores, el Peronismo de Base no tuvo tanta intensidad en tu vida.

PG: Ninguna de esas experiencias se compara con lo que más tarde me produjo Alfonsín en el contexto de la democracia. Sin embargo, las circunstancias y la amistad me acercaron efímeramente –y peligrosamente– a Montoneros, ya en su momento agónico, en 1974. Fue muy peculiar, y ciertamente con un toque de demencia, sobre todo si se tiene en cuenta que yo no tenía nada que ver con ellos.

RH: Hablemos de ese episodio, en una época en la que algo parecido a la demencia parecía estar a la orden del día.

PG: A comienzos de mayo de 1974 recibí un llamado de Roberto Quieto, a quien, como dije, había tratado, varios años antes, en el Sindicato de Prensa. Quieto había pertenecido a las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que para entonces se habían fusionado con Montoneros. Cuando me contactó, Roberto pertenecía a la cúpula de la organización. Pienso que yo era el único economista que conocía –tal vez porque era un economista periodista–, y por eso me buscó. Además, estaba ligado a Pancho Aricó y al Negro Portantiero, entonces próximos a Montoneros, y eso seguramente también ayudó a que pensara en mí para la tarea que voy a describir. Esto que estoy contando debe haber sucedido el 4 o el 5 de mayo de 1974, muy pocos días después de que, en un muy recordado discurso del Día del Trabajador, Perón expulsara a Montoneros de la Plaza de Mayo y, con ello, del movimiento. Nos encontramos y Quieto me dijo: "A nosotros esto no nos gusta, queremos dar marcha atrás, queremos reconciliarnos con Perón". Para eso, Quieto quería entregarle a Perón –estoy casi seguro de que a través de José Ber Gelbard– un programa económico moderado. Es probable que hubiese otras operaciones simultáneas en la misma dirección, pero para ellos el acercamiento también debía tener una pata económica.

RH: Una prenda de paz de Montoneros a Perón, un capítulo de una negociación más amplia destinada a solicitar la readmisión de los "imberbes" en el club peronista.

PG: Nunca creí que esa propuesta pudiese llegar a buen puerto. Pero a Roberto no podía decirle que no. Le tenía afecto. Y me pasé del 5 o 6 de mayo al 1º de julio trabajando como el economista moderado de Montoneros, en las sombras, junto con otra persona a quien ahora prefiero

no nombrar porque no sé si tiene ganas de recordar ese episodio. Fuimos delineando un plan económico. Yo escribía, entregaba el material, al poco tiempo me llevaban a algún lugar desconocido (me subían a un auto y me decían "no podés mirar dónde vamos"), y allí discutíamos con Mario Firmenich y con otra gente que yo no conocía. También, claro, con Roberto, aunque curiosamente él, que me había pedido el trabajo, no era el que más participaba en esas discusiones, seguramente porque había otra gente con más vocación por el saber económico. Firmenich era sólido, y hacía buenas preguntas.

RH: Alguna sensibilidad debía tener pues, una vez que su vida política terminó, y luego de que saliera de la cárcel indultado por Menem, cursó la carrera de Economía. Un colega nuestro que lo tuvo como alumno lo recuerda como un estudiante al que le gustaba hacerse notar.

RG: Alcanzamos un importante grado de avance en nuestro plan económico. Alguna vez fui a *Noticias*, el diario de Montoneros, a entregar material y allí me decían: "¿Por qué no te escribís un par de artículos?". Lo hice. Los vi hace un tiempo y me parecieron horrorosos; no puedo creer lo que escribí. Allí argumentaba –al igual que Quieto en alguna pieza editorial del diario– en favor de un "frente nacional", en el sentido de Frente Nacional Popular Burgués, etapa democrática de la revolución, o como quieras llamarlo. Gelbard entendía el lenguaje, y Roberto también, porque ambos habían estado en el Partido Comunista.

RH: Describí los grandes lineamientos del programa. ¿De dónde venían los estímulos para pensar los problemas económicos en ese momento? ¿Cuál era la arquitectura conceptual del proyecto de alianza de clases al servicio del desarrollo nacional?

PG: El programa estaba encuadrado en mi pobre marxismo, inspirado en mi contacto con el Partido Comunista, y muy centrado en la idea de la revolución por etapas. Veo allí el influjo de Juan José Real, con quien a fines de los sesenta y principios de los setenta entablé una relación de mucho afecto, pese a que era bastante mayor. Era un hombre a la vez duro y dulce, que el desarrollismo recogió poco después de que lo expulsaran del Partido Comunista.

RH: El desarrollismo de figuras como Rogelio Frigerio, que también

tenía una inspiración comunista, planteaba cosas similares: alianzas entre clases sociales para promover la industrialización, base de toda política progresista y encaminada a aumentar el margen de autonomía de la economía nacional. ¿Eso estaba en tu radar?

PG: El razonamiento de Frigerio era algo primitivo, pero entonces me parecía que podía servir para la tarea que teníamos por delante. La idea era proponer un programa de desarrollo por etapas, aplicado a una economía cerrada como era la Argentina de entonces. Argumentaba en esta línea: "Cuando nosotros hablamos de socialismo estamos hablando de algo lejano en el tiempo, una tarea para el futuro. El propio General Perón estaría de acuerdo con esta visión de largo plazo; por el momento, en esta etapa, necesitamos desarrollo industrial, promovido conjuntamente por el empresariado nacional y los trabajadores; debemos juntarnos todos para avanzar en esa dirección". Esa era, en el fondo, la idea frigerista, y de tantos otros. Las charlas con Juan José Real, que se seguía viendo a sí mismo como un comunista –lo mismo que Frigerio–, me sirvieron para precisar esta formulación.

RH: Más allá de su pertinencia o su elegancia conceptual, ese plan no fue muy lejos. Montoneros no solo no sería admitido nuevamente en la Plaza de Mayo sino que, tras la muerte de Perón el 1º de julio, iba a ser excomulgado por sus herederos.

PG: Lo nuestro no sirvió para nada. Al día siguiente de la muerte de Perón me llegó el mensaje: "Se acabó todo". Cuarenta y cinco días duró mi experiencia como economista del ala moderada de Montoneros, del experimento de moderación de Montoneros.

RH: Del intento de acercamiento más que de moderación, ¿no es cierto? Porque lo que Montoneros buscaba era aceptación. Para decirlo en la jerga de Perón, que les permitieran volver a poner los pies en el plato.

PG: Exacto. Era algo puramente táctico, y el plan económico era un buen instrumento para eso.

RH: ¿Tenías la percepción de que los líderes de Montoneros advertían que, si no recibían la bendición de Perón, no tenían futuro político?

PG: Lo que mostraban en ese momento era que no podían romper con Perón, que si se apartaban no eran nada. Y fue por eso que intentaron algo que siempre me pareció destinado al fracaso. Más tarde, muchas veces pensé que me había arriesgado demasiado. De hecho, en esos años vivimos una etapa muy oscura. En 1975 solo quedaba un mundo académico opresivo, oprimido, sin una verdadera universidad en torno a la cual orbitar.

RH: Estamos hablando del último año del gobierno peronista, de la presidencia de Isabel. ¿Qué cambió para vos tras el golpe militar?

PG: En muchos planos es necesario distinguir entre esos dos momentos. Isabel y Videla no fueron lo mismo. Para mi experiencia personal, sin embargo, decir 1975 y decir 1976 no hace mucha diferencia. Como buen negador, pensé que con cambiar de domicilio alcanzaba para protegerme de la represión que entonces campeaba a mí alrededor. Me mudé de Palermo a San Telmo. Pero no fue suficiente. En mi nuevo departamento se escuchaba mucho el ascensor del edificio, y eso me hizo vivir momentos terribles. En el dormitorio, cada noche, el movimiento del ascensor, acercándose, me producía un ataque de terror. No sé cómo logré convivir con ese infierno. Sin duda fue un cambio radical respecto de la década del sesenta, agravado porque no tenía trabajo, o tenía trabajo mal pago. En 1974-1975 tuve algún cargo en la Secretaría de Comercio, del que me echaron cuando llegó la dictadura. Luego estuve un tiempo en el CEDES, el Centro de Estudios de Estado y Sociedad. Por suerte, un tiempo después Guido Di Tella me invitó a dar clases con él en la Universidad Católica, y allí comenzó a cambiar mi suerte.

RH: Fue entonces cuando llegaste al Instituto Di Tella.

PG: Sí, en esos años comencé a colaborar con Héctor Diéguez y Alberto Petrecolla en alguna de las investigaciones que realizaban en el Instituto, al mismo tiempo que daba clases con Guido en la Católica. Eso fue en 1979. Luego, entraron al Instituto Alfredo Canavese y Juan José Llach, contratados para poner en marcha un programa de enseñanza de posgrado financiado por el Banco Interamericano de Desarrollo. Tenía 32 años y entonces comenzó, verdaderamente, mi vida académica.

RH: Al ir cerrando otras alternativas, y al terminar de enrarecer la vida pública, la dictadura estimuló tu profesionalización.

PG: Exactamente. Pero ese pasado tuvo un costo, ya que me perdí la experiencia del doctorado. En la Universidad Di Tella soy el único emérito que no está doctorado. Pero al margen de esta deuda, fue entonces, en los años de la dictadura, cuando verdaderamente senté cabeza como economista. En consecuencia, estos últimos cuarenta años estuvieron dominados por las rutinas de la vida académica, primero en el Instituto Di Tella y luego en la Universidad Di Tella. Tuve, sin embargo, dos salidas temporarias durante los gobiernos radicales.

RH: Ese va a ser el foco de nuestro próximo encuentro.

2. La estación Alfonsín

“Mi acercamiento a Alfonsín es el acercamiento a una idea de democracia que hasta entonces yo solo podía balbucear. Y fue por eso que me convertí no en un radical sino en un alfonsinista. De hecho, nunca me afilié al radicalismo, pese a que fui funcionario en sus dos administraciones. Y luego, claro, está lo que tiene que ver con Alfonsín como figura política”.

“Formar parte del equipo de Sourrouille fue una de las experiencias más intensas y de mayor aprendizaje de mi vida. Lo que aprendí en los libros es mucho menos que lo que aprendí en el Ministerio. Pasar por la gestión mata la soberbia y te vuelve más comprensivo de las experiencias ajenas y, si se quiere, más compasivo; por lo menos, eso me ocurrió a mí”.

Roy Hora: Me gustaría comenzar este segundo encuentro conversando sobre cómo se dio tu transición desde el mundo peronista en torno al cual orbitabas en la década de 1970 al universo radical, en el que finalmente te afincaste por largo tiempo.

Pablo Gerchunoff: Fue una transición lenta, en varias etapas, desde los márgenes del peronismo hacia, en un primer momento, la periferia del universo radical. El primer paso está asociado al regreso a la discusión sobre política económica, luego de los años más duros del Proceso. En mi caso, este retorno está vinculado a la figura de Antonio Cafiero. Antonio fue liberado de la cárcel y de su residencia forzada en Mendoza en diciembre de 1976. Luego fue contratado por el Banco Interamericano de Desarrollo para redactar un documento sobre la pobreza en América Latina. Una vez que lo terminó, armó un grupo de discusión de política económica –y de política en general– al que me invitó. Creo que corría el año 1979. Yo no lo conocía a Antonio. Sospecho que el que propuso mi nombre fue Juan José Llach.

RH: En esos años Llach todavía pertenecía a la familia justicialista, seguramente como muchos otros intelectuales y políticos de formación católica que veían al peronismo como al partido popular por excelencia.

PG: Era cristiano-peronista, por decirlo de algún modo, al igual que Cafiero. Probablemente se conocían de la revista *Criterio*, o de algún otro círculo católico. Empezamos una serie de reuniones muy interesantes –es la palabra que mejor las describe–, pero que al final no terminaron en nada. O sí, terminaron en algo. Un poco más tarde, en 1981, Antonio nos contrató a Juan José y a mí para hacer un informe de coyuntura económica.

RH: Es decir que comenzaron a reunirse con la dictadura todavía bastante sólida y Martínez de Hoz al frente del Ministerio de

Economía. Para entonces, la apertura política aún no estaba en el horizonte o, en todo caso, el régimen todavía marcaba los tiempos y la modalidad del retorno a un régimen con partidos y elecciones.

PG: Así fue al comienzo. Participaba ocasionalmente Roberto Lavagna, más regularmente Carlos Grosso, Lalo Ratti, José Octavio "Pilo" Bordón, Marcos Giménez Zapiola, a veces venía alguno de los hijos mayores de Antonio, sobre todo Juampi, y de vez en cuando se sumaba alguien más. Éramos bastante disciplinados. Nos reuníamos en el estudio que Antonio tenía en la calle Lavalle, todos los lunes a primera hora de la noche, con un par de carillas que alguno de nosotros preparaba para la discusión. Le tomé afecto a Antonio y lo seguí viendo aun después de que estos seminarios declinaran. A mediados de 1982, tras la Guerra de Malvinas, la actividad de los partidos políticos se reavivó y Antonio comenzó a repartir su tiempo entre el armado de un programa económico y el armado de un programa de gobierno. Porque todos estábamos seguros de que, si había elecciones, el peronismo las ganaba. ¿No sabíamos eso acaso?

RH: Que el peronismo constituía una mayoría imbatible en las urnas era el axioma número 1 de la política argentina. Cuando Ítalo Luder fue ungido candidato presidencial por los jefes sindicales y los dirigentes ortodoxos, hizo declaraciones ante la prensa donde quedó en evidencia que él pensaba que ya tenía asegurado su ingreso a la Casa Rosada; lo único que debía hacer para que eso sucediera era esperar que pasara el día de la elección. A nadie le pareció desubicado que hablara de ese modo.

PG: Eso no se ponía en discusión ni ahí ni en ningún otro lado. Alguna vez me contaron cómo era el clima en el búnker de Alfonsín el día de la elección del 30 de octubre de 1983. Casi todos daban por perdida la batalla. Solo Alfonsín insistía: "Déjense de joder que ganamos". Incluso entre los radicales, pocos se tomaban en serio las predicciones de Manuel Mora y Araujo, que había vaticinado la derrota de Luder. La derrota peronista no entraba en el horizonte cognitivo. Alguien de mucha importancia en el diario *La Nación* me contó que recibían las encuestas de Mora o de Heriberto Muraro pero no las publicaban porque les parecían increíbles. Después pidieron disculpas.

RH: Si todos creían que el peronismo no podía perder la elección, ¿cómo fue que tomaste distancia del bando de los vencedores?

PG: Un día, con el grupo de discusión económica ya apagándose, Antonio me invitó, como podía haber invitado a cualquier otro del grupo, a una reunión en la que estaba Bittel. Fue en el Hotel Savoy, después de la derrota de Malvinas.

RH: El chaqueño Deolindo Bittel, entonces una figura de relieve de la dirigencia peronista del interior, que terminó acompañando a Luder como candidato a vicepresidente.

PG: Allí escuché, no recuerdo en boca de quién, esa frase, que después se repitió públicamente: “Tenemos que tenderles un puente de plata a los militares porque si no…”. La idea era que, sin un acuerdo con los militares, la transición democrática no iba a poder completarse. Además, un pacto con los militares estaba en la genética de los peronistas. Por entonces, no había peronismo sin Ejército. El tema es conocido. Al escuchar esto no tuve una reacción inmediata, o tuve menos una sensación de rechazo que de perplejidad. Pero al salir de la reunión me despedí de Antonio y me encontré con Susi, mi esposa, en un café cercano, sobre la calle Corrientes. Allí tomé conciencia de que esa postura me resultaba inaceptable. Le dije a Susi: “Yo no puedo seguir acá”. “¿Por qué? Si estabas de lo más contento”, me contestó. “Bueno, pasó esto, esto y esto”, y le conté lo que se había dicho. Y ella desconfió. “¿En verdad dijeron eso? Vos sos un exagerado, no puede ser”. “Sí, sí, dijeron eso”.

RH: La mayor parte de la dirigencia peronista consideraba que un acuerdo político era un precio que valía la pena pagar para que los generales del Proceso aceptaran dejar el gobierno. De hecho, Luder afirmó públicamente que no tenía intención de revisar la Ley de Autoamnistía que el último presidente de la dictadura, Reynaldo Bignone, sancionó un mes antes de las elecciones de octubre de 1983. Curiosamente, Bittel no se contaba entre los más cercanos al Proceso en este tema: había ido a declarar ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de 1979, y allí denunció los crímenes de la dictadura. Evidentemente, con la proximidad del poder, él y gente próxima a él cambiaron. ¿Qué hiciste entonces?

PG: No me animé a hablarlo claramente con Antonio. Entré en una especie de autoexilio interno. Me aparté de los círculos donde se debatía la política económica, que empezaban a proliferar como hongos. Alberto Sojit, el hijo de Luis Elías, amigo de algunas vacaciones adolescentes en Santa Teresita,

pasó a comandar los equipos de Luder cuando se confirmó su candidatura: allí estaban José Luis Machinea, Roberto Frenkel, Quique Devoto. Alberto me invitó, pero le dije que no. Al mismo tiempo, Adolfo Canitrot, Juan Sourrouille, Mario Brodersohn y los propios Machinea y Frenkel se reunían en el CEDES. Los miembros de ese grupo no tenían una pertenencia política común. Los juntaba la excitación por el derrumbe de la dictadura. Había más equipos. Era un hervidero. Yo persistía con un poco de melancolía: del Instituto Di Tella a casa y de casa al Instituto Di Tella. En el Instituto debatía con Juan José Llach, Alfredo Canavese, Ezequiel Gallo, Natalio Botana, a veces con Guido Di Tella. Pero eso no tenía un foco político, estaba en otro plano. Aunque igualmente emocionante.

RH: Los economistas que mencionaste no tenían, hasta entonces, un vínculo estrecho, o por lo menos un vínculo formal, con el radicalismo.

PG: Solo Mario Brodersohn era afiliado radical. El hecho es que, mientras varios colegas y amigos seguían vinculados al peronismo, y otros comenzaban a acercarse al radicalismo, al radicalismo de Alfonsín, yo me alejaba de Antonio Cafiero, pero para encerrarme en mi casa. Acompañado por Susi, comencé a mirar a Alfonsín con atención y después con simpatía. En algún momento de la campaña de 1983 descubrí que iba a votar a ese señor. A Raúl Alfonsín. Y con muchas ganas.

RH: A la luz de tu camino previo, votar al radicalismo no parecía algo muy atractivo: más allá de sus indudables méritos personales, Alfonsín era el candidato de un partido que en tu círculo de relaciones se tenía en muy poca estima. En su momento, hasta los años cuarenta, el radicalismo había sido el gran partido popular, pero ese pasado se percibía poco y nada. Algunos dirigentes radicales seguían evocando ese legado, pero nadie los tomaba muy en serio. El radicalismo era visto, mayoritariamente, como una fuerza solo capaz de interpelar a los sectores conservadores de las clases medias, sin ideas económicas muy originales y sin grandes nexos con los sectores más gravitantes (trabajadores y empresarios) de la economía nacional. Es significativo que careciera de una organización juvenil de envergadura. Con excepción de algunos grupos como el que encabezaba Alfonsín, había estado mucho más cerca de la dictadura que el peronismo. En síntesis: a la luz de su historia pasada y tu propia historia pasada, una opción muy poco seductora.

PG: Claro, y debe ser por eso que me costó aceptar públicamente que lo iba a votar. Voté a Alfonsín sin decirlo abiertamente. Solo unos pocos sabían de mi cambio, como Juan José Llach, con quien conversaba muy seguido. De hecho, el escrutinio del 30 de octubre lo pasamos juntos, Juan José y su familia y yo y la mía, en su casa de la calle Urquiza, en Vicente López, yo votando por Alfonsín y él votando por Luder. Pero no me fue sencillo dar ese paso, y de hecho no fui a ninguno de los actos de campaña de Alfonsín. Me daba pudor ese salto. Ni siquiera fui al acto de cierre, pese a que Susi me quiso arrastrar. Me quedé mirándolo por televisión, solo, absolutamente conmovido. De hecho, el mismo Adolfo Canitrot, que sí sabía de mi cambio, se burló un poco de mí pocos días después de la elección: “Vos sí la debés estar pasando mal. Peronista e hincha de Racing”. Racing acababa de descender.

RH: En ese acto multitudinario en el Obelisco, Alfonsín ofreció una pieza de oratoria política formidable, que conmovió a su audiencia. Quienes insisten en que hoy nos hallamos en una era política dominada por las personalidades y la emocionalidad deberían recordar que estos fenómenos tienen un pasado. Alfonsín hizo que los clivajes políticos que hasta la víspera muchos creían inconmovibles perdieran fuerza, atrayendo sobre todo a las mujeres y a los más jóvenes.

PG: Visto por televisión, fue muy impresionante. Y luego del acto de cierre de Luder, unos días más tarde, sonó más impresionante todavía.

RH: Ese acto, con el muy comentado episodio de Herminio Iglesias prendiendo fuego a un féretro que simbolizaba a la UCR ante la vista de todos –la gran *gaffe* de esa campaña–, le prestó un servicio muy valioso a la candidatura de Alfonsín. Pero para entonces, dicen los encuestadores, la suerte del justicialismo ya estaba echada. ¿Qué fue, visto a la distancia, lo que tanto te impactó de la propuesta de Alfonsín? Me adelanto a decir que no debió ser su manera de encarar el legado económico de la dictadura, porque en este terreno ni Alfonsín ni sus asesores tenían ideas muy originales.

PG: Hasta la dictadura, a mí la democracia me importaba muy poco. No me gustó que derrocaran a Illia, claro, pero en mi visión de entonces la democracia era un tema secundario. Lo importante era la transformación socioeconómica: la revolución, la reforma, el desarrollo, la equidad, como quieras llamarlo, pero no la democracia, y menos las instituciones de la

democracia. La violencia de la dictadura puso en duda estas certezas. Y fue Alfonsín quien le puso palabras a mi malestar, quien le dio nombre al vacío depresivo y angustiante que yo, como tantos otros, había sentido durante la dictadura. Mi acercamiento a Alfonsín es el acercamiento a una idea de democracia que hasta entonces yo solo podía balbucear. Y fue por eso que me convertí no en un radical sino en un alfonsinista. De hecho, nunca me afilié al radicalismo, pese a que fui funcionario en sus dos administraciones. Y luego, claro, está lo que tiene que ver con Alfonsín como figura política.

RH: En esa campaña, Alfonsín se reveló como un líder que no parecía cortado por la tijera del partido radical. Era mucho más que eso. A su lado, todos los dirigentes de su partido (comenzando por Ricardo Balbín y los hombres de Línea Nacional, como Fernando de la Rúa, o el propio Víctor Martínez, que lo acompañó como vice) se veían grises. Amén de que Alfonsín tenía una foja muy digna en el tema cada vez más crucial de los derechos humanos –lo que no puede decirse de otros radicales–, su ambición política era de otra escala. Percibió como nadie que los clivajes políticos tradicionales habían perdido fuerza y que flotaba en el aire un reclamo de reparación de los agravios que la violencia del Proceso le había infligido a la comunidad y que era preciso articular esa demanda con la construcción de las instituciones y la cultura de una sociedad democrática. Y lo hizo con un lenguaje claro y seductor. No es casual que haya logrado abrirlo a nuevos electorados y darle una amplia base de militancia juvenil a un partido que desde hacía décadas era poco atractivo para las nuevas generaciones.

PG: ¿Vos lo votaste a Alfonsín?

RH: No, aún estaba en el colegio secundario. De todos modos, no lo hubiese votado porque entonces mis simpatías estaban más a la izquierda, con Oscar Alende y su Partido Intransigente. En esto influyó mucho un tío, de quien estuve muy cerca en esos años, Guillermo Mac Kenzie, que pertenece a la generación setentista. Mi adolescencia transcurrió en los gélidos años del Proceso –comencé el colegio secundario en 1979– y además me tocó moverme en un medio bastante conservador, en el que se hablaba poco de política. La idea misma de que la sociedad podía y debía transformarse en un sentido democrático y solidario era extraña a ese ambiente. Pero cuando comenzó el deshielo, en 1982, me asomé al círculo del que mi tío Billy formaba parte, donde primaban las ideas de la izquierda nacional-

popular. Allí tuve mi primera educación política, y disfruté mucho ese descubrimiento. Fue muy importante para mí, y siempre le estaré agradecido por ese regalo. Pero esto significa que viví la primavera democrática desde una posición de izquierda poco atenta a la innovación política que suponía el proyecto de refundación de las instituciones de la república democrática, la valoración del pluralismo y las libertades públicas. Una vez que ingresé a la carrera de Historia de la UBA, en 1986, esa ubicación en el arco político no hizo más que confirmarse, e incluso acentuarse: en la Facultad de Filosofía y Letras, bastión de la izquierda, Franja Morada y el radicalismo no tenían peso alguno. De todos modos, al margen de mis preferencias, creo que era lo suficientemente realista como para advertir que Alfonsín era una figura de otra talla, muy por encima de Alende y, por supuesto, también de Luder, Frigerio o Manrique, que compitieron por la presidencia en esa elección de 1983.

PG: Sí. Y a propósito de esto, traigo una anécdota que tiempo después me contó Coti Nosiglia, que describe bien este aspecto de su figura. Se refiere a la campaña electoral del 83. La Coordinadora, y supongo que la mayoría de los radicales, tenía pensado hacer el acto de cierre en el estadio de Huracán. Alfonsín y Nosiglia iban juntos en un auto y, al pasar frente al Obelisco, de pronto se escucha la voz de Raúl, que dice: "Aquí". Entonces Nosiglia le pregunta: "¿Aquí qué?". "El palco. Mirá, así". Y le explicó cómo debían disponerlo. Coti pensó: "Este hombre se volvió loco". Todavía entonces, en medio de la campaña, la Coordinadora creía que Alfonsín no estaba para un acto en el Obelisco, que era riesgoso. Les costó darse cuenta de que él era el jefe, el líder, y que lo mejor que ellos podían hacer era aceptarlo.

RH: Quizás todavía lo veían como un dirigente de la vieja guardia, de un partido al que se pertenecía casi por tradición familiar, y cuyo ámbito natural de expresión era la vida de comité. Creían que la renovación del partido iba a estar marcada por el ascenso de la juventud. En defensa de esta visión, hay que señalar que el pasado de Alfonsín no revelaba su verdadero potencial. Hacia 1983, con más de 55 años, ya era un dirigente bastante veterano, que durante tres décadas había trajinado todo el *cursus honorum* partidario sin triunfos notorios, aunque con una derrota muy digna contra Balbín en los comicios internos de 1972. Allí todavía no había nacido ese personaje sin el cual no es posible narrar la construcción de nuestra democracia.

PG: Sí, algunos todavía lo veían como un dirigente con origen en el tronco

balbinista, que venía corriéndose a la izquierda y al antiimperialismo. Ese corrimiento era atractivo para los jóvenes coordinadores. Pero para los más radicalizados, ya no para la mayoría, la verdadera transformación la liderarían ellos. Eso me parece, visto a la distancia.

RH: Esta manera de entender las relaciones entre nuevos y viejos en un punto guarda cierto paralelismo con la historia de la relación entre Perón y la juventud, entre el líder ya anciano y Montoneros. Las nuevas generaciones que se colocan detrás de una figura a la que necesitan, pero a la que piensan que pueden orientar o condicionar.

PG: Exactamente. Primero fue: "Es nuestro candidato". Luego: "¡Pero este hombre se volvió loco!". Hasta que vieron lo que fue ese acto, y comenzaron a tomar dimensión de que su liderazgo significaba algo más que una reconstrucción del partido en los términos que marcaba su historia pasada.

RH: Alfonsín fue central en tu descubrimiento de la democracia, concebida como un orden comprometido con la justicia social pero también con el respeto y la protección de los derechos individuales, receloso del abuso de poder y la violencia estatal. Sin embargo, vos también escuchabas otra campana. ¿En qué medida la izquierda que comenzaba a revisar su tradición revolucionaria, a revalorizar las instituciones democráticas y liberales, y a descubrir la importancia de agendas como la de los derechos humanos, agregó algo a esta reflexión? Y en este punto es importante volver a nombrar a Juan Carlos Portantiero, porque él fue un protagonista central de esta inflexión.

PG: Fue importante, claro. Pero en mi experiencia personal lo fue más Juan Carlos Torre. Era un amigo desde hacía tiempo, pero desde entonces se volvió un gran amigo, un compañero de la vida y de varios emprendimientos intelectuales. Me volví un demócrata, después un socialdemócrata, y ahora creo, como ya dije, que soy algo así como un liberal de izquierda. Portantiero fue una influencia más indirecta, porque con el Negro nos veíamos ocasionalmente, casi siempre en alguno de mis viajes a México, el lugar de su exilio y de tantos otros. Es cierto que en esos años confluimos como nunca antes en nuestra manera de ver la política y la sociedad. En el pasado, nuestros caminos no habían sido siempre los mismos. En esos años de la transición democrática logramos una gran sintonía en nuestras percepciones de la vida política. Ellos, me refiero a

Portantiero, a Pancho Aricó y a quienes los acompañaron, hicieron un trabajo de elaboración intelectual fundamental.

RH: A comienzos de la década de 1980, ese grupo de exiliados mexicanos –Aricó, Portantiero, Jorge Tula, Emilio de Ípola, Oscar Terán– solo estaba en el radar de grupos muy pequeños. Desde su retorno al país, en casi todos los casos luego de 1983, su voz comenzó a escucharse con algo más de fuerza. El Club de Cultura Socialista se fundó en 1984 y la revista *La Ciudad Futura*, la publicación que mejor expresaba a ese grupo, recién comenzó a salir a mediados de 1986. Siempre me intrigó cómo fue que estas figuras hasta entonces tan laterales en el campo político-cultural alcanzaron tanto ascendiente intelectual sobre Alfonsín.

PG: Lo que ellos hicieron fue muy valioso. Pero yo llegué a la convicción democrática, diría incluso emocionalmente, gracias a Alfonsín. Fue él quien me transmitió su valor, por televisión. Eso fue lo importante. Y allí convergimos con Portantiero, porque cuando él volvió a la Argentina se armó el grupo Esmeralda, en cuyas discusiones, ya sumado al gobierno de Alfonsín, a veces participé. El grupo Esmeralda redactó varios documentos; entre ellos, el muy conocido discurso de Alfonsín en Parque Norte de 1985.

RH: Contá cómo fue tu acercamiento al equipo económico de Alfonsín. No estuviste en el primer pelotón.

PG: En este punto tengo que hacer un rodeo y decir algo sobre Adolfo Canitrot, que sí perteneció al grupo fundador y que había sido, desde un tiempo atrás, una influencia decisiva para mí. Oscar Braun, y sobre todo Guido Di Tella, fueron muy importantes en mis años de estudiante, y me ayudaron a hacerme economista. Con Guido, además, tuve mi primer contacto sistemático con la historia económica. Pero la cabeza más brillante que conocí en esta disciplina fue Canitrot. La interacción con Guido y Oscar fue muy enriquecedora, pero creo que Adolfo es uno de los grandes economistas argentinos. Aprendí mucho de él.

RH: Entonces, antes de volver sobre los años de Alfonsín, decí dos palabras sobre tu relación con Canitrot, y sobre las razones que justifican esta valoración. ¿Cómo se conocieron?

PG: Fue a comienzos de los años setenta. Aunque mi memoria es algo

imprecisa sobre nuestros primeros contactos, sí recuerdo que hacia 1972 me invitó a dar unas clases en la Facultad de Arquitectura. El decano había tenido la peregrina idea de que los arquitectos tenían que saber un poco de economía, y Adolfo estaba a cargo de un curso de introducción a la economía.

RH: En ese momento, las ramas del árbol del conocimiento tenían otra forma. Cuando el desarrollismo y la planificación lo permeaban todo, esas disciplinas, economía y arquitectura, estaban mucho más cerca de lo que están en estos días.

PG: Para entonces, yo estaba formándome en el oficio de profesor. Tenía 28 años. En ese camino había tenido la ayuda de Guido Di Tella, que, como te dije, era un docente fantástico y me había llevado a trabajar con él en la Universidad Católica. Le gustaba esta estrategia: nos poníamos frente a frente y generábamos una discusión, un diálogo, sobre el tema de la clase de ese día. Él tomaba una posición y yo otra, y después invitábamos a los alumnos a que participaran de alguna de esas dos posiciones y aportaran su punto de vista. Tuvimos muy buenos alumnos, entre ellos a Gerry della Paolera, Javier Ortiz, Diego Petrecolla. Gerry y Javier son hoy dos historiadores económicos de primera línea.

RH: Ideas originales y claridad para exponerlas no siempre alcanzan para convertirse en un buen docente. Montar una buena *performance* también ayuda a captar la atención de los estudiantes. El profesor como actor.

PG: Eso es lo que hacía Guido, y es también lo que hacía Adolfo. Ambos tenían una enorme ductilidad para transmitir sus ideas y ambos eran provocadores. Adolfo era, además, muy penetrante. Con él, en el curso en Arquitectura que recién mencionamos, comencé dando clase como ayudante, a grupos de treinta o cuarenta estudiantes. Y un día me preguntó: “¿Querés dar una clase teórica?”. Era una clase de mayor envergadura, y había que ofrecerla a la mañana y repetirla a la noche, para un público de unos doscientos cincuenta estudiantes en cada turno. Entonces, a la mañana di mi clase, con pizarrón, gráficos y fórmulas, todo bien convencional. Cuando terminé, Adolfo, que estaba presente, me miró con el ceño fruncido, su famoso gesto a la Lee Marvin, y me dijo: “Si tenés cinco alumnos, podés dar clase; si tenés cincuenta, hacé un poquito de show; pero si tenés doscientos cincuenta hacé teatro y nada más que teatro. Algo quedará”. Y

con esa regla la clase de la noche me salió mucho mejor.

RH: Decías recién que Canitrot fue el economista argentino más destacado que conociste…

PG: El calificativo de destacado tiene un problema, porque no sé si entonces era reconocido de la manera en que quizá lo es hoy, o si todos comparten mi valoración. Sé que, en algún momento de la década de 1990, fue propuesto para ingresar a la Academia Nacional de Ciencias Económicas, pero fue rechazado. Y que la candidatura de Adolfo Canitrot no haya reunido el número de votos suficientes no habla mal de él; habla muy mal de aquella institución. En la Academia de nuestros días, con su actual composición, sería votado por unanimidad. Tenía imaginación económica, capacidad de síntesis, originalidad.

RH: Los historiadores tenemos muy presentes dos de sus trabajos, ambos aparecidos en la revista *Desarrollo Económico*. El primero es "La experiencia populista de redistribución de ingresos". El segundo, quizá más influyente, es "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976". Este artículo fue muy importante para entender qué se proponía el Proceso. ¿Cuál dirías que fue su gran lección?

PG: El enfoque: mirar no la economía o la historia económica sino la historia de la política económica, y hacerlo con un examen profundo de los procesos decisorios. O, dicho de otro modo, no mirar un problema determinado como si fuera solo un problema de estructura económica, sino como un problema de economía política o de política económica, con sus restricciones presupuestarias, pero también con sus limitantes sociales y políticos. En ese sentido, me gustan más sus trabajos sobre la dictadura que sobre el populismo. En la actualidad tiene más éxito su artículo sobre el populismo, pero para mí tiene algo de mecanismo de relojería que no me atrae del todo.

RH: Tu admiración por Canitrot se vuelve más comprensible si recordamos que ese tipo de aproximación también se advierte en tus trabajos. No solo fue un economista destacado sino que además fue un modelo de trabajo intelectual. ¿En qué momento se acercaron?

PG: Me volví muy amigo de él a comienzos de los años ochenta, y este vínculo se estrechó ya que durante varios años compartimos vida de familia. Adolfo me llevaba diecisiete años, pero, como tuvo un segundo casamiento tardío, mis hijos no son mucho menores que los suyos. Pasamos varios veraneos juntos en la costa, en Valeria, Ostende o Pinamar, y en la playa compartíamos la misma carpa. Y cuando Juan Sourrouille llegó al Ministerio de Economía en febrero de 1985, y Adolfo a la Secretaría de Programación, él fue el primero que me dijo: "¿Cuándo te venís?".

RH: Pero no te sumaste inmediatamente.

PG: Mi ingreso tardó en producirse. En los días de gloria del Plan Austral, la segunda mitad de 1985, yo todavía estaba fuera del gobierno. Vi con buenos ojos el lanzamiento del Plan, pese a que muchos colegas no estaban convencidos. Y me acerqué cuando los problemas ya comenzaban a sentirse. Recuerdo una anécdota de comienzos de 1986 que los expone a flor de piel, y que está asociada a mi acercamiento al equipo de Sourrouille. Cuando ya estaban terminando nuestras vacaciones –de esos veraneos todavía largos, de veintipico de días, casi un mes–, de pronto ocurrió un hecho que para nosotros fue calamitoso, porque fue la primera señal de que el congelamiento de precios no estaba funcionando, y algo se estaba moviendo en la arquitectura del Plan Austral. Fuimos con Adolfo y Hugo Rapoport, otro gran amigo que pertenecía al grupo Esmeralda, a tomar un clericó a un bar que frecuentábamos. El dueño era Benito Durante, antiguo luchador de catch de la *troupe* de Karadagian. Al pedir la cuenta, advertimos que venía con un aumento. Nos acercamos a Durante y le preguntamos por qué había subido los precios. "Y bueno, porque los precios suben", nos dijo sabiamente Benito, con toda naturalidad. Eso era catastrófico. Ahí fue donde decidí, en las malas, que era hora de empezar a escribir, todavía desde afuera, algunos artículos periodísticos en defensa del equipo de Sourrouille y del Plan Austral.

RH: Comenzaste alentando al equipo desde la tribuna.

PG: Exactamente, entré desde la tribuna, y como un barrabrava activo, peleándome con los economistas críticos del gobierno. Me convertí en un defensor, sobre todo en el debate público, del programa de Sourrouille, que era puesto en cuestión por los economistas más ortodoxos, entre otras cosas, por el congelamiento de precios. El componente antiinercial de los planes de estabilización –que más tarde esos mismos colegas terminaron reconociendo

como un valor del Plan Austral, y como un valor de cualquier programa de estabilización– en ese momento les parecía que era lo mismo que había hecho Gelbard en 1973.

RH: Estás sugiriendo que, en un momento en el que los keynesianos y desarrollistas ya habían perdido la batalla dentro de la profesión, y en el que las voces ortodoxas se tornaban dominantes, Sourrouille era visto como un heterodoxo tradicional, que persistía en avanzar por el camino equivocado. Se subestimaban los elementos originales de su programa antiinflacionario. Esto me da pie para preguntarte sobre las diferencias entre el primer equipo económico de Alfonsín, encabezado por Bernardo Grinspun, y el que lo reemplazó en 1985, liderado por Sourrouille. Es comprensible que, al inicio, Alfonsín haya dejado la gestión de la economía en manos de una persona como Grinspun. El radicalismo había sido por mucho tiempo un partido de oposición, y no había tenido la necesidad de formular una propuesta económica propia. Casi dos décadas fuera del gobierno habían ralentizado el proceso de formación de cuadros técnicos, y de actualización de sus ideas económicas y de gestión. Muchos, además, ya habían emigrado al desarrollismo tras el cisma que protagonizó Frondizi en 1955. Cuando ganó las elecciones, fue natural que Alfonsín se recostase sobre economistas que, además de militantes partidarios, habían participado en la última administración radical, la de Illia. Los desafíos que tenían por delante, sin embargo, habían experimentado un cambio cualitativo. Esos hombres –ya que por entonces los funcionarios todavía eran todos varones– habían administrado con bastante éxito la economía de la década de 1960, pero no estaban bien preparados para resolver los problemas de una economía con muy alta inflación y fuerte endeudamiento externo, y que había dejado de crecer.

PG: Te respondo evocando las ideas de esa vieja guardia radical. Traté bastante a Alfredo Concepción, que antecedió a Machinea en la presidencia del Banco Central. La coexistencia de Sourrouille en el Ministerio con Concepción en el Banco era imposible. Concepción y su equipo no veían ninguna contraindicación en emitir dinero. Para ellos, la emisión era, por definición, siempre, una buena cosa. Favorecía el crecimiento y no generaba inflación en ninguna circunstancia. Finalmente fue reemplazado por Machinea, pero creo que un poco tarde.

RH: ¿Y cómo veías a Grinspun?

PG: A Grinspun casi no lo conocí, pero sí traté bastante a Juan Carlos Pugliese, el reemplazante de Juan Sourrouille al frente del Ministerio. Me adelanto un poco en el relato. Tras la salida de Juan en 1989, Mario Vicens, Roberto Eilbaum, Ricardo Carciofi y yo nos quedamos con Pugliese para garantizar cierta continuidad en las políticas. Aprendí a quererlo en el poco tiempo que trabajamos juntos. Pugliese era una persona realmente sutil e irónica, y tenía su experiencia: había sido ministro de Economía de Illia cerca de dos años, entre 1964 y el golpe de Onganía. Y era muy consciente de sus limitaciones. Recuerdo que, en un viaje en auto a la quinta de Olivos, me confesó: "Pablo, quiero decirle algo. Esta economía no tiene nada que ver con la de los sesenta, yo no sé manejar esta economía". Nos reuníamos con Alfonsín y a la media hora él decía "Bueno, me voy", y se retiraba de la reunión. Y no es que se desentendiera o se tomara las cosas a la ligera. Era un hombre de partido, y sentía como nadie la presión de la responsabilidad. Tanto fue así que, no bien entró al Ministerio de Economía, empezó a tener como una suerte de artrosis en la mano derecha, que le impedía escribir y firmar el despacho. Cuando el caos final llevó a que Alfonsín le dijera: "Vos andate al Ministerio del Interior y le pedimos a Jesús que cierre", Juan Carlos me llamó por el intercomunicador y me dijo: "Pablo, ¿puede venir a mi oficina un minuto?". Fui. Me miró sonriente y me mostró las manos: ¡se había liberado de la artrosis! Así vivía un hombre de la vieja guardia radical ese mundo que no podía entender.

RH: Volvamos a tu ingreso al equipo económico.

PG: A principios de 1986 recibí un lacónico llamado de Juan Carlos Torre. Juan Carlos estaba al frente de lo que entonces se llamaba Subsecretaría de Relaciones Institucionales del Ministerio de Economía. "Me pide Juan que te diga si podés venir mañana", dijo. Fui al Ministerio al día siguiente y Sourrouille, tan lacónico como Juan Carlos, me dijo: "Quiero que te incorpores a mi equipo". "Cómo no", le contesté, tratando de igualarlos a ambos en la economía de palabras. Tomamos un café y me fui. Al día siguiente me llamó la secretaria de Machinea para decirme que tenía preparada una oficina en el Banco Central. Una hermosa oficina. Me instalé allí porque no había espacio disponible en el edificio del Ministerio de Economía. Solo por eso. Señal mínima pero inequívoca de que por entonces la independencia del Banco Central no aparecía como una cuestión relevante.

RH: Para entonces el gobierno no volvería a ganar elecciones, pero conservaba la iniciativa política frente a un peronismo que aún no

había terminado de recuperarse de dos derrotas seguidas, en 1983 y 1985. Y el Plan Austral, aunque comenzaba a hacer agua, aún tenía algunos logros para mostrar.

PG: No tantos. Fue en el invierno de 1986 cuando la inflación comenzó a acelerarse de nuevo, aunque no al ritmo previo. Es decir que entré al club cuando su momento de máximo esplendor había pasado, y me encontré con gente que seguía batallando, pero que era algo nostálgica de sus éxitos anteriores. No pude vivir desde adentro la alegría del lanzamiento y los primeros pasos del Plan Austral. Me hubiera gustado experimentar lo que Mario Brodersohn vivió en el Banco Nacional de Desarrollo.

RH: ¿El entusiasmo que suscitó el Plan Austral en su primer año, lleno de éxitos?

PG: Una anécdota lo pinta bien. El BANADE tenía depósitos particulares, depósitos minoristas. El Plan Austral se anunció junto con un feriado bancario y cambiario de varios días. El día en que debían retomarse las operaciones Mario llegó temprano al banco y vio una larga cola frente a la puerta, que todavía permanecía cerrada. Entró al banco y le dijo a la secretaria: “María, ¿puede acercarse a la cola y preguntarles, como si fuera una encuesta para ver por qué ventanilla tienen que ir, si vienen a depositar o a sacar?”. La secretaria fue y, luego de unos minutos, volvió y dijo: “Todos ponen”. Entonces Mario, exultante, le dijo: “¡Sírvanles café!”. Y los mozos del banco salieron a la calle con las bandejas, para agradecer el gesto y amenizar la espera. Me hubiera gustado disfrutar de un momento así.

RH: Te incorporaste como asesor del Ministro de Economía. ¿Cómo funcionaba ese grupo?

PG: La “carpa chica” eran Sourrouille, Canitrot, Brodersohn y Machinea. Eran quienes tomaban las decisiones finales. Después estábamos los demás, cada uno con su tarea. Era un grupo excelente. Algunos con alma de soldados; la mayoría con aspiraciones de coroneles. Pero nos llevábamos bien. En un lugar aparte estaba Juan Carlos Torre, el “monje negro” de la política ministerial.

RH: ¿Cómo era Sourrouille en su papel de ministro?

PG: Sourrouille es un excelente economista y un gran director técnico: dividía el trabajo, asignando a cada uno una tarea específica. Entre muchas otras virtudes, Juan es un gran organizador de equipos. Era admirable el liderazgo que ejercía, con un estilo muy suave y cordial. Decía que él no tenía equipo económico, que trabajaba con amigos. Nunca vi a una persona manejar un grupo con tanta solvencia. A veces era un liderazgo silencioso, porque no hablaba en toda una reunión, aun si había discusiones. Pero después te llamaba aparte y limaba asperezas o redondeaba iniciativas. Mantuvo todo el tiempo cohesionado a un equipo de *vedettes*. Logró mantener el control del equipo y asegurar la cordialidad entre todos sus colaboradores, cosa que no es fácil con tantas *prima donnas*.

RH: ¿Vos te sentías una de ellas?

PG: No, pero hubo dos episodios que alimentaron mi ego. El primero fue que, a poco de incorporarme, Sourrouille me dijo: "Venite a comer conmigo a Olivos". ¿Qué más podía esperar, que cenar con Alfonsín? Yo había conocido a Alfonsín en 1978 en Costa Rica, en una conferencia convocada para debatir la situación latinoamericana. Él había escuchado allí mi exposición sobre la economía argentina, pero yo no podía imaginar que la recordara. Alfonsín nos recibió en la puerta de la residencia de Olivos, luciendo uno de sus típicos cárdigan. Al entrar al comedor, le dijo a Sourrouille: "Juan, usted siéntese al lado mío, déjeme tenerlo enfrente a Pablo así yo puedo charlar con él". Y sin mirarlo a Sourrouille, dijo: "Porque Pablo es la primera persona que me enseñó algo de economía". Yo sabía que era una mentira absoluta, pero me derretí. Alfonsín sabía cómo cautivar.

RH: Destrezas fundamentales para robustecer el liderazgo: decirle a cada uno lo que quiere escuchar, establecer un vínculo singular con cada colaborador.

PG: Así es. Y el segundo mimo que recibí fue que, casi simultáneamente, me invitaron a participar de las reuniones del sábado a la mañana en el despacho de Sourrouille. Eran encuentros con agenda abierta. Eso te permitía elevarte un poco del día a día y discutir los grandes lineamientos de política económica. También te enterabas de los problemas del resto del equipo. En esos encuentros participaban, además de los cuatro de la "carpa chica", Juan Sommer, Jorge Gándara, Roberto Frenkel, Carlos Bonvecchi, Ricardo Carciofi, Ricardo Mazzorín, y algunos más que se me escapan.

RH: A Mazzorín, el secretario de Comercio, siempre se lo recuerda por el episodio desafortunado de la importación de una partida de pollos congelados que terminaron pudriéndose en una cámara de frío, y que lo hizo víctima de burlas y hostigamiento.

PG: Sí, Ricardo era una figura muy importante en ese equipo, un hombre respetado e influyente, de trabajo muy prolijo. Fue tremendo lo que le pasó, y siempre me digo que no supimos defenderlo bien. En su momento, él creyó que la acusación era tan ridícula que no valía la pena defenderse y dejó que el escándalo creciera. Ahí aprendí que siempre hay que enfrentar a la prensa y decir "esto es una ridiculez por tal y cual razón", aunque a vos te parezca que no merece la pena. La comunicación es fundamental, y en este asunto nunca hay que bajar la guardia.

RH: "Gobernar es explicar", para decirlo con la frase que popularizó Fernando Henrique Cardoso durante su presidencia. Gobernar, supongo, también puede ofrecer lecciones sobre cómo funciona una sociedad, cómo reacciona frente a los estímulos que se le prodigan desde la cumbre del Estado. Imagino que, para un observador al que le interesa ponerse en los zapatos de los personajes que estudia, y que intenta vincular el proceso de toma de decisiones con los actores y los contextos que influyen sobre la política pública, estar en el Ministerio de Economía en esos años tan difíciles debe haber sido una experiencia iluminadora. Describí entonces qué significó para vos ese paso por el equipo de Sourrouille.

PG: Fue una de las experiencias más intensas y de mayor aprendizaje de mi vida. Lo que aprendí en los libros es mucho menos que lo que aprendí en el Ministerio. Pasar por la gestión mata la soberbia y te vuelve más comprensivo de las experiencias ajenas y, si se quiere, más compasivo; por lo menos, eso me ocurrió a mí. Me ayudó mucho en mi vida académica y en mi vida intelectual. Carlos Pagni suele burlarse cariñosamente de mí diciendo que soy el Almodóvar de la historia económica. Un director de cine que vuelve bellos a los feos.

RH: ¿En ese equipo todos veían la situación de la misma manera? ¿Había distintos diagnósticos?

PG: Había matices. Algunos eran más escépticos. Pero atención: eso es intelectualmente elegante, pero paraliza. Otros, afortunadamente, no se

daban el lujo del escepticismo y eso no los hacía menos inteligentes. Machinea es una cabeza brillante y activa, que nunca dejó que lo ganara el escepticismo, aunque naturalmente tuviera momentos de escepticismo. Sin gente así las cosas no pueden salir bien. José Luis es muy lúcido, pero después de sopesar pros y contras, a la hora de actuar, baja la cortina de la duda. Aunque fuera del ministro no había nadie imprescindible, en mi modo de ver las cosas ninguno era tan importante para mantener el barco a flote como José Luis.

RH: Él veía el panorama desde el ángulo que ofrece el Banco Central, donde nunca hubo muchas razones para el optimismo.

PG: Él veía todo el panorama. Solía abrir las reuniones de los sábados con un informe de situación. Eran exposiciones asombrosas, sofisticadas, que a veces costaba seguir.

RH: ¿Tenían, más allá de su mayor o menor optimismo, otro tipo de sesgos?

PG: Podría decir esto mismo de otro modo. Al comienzo, me daba la impresión de que algunos filosofábamos y otros hacían los números. Pudo parecerme una división del trabajo que nos dejaba a los “filósofos” en una posición elegante, hasta que me di cuenta de que los que hacían los números también filosofaban, y lo hacían de verdad bien. Abandoné entonces cualquier actitud autocomplaciente para con “los filósofos” a la hora de analizar el funcionamiento del equipo económico.

RH: Describí qué tareas tenías asignadas.

PG: Trabé una relación laboral muy estrecha con un señor que, en las reuniones de los sábados, se la pasaba dando vueltas alrededor de la mesa con cara de enojado, sin abrir la boca, y de vez en cuando se acercaba a Sourrouille para decirle algo por lo bajo, y luego volvía a enmudecer.

RH: Reconozco en este retrato a Juan Carlos Torre, al que ya te referiste como un “monje negro”.

PH: Como subsecretario de Relaciones Institucionales de la Secretaría de Coordinación Económica, Juan Carlos era el encargado de preparar

discursos para Sourrouille, y a veces también para Alfonsín. Y una de mis tareas era ayudarlo a preparar esos textos. Hicimos varios discursos, y no poco “relato”. La segunda tarea que me encargó Sourrouille fue trabajar en un programa de modernización del Estado.

RH: Dominado por el imperativo de controlar la inflación, el Plan Austral no incorporó un programa de reformas económicas. Pese a que la Argentina llevaba una década de resultados muy decepcionantes, incluso con caída del producto per cápita, todavía se hablaba poco de iniciativas que ayudaran a relanzar el crecimiento y tornaran más eficiente y solvente al Estado. En la Europa continental, las administraciones socialdemócratas avanzaban por ese camino. Aquí, en cambio, esa agenda pertenecía a la derecha. La voz que se escuchaba con más fuerza en la esfera pública, creo, era la del fiscalismo, crudo y recalcitrante, de Alsogaray y sus seguidores, en parte inspirado en lo que estaba sucediendo en Estados Unidos y Gran Bretaña. Este discurso tocaba una fibra sensible en el mundo de las clases medias –la UCeDe hizo una buena elección en 1987–, pero su receta se limitaba a celebrar el uso de la tijera de podar. Querían achicar más que reformar. Las reformas suelen ser costosas, al menos en el corto y mediano plazo, sobre todo si están pensadas como un instrumento dirigido a incrementar la eficiencia del gasto público o el dinamismo del sector privado sin dañar la equidad.

PG: Me parece muy importante la diferencia entre ajuste y reforma económica. En el corto plazo puede dominar la dinámica del ajuste, y es muy difícil congeniar esa dinámica con el espíritu reformista, que como acabás de decir es casi ineludiblemente demandante de fondos. Las reformas económicas eran necesarias. Yo me venía ocupando de este tema desde un tiempo atrás. Había escrito un *paper* con Carlos Bozzalla, “Posibilidades y límites de un programa de estabilización heterodoxo: el caso argentino”, que había hecho circular antes de llegar al gobierno (más tarde salió publicado en *El Trimestre Económico*). Allí decíamos que al programa de Sourrouille le faltaba, entre otras cosas, un capítulo de reformas, una mirada que fuera un paso más allá de la macroeconomía de corto plazo. Ese artículo no pretendía ser una crítica, sino llamar la atención sobre el problema.

RH: En un documento elaborado por el equipo económico a fines de 1986, que circuló en la prensa, se puso el tema sobre la mesa, creo que por primera vez. Vos tuviste una participación activa en su elaboración. Allí se hablaba de la crisis fiscal del Estado y la erosión de

sus fuentes tradicionales de recaudación, de la extendida disconformidad ciudadana con la calidad de la oferta de bienes públicos, de los problemas del Estado empresario. Se perfilaba una visión de la reforma que iba más allá del control del gasto público o el tamaño del Estado.

PG: La reforma que proponíamos tenía dos ejes: una reforma del Estado en su dimensión fiscal, y una reforma para abrir la economía y aumentar las exportaciones. De los temas de la apertura económica se encargó Adolfo, y yo me ocupé, por instrucción de Juan, de los referidos a la reforma del Estado. Esto enganchaba con el espíritu del discurso de Parque Norte, y de hecho tuve varias conversaciones con las personas que integraban el grupo Esmeralda (con Emilio de Ípola, Juan Carlos Portantiero, Hugo Rapoport), y fui varias veces a hablar al Club de Cultura Socialista sobre la cuestión.

RH: Al dejar de lado la tradición revolucionaria y abrazar el ideal de un socialismo democrático, esa izquierda se estaba encontrando con la reforma como problema central de la política pública. Sin embargo, no sé hasta qué punto la reforma económica era un tema que los principales animadores del Club identificaban como prioritario. Me parece que su atención estaba más concentrada en el debate sobre cómo actualizar el legado de la tradición socialista y cómo se relacionaba ese legado con las instituciones y la cultura de una sociedad democrática. Más importante: la reforma del Estado también era una problemática ajena a la tradición radical. El hecho de que el programa de modernización solo cobrara volumen político tras el ingreso al gobierno de un extrapartidario como Rodolfo Terragno, en septiembre de 1987, creo que dice algo al respecto. Por supuesto, tampoco estaba presente en la agenda del peronismo, ya fuese en su vertiente ortodoxa o renovadora, o de los partidos de izquierda.

PG: Así es. La reforma del Estado comenzó a discutirse sistemáticamente y con más visibilidad pública desde la entrada de Terragno al gobierno. Como ministro de Obras Públicas, empujó un programa de modernización y en algunos casos de privatización de empresas públicas. Me tocó oficiar de vínculo entre Terragno y su gente y el Ministerio de Economía. Terragno es una persona difícil, pero nos entendíamos, y compartíamos la idea de que la reforma del Estado era un tema importante. Pero es cierto que no todos pensaban así. Con el tiempo me fui dando cuenta de que para muchos integrantes del gobierno las reformas estructurales no eran más que un artilugio. Las veían como el trago de aceite de ricino que permitía conseguir

financiamiento del Banco Mundial. En el Ministerio de Economía casi todos estábamos de acuerdo con que había que encarar la apertura de la economía y la reforma del Estado. En el partido, sin embargo, ese consenso no existía. "Estamos saliéndonos de nuestra doctrina, de las tradiciones del radicalismo, de la Declaración de Avellaneda", decían algunos, o muchos.

RH: En un gobierno en bancarrota y sin acceso al crédito, la sed de financiamiento era más fuerte que la vocación reformista. Y eso achicaba el horizonte y hacía más difícil poner en marcha un programa de reformas dirigido a incrementar la calidad del gasto público. Ya lo subrayamos: las buenas reformas, consensuadas, inclusivas y sustentables, muchas veces requieren un horizonte de mediano y largo plazo, además de recursos. Esas condiciones no estaban presentes. No solo hubo pocas reformas sino que, cuando finalmente llegaron, en especial en los primeros años de la primera presidencia de Menem, se parecieron mucho a un mero programa de privatizaciones, con el cariz salvaje que todos conocemos.

PG: A mí, la experiencia de gobierno me sirvió, entre otras cosas, para escribir un libro y varios artículos sobre las privatizaciones de Menem. Pero te voy a contar una anécdota que refleja cómo las dificultades de corto plazo marginaban muy comprensiblemente una discusión más profunda sobre cómo encarar los problemas estructurales: la reforma del Estado, la apertura de la economía, la introducción de mayor competencia en una economía muy concentrada y monopólica. Eran temas que la socialdemocracia moderna o el liberalismo progresista estaban poniendo en la agenda en Europa, y que acá también comenzamos a pensar. En un momento dado, cuando hubo que anunciar alguno de los devaluados planes de estabilización que siguieron al Plan Austral, recibí un llamado de Mario Brodersohn: "¿Puedo pasar por tu oficina?", me preguntó. "Pero sí, claro, si querés voy a la tuya", le contesté, aceptando la diferencia de rango. Pero fue él el que vino, y con sinceridad algo brutal me dijo: "¿No me tirás un par de reformas estructurales, que tenemos que anunciar un ajuste?". Mario es una persona a la que quiero mucho, pero así veía él la reforma económica: un ropaje elegante con el que vestir el anuncio de un ajuste.

RH: Te pido que reconstruyas cuál era entonces tu diagnóstico sobre los principales problemas de la economía argentina. Algo decías recién, hablando de una economía pequeña y poco abierta al intercambio. También subrayabas las limitaciones de la vieja guardia radical para comprender y orientar la economía de los años ochenta.

Visto a la distancia, un dato central del nuevo cuadro era que el recurso masivo al endeudamiento externo durante los años del Proceso había dejado como legado un cuadro de insolvencia fiscal estructural. La demanda de dólares para atender estos compromisos acentuaba problemas muy arraigados de una economía con un débil perfil exportador, que hacía ya varias décadas mostraba dificultades para generar las divisas que necesitaba su sector industrial, poco competitivo y excesivamente volcado sobre el mercado interno. Así, a la vez que trababa la expansión del sector manufacturero, esta redoblada restricción externa condicionaba la orientación del gasto, comprometía la salud de las cuentas públicas y deterioraba la calidad de las prestaciones del Estado. Y acentuaba ese otro gran problema que había nacido en la tercera presidencia de Perón: el régimen de muy alta inflación, que ya contaba con una década de vida, y que había sido la razón de ser del Plan Austral. ¿Era esto lo que entonces veían? ¿Dónde estaban los grandes problemas?

PG: Básicamente eran los mismos que veo hoy: una economía semicerrada con baja capacidad exportadora –para mí, la cuestión central– y un problema de financiamiento del sector público en su triple rol de Estado mínimo liberal, Estado productor y Estado de bienestar. La Argentina tenía –y tiene– problemas para financiar ese triple rol del Estado, y por ello eran necesarias las reformas. Acordate que el Plan Brady, que aliviaba un poco el problema del endeudamiento externo, recién apareció en 1989. Esa presión era enorme. Las reformas debían incluir privatizaciones para aliviar la excesiva presión de la sociedad sobre el Estado. La idea era que la reforma del Estado podía ayudar a la disciplina fiscal de un modo más permanente. Con el tiempo me di cuenta de que ese era un diagnóstico liberal, o liberal moderado. Insistí bastante sobre esta visión, que sirvió como fuente para varios discursos de Sourrouille y de Alfonsín. Sin embargo, tengo mis dudas sobre cuán convencidos estaban en la Unión Cívica Radical, o incluso el propio Alfonsín, de que este diagnóstico era acertado.

RH: Fue el deterioro de la situación económica a partir de 1987 lo que le torció el brazo al gobierno y le hizo tomar un camino del que muchos de sus integrantes recelaban. Para entonces, sin embargo, ya era tarde. Tras la derrota electoral de 1987, cuando Terragno fue designado ministro de Obras Públicas, el gobierno ya estaba muy en minoría en el Congreso, y había perdido capacidad de iniciativa política. A esto hay que agregar que, entre los votantes de Alfonsín, esa demanda era débil o inexistente, y lo mismo puede decirse de los

grupos partidarios sobre los que Alfonsín se apoyaba. No veían a la reforma como parte de una agenda progresista. De hecho, quienes tomaron esa bandera en la elección de 1989, comenzando por Eduardo Angeloz, el candidato a presidente, estaban a la derecha de Alfonsín.

PG: El clima de sospecha existía dentro del partido. Tenían razón, y a la vez no tenían razón, porque la realidad demandaba un cambio. De todos modos, los resquemores fueron perdiendo fuerza con el tiempo. Hablamos mucho con dirigentes radicales, en particular de la Coordinadora, para mostrarles que no se podía seguir así. Fue una tarea de convencimiento que no dio frutos inmediatos, pero fue cambiando las mentes de esos dirigentes que hoy tienen 60 y pico de años.

RH: La generación de Jesús Rodríguez...

PG: Los Jesús Rodríguez, los Coti Nosiglia, los Facundo Suárez Lastra, los Marcelo Stubrin. Hoy, todos ellos piensan de una manera muy distinta a lo que era el sentido común radical de mediados de la década de 1980.

RH: Aprendieron a los golpes. Y el final del gobierno de Alfonsín les deparó una dura paliza. ¿Qué hizo naufragar el programa de estabilización? ¿Qué hizo que el fracaso económico de la gestión Alfonsín fuese tan dramático, y terminara en la hiperinflación?

PG: La gravísima situación externa. La deuda impagable –pero que los organismos internacionales y el gobierno de los Estados Unidos no aceptaban como impagable– fue el principal determinante del fracaso. Pero hubo decisiones que tampoco ayudaron. Hay un artículo de José Luis Machinea publicado por el CEDES que lo explica muy bien. Poco después del lanzamiento del Plan Austral se otorgó un aumento a los jubilados que desequilibró las cuentas fiscales. Ese aumento era innecesario para ganar las elecciones de noviembre de 1985. Ya dije que en el invierno de 1986 la inflación estaba de regreso. En febrero del 87, ante el deterioro de la situación, se hizo una segunda versión, menos consistente, del Plan Austral. Alfonsín lo pedía, aun cuando el nuevo plan no tuvo mucha coherencia interna. Unos días después, Carlos Alderete, del sindicato de Luz y Fuerza, fue designado ministro de Trabajo. Desde entonces, se hicieron demasiadas concesiones al sindicalismo, con la idea de dividirlo y de acercar al gobierno una fracción de la dirigencia gremial. Esto, sumado a la intensidad creciente del discurso del Tercer Movimiento Histórico, me llevan a pensar que

Alfonsín estaba trabajando para proyectar su liderazgo más allá del fin de su mandato. No quiero decir para una reforma constitucional que le abriera el camino a la reelección, pero sí para una que lo situara en una posición de poder en un régimen de presidencialismo atenuado. Eso le agregó dificultades a la marcha de la economía. Quiero decir, dificultades adicionales a las que provenían del frente externo.

RH: Si nos ponemos en los zapatos del Alfonsín de 1986, esa ambición resulta comprensible. Los resultados de las elecciones de noviembre de 1985 confirmaron que la sorpresa de octubre de 1983 no había sido un episodio aislado. También contaba el triunfo en el plebiscito por el Beagle, de fines de 1984, en el que el grueso del peronismo había sufrido una derrota humillante. Tres victorias seguidas parecían indicar que la mayoría electoral peronista ya no era tal. El gobierno tenía ante sus ojos un horizonte político muy prometedor, en verdad inédito para un partido no peronista. Pero para terminar de consolidarse necesitaba ampliar su coalición hacia los sectores trabajadores, que seguían constituyendo un electorado esquivo para la propuesta radical, y sobre todo, fracturar al sindicalismo, que se había abroquelado para resistir el avance radical y que desde el comienzo complicó mucho al gobierno. No sorprende que Alfonsín estuviera decidido a explotar esa oportunidad, aun cuando tuviera que pagar costos muy altos en otros frentes.

PG: Después de ganar las elecciones de noviembre de 1985, en gran medida gracias al éxito inicial del Plan Austral, Alfonsín creó el Consejo para la Consolidación de la Democracia. Fue en diciembre, y reunió figuras de las más diversas procedencias políticas. Uno de los temas principales de la agenda fue la democracia parlamentaria. Alfonsín alumbró la idea de un jefe de Gabinete como conductor del gobierno. Quizá pensó que, una vez que triunfara en las siguientes elecciones intermedias, las de 1987, se abrirían las puertas para una reforma constitucional en esa línea y se pensó a sí mismo como jefe de Gabinete hasta tanto pudiera ser nuevamente reelecto en los términos fijados por la antigua Constitución. La amenaza latente y cotidiana de un golpe militar y la valoración negativa que hacía Alfonsín del peronismo conduciendo el proceso de construcción democrática alimentaban esa convicción de que solo habría democracia si se prolongaba su liderazgo al frente del Poder Ejecutivo, una vez como presidente, otra vez como jefe de Gabinete, y así en lo sucesivo, mientras la biología se lo permitiera. Si para ello había que sacrificar la disciplina económica, pagaría ese costo, porque la prioridad era la consolidación de la democracia. A

comienzos de 1987, en Economía se percibía esta demanda: “No me molesten con la calidad técnica del plan de estabilización, quiero un plan de estabilización que me permita ganar la elección”, era el mensaje tácito. Luego de que la nueva victoria electoral tuviese lugar, se lanzaría la idea de la reforma de la Constitución.

RH: Y cien años de democracia… radical. El nuevo régimen político democrático como creación alfonsinista: el Tercer Movimiento Histórico, la síntesis y superación de los legados de Yrigoyen y Perón. El entusiasmo de los radicales entonces era grande. Y animó el sueño de eternizarse en el poder, esa aspiración que también tentó a otros proyectos que se querían fundacionales, siempre en nombre de las grandes ideas del momento: el imperio de la voluntad ciudadana con Yrigoyen, el país de la justicia social con Perón, más recientemente el movimiento de la reparación social con los Kirchner. En algunos aspectos, por tanto, su formulación era menos rupturista de lo que el propio Alfonsín quizá creía: una de sus premisas era que la vigencia de la democracia pluralista no podía asegurarse sin él. Esta idea reactualizaba rasgos centrales de nuestra tradición política, como el personalismo y cierta hostilidad al pluralismo político.

PG: Visto desde hoy, digo: desde el comienzo de la democracia, todos –es decir, Alfonsín, Menem y los Kirchner– tuvieron su “vamos por todo”. Y no es una crítica. Cualquier político, desde Cornelio Saavedra, ha tenido su “vamos por todo”. Alfonsín estaba convencido de que el peronismo no podía gobernar la transición democrática, pese a que Cafiero pronto apareció como un candidato capaz de asegurar la renovación democrática de su partido. Que yo sepa, Alfonsín nunca verbalizó esta visión sobre su liderazgo. Pero creo que la aspiración a ser reelegido o alguna otra forma de prolongación en el poder estuvo presente en él todo el tiempo.

RH: Al margen de las duras restricciones externas, imposibles de ignorar o subestimar, tu visión es que la ambición política de Alfonsín erosionó la disciplina fiscal necesaria para asegurar el éxito del programa de estabilización.

PG: En parte. Para ser honesto, no sé cuánto mejor hubiera marchado la economía sin ese ingrediente político. Pero no puedo dejar de tomar en cuenta que, de todos los países latinoamericanos que soportaron la crisis de la deuda en los años ochenta, la Argentina fue el que peor la pasó. Y esto no

tiene nada que ver con lo que hizo Sourrouille. Alguien podría decir que poner toda la culpa sobre Alfonsín es no ver las características de la sociedad argentina, muy difícil de gobernar y mucho más difícil de reformar. Creo que algo de esto hay, pero poner todo el problema allí es escapismo si el que conduce dice: “Yo soy el único que puede hacer esto, y para conseguir la reelección o la reforma constitucional a veces tengo que aflojar la disciplina económica”. José Luis Machinea le advirtió muchas veces a Alfonsín, y además lo escribió (“Debimos haber defendido más la disciplina fiscal”). Por eso me hago estas preguntas. De todas maneras no sé si todos los miembros de aquel equipo económico piensan lo mismo.

RH: Artífice primero de la transformación del radicalismo, luego figura central en la definición del rumbo de la transición democrática, más tarde promotor del Juicio a las Juntas y de la afirmación del Estado de derecho: no es difícil ver por qué Alfonsín pensaba que no habría consolidación democrática sin su liderazgo.

PG: Sí, y además es comprensible que un hombre hostigado, en circunstancias de mucha incertidumbre, no sabiendo si al día siguiente se despertaba con un militar apuntándole con un revólver en la cabeza, piense: “No puede haber otra conducción que no sea yo”. Pero tengo la impresión de que el desenvolvimiento de la economía podría haber sido algo mejor si el objetivo político no hubiera chocado a veces con la idea de llegar ordenadamente hasta el final. Un indicio es que ese plan de febrero de 1987 que mencioné, un plan improvisado, solo tenía sentido si el objetivo era ganar a toda costa las elecciones de septiembre de ese año. Ganar las elecciones es un objetivo legítimo, pero el precio a pagar fue muy elevado, y finalmente significó un alto costo político. Y cuando a fines de marzo Alderete entró al gobierno, se pagó un costo todavía mayor. El gobierno hizo concesiones importantes, estructurales, a cambio de la promesa implícita de que el movimiento obrero peronista, o parte de él, lo iba a acompañar. Pero pocos días antes de las elecciones de 1987 los sindicalistas dijeron “Buenas noches”, y salieron del gobierno. En mi opinión, fue un error de cálculo de Alfonsín.

RH: Recién decías que, desde muy temprano, Machinea comenzó a llamar la atención sobre las iniciativas que deterioraron la disciplina necesaria para sostener el programa antiinflacionario. Pero no mencionaste a otros altos funcionarios del equipo económico.

PG: Lo de Machinea era la voz de alguna gente del Ministerio de Economía. No estoy seguro que de todos.

RH: Después de la derrota electoral de 1987, el proyecto de continuar en el poder se evaporó. Giremos la atención hacia ese momento, el del deterioro, y luego el derrumbe, del gobierno de Alfonsín. ¿Qué sucedió en el Ministerio de Economía después de las elecciones?

PG: A poco de pasadas esas elecciones anunciamos un tercer plan económico, en parte para corregir las inconsistencias del segundo. Duró poco. Los actores económicos ya descontaban lo que iba a pasar, por lo que el efecto buscado se esterilizaba rápido. Por ejemplo, antes de sentarse a la mesa a firmar un acuerdo de precios, los empresarios ya los habían aumentado.

RH: Para entonces, ya electo gobernador de Buenos Aires, Antonio Cafiero se había convertido en la figura dominante de un peronismo no solo victorioso sino también renovado. Se probaba el traje de presidente y quería una transición lo más ordenada posible.

PG: Y muy colaborativa. Una prueba de ello es que entonces se aprobó una Ley de Coparticipación, algo muy difícil de hacer incluso en circunstancias normales. Si esa colaboración, que lo acercó bastante al gobierno, lo perjudicó a Cafiero como candidato, es otro cantar. Ese escenario duró hasta julio de 1988.

RH: Es decir, hasta las elecciones internas del peronismo en julio de 1988, en las que, para sorpresa de muchos, un político de una provincia marginal como Carlos Menem venció a Cafiero, que dominaba el aparato partidario en los mayores distritos del país, y se convirtió en el candidato a presidente del justicialismo. En su momento, Alfonsín había alentado el crecimiento de Menem, de modo de restarle envergadura a la renovación representada por Cafiero.

PG: El triunfo de Menem nos acortó mucho el horizonte. Nosotros estábamos preparando un plan nuevo, otro más, y tuvimos que apurarlo cuando vimos cómo se complicaba el panorama político. El Plan Primavera, de agosto de 1988, fue tan inconsistente como los de febrero y octubre de 1987. Y al anunciarlo se vio cierta candidez: había incorporado una forma de cobrar retenciones a través de un sistema de tipo de cambio múltiple que

anunciamos justo dos semanas antes de la inauguración de la Exposición de la Rural.

RH: La consecuencia fue la gran silbatina que los socios de la Rural le regalaron a Alfonsín en Palermo.

PG: Sí, efectivamente. Me involucré mucho en la elaboración del Plan Primavera, a las órdenes de Machinea, que coordinó el trabajo. Y esa fue una experiencia muy dramática para mí. Tuve una muy temprana conciencia de muerte, ya desde adolescente, que me marcó mucho a lo largo de mi vida. Con el tiempo aprendí a convivir con ella, pero en esos momentos de mucha presión no pude manejarla. En septiembre de 1988 tuve un ataque de pánico. Ni siquiera podía cruzar el umbral de mi casa; tomar el ascensor me daba ataques de terror. Creí que ya no podría volver a trabajar en el Ministerio.

RH: Te sobrepusiste, sin embargo...

PG: Pero con la conciencia de que, pese a que ese equipo tenía habilidades maradoneanas, el Plan Primavera no iba a funcionar. Hasta que el 6 de febrero de 1989 –el famoso 6 de febrero en que todo se vino abajo–, ya casi sin reservas en el Banco Central, y sin el apoyo del Banco Mundial, no tuvimos más remedio que liberar el tipo de cambio. El dólar comenzó a subir y avanzamos hacia el período hiperinflacionario final.

RH: Ese brote hiperinflacionario, con la inflación desbocada y acelerándose mes a mes, fue una experiencia dramática. Cuando en febrero el Banco Central se quedó sin reservas para contener una corrida, restaban diez largos meses para el final del mandato. Además, todavía faltaban tres meses para las elecciones presidenciales del 14 de mayo.

PG: Tras la derrota de 1987, Alfonsín había actuado rápido, designando a Eduardo Angeloz como candidato. Así que ya había un nombre. Y fue entonces cuando Sourrouille me pidió que colaborara en la campaña, como nexo con el equipo de Angeloz. “Hacele unos papeles a este hombre”, me decía mi amigo Juan Sourrouille, el hombre lacónico. Así que, cuando me sobrepuse al ataque de pánico, me puse en contacto con el candidato. Todos sus asesores me miraron con cara agria, porque “venía la hiperinflación a darnos lecciones”. Allí estaban Roberto Cortés Conde, Juan José Llach y

Ricardo López Murphy. Y había gente de FIEL, de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas.

RH: Salvo Ricardo López Murphy, nacido en una familia radical, los demás no provenían del tronco partidario. Un denominador común es su mayor proximidad al pensamiento ortodoxo. Ese equipo daba crédito a la visión que lo describía como el candidato del ajuste.

PG: A Juan José Llach, que es un social-cristiano, es difícil llamarlo un ortodoxo puro. Pero sí, sin duda eran más ortodoxos. Trabajé poco con ellos al servicio de la nueva candidatura, ya que yo era la voz del equipo de Sourrouille, que estaba de salida. Cuando llegué por primera vez a su oficina, Angeloz me llamó a un costado. Me hizo la pregunta que debía hacerle a alguien que venía del equipo de Sourrouille: "¿Por qué les fue mal? Contame por qué les fue mal". Le hablé de una situación imposible ya en el punto de partida, que nunca cambió. El Plan Brady recién apareció en el horizonte cuando estábamos saliendo del gobierno. No le hablé de los costos económicos del Tercer Movimiento Histórico porque en ese momento no lo tenía tan claro. Y creo que, de haberlo tenido claro, tampoco se lo hubiera dicho.

RH: Me pregunto si tu visión del proyecto político de Alfonsín no cobró otro sentido a la luz de los intentos reeleccionistas posteriores. A fines de la década de 1980, era difícil situar a Alfonsín en una trayectoria más amplia: el escenario tenía mucho de novedoso, su principal figura no encajaba en el molde del político radical tradicional. Pero luego de Menem y los Kirchner, esa *rara avis* que fue el primer presidente de la democracia puede verse como parte de una historia más larga, donde la vocación por concentrar poder aparece como una constante, y las circunstancias específicas que inspiraron cada proyecto y que legitimaron sus aspiraciones –la consolidación de la democracia, la transformación económica, la reparación del daño social provocado por el derrumbe de la Convertibilidad– se presentan como factores de naturaleza más circunstancial. Y entonces se acentúan los parecidos no solo con Menem y los Kirchner, sino también con Yrigoyen y Perón. La trayectoria de la democracia a lo largo del siglo nos da otra perspectiva sobre sus principales proyectos con vocación hegemónica.

PG: Lo que enseña la mirada del historiador, ¿no? Creo, de todos modos, que el "vamos por todo" de Alfonsín tuvo sus particularidades, que lo

separan de la experiencia peronista anterior. Alfonsín quiso convertir al radicalismo en una fuerza predominante, pero con tonalidades socialdemócratas, con las tonalidades de la vieja socialdemocracia. Quiso ganarle la partida al peronismo, pero sin convertirse al populismo. Alfonsín no hablaba de "pueblo"; hablaba de "movimiento obrero". Perseguía la utopía de una gran coalición de clases medias y trabajadores en un marco democrático liberal. Hubiera sido asombroso que le saliera bien.

RH: En esa conversación con Angeloz, entonces, el núcleo de tu argumento giraba en torno a que el fracaso era inevitable debido a las restricciones que habían tenido que enfrentar.

PG: En el momento en que él me lo preguntaba, hacia fines de 1988, la situación era desastrosa, por dos razones. Primero, por la crisis de la deuda con la que habíamos asumido y que nos había acompañado durante todo el gobierno. Segundo, por la natural prioridad de la consolidación democrática por encima de cualquier otro objetivo. Y le transmití más débilmente que en algunos momentos hubiéramos debido ponernos más firmes. "Pero eso, doctor", le dije, "eso es algo que le digo ahora y no sé si tiene valor para usted, porque en ese momento no lo pensábamos de ese modo".

RH: La relación entre Sourrouille y Angeloz terminó mal, en medio de un escándalo. Cuando la corrida cambiaria parecía no tener fin, en marzo de 1989, Angeloz pidió a través de la prensa la renuncia de Sourrouille, aparentemente sin consultarlo antes con Alfonsín. Celebró su renuncia con un exabrupto: "Le pegué entre ceja y ceja", se ufanó. Angeloz era el candidato presidencial de un partido muy dañado por el fracaso de su política económica que, además, corría atrás de Menem en las encuestas sobre intención de voto. Es comprensible que quisiera tomar distancia de un ministro muy desgastado al que, por otra parte, muchos hombres del radicalismo no sentían como uno de los suyos. De todos modos, fue una frase de una agresividad notable, un eco de los años de la violencia. Hoy no podría pronunciarse.

PG: Eso precipitó la renuncia de Sourrouille, que fue reemplazado por Pugliese, del que ya hablamos, un hombre del partido. Esos dichos de Angeloz fueron, para mí, como la experiencia con Bittel: hasta aquí llegué, me dije. Y le pedí a Juan que me relevara de la tarea de colaborar con el equipo de Angeloz. Antes de renunciar, Sourrouille me devolvió al Ministerio, pero también me pidió que siguiera con Pugliese. Mario Vicens,

Roberto Eilbaum, Ricardo Carciofi y algunos pocos más nos quedamos como último pelotón del equipo de Sourrouille. La patrulla perdida.

RH: A esa altura, sin reservas para contener el dólar y sin capital político, no tenían ya mucho para hacer, más que rogar que el tiempo transcurriera lo más rápido posible.

PG: Así es. Ya casi no teníamos herramientas a mano. Solo nos quedaba hablar y amurallarnos, defendiendo cosas indefendibles. Cuando uno integra un equipo, a veces tiene que cerrar filas y tragarse sus verdades. A veinte días de las elecciones, me tocó salir a decir ante la prensa que, para estabilizar la economía, no había mejor régimen cambiario que la flotación libre. En un escenario de ese tipo era obvio que había que ir al control de cambios, pero no teníamos ni un dólar de reserva y tampoco horizonte, ya que faltaban varios meses para entregar el poder. Y la situación era bien complicada. Nuestras expectativas estaban tan disminuidas que el último día hábil antes de la elección del 14 de mayo, una vez que cerraron los mercados, Mario Vicens trajo una botella de champagne y brindamos no porque íbamos a ganar sino porque habíamos logrado que no hubiera un colapso financiero. Brindamos porque llegamos sin la necesidad de decretar un feriado cambiario y bancario. Una débil luz en medio de la oscuridad.

RH: En circunstancias más normales, eso hubiera sido un logro bastante modesto. Lo que sugiere que estaban listos para dejar el gobierno a la primera señal.

PG: Y esa señal llegó dos o tres días después de la victoria de Menem. Mientras estábamos reunidos en el Ministerio, escuchamos por radio a José Luis Manzano reclamando “que se vayan del gobierno los últimos restos del ‘sourrouillismo’”, o del “sirraulismo”, como le decían peyorativamente. Nos miramos con Mario Vicens y Ricardo Carciofi: “Esta es nuestra oportunidad, rajemos”, les sugerí. Y allí mismo presentamos la renuncia, mientras Pugliese se estaba yendo al Ministerio del Interior y todavía no se había nombrado un ministro de Economía que lo sustituyera. Cuando recuerdo mi paso por la función pública, una de las cosas de las que más me arrepiento es esa huida final. Todavía hoy esa escapada me avergüenza.

RH: Le tocó a Jesús Rodríguez acompañar a Alfonsín hasta el final, por lo visto en bastante soledad. Lo único que tenía a su favor es que se había adelantado el traspaso del mando, y no faltaba tanto para llegar

a la otra orilla.

PG: Sí. Jesús se sintió muy dolido con nuestra huida. Tiempo más tarde, cuando lo hablamos, me puso la mano en el hombro y me dijo: “No jodas más, vos sabés: todos hacemos estas cosas”. Pese a todo, no me puedo sacar de encima ese momento de egoísmo. Porque, cuando uno está en un equipo, lo que no existe es la renuncia. La renuncia es un acto de soberbia.

3. De Menem a la Alianza

> "Hacer economía política durante la gestión de De la Rúa fue, ante todo, rezar para que el mundo se volviera amigable para la Argentina, y la Convertibilidad se volviera sustentable como consecuencia de un golpe de fortuna".

Roy Hora: Al salir del Ministerio de Economía, en mayo de 1989, volviste a la universidad. Permaneciste en ese ambiente recoleto cerca de una década, para luego volver a probar suerte en la función pública durante la primera parte del gobierno de la Alianza. Antes de hablar de esta última experiencia, quisiera detenerme unos minutos en el Pablo Gerchunoff académico, el que en esa década terminó de perfilarse. Me gustaría arrancar esta charla hablando de tu trayectoria como economista, y como economista con un sostenido interés en la historia, desde un ángulo algo distinto al que transitamos hasta acá. Te pido que dejemos en un segundo plano la dimensión biográfica y enfoquemos la atención en cómo fue cambiando tu manera de encarar el estudio de los problemas económicos de la Argentina, y cómo fuiste alterando el horizonte en que se inscribían tus preguntas. Por tradición familiar e influencia del entorno, te tocó ingresar a la vida pública desde la izquierda, es decir, desde una cultura política muy preocupada por el problema de la igualdad. No era esta, sin embargo, una temática de relevancia en la discusión académica de ese tiempo. Para los economistas de esos años, la cuestión del desarrollo –entendido en un sentido amplio– ocupaba una posición más relevante. Finalmente, en los años ochenta, el menú de temas se amplió con la inclusión del problema de las instituciones democráticas y la relación entre Estado y mercado. Quisiera preguntarte cómo viviste este tránsito en tanto economista, y qué quedó al final del camino de aquel joven preocupado por la igualdad.

Pablo Gerchunoff: En Twitter me presento como liberal de izquierda. Esto supone un cambio, un cambio respecto de cómo veía las cosas en mi juventud. Un cambio que acepta como dato la existencia en el seno de la democracia de un conflicto entre desarrollo y equidad, entre crecimiento y equidad. Soy liberal porque creo que ese conflicto solo se puede resolver en el marco de la democracia liberal, pero, a diferencia de muchos amigos, no soy estrictamente un liberal en el plano económico. En algunas cosas lo soy,

en otras no tanto. Depende de las circunstancias. Me parece que esto quiere decir que no soy un neoliberal. A veces veo al neoliberalismo como Benedetto Croce definía el liberismo, como un dogma de mercado poco interesante para un verdadero liberal, como la religión de los mercados autorregulados.

RH: ¿Qué te define como liberal, y qué te aparta del credo neoliberal?

PG: Ser liberal es defender los derechos individuales frente a toda opresión. Pero sucede que los derechos individuales no son estáticos, cambian con el tiempo, tienden obstinadamente a ampliarse, no son los mismos que los del siglo XVIII. En todo caso, los derechos pueden ser los mismos, pero lo que se amplía es la demanda por acceder a esos derechos, por ejemplo, en el caso de los derechos de propiedad. Un liberal tiene que aceptar el conflicto que genera la presión por la ampliación de derechos y procurar un equilibrio, una transacción con las restricciones económicas, sin negar el conflicto. Hay un aspecto más que define mi liberalismo en contraste con otras versiones del liberalismo. Muchos liberales se manejan con la siguiente proposición a la Stuart Mill: el mercado libre es perfecto para asignar recursos y generar crecimiento, pero no resuelve la cuestión distributiva, y eso justifica la intervención del Estado. Eso me cae más simpático. Sin embargo, estoy de acuerdo con lo segundo, pero no necesariamente con lo primero. La perfección del mercado en la esfera productiva es el dogma principal del neoliberalismo, pero yo creo que, dejando de lado una palabra tan fuerte como "perfección", los aciertos y desaciertos de los mercados autorregulados los dictamina la historia, no nuestras inclinaciones filosóficas a favor o en contra de la intervención pública.

RH: Cuando se trata de la distribución de la propiedad o el ingreso, el mercado tiende a sesgarse en favor del capital. Una lección que, para tiempos recientes, nos recuerdan Milanovic y Piketty. Solo en circunstancias muy singulares sucede lo contrario. Cuando se trata de estimular el crecimiento, el mercado a veces funciona, y a veces se equivoca.

PG: Un ejemplo concreto de *intervención benéfica* es el New Deal de Franklin Roosevelt, un liberal a quien los primeros neoliberales, incluso una mente brillante como Von Hayek, criticaron despiadadamente. Otro ejemplo concreto y más cercano a nosotros es el patrón de crecimiento fundado en la industrialización protegida. Al comenzar los años treinta, casi al mismo

tiempo en que Roosevelt hacía su trabajo, los viejos liberales de América Latina se dieron cuenta de que el mercado había fallado –o había estallado– e intervinieron para impulsar la industrialización, aunque eso significara un apartamiento de las reglas automáticas del mercado. No tenían más remedio. Fue también una *intervención benéfica*, como quizá lo sea actualmente (no lo sé) subsidiar a la nueva economía del conocimiento. Pero los neoliberales creen que esos son errores en cualquier tiempo y en cualquier lugar. Que fue un error entonces; que es un error ahora. Naturalmente, llevo las de perder discutiendo con los neoliberales. Ellos tienen siempre una respuesta rápida a mano, mientras que yo tengo que pensar cada caso.

RH: Y qué hay de la segunda parte de la afirmación: ¿qué te hace ya no un liberal sino un liberal de izquierda?

PG: Primero que nada, un liberal de izquierda es un liberal, pero es un liberal que cree en la centralidad de la justicia social y de la ampliación de derechos. A veces pienso que el liberalismo de izquierda es el único liberalismo posible desde mediados del siglo XX. Por eso tengo una discusión permanente conmigo mismo, pero no con el liberalismo clásico sino con el populismo. Esa discusión tiene dos facetas. Por un lado, lo más conocido y discutido, el desplazamiento hacia los márgenes que el populismo hace de la libertad individual; por otro lado, lo digo más como economista, la negación que el populismo hace de las restricciones presupuestarias en el proceso de construcción de derechos. El populismo es el primo irresponsable del liberalismo de izquierda, e incluso de la vieja socialdemocracia. Veo las cosas así más o menos desde 1985. Si hoy tuviera que describir mis preocupaciones, lo haría de una manera parecida a como me las comencé a describir a mí mismo hace treinta y cinco años. Creo que mi acercamiento a la historia hizo lo suyo en ese sentido. Y Norberto Bobbio. Y mi acercamiento al posibilismo de Albert Hirschman también. Pocos economistas leen a Hirschman. Uno es Juan Carlos de Pablo. Con él tengo diálogos en clave hirschmaniana.

RH: No llegaste al final de ese camino que comenzaste a recorrer en los años de Frondizi, pero sí a lo que parece ser una última, pero larga, jornada de marcha.

PG: Estoy en mi última estación. En todo caso, tomaré algún ramal para ir a algún barrio en particular, a visitar algún tema en particular. Pero como

elección de quién soy en la vida académica, en la vida intelectual, en la vida pública, no soy muy distinto a como era en 1985. Por supuesto, cuando tenía 17 o 20 años no se me ocurría pensar en la democracia, pero tampoco todavía en los problemas del desarrollo, entre otras cosas porque esa temática estaba asociada a Frondizi. En 1958, con 14 años, era demasiado joven para ser frondicista. Y como no viví la ilusión de Frondizi, tampoco viví la desilusión.

RH: Más allá de si Frondizi traicionó sus ideales o si fue un hombre consecuente con la idea de que lo que ante todo necesitaba la Argentina era promover un desarrollo industrial más complejo e integrado, no hay duda de que fue uno de los responsables, junto con Rogelio Frigerio, de la popularización del ideal desarrollista. A fines de la década del sesenta ya pocos se acordaban de Frondizi, pero el proyecto que él había promovido se había ganado un lugar central en la vida pública y en el debate entre los especialistas. En buena medida, el desarrollismo reflejaba una visión optimista sobre el futuro económico del país: reconocía que había problemas, pero también creía tener un recetario, un mapa de ruta, para superarlos. Fue una de nuestras principales utopías económicas. Contá cómo entraste en contacto con estos problemas.

PG: Entré a pensarlos de la mano de Guido Di Tella. Los grandes nombres de ese gran debate eran, entre otros, Raúl Prebisch, Marcelo Diamand, Aldo Ferrer, y el desarrollismo realmente existente de Rogelio Frigerio. Desde que fui su alumno, me gustaron las ideas de Guido sobre la estrategia de desarrollo indirecto y sobre una industrialización especializada. Luego, cuando colaboré con él enseñando Desarrollo Económico en la universidad, seguí aprendiendo. Diamand y él eran de los pocos que se hacían cargo de la pregunta sobre cómo aumentar las exportaciones industriales. Ambos, por caminos distintos, pensaban que la industria debía proveerse, al menos en parte, de sus propias divisas. Todavía hoy creo en eso como una condición importante para el desarrollo, aunque ahora, de la mano de la revolución tecnológica de las comunicaciones, han aparecido como una nueva estrella los servicios transables.

RH: La pobre *performance* exportadora era –y en gran medida todavía es– el talón de Aquiles de una economía cuya expansión requiere cantidades crecientes de capital, insumos y tecnología extranjera, pero que no produce los bienes y servicios exportables necesarios para pagarlos. Una economía cuya expansión, por tanto, periódicamente se

veía interrumpida por crisis externas o por medidas dirigidas a restringir las importaciones. El famoso ciclo de *stop and go*. Agreguemos también que cientistas sociales como Guillermo O'Donnell y Juan Carlos Portantiero hicieron aportes a la comprensión del contexto social y político en el que tenía lugar ese ciclo de avance espasmódico, que dejó a los argentinos de ese tiempo frustrados e insatisfechos.

PG: Era una discusión muy valiosa, centrada en torno al problema de cómo crecer, si había algún patrón de crecimiento que nos permitiera superar la restricción externa. Toda esa discusión estaba basada en la idea de que modernización quería decir industrialización, pero a partir de los años sesenta se agregaba un punto crucial: la industrialización mercadointernista estaba tocando su límite y para empujar el crecimiento la industria tenía que exportar. Todavía reinaba algún pesimismo, que recién se superaría definitivamente durante los años noventa, sobre el dinamismo de las exportaciones agropecuarias. A veces, en estos debates se usaban palabras demasiado solemnes y grandilocuentes como "estrategia", que a los militares les gustaba mucho, pero aun así era una discusión rica y apasionante que combinaba estructura productiva y macroeconomía. Este debate fue perdiendo centralidad por las urgencias macroeconómicas que se sucedieron desde el 75 en adelante, cuando los problemas generados por la alta inflación y por la deuda nos llevaron a crisis macroeconómicas extraordinarias. Eso cambió el eje de la discusión, y acortó el horizonte temporal en que se movían nuestros intelectos. Es importante repetir que esa discusión dejaba de lado la cuestión de la democracia. Cualquier camino que a mí me parecía atractivo no incluía la cuestión de la democracia, y los artículos y libros que leía tampoco la incorporaban.

RH: Por otro lado, esa idea de estrategia tenía por trasfondo una gran confianza en la capacidad del Estado para orientar la economía. Desde la década de 1970, esa fe en la posibilidad de moldear las estructuras productivas desde arriba se fue perdiendo. Por otra parte, al contemplar ese debate a la distancia se observa que los consensos de fondo sobre la importancia de promover un proceso de desarrollo industrial sostenido y autónomo eran muy extendidos, y que esto incluía tanto medios como fines. Como recién decías, el régimen político no entraba en la ecuación sino de manera instrumental: lo que más interesaba, en todo caso, era qué tipo de organización política era más eficaz para promover el crecimiento industrial y la diversificación de la economía. De otro modo, no se entiende cómo una figura como

Aldo Ferrer, que había acompañado a Oscar Alende como ministro de Economía de la provincia de Buenos Aires en los años de la presidencia de Frondizi, un tiempo después aceptara ser ministro de Economía de la etapa Levingston de la Revolución Argentina.

PG: Es más: su número 2 fue Juan Sourrouille. Nadie puede decir hoy que Sourrouille no sea un hombre de la democracia, y sin embargo en ese momento se sumó al gobierno de Levingston. Hasta la dictadura del 76, pocos economistas de primera línea tenían problemas en formar parte de un gobierno militar. La democracia no entraba en el cuadro. La preocupación por la democracia, y por lo tanto por cómo se cruzan democracia y desarrollo capitalista con equidad, empezó, de manera balbuceante, en los años del Proceso.

RH: ¿Cuándo y cómo te parece que entró el problema de la democracia en la conversación entre los economistas argentinos?

PG: Creo que la cuestión de la democracia nunca se integró del todo en la discusión entre nuestros economistas. Esto no impide que un economista de alma buena afirme: “No, sin democracia no”. Probablemente todos lo digan hoy, pero no todos lo tienen incorporado como un problema analítico. Nunca fue una verdadera preocupación conceptual, y tampoco lo es hoy. Y cuento una anécdota al respecto. En el año 1980, en México, en el Distrito Federal, se realizó el Congreso Mundial de Economistas. Paul Samuelson, el gran economista keynesiano, fue el expositor principal. Yo estaba allí, sentado en la fila 28, junto a Juan José Llach. Vimos a un Samuelson que, hablando del Chile de Pinochet y por lo tanto hablando de Milton Friedman y de los economistas de la Escuela de Chicago, calificó a esa experiencia como “fascismo de mercado”. Su razonamiento nos emocionó profundamente. ¿Por qué se nos caían las lágrimas cuando escuchábamos a Samuelson? Porque estaba nombrando un problema que nosotros no habíamos terminado de conceptualizar. Hoy, si tuviera que discutir este tema con un colega, mi mejor argumento es este: “Mirá, ¿sabés por qué tiene que ser en democracia? Porque de otro modo nuestras reformas no son sostenibles”. Lo cual no está mal, pero sigue sin ser una preocupación analítica en el sentido de cuánta restricción o cuánto dilema le pone la democracia a tu idea de desarrollo. No sabemos tratar la intersección entre capitalismo y democracia, pese a que es desde hace al menos un siglo uno de los temas principales de las ciencias sociales.

RH: Tal como yo lo veo, la democracia no puede ser concebida como una restricción. Más que como un marco externo al proceso económico, tiene que ser pensada como un aspecto del desarrollo, y por tanto, como una faceta del concepto de desarrollo. No tanto porque, como algunos aseguran, la democracia liberal es el régimen político más favorable al crecimiento económico. Eso, además de muy discutible –basta pensar en los países asiáticos de nuestros días–, sigue suponiendo una visión instrumental del valor de la democracia. Más importante es que los objetivos económicos que se propone alcanzar una sociedad no pueden definirse de acuerdo con una racionalidad experta que no toma en cuenta la opinión ciudadana, formada a partir de un debate lo más libre e informado que sea posible. Una sociedad desarrollada no solo se define por su mayor nivel de bienestar material o la complejidad de su organización económica, sino también porque sus instituciones y su vida pública promueven una mayor igualdad en todos los planos de la vida social, protegen los derechos de las minorías, en especial los de las más desaventajadas, y aseguran la participación, de la manera más amplia posible, de todos los que desean hacer escuchar su voz en el debate público. Con todas sus miserias, la democracia es central para definir qué queremos para la vida en común. Visto desde este ángulo, las tensiones y disputas, el choque de argumentos y opiniones no constituyen fenómenos ajenos al desarrollo como proceso y como resultado.

PG: Estoy de acuerdo. Lo has dicho mejor que yo. Son pocos los economistas que cruzan esas dos cosas y aceptan que no existe un saber económico preconstruido que los líderes políticos deben aceptar. Muchas veces los economistas razonan de esta manera: "¿No ves? Los políticos lo arruinan todo". Yo me prohíbo decir esa frase. No tengo dudas de que la democracia tiene sus miserias. Pero debemos convivir con ellas. La ausencia de democracia es la peor miseria social y económica.

RH: Conecto tu referencia a Samuelson con el escenario argentino de comienzos de los años ochenta. Allí estaba sonando una campana que, junto a la de Alfonsín y los socialistas que redescubrían el valor de las instituciones democráticas, a la vez que te invitaba a revalorizar la democracia, también te obligaba a pensar la economía de otra manera.

PG: Sí, definitivamente. A partir de ahí, ya no pude pensar la economía sino como economía política. Lo que quiere decir que no la puedo concebir sino dentro de las reglas de la democracia liberal. En ese tránsito, muchos nos

fuimos haciendo no solamente demócratas o socialdemócratas, sino también liberales. A esta altura de mi vida ya no puedo concebir la democracia sino como democracia liberal. De otro modo, el concepto de democracia se me vuelve hueco. La URSS se autodefinía como democracia popular. Cuba y Venezuela lo mismo. Ya no tengo ganas de hacer concesiones en ese aspecto. En mi historia personal fue una especie de continuo, desde la izquierda de "no me importa nada la democracia", desde el desarrollismo de "no me importa nada la democracia" hasta "esto es parte de mi enfoque analítico". Y esto supone que, para entender los problemas de la política económica, tenemos que integrar a la sociedad y sus demandas.

RH: ¿De qué modo traducís esta premisa para el estudio de la historia económica argentina antes de la era de la política democrática? Tu opción por concebir la política económica de nuestro tiempo en el marco de la democracia pluralista es clara. Esto vale para el presente y para el pronóstico y la formulación de programas, pero no para períodos más alejados en el tiempo, toda vez que la democracia tal como la caracterizabas recién es un fenómeno de las últimas décadas, del último siglo si somos generosos. En un país como el nuestro, sin embargo, la inclusión de la participación popular en el horizonte de análisis no solo tiene utilidad para entender lo que pasó desde la sanción de la Ley Sáenz Peña o desde Perón. Cuando uno mira más atrás observa que, desde muy temprano, la sociedad argentina se caracterizó por su impronta democrática, antielitista, y el activismo de sus clases populares.

PG: ¿Por qué yo me volví más historiador que economista? Porque no congenio con la idea de que todos los países tienen agentes económicos o actores sociales, como quieras llamarlos, que en todas partes se comportan igual, responden igual a los mismos estímulos. Y, por tanto, que en la política económica lo único importante es que los gobiernos establezcan las reglas de juego en cuyo marco la gente va a desenvolverse, de acuerdo con los incentivos que tenga para hacer esto o lo otro. Esa idea nos conduce a otra: "volvamos a ser un país normal haciendo lo que hacen los países normales". Lo dijo Néstor Kirchner y lo dijo Mauricio Macri. La idea de país normal en sí misma no es mala. Pero allí surge la pregunta: ¿qué es la normalidad para la Argentina? Incluye la rebeldía y la protesta, la sociedad movilizada, demandas de una intensidad poco frecuente en otras partes. Y esto no tiene su origen en el peronismo. Leo a Tulio Halperin Donghi sobre la movilización popular en los años de la Independencia y ya veo esas demandas. Y me pregunto: ¿se puede tratar de modo desigualitario a los

soldados de la guerra de la Independencia?, ¿o, más tarde, a los soldados de las guerras civiles hasta 1880? Esto es parte del cuadro, y para comprender la historia económica tenemos que integrar a la sociedad, con todas sus especificidades, en la explicación. Esto tomé de la historia.

RH: A los historiadores nos falta completar varios capítulos de este relato y refinar algunos argumentos. Pero no hay duda de que los grupos dirigentes del siglo XIX no pudieron permanecer indiferentes a las demandas populares. También, para entender ese lejano período debemos prestar especial atención a la voz de las mayorías. Estamos ante una sociedad atravesada por fuerzas democratizadoras de gran intensidad: la movilización popular desatada por la independencia y las guerras civiles, a la que luego se sumaron, en la segunda parte de la centuria, fuertes procesos de cambio social y de erosión de las jerarquías tradicionales empujados por el crecimiento económico y la inmigración. Potenciada por la retórica republicana nacida tras la Independencia, la presencia de las clases populares como interlocutoras del poder se observa incluso en los momentos más oligárquicos de nuestra trayectoria histórica.

PG: Al leer lo que escribieron los historiadores del siglo XIX y del siglo XX –Tulio Halperin, José Luis Romero, Gustavo Paz, Roy Hora, Juan Carlos Torre–, se me arma un fresco que diferencia a la sociedad argentina de la sociedad chilena, de la peruana, de la mexicana, por tomar algunos ejemplos cercanos. En este sentido, el aliento en la nuca de esta sociedad demandante me parece un factor más explicativo de las dificultades económicas de la democracia plena –del 83 en adelante– que las tentaciones hegemónicas o los errores técnicos de esos gobernantes. En todo caso, debemos colocar los dos ingredientes juntos y ponderar su peso relativo, variable según los distintos momentos. Pero yo, en particular, pondero más ese plano social, el de la demanda social, que el de la impericia de los políticos o su voluntad de perpetuarse.

RH: Siguiendo esta línea de reflexión, quisiera preguntarte por *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, el libro que escribiste con Lucas Llach y que salió en 1998. El enfoque es peculiar. Lo más singular es el punto de observación: asigna mucha relevancia al proceso de toma de decisiones. Pero no juzga a la política económica con una vara externa. No se coloca en el lugar del observador omnisciente preocupado por la consistencia técnica de la política económica (el gobierno tendría que haber hecho esto o lo otro, acertó o se equivocó

al hacer esto o lo otro, de esta o aquella manera), sino que intenta ponerse en los zapatos de los que deciden y, a partir de allí, se propone entender su lógica. Y enfatiza, sobre todo, las restricciones de distinto tipo –internacionales y locales, sociales y políticas– que acotan el margen de acción de los gobernantes. Apela a la idea de que, para entender la política económica, hay que prestar especial atención a las motivaciones de sus hacedores, a su bagaje conceptual y cognitivo y, sobre todo, a las constricciones del entorno. Este tipo de abordaje también domina en *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas (1870-1905)*, que hiciste una década más tarde junto a Fernando Rocchi y Gastón Rossi. Este libro, que analiza con mucho más detalle un período más acotado, pone la lupa sobre el problema de la toma de decisiones, y confirma que ese enfoque te sigue resultando muy atractivo. Teniendo en cuenta que en la charla anterior decías que tu paso por la función pública te resultó fundamental para comprender mejor los problemas de la economía y de la política económica, quería preguntarte cómo pensaste estos libros, y en qué medida recogen el enfoque de economía política que recién comentábamos.

PG: Los recoge totalmente. Yo creo que ese enfoque está presente en todos mis libros y en muchos de mis artículos, aun cuando no siempre esté en primer plano. Lo que me sucedió es que, al pasar por el gobierno, mordí la manzana de la comprensión, y eso, por decirlo de algún modo, es un veneno para las visiones normativas. Cuando digo que mordí la manzana de la comprensión no digo que lo hice para perdonarme mis errores como gobernante, aunque algo de eso debe haber sucedido. El hecho es que escribí sobre gobiernos por los que no tengo simpatía –Menem y el kirchnerismo– en un tono empático, intentando comprender. Y agregaría que mi pasaje de la economía a la historia ha formado parte del mismo proceso. Tal como he entendido el oficio del historiador, significó la prohibición del “deber ser” como estrategia analítica. Muchos economistas terminan sus trabajos con una sección que se llama “Lecciones”. No estoy nada seguro de que esas lecciones existan. Me siento más cerca de la actitud con que Antonio Gramsci se aproximaba a la historia. Recuerdo una frase suya en un número de *L’Ordine Nuovo* de 1921, creo: “La historia enseña, pero no tiene alumnos”.

RH: Entonces, Pablo, ¿cómo te gusta abordar los errores de diagnóstico o de implementación?; ¿cómo tratar los fallos de los gobernantes, tus criaturas preferidas al momento de explorar el pasado?

PG: Claro que cometen errores. Mitre, Roca, Juárez Celman, Yrigoyen, Alvear, Perón, Alfonsín, Menem, Néstor Kirchner, Cristina Kirchner, las que vos llamás mis criaturas, se equivocan. Pero sus fallos más “interesantes” no son errores en el sentido de haberse apartado de un modelo preestablecido. Son más bien errores de cálculo. Todo es muy complejo, Roy.

RH: Mientras avanzabas en esta reflexión que te alejaba de la economía de impronta normativa y te acercaba a la historia, ¿te mantuviste cerca de Alfonsín? ¿Cómo viviste, desde el punto de vista político, los años del gobierno de Menem?

PG: Hacia 1990, antes de que Menem cumpliera un año en la presidencia, Alfonsín convocó a una reunión en el Centro de Estudios de Ciencias Económicas (o un nombre parecido), que en alguna etapa dirigió Jesús Rodríguez. Recuerdo esa reunión porque me permitió confirmar algunas cosas sobre Alfonsín. Éramos unas quince o veinte personas. Alfonsín se proponía retornar a la política activa con un acto en el Luna Park, y quería prepararse bien para dar ese paso. Una vez que estuvimos todos sentados dijo: “Tenemos que escribir un documento de regeneración programática del partido, de modernización de la Unión Cívica Radical”. Entonces yo levanté tímidamente el dedo. Y cuando me dio la palabra le dije: “¿Y Parque Norte?”. Alfonsín tenía un trato deferente con quienes no éramos radicales, un trato amable, pero ese día me miró como para matarme. Y ahí terminé de darme cuenta de que él no llevaba adentro el discurso de Parque Norte. No lo sentía como propio. Demasiadas veces la palabra “modernización” en un texto corto, supongo. Algo en esa línea me dijo un día Emilio de Ípola. Y esto lo hilo con otra característica del pensamiento de Alfonsín: su rebelión contra el New Labour, el socialismo liberal de Felipe González, la Tercera Vía. Veía a esos reformadores como renegados de la gran tradición socialdemócrata, a la que él había ingresado hacía poco tiempo.

RH: La deriva conceptual del radicalismo en esos años es singular. Alfonsín continuó empujando el partido hacia la izquierda, acercándolo a la socialdemocracia, a punto tal que promovió su afiliación a la Internacional Socialista en 1995. Es decir, lo orientó en una dirección contraria a la que había propuesto para la elección de 1989, cuando se inclinó por la candidatura de Angeloz. Y ello sucedía cuando los partidos socialdemócratas europeos de mayor gravitación, atentos a las nuevas demandas de una sociedad que se transformaba cada vez más en una sociedad de servicios, en la que la clase obrera había perdido mucho peso social y volumen político, en la que el

sector público estaba bajo sospecha, buscaban actualizar su propuesta y revisaban el programa que habían forjado en la posguerra. Nacía la Tercera Vía, o formulaciones similares. Desde François Mitterrand en adelante, las figuras de más relieve en la constelación socialdemócrata europea –Lionel Jospin, Tony Blair, Felipe González– se declararon y gobernaron como reformadores y modernizadores de esa misma tradición.

PG: Alfonsín estaba en desacuerdo con este cambio, aunque recuerdo que por alguna razón le tenía un especial afecto a Jospin. Había llegado a la socialdemocracia tarde, y era como si dijera "no la cambien ahora, déjenme gozarla un rato". La aparición del reformismo de tinte liberal en el seno de la socialdemocracia no le gustaba nada. Al tiempo, dándole vueltas al asunto, llegué a la conclusión de que este rechazo al reformismo fue la causa de su falta de interés por el discurso de Parque Norte. Creo que cometió un error. Ese discurso le había dado al radicalismo un lugar interesante en el abanico político, lo había puesto a la altura de los tiempos. Y él se rebelaba contra ese nuevo radicalismo al que sin embargo lideraba.

RH: Es decir, quería una UCR que se asemejara a un partido socialdemócrata de "los treinta años gloriosos" de la posguerra. Una fuerza que levantaba la bandera del Estado de bienestar y la economía orientada por el sector público, no un reformador de algo que había comenzado a funcionar mal y cuyas bases sociales se estaban angostando por el retroceso de la sociedad salarial y el achicamiento de la economía industrial.

PG: No me parece que su pensamiento haya sido tan monótonamente homogéneo, pero efectivamente no apreciaba la reforma liberal, tampoco en su versión socioliberal. Todavía era fiel a Harold Laski.

RH: Más allá de si su acercamiento al problema de la reforma del Estado estuvo dictado por la emergencia fiscal que signó la segunda parte de su presidencia, ¿qué te parece que pensaba el Alfonsín de los años noventa sobre esta reforma?

PG: Esa fue mi tarea en su gobierno… Nunca me llamó para hablar del asunto, y tampoco lo hizo más tarde. No tenía por qué llamarme, pero… yo escribí un libro y varios artículos críticos de las privatizaciones de Menem. Sobre este tema y sobre algunos otros tuve contacto con dirigentes y

legisladores radicales: Jesús Rodríguez, Raúl Baglini.

RH: Es probable que a Alfonsín le atrajera poco el tema y que, en línea con lo que venimos diciendo, desconfiara de todo lo que oliera a reforma. En su defensa, me pregunto si no habría que tener en cuenta que, desde la llegada de Menem a la presidencia, esa agenda, en una versión despiadada, se había convertido en patrimonio del gobierno. Y eso, me parece, le dejaba poco espacio a la oposición para proponer una agenda reformista alternativa. En todo caso, según tu punto de vista, Alfonsín no tenía sensibilidad para entender la relevancia del problema.

PG: Lo vi pocas veces a Alfonsín en esos años, pero siempre me pareció que persistía en la tónica de "yo soy la última resistencia de la vieja socialdemocracia", parecido al rol que se dio a sí mismo Mario Soares, el líder del Partido Socialista Portugués, una vez que abandonó el gobierno. Alfonsín no lo decía con esas palabras, pero esta era su idea. En su visión, la socialdemocracia no tenía de qué arrepentirse ni razones para cambiar. Yo lo comprendía, y al mismo tiempo me preocupaba, porque yo entendía que ese no era el camino. A veces sospecho –y no estoy arriesgando mucho al decirlo– que hoy sería impiadoso con Emmanuel Macron, como ya había criticado a Felipe González o a Tony Blair. Pero esa es ahora una especulación inútil. Y quizás estoy siendo injusto con él. Siendo, como era, un hombre muy inteligente, supo ponerse más de una vez "a la izquierda de la derecha", pero sin rupturas. Otros, que lo han conocido más, podrán desmentirme. Pero te repito, no lo traté mucho en esos años. Creo que la última vez que lo vi fue en el último cumpleaños de Juan Carlos Portantiero. Ana, la mujer de Juan Carlos, intuyendo el final, había organizado una reunión (a Juan Carlos, como a mí, lo irritaba festejar el cumpleaños). Raúl estuvo ese día; tengo una foto con Susi y con él. Me acuerdo de un episodio, que revela mucho de su personalidad. Cuando le pidieron a Juan Carlos que hiciera un brindis, levantó su copa y dijo: "La vejez es una mierda". Ahí apareció la polenta del gallego, de Raúl, que le respondió: "Pero ¿quién mierda sos vos para hablar de la vejez? ¡Dejate de joder!". Así lo trató, con enorme cariño. Yo estaba al lado de Raúl en ese momento. Se dio vuelta y me dijo: "¿Vos te das cuenta lo que dice este pelotudo?". Era su manera natural de tratar a la gente; después disimulaba.

RH: Pese a que debió abandonar el gobierno en circunstancias muy difíciles, el ascendiente de Alfonsín sobre el radicalismo no sufrió tanto daño, y dentro del partido nadie osó desafiar abiertamente su

liderazgo. Puertas afuera, la situación era distinta. Después de la hiperinflación y la retirada anticipada del poder, Alfonsín perdió toda posibilidad de convertirse en un candidato competitivo, y el caudal electoral radical volvía a situarse en niveles similares al momento previo a 1983. Por tanto, si quería ver al radicalismo nuevamente en el poder, debía ir en búsqueda de otro candidato y de aliados extrapartidarios. Y allí estaban, esperando, los peronistas disidentes, los críticos de Menem. Este, me parece, es el escenario que creó las condiciones para la constitución de la Alianza, de un gobierno de coalición. Te propongo, entonces, que avancemos sobre ese momento, y que cuentes tu experiencia en el gobierno de Fernando de la Rúa.

PG: La Alianza, ese animal exótico que se plasmó mientras Alfonsín y Chacho Álvarez esperaban para ingresar al estudio de *A dos voces.* Es una anécdota conocida…

RH: Se me escapa. Sí tengo presente que ya en 1994 hubo un primer acercamiento entre los pocos peronistas que en esos primeros años habían tomado distancia de Menem (Chacho Álvarez, Pilo Bordón) y algunos radicales (Federico Storani). El primer grupo creó el Frepaso, que anduvo muy bien en las elecciones de 1995: fue, creo, la primera vez que la UCR quedó tercera. Radicales y frepasistas fueron juntos a elecciones por primera vez en 1997, y su Alianza ganó en casi todo el país. La victoria más relevante tuvo lugar en la provincia de Buenos Aires, donde Graciela Fernández Meijide se impuso sobre Chiche Duhalde. Luego, en las elecciones internas con que la Alianza decidió su candidatura presidencial, en noviembre de 1998, Fernando de la Rúa venció a Fernández Meijide, la candidata del Frepaso. Para sellar el acuerdo, De la Rúa le ofreció a Chacho Álvarez el segundo lugar en la fórmula presidencial para las elecciones de 1999. La derrota de Chiche Duhalde en 1997 en el gran bastión electoral del peronismo ya estaba anunciando que la Alianza tenía buenas chances de llegar a la presidencia. Y así fue. En 1999, De la Rúa y Álvarez obtuvieron el 48% de los sufragios, diez puntos más que la fórmula peronista encabezada por Eduardo Duhalde y Palito Ortega. Ahora que las coaliciones –entre kirchneristas y peronistas, entre radicales y macristas– parecen haberse convertido en la forma más habitual de constituir una mayoría electoral en una etapa de debilitamiento de los partidos y las identidades partidarias, vale recordar que ese fue el primer paso en esta dirección, el primer gobierno de coalición en la historia moderna de nuestra democracia. De él aprendimos, entre otras cosas, que los

gobiernos de coalición son bastante inestables, sobre todo si enfrentan dificultades.

PG: El gobierno de la Alianza nació no con uno sino con dos problemas irresolubles, uno económico y otro político. El primero, el económico, era la Convertibilidad. A la Alianza le tocó entrar a la Casa Rosada en un momento en que la apreciación del dólar, las crisis asiática y rusa y luego la devaluación de muchas monedas les habían asestado un golpe muy duro a las posibilidades de sostener ese régimen. Con la Convertibilidad, la Argentina no tenía modo de imitarlos. No podía devaluar su moneda.

RH: En algunos aspectos, fue un condicionante similar al que Alfonsín enfrentó con la crisis de la deuda: un mundo hostil, frente al que un Estado débil como el argentino podía hacer poco. La experiencia de Alfonsín terminó mal. ¿En qué medida confiaban en que la Alianza podía tener otro destino?

PG: Cuando se está en el gobierno, admitir que los problemas no pueden resolverse es definitivamente intolerable. Es necesario construirse un escenario en el cual algo puede pasar, va a pasar, y va a permitir que las cosas mejoren. Con esta convicción viví las dos experiencias de gobierno, ambas dramáticas. El sesgo al optimismo es imprescindible en esas condiciones. Si uno va a vivir la experiencia de gobierno con un sesgo sistemático al pesimismo se convierte en una carga para los demás.

RH: Incluso la tormenta más terrible debe ser enfrentada con la convicción de que vas a llegar a puerto.

PG: Tiene que haber una luz al final del túnel, y confiar en que es posible alcanzarla, aun gracias a un hecho fortuito. Hacer economía política durante la gestión de De la Rúa fue, ante todo, rezar para que el mundo se volviera amigable para la Argentina, y la Convertibilidad se volviera sustentable como consecuencia de un golpe de fortuna.

RH: ¿Y cómo describirías el otro condicionante, el político?

PG: En el gobierno coexistían tres familias distintas, en una relación tensa. Una era el radicalismo más conservador, que ocupaba la presidencia. Esto no significa que De la Rúa no tuviera una preocupación social, pero

indudablemente era un conservador en cuestiones de costumbres y en muchas otras cosas más.

RH: En algunos aspectos era parecido a Angeloz. Hijos, ambos, de la Córdoba tradicionalista y católica. Encarnaban una oferta electoral dirigida a seducir a un electorado que, respecto de 1983 o 1985, en parte corrido por los fracasos del gobierno, se había desplazado hacia la derecha.

PG: La segunda familia era el alfonsinismo, que le daba sustento dentro del partido a una candidatura que, para muchos de sus militantes, era completamente artificial. Y luego estaban Chacho Álvarez y su grupo, al que no podría llamar ni partido, ni corriente. Eran Chacho y sus amigos y no mucho más que eso. Era tan difícil que esas tres familias políticas coexistieran como que la Convertibilidad no terminara quebrando. La doble Nelson, podríamos llamarlo.

RH: Agrego que esos tres grupos tenían distinto peso relativo. El principal activo de Fernando de la Rúa estaba fuera del partido, y era su alta intención de voto, su capacidad para captar votos entre las clases medias. Similar en varios aspectos era la situación de Álvarez, que sintonizaba bien con el humor de las clases medias urbanas progresistas pero que no contaba con el sostén de una estructura partidaria desarrollada. Frente a ese capital, que apenas comenzó la gestión se reveló muy endeble, Alfonsín tenía un activo más sólido, su ascendiente sobre el partido. Y eso le permitió incidir mucho sobre la nueva administración y, entre otras cosas, adueñarse del ministerio clave, el de Economía.

PG: Ya antes de la asunción, desde la campaña de 1998, estaba claro que el Ministerio de Economía iba a ser para José Luis Machinea. Además de llevarse muy bien con Alfonsín, José Luis era bien visto por Chacho. Yo lo acompañé como jefe de asesores.

RH: Todo sugiere que De la Rúa hubiera preferido a un economista del perfil de Ricardo López Murphy al frente del Ministerio.

PG: No sé qué hubiera preferido De la Rúa, pero seguro que no a José Luis. Quizás a Adalberto Rodríguez Giavarini, pero tampoco estoy seguro. Y desde el comienzo la relación con José Luis no fue buena, tal como yo podía

apreciarla. De la Rúa, además, no se vinculaba con sus funcionarios de manera afectiva. Tenía una frase que repetía una y otra vez, como una consigna: “No me trabajan, tengo un gabinete de gente que no me trabaja”. Chacho no veía las cosas igual que Raúl, pero estaban de acuerdo en cuanto a cómo organizar el Ministerio de Economía, y seguramente también otras áreas del gobierno. Y aquí tenemos un problema, muy fácil de ver desde el principio: un equipo económico de Raúl y con apoyo de Chacho en un gobierno de Fernando.

RH: Y en un gobierno que desde el comienzo no pudo exhibir ningún logro significativo y estuvo bajo la presión permanente del electorado. El retrato de Fernando de la Rúa ya lo tenemos. ¿Qué hay respecto del perfil de Chacho Álvarez? ¿Lo conocías de tu pasado peronista?

PG: Tenía un vago recuerdo de él, de 1973 o 1974. Creo que Chacho había pertenecido a Guardia de Hierro, como su hermano. El primer acercamiento vino más tarde, en la época de *Unidos*, una revista de la renovación peronista, en la que también participaban Mario Wainfeld y Tito Palermo. Nos invitaron algunas veces durante los años ochenta a Adolfo Canitrot y a mí, como a radicales con los que podían establecer un diálogo. Comenzamos a tener con Chacho un trato más frecuente durante la etapa de constitución de la Alianza. En esos años, el fútbol también nos acercó: los dos éramos de Racing y alguna vez fuimos juntos a la cancha.

RH: Para entonces, la etapa en que Álvarez se presentaba como una encarnación de la disidencia peronista contra el peronismo neoliberal, como el representante del peronismo “auténtico”, había quedado atrás. Había encontrado un público más amplio y amigable entre las clases medias urbanas que alzaban su voz contra la corrupción del gobierno de Menem. Álvarez demostró una gran habilidad para percibir cambios en el humor ciudadano y para ajustar su propuesta política a una demanda que el radicalismo, tras el fracaso de su gestión, mostraba dificultades para captar. Tenía algo de *free rider*, y ello no lo hacía el mejor vicepresidente para tiempos de dificultades. Desde su renuncia, su figura se desdibujó completamente. Aunque por razones distintas a las del presidente, ninguno de ellos era la persona indicada para enfrentar la tormenta que se avecinaba: el fin de la Convertibilidad.

PG: Chacho era un personaje muy atractivo, pero también un irresponsable.

Un hecho patético o divertido, depende de cómo lo quieras ver, lo pinta de cuerpo entero. Hacia 1998, un día me dijo: “Necesito que me consigas un economista para el Frente Grande, una persona presentable”. Con esto quería decir atractivo para los mercados, porque se estaba aproximando al gobierno. El teorema de Baglini en estado puro.

RH: Quería rodearse de gente que lo adecentara, que reforzara sus flancos débiles.

PG: Lo importante era que fuese serio, o que pareciera serio; las ideas no le importaban tanto. Deseaba tener a su lado un economista prestigioso, como se quiere un buen traje para asistir a una boda. Había leído un reportaje a Federico Sturzenegger que le había gustado y entonces me dijo: “Lo quiero ver, ¿me lo podés mandar?”. Lo llamé a Federico, que se mostró encantado de que lo convocara una expresión de la nueva política.

RH: Por un tiempo, Chacho Álvarez y Graciela Fernández Meijide sintonizaron a la perfección con esa demanda de renovación, muy arraigada en el electorado de las clases medias urbanas. Es el electorado que más tarde iba a rendirse a los pies de otros vengadores morales, como Elisa Carrió.

PG: Era eso, el partido de las clases medias porteñas. Recuerdo que varios economistas de FIEL estaban cautivados con Chacho, y mientras tanto decían cosas que no tenían nada que ver con lo que Chacho significaba. En todo caso, Sturzenegger tuvo su reunión. Y cuando terminó el encuentro, Chacho me llamó por teléfono para decirme: “¿Cómo me mandás un liberal como ese?”. “Me lo pediste vos”, le contesté. Y como no se pusieron de acuerdo siguió buscando. Otro de sus candidatos fue Carlos Melconian, a quien convocó cuando ya estaba en la vicepresidencia. “Me gustaría verlo”, me pidió. Se encontraron en el Senado. Cuando terminó la reunión me llamó por teléfono: “Hijo de puta”, me dijo, “de Valentín Alsina a Wall Street”.

RH: Y finalmente está la tercera figura que confirma este patrón. En marzo de 2001, tras la crisis que condujo a la renuncia de López Murphy, Chacho promovió el ingreso de Cavallo al gobierno. Pero no nos adelantemos, ya que este episodio nos lleva hacia el colapso final de la Alianza. Volvamos por un momento a las rigideces de la Convertibilidad.

PG: Antes de asumir, en casa, yo le contaba a Susi las tensiones entre las tres familias que habitaban el gobierno y ella me decía: “Pero ¿por qué ese pesimismo?”. Ella era una más de las porteñas que decía “Esto tiene que salir bien”. Y lo cierto es que todos queríamos que resultara. Pero estaba la cuestión de la Convertibilidad.

RH: Veamos entonces este problema. Cuando llegaron al gobierno, el horizonte era poco auspicioso: una economía en recesión, un tipo de cambio muy apreciado, déficit fiscal y comercial, contracción de la inversión extranjera. Sin embargo, el abandono del régimen de Convertibilidad era muy costoso, tanto en términos económicos como políticos. ¿Cómo se veía el problema dentro del equipo de Machinea? ¿Qué opciones barajaban?

PG: Además de todos estos problemas, gravísimos, nosotros teníamos una dificultad adicional: habíamos estado en contra de la Convertibilidad desde un principio y, en consecuencia, éramos el peor equipo posible para intentar un salvataje de aquello que habíamos criticado públicamente. Entendíamos bien por qué, tras la hiperinflación, se había tomado ese camino. El fracaso del Plan Austral y de los planes de tipo de cambio fijo con promesas débiles habían fracasado y era comprensible que Menem y Cavallo terminaran haciendo una promesa que en verdad no era irreversible, pero que lucía como irreversible. Antes de entrar al gobierno, Machinea había creado la Fundación Argentina para el Desarrollo con Equidad, y allí habíamos trabajado en varias propuestas de reforma; por ejemplo, en el sistema de salud, en el sistema educativo, y también en temas de macroeconomía. Pero, como sabíamos que con la Convertibilidad no se podía hacer mucho, dejamos la macroeconomía para el final.

RH: ¿Consideraron la posibilidad de salir de la Convertibilidad al inicio del gobierno?

PG: Ese proyecto existió, pero muy débil. Antes de asumir lo conversamos con José Luis. La propuesta era la siguiente: al entrar al gobierno presentaríamos un diagnóstico muy sombrío, comandaríamos la salida de la Convertibilidad y, a los cuarenta y cinco días, todo el equipo se iba. Patriotismo a la Remes Lenicov, *avant la lettre*. Nos inmolábamos, pero tras ese terremoto inicial quedaba la posibilidad de que, en el tiempo que le restara en el gobierno, la economía se recuperase y De la Rúa saliese adelante. Finalmente, José Luis descartó la idea, creo que con razón. Las

catástrofes nunca ocurren de manera planificada. Con el tiempo me pareció una decisión muy sabia.

RH: Visto retrospectivamente, sabiendo lo mal que terminó esa experiencia, es fácil ver que una salida ordenada del régimen de Convertibilidad habría tenido algunas ventajas. Se habría hecho con mayor resto fiscal y con un poco más de autoridad política. Es muy probable que hubiera evitado algo del enorme daño económico y social que muchos, y en particular los más pobres, sufrieron cuando todo se cayó a pedazos en el verano de 2001-2002. Por otro lado, era difícil seguir ese camino. Habría llevado al gobierno a una crisis mayúscula, lo hubiese puesto al borde del precipicio. Y los gobiernos rara vez se suicidan. En este sentido, me parece que la analogía con Remes Lenicov no deja ver que, cuando él asumió, a comienzos de 2002, la Convertibilidad ya estaba en ruinas y a él le tocó remover los escombros para que el césped volviera a crecer. Ni él ni el presidente Eduardo Duhalde tomaron la decisión de abandonarla; ella los abandonó. En 1998 o 1999, en cambio, poner fin a la Convertibilidad suponía enfrentar resistencias de todo tipo, entre ellas, las provenientes de los propios votantes de la Alianza. No me imagino a De la Rúa, un dirigente que hasta entonces no se había caracterizado por tomar riesgos, avanzando por ese estrecho desfiladero.

PG: Antes de llegar al gobierno convocamos, por separado y en horarios distintos, a los economistas más críticos de la Convertibilidad: vinieron, por ejemplo, Roberto Frenkel y Roberto Lavagna. Nos reunimos en la quinta de Miguel Bein, camino a Quilmes. Les pedimos a nuestros invitados que respondieran una sola pregunta: "¿Nos quedamos o salimos?". No nos importaban los adoradores de la Convertibilidad, de los que había muchos, cuya respuesta podíamos adivinar. Nos interesaba la visión de los economistas que se habían manifestado en contra. Y todos dijeron que había que seguir adelante. Hablaron de trabajar para incrementar la productividad, de cosas que sabíamos, ellos y nosotros, que eran pura fantasía. Entonces dijimos: "Bueno, nos quedamos". Y, además, por supuesto, estaba el compromiso público de De la Rúa y Chacho a favor de mantener la Convertibilidad. Ambos se convirtieron en guardianes celosos de ese régimen. La fe de los conversos. Eso es un clásico.

RH: Había sido una bandera de campaña, y el triunfo de la Alianza no se entiende sin esa promesa. Fueron defensores de la Convertibilidad incluso más enfáticos que Eduardo Duhalde, el candidato oficialista. El

peronismo, cuyas bases electorales se vieron más golpeadas por el desempleo y la recesión que arrancó en 1997, ya antes del fin del mandato de Menem había comenzado a desdoblarse y a convertirse en oposición a su propio gobierno, a levantar la voz contra la política económica. De este modo, Duhalde –que además se había impuesto como candidato contra los deseos de Menem, que buscaba la re-reelección– era en más de un aspecto un rupturista. La oposición, en cambio, se promocionaba como la mejor garantía de continuidad del régimen económico.

PG: Duhalde se había convertido en un rupturista desde que en julio de 1997 le pidió a Menem un Ministerio de la Producción. Muy provocativo, para parámetros de la época. De modo que la victoria de la Alianza terminó de consagrar la opción por la Convertibilidad. Refrendada por dos administraciones de distinto signo político, se convirtió en una constitución económica, un dogma intocable. Con eso nos encontramos al llegar al gobierno. Ya lo hablamos: en esas circunstancias uno se convence de que los problemas tienen solución. En este caso, que el alivio podía venir por una mejora de los términos del intercambio, o por una nueva oleada de inversiones. Confiábamos en que, por alguna razón, el mundo se iba a volver amigable y nos iba a permitir salir adelante. De allí que, desde entonces, enfocamos nuestros cañones en dar batalla dentro de la regla de la Convertibilidad. No hicimos nada que sugiriera vacilaciones. Tratamos de reducir el déficit fiscal, con Mario Vicens en la Secretaría de Hacienda. Se dice que cuando los economistas pierden una llave no la buscan donde la perdieron sino donde hay luz. Y lo que hicimos fue buscar la llave donde había luz, haciendo política fiscal, cuando era claro que el origen del problema no estaba allí. Que el problema era el régimen monetario y cambiario.

RH: La política fiscal no podía modificar el hecho de que el tipo de cambio había quedado desajustado después de que los principales socios comerciales del país devaluaran sus monedas en la segunda mitad de la década. Y la Argentina, atada al régimen de tipo de cambio fijo, no podía recuperar competitividad y mejorar la situación de la balanza comercial por ese camino. Pero había economistas –López Murphy entre ellos, y fue lo que trató de hacer cuando ocupó la cartera de Economía– que decían que con cuentas fiscales más ordenadas el costo del financiamiento iba a bajar y, si bajaba la percepción del riesgo, retornaría la inversión extranjera, dando vida a un nuevo ciclo de expansión.

PG: Hicimos política fiscal porque no teníamos margen para hacer ninguna otra cosa importante y, por supuesto, para mostrarles a los mercados que teníamos la situación fiscal en orden. Ese fue el origen de la reforma del impuesto a las ganancias que pusimos en marcha apenas llegamos al gobierno, a fines de 1999, conocida como “la tablita de Machinea”. Fue una muy buena reforma, pero no resolvía ninguno de los problemas de fondo. Y cometimos un error importante. Creímos que subirle los impuestos al 10% más rico de la población era hablar, en efecto, de gente rica. Por el contrario, generamos el rechazo de las clases medias más acomodadas, y sobre todo del periodismo de alta gama, que se sintió naturalmente agredido.

RH: Una muestra de que no iban a contar con un apoyo benevolente por mucho tiempo. Además de la política de los intereses (porque las clases medias no solo defienden moralidades), ese rechazo se debe, me parece, a que en muchos sectores existe cierta disonancia entre la posición que ocupan en la distribución del ingreso y sus percepciones al respecto. En general, los sectores que, por nivel de ingresos, forman parte de la clase media alta no se reconocen como parte del decil superior de la distribución del ingreso. Entre esos cuatro millones de personas, muchos suelen creer que pertenecen a la sufrida clase media, la del medio de la sociedad. Y esos sectores son muy importantes en la construcción de la agenda de debate público. Si a eso le sumamos la percepción, muy extendida en este y otros sectores, de que la carga tributaria es excesiva para lo que el Estado ofrece en contraprestación, el resultado no podía ser otro que una medida muy resistida. Y el problema es que ese universo había sido fundamental para la victoria de la Alianza, que atacaba su propia base electoral.

PG: Totalmente. Es un fenómeno muy frecuente: le pasó a Alfonsín y luego a Macri. Llegaron al gobierno gracias a los votos de la clase media y no tuvieron otra opción que castigar a la clase media. La reforma se anunció en enero de 2000 y a partir de ese momento el derrumbe fue vertiginoso. En octubre Chacho Álvarez ya había renunciado.

RH: No tuvieron los famosos seis meses de gracia.

PG: Ni un mes de gracia. Al comienzo, el malestar social se distribuyó de manera desigual. Las encuestas de opinión mostraron que Machinea y la gestión de gobierno cayeron casi de inmediato, mientras que De la Rúa se

mantuvo alto por un tiempo. Se produjo una brecha entre imagen del gobierno e imagen del presidente. Y De la Rúa nos lo hacía sentir: "¿No ven? Yo sigo allá arriba; entonces, ¿por qué no me trabajan un poco mejor?". En general, cuando esto sucede, la imagen del presidente termina convergiendo con la imagen del gobierno, pero eso De la Rúa no lo quería ver.

RH: Al final la sociedad se tomó su venganza, ridiculizándolo y burlándose de él. Pero contá cómo recordás tu experiencia como jefe de asesores en ese segundo turno.

PG: Comencé imitando a Sourrouille en lo que se refiere a mantener un *afecto societatis* entre los miembros del equipo. Tenía un comedor bastante grande a mi disposición, y los mediodías estaba abierto para todos los que quisieran venir. En el equipo estaban Miguel Bein, Nicolás Gadano, Mario Vicens, Oscar Cetrángolo, Ricardo Carciofi, Daniel Marx. También gente que había estado antes con Sourrouille, como Roberto Eilbaum, un abogado inteligentísimo, irónico y divertido, que entiende de economía, y que fue el autor jurídico del desagio que acompañó al Plan Austral (el autor económico de ese desagio fue Daniel Heymann). Eilbaum nos sacó las papas del fuego muchas veces. Ya no voy a volver al gobierno, pero si tuviera quince años menos y me llamaran, solo aceptaría con la condición de que nos acompañe Roberto.

RH: ¿Qué tareas tenías a tu cargo?

PG: Me ocupé bastante de la comunicación. Colaboré en la redacción de los discursos del ministro y hablaba regularmente con los periodistas para intentar transmitirles una visión optimista de lo que estaba sucediendo. Mi otra tarea importante fue trabajar en un programa de reformas. La primera era una reforma del sistema de salud, dirigida a integrarlo, a superar su fragmentación. Cosas de las que sabía mucho más Oscar Cetrángolo pero que por un misterio insondable cayeron en mis manos.

RH: Es una asignatura pendiente, sobre todo teniendo en cuenta que la Argentina gasta bastante en salud. Los tres sistemas (el público, el de las obras sociales, el privado) están poco coordinados, y ofrecen una cobertura muy despareja tanto desde el punto de vista social como geográfico.

PG: Queríamos que empresas como OSDE, Swiss Medical o Medicus tuviesen que aceptar que alguien que viniese de una obra social, no importa cuál fuera su nivel de ingresos, tuviese un plan básico de salud. Me junté con los gerentes de las prepagas y los dirigentes sindicales. Hubo mucha resistencia. Cuando exponíamos el plan, todos me miraban como diciendo: "Por suerte son débiles y esto no va a salir". Me acuerdo de Armando Cavallieri, el dirigente sindical de los empleados de comercio, diciéndome: "Pablo, vos tenés que venir a ver cómo funciona mi obra social. Enseguida te vas a dar cuenta que no hace falta hacer ningún cambio". Los empresarios tampoco estaban contentos, y ofrecieron una resistencia enconada. La gente de OSDE nunca más me saludó, e incluso me vetó para un congreso académico que organizó Silvia Sigal con recursos de su fundación. Cuando Silvia se enteró del veto quiso suspenderlo. La convencí de que no lo hiciera.

RH: ¿Y cuál fue la otra reforma?

PG: Las tarifas de los servicios públicos. Al comienzo de la Convertibilidad las tarifas se indexaban por el índice de precios al consumidor de los Estados Unidos, que en esos años se había movido bastante. Me pasé un mes entero reuniéndome con los CEO de las empresas de servicios públicos presionándolos para bajar las tarifas y, por esta vía, devolverle un poquitín de competitividad –microscópico, homeopático– a la economía. No hubo caso, no quisieron ceder ni dos centavos; lo que se ahorraron entonces lo pagaron después con creces con la pesificación tarifaria que les impusieron Lavagna y Duhalde. De todos modos, su miopía es entendible, porque no hablábamos con los propietarios sino con los gerentes, y los gerentes no están en condiciones de ceder. Si cedían, los accionistas no se lo perdonarían. Aprendí tarde eso.

RH: Debilidades de una economía muy extranjerizada, a la vez que siempre hambrienta de capital productivo. Al Estado le cuesta mucho regularla.

PG: Logramos muy poco, y en esto incidieron las bombas que explotaban una tras otra a nuestro alrededor. Una de las primeras fue el escándalo de los sobornos en la aprobación de la Ley de Reforma Laboral propuesta por Alberto Flamarique, el ministro de Trabajo. La ley se aprobó en mayo de 2000. Más allá de la cuestión de si hubo o no sobornos, debo decir que era una buena reforma. Hay que recordar que fue aprobada con el apoyo de Rodolfo Daer, que era secretario general de la CGT. Pero unos días después,

Moyano, que estaba en la vereda de enfrente de Daer, tiró su bomba: “Flamarique me dijo que para convencer a los senadores ‘tenemos la Banelco’”. Nicolás Gadano, que era subsecretario de Hacienda, investigó partida por partida, para averiguar dónde estaba la anomalía que pudiera explicar el pago de los sobornos. Nico no la encontró.

RH: El dinero para los sobornos a los senadores habría salido de fondos reservados de la SIDE. Y esta agencia estaba a cargo de Fernando de Santibañes, una persona del círculo de confianza del presidente. La investigación judicial no pudo probar el delito, y al día de hoy no ha habido condenas.

PG: De Santibañes nos devuelve a la relación con De la Rúa. De Santibañes llamaba con frecuencia para preguntarnos cómo iban las cosas. Atrás estaba el presidente diciéndole: “Controlá a esos muchachos”. Y además recibíamos una visita semanal de Antonito, el hijo de Fernando. Nosotros le contábamos y él tomaba nota. Me intrigaba que viniera en ojotas. Y además no entendía nada de economía. Más allá de la irritación que nos provocaban esos llamados y esas visitas, todo eso revelaba que había desconfianza y tensiones, y un intento de intervención no muy disimulada en nuestra gestión.

RH: Que sus ojos y sus oídos fueran personas como De Santibañes y Antonito dice mucho sobre el aislamiento del presidente. Se sentía seguro con gente que indudablemente estaba de su lado, pero que por su experiencia previa de ninguna manera podía ayudarlo a resolver problemas económicos muy complejos.

PG: Creo que ese fue un costado del asunto. Por otro lado, De la Rúa había organizado su gabinete con un porcentaje desproporcionado de economistas muy solventes: tenía a Juan José Llach en Educación, a Rodríguez Giavarini en Relaciones Exteriores, a Ricardo López Murphy en Defensa, y a José Luis Machinea en Economía. José Luis era percibido como una persona leal a Alfonsín; el resto, en cambio, aparecía como un conjunto de funcionarios más leales al presidente. Con eso De la Rúa equilibraba los tantos ante la opinión pública. Más de una vez, con José Luis fuera del país, se hacían reuniones de Gabinete en las que López Murphy, y no una persona del equipo de José Luis, informaba sobre la situación económica. Era muy tenso, incluso para Ricardo, que era entonces y es ahora muy amigo nuestro, con independencia de las posturas distintas que podemos tener en ocasiones.

RH: El imperio de los economistas en su máxima expresión. Y a esa lista hay que sumar a Domingo Cavallo, que ingresaría al Gabinete un poco después. Recordar ese dominio es importante para entender la contraola que vino más tarde, en la era Kirchner, cuando se proclamó que era la política y no la técnica la que estaba al mando. Mientras tanto los problemas continuaban…

PG: En mayo de 2000 anunciamos un duro plan de ajuste, dentro del cual entraba el proyecto de reforma del sistema de salud. Muchos radicales dudaban. Ese plan no habría sido aprobado si Chacho no lo hubiera apoyado con una tenacidad sorprendente. Lo hizo con la gracia y la elocuencia que tiene para hablar, en una larga reunión en Olivos, frente a numerosos funcionarios y legisladores. De la Rúa no hablaba: se movía, se levantaba, iba al baño, salía, entraba. Lo que sucedió ese día me hizo acordar de un episodio, con él todavía en la Jefatura de Gobierno de la Ciudad, cuando preparábamos la entrada al gobierno: la misma actitud, los mismos gestos. Recuerdo que en aquella ocasión De la Rúa entró por un momento en la sala en que estábamos reunidos, tomó unos papeles y salió en dirección a una oficina contigua. Pero antes de cerrar la puerta nos miró a todos y nos dijo una frase brillante: “Hay que mantener la ambigüedad hasta que se torne insoportable”. Entonces me di cuenta de su maestría en este clásico de la política, el de mantener la ambigüedad. Mi momento de mayor respeto a De la Rúa fue aquel, antes de entrar a la Casa Rosada. Un hombre que es capaz de hacer eso no puede ser un hombre mediocre, me decía. Ese día de mayo de 2000, en cambio, Chacho fue Stalin: “Acá nadie se mueve, este ajuste tiene que aprobarse; de lo contrario, el gobierno se derrumba”. Y, al cabo de largas horas, terminó convenciendo a todos.

RH: Desempeñó el papel de duro. Pero ese rol no estaba hecho para él, al menos no por mucho tiempo.

PG: En efecto, en octubre de 2000, a solo diez meses de nuestra llegada, todo se complicó. Para entonces el escándalo de los sobornos en el Senado ya llevaba mucho tiempo desgastando al gobierno. Ese mes, Juan José Llach dejó el Ministerio de Educación. ¿Por qué renunció? Porque no podíamos darle plata suficiente. Asumió con el compromiso de levantar la Carpa Blanca, la protesta docente por largo tiempo instalada en la Plaza del Congreso, y para eso se requería mejorar los salarios docentes. Logramos ese propósito inicial pero luego, legítimamente, Juan José pidió más recursos. Y nosotros le dijimos: “No podemos darte nada”. Lo entendió y presentó la renuncia.

RH: Ese mismo mes, octubre, tuvo lugar otra defección, aún más dramática, la del vicepresidente. ¿Cómo recordás ese episodio?

PG: Un día recibí un llamado de Chacho, lanzando esta advertencia premonitoria: "Con esto de la Banelco va a haber un cambio de Gabinete; yo no voy a estar en un gobierno de corruptos". Efectivamente, Flamarique estaba de salida y sería reemplazado por Patricia Bullrich. Pero estoy seguro de que el escándalo de la Banelco no fue el verdadero motivo de la renuncia de Chacho. Y eso le dije: "Si hay corruptos en el gobierno, quedate, da la batalla adentro, armá un escándalo, hacelo trascender por el diario". En fin, las prácticas habituales de filtrado de información a la prensa cuando las desavenencias internas de un gobierno se espiralizan. El problema era otro. Lo que la renuncia de Chacho revelaba era la resistencia del jefe de una de las tres familias de la Alianza a compartir los costos de gobernar en circunstancias difíciles. "Te vas porque sabés que la economía va a andar mal", le dije cuando lo vi. Y lo mismo le señaló Darío Alessandro, entonces su mano derecha.

RH: En cualquier caso, su estrategia de salida fue singular. Renunció a la vicepresidencia, pero toda su gente y su partido continuaron en el gobierno, como parte de la Alianza. Un poco incoherente.

PG: Me lo dijo por teléfono, presentándolo como una virtud. "No te preocupes, Pablo, toda mi gente se queda". Pero en realidad lo que quería era mantenerle los cargos. No quería pagar ningún costo en términos de imagen personal, pero estaba dispuesto a dejar a los suyos para que siguieran cobrando sus sueldos. Esa fue la última conversación que tuve con Chacho Álvarez; solo recientemente volví a encontrarme con él. Dos horas después de su renuncia escribí una nota, criticándolo en tono irónico. Luego de leerla, José Luis Machinea me dijo: "Esto es una bomba. Veamos si De la Rúa está de acuerdo". De la Rúa dio su conformidad. Y así la mandé a la prensa.

RH: Salió en *Página/12*. El *Página/12* de ese tiempo, un diario independiente, el preferido de las clases medias progresistas. Allí lo criticabas por abandonar el barco, pero también lo invitabas a que siguiera acompañando. Para entonces, sin embargo, y a la luz de los problemas del gobierno, esa propuesta difícilmente tuviera mucho atractivo para una figura como Chacho Álvarez.

PG: Con la Convertibilidad haciendo agua, y la renuncia del vicepresidente, eso era una carnicería. Tratamos de seguir, inventando algunos planes de competitividad. Con Lucas Llach, que estaba conmigo en la Jefatura de Gabinete, escribimos un documento, "El optimismo de la razón", que fue publicado por *La Nación* en varios días separados, hablando de las inmensas potencialidades de este país. Era un documento lindísimo, pero no para ese momento, cuando la Convertibilidad bloqueaba cualquier alternativa y le restaba competitividad a la economía.

RH: Todo esto mientras la economía seguía contrayéndose y, con ella, también los ingresos fiscales. Y con el horizonte achicándose.

PG: Nuestra última carta fue pedir plata en Washington. Allí estaban, por un lado, Larry Summers, que era secretario del Tesoro, y Stanley Fischer, al frente del Fondo Monetario; de nuestro lado, el negociador era Daniel Marx. El resultado fue lo que se conoció como "blindaje", que era una línea de financiamiento dependiente del cumplimiento de las metas fiscales. Summers y Fischer nos ayudaron a armarlo, a diseñar todo el esquema. Y trabajamos contra reloj, porque estaba por comenzar la presidencia de George Bush, que asumía con el discurso de no malgastar el dinero de los carpinteros norteamericanos. "Apurémonos porque, si nosotros nos vamos, no se va a poder firmar", decían Summers y Fischer. Y era cierto: poco tiempo después, a Cavallo le tocó lidiar con la dureza de la nueva línea que Bush impuso en el Tesoro.

RH: Llegaron a tiempo, aunque no sirvió para mucho. Se firmó en noviembre de 2000 y, por los incumplimientos argentinos, se vino abajo a los pocos meses.

PG: Sí, la situación era difícil. De hecho, en el momento en que estábamos firmando, uno de los dos –no recuerdo si Summers o Fischer– dijo: "¿Ustedes no pensaron en aprovechar esta oportunidad para salir de la Convertibilidad?". Machinea lo pensó catorce segundos y otra vez dijo que no. Y creo que otra vez tenía razón. Para entonces nuestra posición era muy frágil. No estábamos en condiciones de resolver la cuestión del financiamiento si rompíamos todos los contratos, tal como iba a terminar haciendo el gobierno de Duhalde en febrero de 2002.

RH: ¿Cómo terminó tu segundo paso por la función pública?

PG: El final llegó en febrero de 2001, cuando Mario Vicens dijo: “Las cuentas fiscales no dan”. Eso quería decir que el blindaje se caía. Nos tocó comunicárselo al presidente. Y entonces ya no había lugar para nosotros.

RH: Fue cuando De la Rúa convocó a López Murphy.

PG: Sí, creo que todo el tiempo estuvo esperando ese momento. Me refiero al presidente.

RH: Sin embargo, no pudo disfrutar de su revancha. El programa de ajuste anunciado por López Murphy incluía una rebaja de las remuneraciones del sector público que despertó una resistencia feroz entre los damnificados. Me tocó vivirla en la universidad, que se puso en pie de guerra ante el recorte de los sueldos. Frente a la rebelión de los estatales, De la Rúa cambió de idea y desautorizó a su ministro a días de haberlo designado. López Murphy tuvo que renunciar pero el más dañado fue el presidente. Ese fracaso humillante erosionó su autoridad. Y en el medio de esa crisis nació la ilusión de que el retorno de Cavallo podía salvar a la Argentina del desastre. Y si eso ya era una fantasía, lo era todavía más que Cavallo haya creído que podía realizar esa tarea.

PG: Lo de Domingo solo se explica por su desmesura. Es un hombre muy inteligente y un excelente economista. Pero esas virtudes se diluyeron cuando, alentado por el propio Chacho, que en ese momento se acercó a él, creyó que podía salvar a su criatura moribunda, la Convertibilidad. Es una historia absurda. En 1999 se había presentado a las elecciones presidenciales con un resultado muy digno para una fuerza política naciente. A veces pienso que con solo aguardar su momento podría haber ocupado el lugar que en 2015 ocupó Macri. No sé. El hecho es que no pudo esperar. Lo devoró la ansiedad. Luchó unos meses dentro del gobierno de De la Rúa con el final que todos conocemos. Para entonces, yo ya estaba fuera del gobierno.

RH: A partir de ese momento, te refugiaste en la academia. Desde entonces tu lugar no fue muy distinto al que ocupás hoy, mientras tenemos esta charla. El de un analista y un observador comprometido, ya no más el de un participante.

PG: Así es. Y ya han pasado casi veinte años.

4. El largo siglo XIX

"Roca y Pellegrini entendieron que financiar los ferrocarriles era parte de la construcción de un país más integrado. Paz y administración fue un programa difícil, entre otras cosas, porque en nuestro federalismo desigual, con vastas zonas de baja densidad poblacional, eso era carísimo. Y se gastó mucho en eso: recordemos que, hasta la segunda mitad de los años noventa, cuando el tendido ferroviario despegó en la zona rica, en la pampa húmeda, cerca de la mitad de la red estaba en el interior. Esa red hay que verla como parte de una transacción política. Sigo discutiendo a veces con colegas que miran 'los ferrocarriles a la Luna' como un derroche. Y digo que sin ese supuesto derroche no hubiéramos tenido 'ferrocarriles productivos' en el litoral. Parece difícil entenderlo, pero una nación no se construye solo con sus sectores más competitivos".

Roy Hora: En las charlas que tuvimos hasta acá insististe en que la historia importa. No en el sentido de que el pasado determina el presente, sino porque la reflexión sobre el pasado ofrece instrumentos de conocimiento que nos ayudan a entender dónde estamos parados, de qué naturaleza son los dilemas que enfrenta una comunidad, cómo son percibidos esos problemas, con qué herramientas contamos para resolverlos. En este sentido, la historia, además de ampliar los horizontes de la discusión pública, ayuda a comprender mejor el presente. Te propongo, entonces, que enfoquemos la atención, de manera más sistemática, en la historia económica argentina. Sobre la base de los grandes parámetros que fuiste definiendo en las charlas anteriores, esto es, pensando la economía como un fenómeno que debe ser situado en el marco de relaciones sociales y políticas más amplias, me gustaría pedirte que sintetices cómo pensás la trayectoria económica de nuestro país en el largo plazo. Si te parece, en esta charla podemos comenzar bosquejando tu visión del siglo XIX.

Pablo Gerchunoff: De acuerdo. Tengo una visión que, como siempre en estos casos, es discutible y provisoria. El primer tema que me parece importante abordar tiene que ver con el punto de partida. No es un tema menor para una persona formada como economista. Ya te habrás dado cuenta de que, a diferencia de la mayor parte de los historiadores que hacen historia económica, cuando alguien que viene de la disciplina económica se refiere al siglo XIX suele decir ante todo 1880. Para los economistas, la historia económica argentina comienza con Roca, y si se esfuerzan un poco, con Mitre. Cuando yo empecé a hacer historia económica también veía las cosas de esta manera. *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, el libro que escribí con Lucas Llach en 1998, por ejemplo, arranca allí, con Roca, ni siquiera con Mitre y Sarmiento. Ahora veo esto como un síntoma de ignorancia. Y más que como un síntoma de ignorancia, como un recorte histórico sumamente defectuoso.

RH: Es una manera de periodizar muy arraigada entre economistas, pero también entre sociólogos y cientistas políticos. Parte de la premisa de que el único pasado que de verdad cuenta es el que comienza con lo que a veces se denomina “la Argentina moderna”, o “la Argentina de la generación del 80”. En esta manera de pensar el país, la contribución de Gino Germani fue muy influyente. Incluso muchos de los que no tienen simpatía alguna por su figura adoptan mucho de su narrativa, centrada en la idea de que todo comenzó con la política oligárquica y la gran inmigración, el desarrollo del capitalismo agrario, etc. Lo anterior, lo que evocamos en las fiestas patrias, carece de verdadera relevancia. El inconveniente de este modo de mirar el pasado es que no nos permite interrogarnos sobre el legado del siglo XIX, sobre cuánto influyó esa etapa en lo que vino después. Y de este modo desestima, por ejemplo, el peso de las formas de hacer política (el caudillismo, las primeras experiencias de participación política popular) y las tradiciones políticas heredadas del siglo XIX (el republicanismo nacido con la Revolución), o los problemas que plantea una disputa por el poder que, ya en los años de la Independencia, estaba enraizada con conflictos regionales y poseía una clara dimensión territorial.

PG: Es por eso que, luego de escribir *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, comencé a interesarme más por develar el misterio de la prehistoria de mi historia. Y fue entonces cuando advertí la importancia de la etapa dominada por las guerras civiles y por lo que esas guerras civiles generaron. No es ninguna novedad, salvo para los que miran con los ojos de los economistas. En muchos aspectos, la forma en que ahora estilizo este problema no es muy distinta a la de Juan Álvarez, quien escribió un libro maravilloso, un clásico sobre el tema, *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*.

RH: Ese breve ensayo que Álvarez publicó en 1914 sentó las bases de una tradición de interpretación de los conflictos del siglo XIX donde se enfatiza que esas luchas tienen una raíz económica, y que el eje de esa disputa es la tensión entre dos mundos muy distintos, pero que no podían vivir separados, el interior y el litoral. Para Álvarez, el caudillismo no era más que la forma política de un conflicto arraigado en la sociedad y la geografía.

PG: Sí, me interesa mucho *Las guerras civiles* y también otro ensayo suyo algo posterior, de 1918, *El problema de Buenos Aires en la República Argentina*. Ambos me parecen apasionantes. ¿Qué hay en estos textos? Nos

ofrecen una historia donde las guerras civiles son el producto de una geografía peculiar, de un federalismo que nació desigual porque se montó sobre una geografía heterogénea: básicamente, un interior pobre, un litoral rico. Diría que el nudo de nuestros problemas del siglo XIX está allí, aun con todos los matices que queramos ponerle. Era casi imposible que un mundo que giraba alrededor del Alto Perú y del Potosí y su economía de la plata, y ese otro mundo que orbitaba alrededor del puerto de Buenos Aires pudieran alcanzar un acuerdo sin conflicto después de la pérdida del proyecto minero. Si tuviera que decir, de forma esquemática y a trazos gruesos, cómo veo el siglo XIX, diría que estuvo dominado por las dificultades para la constitución de una nación federal a partir de ese cuadro que produce tensiones y conflictos con una clara dimensión territorial. Luego de haber escrito *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas (1870-1905)*, diría que los problemas de ese federalismo tan desigual siguieron vivos al menos hasta 1890.

RH: A lo largo de casi todo el siglo XIX, la disputa política argentina no puede entenderse sin atender a la división regional. ¿Cuál es tu manera de verlo?

PG: Era muy difícil que la Argentina del siglo XIX manifestara su conflicto de otro modo que no fuera la guerra, porque hasta la propia geografía así lo dictaba. La Argentina era entonces y fue por mucho tiempo un país de un solo cuerpo, un país recorrido por un solo río o dos ríos, lo que marcaba el destino de las provincias del norte. Una vez que dejó de orbitar alrededor del Potosí, ese norte no tuvo otra salida que virar hacia el sur, y por eso tuvo que encontrar una solución que no podía provenir sino de la mayor fuente de recursos que había en la Argentina, que era la aduana del único puerto importante del país. Una rápida mirada al mapa alcanza para darse cuenta de la diferencia con Australia, Canadá y los Estados Unidos. Mirar la región de la frontera de Canadá y los Estados Unidos, con su red de ríos y canales, y con su gran número de puertos atlánticos, o mirar la cantidad de puertos con que cuenta Australia nos da una idea de cuán distintos son esos países y el nuestro. De entrada, esto ya colocaba a la Argentina en una situación de desventaja respecto de esos países. Siempre tengo en cuenta este punto cuando examino los estudios comparativos de la Argentina con Canadá o Australia.

RH: En los Estados Unidos también tenemos la gran cuenca del Mississippi, que armó un mundo económico en el sur agrícola y esclavista, muy importante hasta fines del siglo XIX. De todos modos,

te diría que, aun reconociendo que los conflictos políticos de la era de las guerras civiles poseen una evidente dimensión regional, esa disputa no puede explicarse solo a partir de sus determinantes geográficos o económicos. El rosismo, por ejemplo, que fue un fenómeno político muy original y muy importante, y un gran productor de discordia, no puede ser entendido sin incorporar otras dimensiones: conflictos en el seno de las élites dirigentes porteñas, movilización popular, una cultura política signada por la violencia que creció en importancia desde las guerras de la Independencia…

PG: Estoy de acuerdo y luego me gustaría decir algo en esta dirección. Pero antes querría insistir con una cuestión que es peculiar de la Argentina. Tenemos aquí un tipo de desigualdad muy difícil de encontrar en otros países: el molde de una república federal no puede sino exacerbar esos conflictos entre regiones muy desiguales: varias pobres, una rica. Los intentos de organización económica nacional inevitablemente iban a chocar con esa desigualdad. Eso es lo que más me interesa de la visión de Juan Álvarez. Lo que más me gusta. Explica en buena medida los problemas fiscales y monetarios que colocan en el centro de la escena el núcleo duro del dilema proteccionismo-librecambio que sobrevive hasta ahora, aunque con otras características.

RH: Introduzcamos, entonces, la otra dimensión, la política.

PG: El conflicto entre el puerto y el Norte no cubre todo el espectro de disputas. Esta interpretación económico-estructural tiene que combinarse con explicaciones que hacen al otro rasgo importante de nuestro país. Para introducirlo, me tomo de un argumento de José Luis Romero, que es otro autor que me interesa mucho. En un libro de 1946, *Las ideas políticas en Argentina,* Romero se refiere a lo que llama “democracia inorgánica”. Lo señala a propósito de Artigas, pero lo que dice también sirve para entender a muchos otros caudillos populares, y al fenómeno más general de movilización popular que está en la base del caudillismo. Eso es lo que nos explica a Artigas, pero también a Dorrego e incluso a Rosas. Cuando uno lee a José Luis Romero, cuando lee las *Memorias* del general Paz, o el propio *Facundo* de Sarmiento, aparece otro tipo de conflicto que se superpone con el geográfico: el de la élite contra la plebe, los ricos contra los pobres. Allí, Paz y Sarmiento mordieron la manzana de la comprensión y nos dieron otra clave fundamental para pensar el siglo XIX. Intentaron comprender al “otro”, lo que no es poco en la historia argentina.

RH: Comprender al otro: una tarea fundamental en una comunidad política propensa a la división y el conflicto, como ha sido y en alguna medida continúa siendo la nuestra. Es muy importante porque la verdadera comprensión supone reconocer alguna razón y alguna legitimidad en los puntos de vista de aquellos que no son de nuestra propia tribu. Y creo que en el caso argentino este ejercicio es doblemente importante porque, como nos lo recuerdan una y otra vez los autores que citás, esos otros, y en particular las clases populares, no fueron meros espectadores de las querellas de los de arriba. Desde 1810 en adelante, las mayorías nunca aceptaron mansamente la consagración de un régimen político excluyente. Lo enfatizó Tulio Halperin Donghi en sus estudios de la década de 1970, sobre todo en *Revolución y guerra*, de 1972, y todo lo que vino después no hizo sino confirmarlo. En todo caso, y como sugería Mitre –que inspiró algunas ideas de José Luis Romero, y que tenía una visión positiva de la contribución de esa democracia inorgánica a la forja de un país moderno e integrado–, la tarea que los grupos dirigentes tenían por delante era construir instituciones y dar vida a estilos de liderazgo capaces de encauzar esa energía popular. No hubo otra manera de gobernar esa Argentina que con el oído atento al murmullo que venía de abajo, reconociendo que las clases subalternas participan de la conversación. Ya en el siglo XIX era una sociedad movilizada y díscola.

PG: El rasgo que a mi juicio describe mejor a la sociedad argentina no es exactamente el igualitarismo, como yo mismo escribí varias veces, sino la incorporación social, que muy bien puede ser desigualitaria. Las guerras civiles y las levas militares entre los criollos y gauchos del norte y el sur (y con sur quiero decir la provincia de Buenos Aires) forman parte de un proceso violento de incorporación a la vida social y política de hombres a los que en buena medida la naturaleza les había regalado –sobre todo en el sur– alimentos baratos, vestido, posibilidades de comercio con los indios, tiempo para el ocio y un pedazo de tierra para construir su rancho, como cuenta –y de hecho construye un mito– José Hernández en el *Martín Fierro*. Esa no fue, por cierto, una incorporación voluntaria sino marcada por la rebeldía ante la pérdida de la libertad, una marca que con el tiempo se revelaría indeleble. A eso se sumó más tarde la incorporación, esa sí voluntaria, de la gigantesca masa de inmigrantes proveniente de ultramar, que capturó la oportunidad de la movilidad social, hasta que a fines de los años veinte la oportunidad se agotó. Pero para ese momento ya se había conformado la sociedad argentina, en esencia, como la conocemos, tan difícil de gobernar, tan demandante, "con todos adentro". Me gusta más acentuar, entonces, el rasgo de la incorporación que el rasgo del

igualitarismo. El frustrado rechazo del gaucho a la incorporación fue un gesto individual, como fue también individual la aventura del migrante. El rasgo igualitario evoca más la acción colectiva, la acción de clase, la acción orgánica. Eso llegó más tarde y creo que tuvo como condición necesaria el doble movimiento incorporador. Y más tarde todavía, desde mediados de los setenta del siglo XX, llegó el traumático proceso de desincorporación que todavía estamos viviendo.

RH: La distinción entre impulso igualitario y deseo de incorporación es relevante, y no siempre se le da la importancia que merece. Nos ayuda a entender qué tipo de aspiraciones populares animaron la vida política del siglo XIX, y qué legado proyectaron sobre el siglo XX. En esa experiencia histórica, la impugnación a las jerarquías de poder, riqueza y prestigio tuvo mayor vigor que la aspiración igualitaria. La retórica y la práctica del "naides es más que naides", en sus distintas versiones, tuvieron más arraigo que el deseo de construir una comunidad de los pobres o de los explotados. Por ese lado fue el desafío a las pretensiones exclusivistas de los poderosos, que comenzó a cobrar entidad cuando las guerras de la Independencia movilizaron a las mayorías y las empujaron hacia el centro de la escena política, y que continuó más tarde, en la segunda mitad del siglo, cuando la gran inmigración consagró a la Argentina como el país de la movilidad social –individual o familiar– más que como el de la reforma social. Así, primero criollos y luego inmigrantes contribuyeron a forjar una cultura pública hostil a todo proyecto de "cerrar el círculo", y que abrió el camino para la formulación de un sinfín de demandas de incorporación. Visto desde otro ángulo, esto ayuda a entender por qué la sociedad argentina nunca ofreció un terreno muy propicio para la emergencia de una izquierda clasista y antisistema, pero tampoco para el de una derecha jerárquica y tradicionalista.

PG: Exacto. ¿Por qué creo importante señalar esto? Porque sirve para mostrar que mucho de lo que iba a llegar después, incluso en la segunda mitad del siglo XX con el peronismo, no fue un rayo en cielo sereno. Hay que evitar la tentación de una historia narrada como pura continuidad, en la que hay un *big bang* que lo explica todo *ab initio*. Pero hay corrientes subterráneas de largo plazo que los historiadores tenemos que descubrir porque dejan marcas permanentes. Eso es lo que estamos haciendo ahora. Querría poner otro ejemplo de esa manera de mirar las cosas que a mí me resulta muy atractivo. Roberto Cortés Conde ha escrito y suele decir con frecuencia que la pérdida del Potosí –por la guerra o por el agotamiento de

los yacimientos– significó un cambio profundo en lo que sería el federalismo argentino en su dimensión económica. El Potosí hacía de las provincias del noroeste una región relativamente próspera en relación con una región atlántica todavía subexplotada. Después todo cambió, el propio mapa cambió. Lo que sería la Argentina “se invirtió”. Las provincias del norte se empobrecieron y las del litoral se enriquecieron. Dice Roberto que cada vez que discutimos la coparticipación federal de impuestos esta “inversión” está presente. Y dice algo todavía más ambicioso. Los subsidios del Potosí nos acostumbraron a financiar el gasto sin cobrar impuestos, o cobrando pocos impuestos. De allí a un sesgo original inflacionario hay un solo paso. Creo que con Roberto encontramos una buena compañía para este ejercicio de “miradas largas”.

RH: Tenemos acá, a partir de este tipo de aproximaciones, una buena respuesta a la pregunta por si tiene sentido mirar lo que pasaba antes de 1880. Los dos ejes de conflicto que evocás –la imposibilidad de erigir el régimen político a espaldas de las mayorías, la desigualdad regional– nos hablan de tensiones que, desde un pasado bastante remoto, estructuraron nuestras disputas políticas contemporáneas. Y esto nos recuerda que quienes siguen atribuyendo muchos de nuestros problemas a cierto comportamiento patológico de los grupos dirigentes, en particular de los más populares o populistas, no ven sino la punta del iceberg.

PG: Así es. Y quiero agregar que, ya en el siglo XIX, esos dos conflictos trabaron el progreso económico y el progreso social, operaron como elementos de bloqueo. Sin embargo, hay que señalar que cuando uno mira el funcionamiento de la economía hasta 1880, no se encuentra con una economía estancada. Leyendo la *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX* que publicaste en 2010, uno aprende que, además de progreso en la provincia de Buenos Aires, con su puerto y su ganadería, también se percibe que el progreso va más allá de la región litoral, y comprende a Cuyo, a Córdoba, a Tucumán. Y si uno va más atrás en el tiempo y lee la *Historia socioeconómica de Argentina* de Jonathan Brown, de 1979, también encuentra este argumento. Y allí aparece otra idea, en un punto molesta para mi visión, y es que la Revolución de Mayo y el librecambismo dieron algunas oportunidades a ese interior. Ese progreso tiene que haber sido muy asordinado, pero sin duda existió.

RH: Tal vez podamos resumirlo en la idea de distintos ritmos de crecimiento económico, uno lento y titubeante en el interior, y además

desigualmente distribuido desde el punto de vista regional, y otro muy acelerado en el litoral, en particular en Buenos Aires y su campaña. Ese interior era en sí mismo un conjunto heterogéneo, y lo que sucedía en Cuyo era más auspicioso que lo que se observa en Salta o Jujuy. Pero incluso los progresos de distritos como Mendoza palidecen cuando se los compara con lo que sucedía en la Buenos Aires de la expansión ganadera o, desde la década de 1830, en Entre Ríos. Y esto nos revela un país todavía muy poco vertebrado, que se movía a dos velocidades. Los trabajos sobre divergencia regional de Jorge Gelman y sus colaboradores muestran bien este fenómeno.

PG: Estoy de acuerdo, dos velocidades. Y habría que colocar esto en un panorama más amplio, comparando estas velocidades con lo que sucede afuera. Si se miran las estimaciones de Angus Maddison, pese a toda la desconfianza que me suscita ese tipo de ejercicios, los historiadores se encuentran con que, a pesar de lo que dice Roy y a pesar de lo que dice Jonathan Brown, si uno compara al progreso argentino de 1810 a 1880 con el progreso de Australia, los Estados Unidos o Canadá, concluye que, al llegar al final del período, nos encontramos bien atrás de esos países.

RH: Es indudable que el avance de 1810 a 1880 fue más lento de lo que podría haber sido en un contexto menos conflictivo, o de lo que fue en otras partes del mundo. De todos modos, yo tiendo a ser cauto al momento de comparar a la Argentina con esos países tan exitosos, los que estaban al tope de la tabla. Medirnos con las naciones de crecimiento más veloz del planeta en el siglo XIX puede darnos una imagen algo distorsionada, excesivamente negativa, de lo que estaba sucediendo en estas tierras. Si la vara está muy alta uno puede ver fracaso y retraso donde también hubo cambios e incluso importantes progresos. Cuando comparamos la *performance* argentina con la de otros países de América Latina, como Brasil o México, emerge una imagen muy distinta. En esas décadas, solo Chile parece haber sido más exitoso.

PG: Efectivamente, hay que manejar estas comparaciones con cuidado. ¿Por qué pongo esa vara? Porque fue muy utilizada, y al menos entre los economistas todavía es muy popular la pregunta de por qué somos el caso malo de los países vacíos de colonización tardía. Podemos reformular la pregunta de este modo: ¿somos la Cenicienta de esos casos, y en verdad vos tenés razón en dudar de la razonabilidad de esa comparación? No hay dudas de que la respuesta tiene que ser matizada. Ese matiz es el que pretendí

incorporar cuando con Pablo Fajgelbaum escribimos *¿Por qué Argentina no fue Australia?*, en 2006.

RH: Coincido en que esta comparación sirve para llamar la atención sobre el hecho de que la Argentina se retrasó, o creció menos de lo que, considerados en abstracto, sus recursos naturales y humanos parecían permitirle. Esto nos devuelve a los conflictos a los que hacíamos referencia. Ese largo período de disputas armadas, y la demora constitucional, seguramente hicieron que la integración económica fuera más lenta, que el ferrocarril –que dependía de grandes inversiones extranjeras, y que iba a ser tan importante para empujar el crecimiento– tardara en despegar, que la formación de un sistema bancario capaz de canalizar el ahorro hacia el sistema productivo arrancara tarde, que se desperdiciaran esfuerzos y se gastaran recursos en destruir más que en construir, etc. En este marco, te pregunto, ¿cómo pensás la formación de un nuevo equilibrio político e institucional capaz de poner a la Argentina en el camino del crecimiento acelerado y sostenido?

PG: Desde mi punto de vista, ese país no iba a poder resolver sus conflictos económicos sino con una diagonal que rompiese con los principios librecambistas consagrados por los hombres de Mayo, los ilustrados de Buenos Aires, y que Rosas no alteró. El librecambio en estado puro, en su versión libresca, no se amoldaba a ese país y, aunque costó mucho tiempo entenderlo y llevarlo a la práctica, para construir un país económicamente más cohesionado y consensual era necesario abandonar el librecambio como principio dogmático. Inevitablemente, la política comercial tenía que ser el resultado de una negociación. Me gusta pensarlo como el producto de un tratado de paz. Los tratados de paz en general son la consecuencia de alguna forma de victoria de uno de los bandos, que siempre deja heridos. Pero si de lo que se trata es de construir una nación, la sabiduría del ganador debe consistir en forjar un equilibrio perdurable, haciéndose cargo de los problemas del perdedor. Y en esto, Roca me parece un personaje bien interesante. El camino que llevó a la firma del tratado de paz empezó antes, pero Roca terminó de escribir sus cláusulas.

RH: Luego de Caseros comienza una historia de concentración del poder en el Estado, apoyada en una red política más densa y poderosa y, sobre todo, que se va imponiendo en todo el territorio nacional. Es la historia narrada de manera deslumbrante por Tulio Halperin Donghi en *Una nación para el desierto argentino*, de 1982. Lo que está menos

presente en ese libro y en los que se escribieron en su estela es lo referido a los acuerdos económicos que dieron sustento al proyecto de construir un país federal. Para reforzar su unidad, el nuevo equilibrio tenía que resultar atractivo para ese interior pobre que hasta entonces no había aceptado pasivamente las iniciativas de los grupos políticos de Buenos Aires. En torno a este problema es que me parece que *Desorden y progreso*, el libro que escribiste con Gastón Rossi y Fernando Rocchi, toca otra campana, incluso proponiendo una periodización distinta. Allí se ve que la política económica de la segunda mitad del XIX debe ser pensada en el marco de las disputas por la construcción del país federal. En una dirección similar va el trabajo de Lucas Llach. Nos muestran que la etapa que comenzó en 1880, si puso fin a la era de la guerra civil, también abrió un capítulo nuevo en la disputa por los recursos del Estado federal, en el que el interior pobre resultó un actor central. La construcción del país federal requirió concesiones de ambos lados.

PG: Esa transición comenzó antes del ochenta, y Roca no fue un rayo en un día de sol. Si la historia hubiera terminado en 1861, el momento en que Mitre derrotó a Urquiza en Pavón, no tendría sentido hablar de tratado de paz. Si la historia se hubiera detenido cuando Mitre alcanzó la presidencia, el ganador habría sido la provincia de Buenos Aires. Pero no fue así, y el que comenzó a alterar ese cuadro fue el propio Mitre. Un hombre de la provincia de Buenos Aires no podía asumir el liderazgo del proceso de construcción de una nación montado sobre el federalismo desigual sin ceder algo al interior, y al ceder no tenía más remedio que comprometer los intereses de la provincia de Buenos Aires. Mitre vivió esa tensión, que finalmente hizo que perdiera parte de su base política porteña. Esa historia recién se cierra en la década de 1890.

RH: En la década de 1860 comenzó a hacerse evidente que Buenos Aires, pese a su economía pujante, no ofrecía una base política lo suficientemente amplia como para sustentar un proyecto nacional. Para alcanzar estabilidad y consenso, era necesaria una articulación entre el litoral y el interior distinta a la que proponía el universo conceptual librecambista. Tenía que ser algo más que rosismo con buenos modales, rosismo constitucional. En esas décadas, además, el desarrollo del ferrocarril, con su poder para ampliar el mercado e integrar regiones distantes y hasta entonces mal comunicadas, volvió más perentoria esa exigencia. Todo ello hizo que, una vez aceptada la Constitución federal como el marco dentro del cual dirimir la

competencia por el poder, el conflicto tomara la forma de pujas por la orientación del gasto público y por la definición de los actores y las regiones privilegiados por la política pública.

PG: Buenos Aires tenía que ser derrotada no solo en el terreno militar sino también en el económico. Por eso *Desorden y progreso* sugiere que la historia que nos cuenta Natalio Botana en *El orden conservador,* de 1977, es una historia inconclusa por cuanto la construcción de un nuevo orden no terminó en 1880, con la victoria de Roca y las fuerzas federales sobre Tejedor y la provincia de Buenos Aires. Acalladas las armas, la lucha económica continuó, y por bastante tiempo. El hacedor de la nueva Argentina fue Roca, pero fue también el Pellegrini de 1891, que tras la Crisis del Noventa dio forma a un arreglo que permitió dejar atrás las disputas de intereses regionales. Fue recién entonces que se envainaron los cuchillos. Curiosamente, la vaina tomó por fin un nombre técnico: Caja de Conversión. El arreglo monetario posterior a la crisis, ese arreglo que terminó de fraguarse en 1899, fue un potente elemento disciplinador, y sobre esa disciplina se montó el velocísimo progreso de comienzos del siglo XX.

RH: En este sentido, la idea de "paz y administración", el lema con que Roca inauguró su presidencia, evoca un programa dirigido a superar las divisiones heredadas de la era de la guerra civil no solo en el plano político, sino también en el de la política económica. A veces se enfatiza que el proyecto de Roca contemplaba de manera prioritaria los intereses de los grupos propietarios del litoral, los terratenientes y capitalistas de la pampa, grandes beneficiarios del auge económico de esos años. No hay duda de que Roca atendió esos intereses, entre otras cosas porque era muy consciente de que la Argentina necesitaba promover la acumulación de capital, hacer crecer la economía. Pero Roca, que era un hombre del interior, también aspiraba a fortalecer el Estado. Quería construir una coalición política más amplia, tanto desde el punto de vista geográfico como social. Y ello requería sumar el interior al movimiento ascendente de la economía del litoral. Ya que te interesa tanto la figura de Roca, decí algo más sobre su proyecto.

PG: "Paz y administración" es una consigna enorme para la historia que estamos contando. "Orden y progreso", el lema inscripto en la bandera brasileña, que está tomado de otro lado, es en cierto sentido abstracto para la historia que estamos contando. Pero decir "paz y administración" en la Argentina de fines de la década de 1870 era algo serio. Lo que estaba detrás

de esta consigna era un programa que apuntaba a integrar lo que por setenta años había estado dividido. Buenos Aires podía vivir del mercado, pero el interior no, y por eso el sentido último de ese orden fue darles a las provincias obra pública, crédito y proteccionismo. Tenemos una buena síntesis de estas ideas en el discurso con que Roca inauguró el ferrocarril a Mendoza.

RH: En ese discurso de 1885, Roca insistió en que el Estado debía promover el desarrollo del interior. Y sostuvo que uno de sus instrumentos privilegiados era el tendido de una red ferroviaria que integrara a las provincias y ampliara el mercado. Avanzó rápido: una década más tarde el ferrocarril llegó a Jujuy, incluyendo a todas las capitales provinciales en una única red. No hay casos similares en América Latina. Ni México, y por supuesto tampoco Chile o Brasil tuvieron un sistema ferroviario no solo tan extenso sino también, y desde muy temprano, tan orientado a articular el territorio, y tan presente en sus distritos menos dinámicos.

PG: Ese discurso de Roca es una síntesis poderosa de ese programa porque sucedió en Mendoza. Es decir, Roca no hablaba del tendido ferroviario de Buenos Aires o el sur de Santa Fe, sino que hablaba en el contexto de la construcción de infraestructura como transacción política. Por entonces algunos se quejaban de que se gastaba demasiado construyendo “ferrocarriles a la Luna”, que no movían carga o pasajeros en cantidad suficiente como para pagar sus costos, que no iban a ninguna parte. Pero Roca y Pellegrini entendieron que financiar esos ferrocarriles era parte de la construcción de un país más integrado. Paz y administración fue un programa difícil, entre otras cosas, porque en nuestro federalismo desigual, con vastas zonas de baja densidad poblacional, eso era carísimo. Y se gastó mucho en eso: recordemos que, hasta la segunda mitad de los años noventa, cuando el tendido ferroviario despegó en la zona rica, en la pampa húmeda, cerca de la mitad de la red estaba en el interior. Esa red hay que verla como parte de una transacción política. Sigo discutiendo a veces con colegas que miran “los ferrocarriles a la Luna” como un derroche. Y digo que sin ese supuesto derroche no hubiéramos tenido “ferrocarriles productivos” en el litoral. Parece difícil entenderlo, pero una nación no se construye solo con sus sectores más competitivos.

RH: Y junto con el ferrocarril y la infraestructura que el interior recibió, pero no pagó ni podía pagar, está la cuestión del proteccionismo. A primera vista puede resultar algo desconcertante

que, en el momento en que la expansión exportadora tomó vuelo y se afirmó la idea de que el país tenía un futuro muy promisorio asociado a sus exportaciones pampeanas, la política comercial se haya vuelto no menos sino más proteccionista. La impugnación al librecambio como principio doctrinario, que recién comentábamos, viene de esos años. Roca y Pellegrini fueron más proteccionistas que los que estaban antes o los que vinieron después, que Rosas o Yrigoyen. Veían el proteccionismo como un instrumento de desarrollo.

PG: Este es el segundo elemento que muestra que el escenario de 1810-1880 estaba quedando atrás. En esos años, la Argentina adoptó un nivel de protección moderadamente alto. Aquí el punto de partida no fue la presidencia de Roca sino el debate de la Ley de Aduanas de 1876, bajo la presidencia de Avellaneda. Lo que surgió entonces fue que la Argentina se plegaba a una revisión muy extendida en el mundo del credo librecambista. En términos de negociación con las provincias, los favores se los llevaron Mendoza y su producción vitivinícola y Tucumán y su producción azucarera. Esas preferencias en el entramado regional iban a durar muchas décadas, hasta los años sesenta del siglo XX. Lo que no emergió en ese tiempo –como sí en los Estados Unidos– fue un proteccionismo propiamente industrial.

RH: Como decías, los pronunciamientos de fe proteccionista de los debates de 1876, por ejemplo, los de Vicente Fidel López y Pellegrini, fueron un eco de la crítica al librecambismo que por entonces recorría el hemisferio norte, que se sintió desde los Estados Unidos hasta Alemania. En nuestro país lo importante vino después de que, tras la derrota política de Buenos Aires en 1880, el camino quedara despejado para que el proteccionismo se integrara en una política más ambiciosa y sistemática.

PG: Sí, el Pellegrini de 1876 fue apenas una voz entre las mil voces que estaban planteando el fin del liberalismo económico en el mundo occidental. Y sobre ese nuevo clima de ideas económicas se montó el proteccionismo regional de Roca, con su centro en el vino y el azúcar. Una medida de la capacidad de ese proteccionismo para promover el crecimiento del interior puede verse en las migraciones internas. Las migraciones de esas décadas no tuvieron por destino privilegiado a la provincia de Buenos Aires, sino a esas economías del interior en expansión, que estaban creciendo y demandando trabajo gracias al arreglo político del ochenta. En la medida en que ese fenómeno se irradiaba, consolidaba una base social para el poder de algunos

gobernadores en el norte y en el oeste del país. Algo de eso escribimos hace unos años con Iván Torre.

RH: A este cuadro también hay que integrar la extensión del crédito hacia las provincias pobres. Ese interior había vivido sin bancos y sin crédito barato, y eso había puesto un techo a sus posibilidades de desarrollo productivo. Este panorama comenzó a cambiar gracias a la expansión del crédito estatal, con la llegada de la banca pública a las provincias del interior.

PG: Además de ferrocarriles y proteccionismo, Roca ofreció crédito barato. El Banco de la Nación lo fundó Sarmiento, pero cobró volumen más tarde, en el medio de la batalla silenciosa entre el Banco Nacional y el Banco de la Provincia de Buenos Aires, que contamos en *Desorden y progreso.* Y obra pública, mucha obra pública sabiamente distribuida en el territorio con el financiamiento de los derechos de aduana.

RH: Por último, queda considerar cómo juega en este proyecto la educación pública. La escuela fue una iniciativa de política pública fundamental para esa élite dirigente, y la más directamente orientada a favorecer a las clases populares. Incluso los que no sienten aprecio alguno por los logros de la Argentina oligárquica con el argumento de que la política pública estaba muy sesgada a favor de los intereses propietarios reconocen que, por su envergadura y ambición, el programa educativo de la era de Roca no reconoce paralelos en la experiencia latinoamericana.

PG: La educación fue fundamental. Tuvo un impacto más lento que las otras políticas que estamos comentando, por lo que conviene evaluar sus resultados al final del período, con los datos que nos ofrece el Censo Nacional de 1914. En este punto, la Argentina arrancó muy atrás respecto de los países vacíos de colonización tardía. El Primer Censo Nacional, de 1869, muestra una tasa de analfabetismo cercana al 80%.

RH: Y otra vez, y como para darle la razón a Sarmiento cuando señalaba dónde estaba la civilización y dónde la barbarie, un analfabetismo muy desigualmente distribuido. Según ese Primer Censo Nacional, la ciudad de Buenos Aires tenía más de la mitad de su población alfabetizada, mientras que en muchos distritos rurales y en el interior el porcentaje de los hombres y mujeres que sabían leer y

escribir estaba bien por debajo del promedio nacional, en torno al 10%.

PG: Lo que me interesa remarcar es que pocos países del mundo incrementaron su tasa de escolarización como la aumentó la Argentina entre la presidencia de Sarmiento y la Gran Guerra. Se hizo por entonces un esfuerzo considerable. Y el resultado es que en 1914 la Argentina alcanzó la mitad de la tabla de posiciones, pero luego de haber partido de una base muy baja. Fue un logro muy importante, pero el hecho de que el punto de partida fuera tan bajo determinó en cierto sentido un destino: al comenzar la Primera Guerra Mundial la maquinaria del progreso material comenzaba a resquebrajarse. Desde entonces, la extensión de la educación pública prosiguió, pero la velocidad de la convergencia en comparación con los países ricos aminoró.

RH: En las décadas del cambio de siglo hubo convergencia con los países más educados y también convergencia regional, entre la Argentina pobre y la rica. El financiamiento cuenta. Hasta los años noventa la desigualdad regional era muy profunda, entre otras cosas porque la educación elemental era una responsabilidad de las provincias, que debían sostenerla con sus propios recursos. Las diferencias en la calidad de la oferta educativa reflejaban diferencias en la fortaleza relativa de los estados provinciales: Buenos Aires o la Capital Federal podían pagar buenas escuelas, La Rioja o Jujuy no. Desde 1905, con la sanción de la Ley Láinez, que puso el financiamiento del Estado central al servicio de la creación de escuelas iniciales en los distritos más pobres y con más analfabetos, esa brecha comenzó a achicarse más rápido.

PG: Esto nos devuelve a una de mis cuestiones favoritas, la geografía, en el sentido de que el rendimiento de la inversión educativa iba a ser más bajo en distritos menos poblados y con mayor porcentaje de población rural. Se puso mucho esfuerzo en las provincias y se logró más convergencia en la escolarización que en la alfabetización. En un país de este tamaño y con tanta dispersión poblacional era difícil que ocurriera de otro modo.

RH: Sí. Agrego que ese resultado dispar también se explica porque la sociedad sobre la que la escuela incidía no era la misma. Y no solo porque en la región litoral, en particular en las grandes ciudades, el hábito de la lectura ya estaba muy arraigado; era una experiencia

cotidiana en un medio en el que circulaban impresos de todo tipo. También porque contaba con un gran número de inmigrantes europeos. En lugares como Buenos Aires y Rosario eran casi la mitad de la población total. Y esos inmigrantes no solo estaban más alfabetizados que los nativos, sino que tenían una valoración más alta de lo que la escuela ofrecía y, además, más recursos para aprovechar los saberes que allí se impartían. En este sentido, no solo importan la oferta educativa y la geografía sino también la demanda. Las expectativas y los recursos de estas dos poblaciones, inmigrantes y nativos, eran distintos. De paso, agreguemos que las muy altas tasas de alfabetización de países como Australia, los Estados Unidos o Canadá fueron el producto de una escuela más potente como institución de la cultura, pero también de una población inmigrante más alfabetizada.

PG: De acuerdo, eso quiere decir que para medir convergencia en la alfabetización deberíamos expurgarla de la población extranjera, que sesga los resultados a favor de la Argentina litoral. Descontando este factor, el progreso del interior se hace más visible.

RH: Quiero que te refieras a cómo ves las crisis económicas de ese período. Con frecuencia se las ha entendido como un indicador de vulnerabilidad externa o, alternativamente, como una muestra de la incapacidad de los gobernantes de ese tiempo para atenerse a criterios de política económica saludables. No eran lo suficientemente serios, se dice a veces, enseguida mostraban la hilacha sudamericana. Tu visión es más benevolente, o más comprensiva, hacia los actores que tuvieron alguna responsabilidad en el trazado del sendero que terminó en crisis financieras como la de 1874 y 1890.

PG: Para entender las crisis hay que partir de lo que ya dijimos: un federalismo desigual, una sociedad muy demandante, deseosa de progreso. En ese contexto, atender esas demandas era carísimo y eso quería decir tomar deuda. ¿Por qué endeudarse? Porque el país todavía estaba vacío y, por lo tanto, su volumen de ahorro nunca podía financiar proyectos como el desarrollo ferroviario, que requería grandes inversiones de capital. Como ya dijimos, “paz y administración” era un programa caro y ello significaba exponerse a riesgos, con la posibilidad de terminar en crisis hasta tanto esas grandes inversiones comenzaran a rendir frutos. Sarmiento fue un entusiasta que, como pasó en otros países del mundo, decidió aprovechar las oportunidades que le ofrecía un mercado de capitales en expansión para gastar en la construcción material de la nación. Dejame decirlo de manera

provocativa: si la crisis de los años de la presidencia de Avellaneda no hubiera existido, ello habría significado que Sarmiento había hecho mal la tarea, con demasiada prudencia. La prudencia financiera no podía ser la voz de mando por entonces.

RH: Es una idea implícita en la caracterización de las crisis del último cuarto del siglo XIX, en particular la del noventa, como "crisis de progreso". Un exceso de gasto, animado por una vocación desarrollista, que cada tanto hacía tropezar al país.

PG: Era muy difícil que la historia que parte de Mitre y termina en el noventa no llevara a alguna crisis. Como si en el tenis jugaras todo el tiempo a los flejes y la pelota nunca terminara afuera. Desgraciadamente, no podemos nombrar a las crisis de fines del siglo XX y principios del XXI como crisis de progreso; pero aquellas sí lo eran. La Argentina había conseguido orbitar alrededor de un proyecto mundial que permitió grandes avances, pero que traía sus perturbaciones. Pacificar y hacer crecer ese país que había estado en guerra contra sí mismo por setenta años no fue sencillo, y las crisis fueron una expresión de esas dificultades. Pero no hay duda de que entonces la Argentina dio un importante paso adelante. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, era un país muy distinto al de 1880. La difícil sabiduría del historiador consiste en enlazar en la narración el progreso material con las crisis financieras que periódicamente lo sobresaltaron. Parece contraintuitivo considerar las crisis como un ingrediente inevitable del progreso, pero así es como funcionaba el capitalismo y como sigue funcionando. Las crisis entre 1873 y fines de siglo fueron animales salvajes agazapados que atacaban de forma inesperada.

RH: Llegado este punto, 1914, el momento en que Europa marchaba hacia esa catástrofe que fue la Gran Guerra, te invito a trazar un balance de lo logrado por la Argentina en las tres o cuatro décadas previas. Lo que venimos señalando califica, o al menos relativiza, las visiones que enfatizan la inspiración conservadora del régimen oligárquico y, sobre todo, las que subrayan el sesgo favorable a las clases propietarias pampeanas del patrón de crecimiento exportador. Esos grupos se beneficiaron, y mucho: nunca habían sido tan ricos, nunca ocuparon una posición internacional tan prominente en lo que a riqueza se refiere. Pero esto es solo parte del cuadro; lo que dijimos sobre el interior o sobre educación ilumina otras facetas. Y el hecho de que la Argentina fuese el principal destino de inmigración del hemisferio sur nos está diciendo algo importante sobre cómo el país

era visto por los europeos del común que querían mejorar su suerte. Para ellos, la Argentina era mucho más que el país de la oligarquía.

PG: Así es. Comienzo por la élite dirigente. Hablar de los hombres que lideraron ese proceso como una dirigencia conservadora no nos permite captar cosas importantes, y no solo porque Roca fue capaz de desafiar a la Iglesia católica y romper relaciones con el Vaticano. No quiero ignorar las miserias de la época o de sus dirigentes, porque esas miserias existieron. Por ejemplo, la reacción contra los trabajadores, cuyo emblema es la Ley de Residencia. Pero estas cosas hay que mirarlas en perspectiva. Leyes de represión de la disidencia política o social fueron habituales en muchos países, no eran un fenómeno local. Los historiadores caemos fácilmente en la trampa del provincialismo. Comparar no supone solamente hacerse preguntas del tipo de "por qué no fuimos Australia"; supone mirar si un fenómeno que creemos local no se explica también por lo que está ocurriendo afuera.

RH: Creer que las explicaciones siempre tienen que ser singulares es uno de nuestros vicios. Respecto del sistema político, no hay duda de que tenía muchos defectos, muchos de los cuales no eran específicos de nuestro país. Pero me parece indudable que, para el cambio de siglo, el orden político presidido por el PAN estaba en deuda tanto en lo que se refiere a niveles de participación como de transparencia del sistema electoral. Y así se lo hacía saber parte importante de la oposición. Acá sí que la Argentina luce mal en la comparación internacional. Mucho tenía que cambiar para que pudiera calificarse como democrática. Pero, al margen de varias asignaturas pendientes en el plano político y social, ¿qué hay de las limitaciones propias del patrón de crecimiento? ¿Identificás algún aspecto en el que se observe que la configuración sociopolítica del período 1880-1914 ejerció un influjo negativo sobre el crecimiento?

PG: Lo primero por señalar es que la Argentina arrancó tarde. Ya lo mencionamos: las guerras civiles fueron un factor de demora, y eso se percibe en varios campos. El tendido ferroviario nació después que el de Cuba o Brasil. Lo mismo sucedió con la expansión triguera, también tardía. Quizá más importante fue la demora en la construcción de instituciones. La falta de un banco nacional fue un problema. La demora también me parece importante en términos de industrialización. Cuando nació nuestro proteccionismo, algunos países ya estaban en carrera desde tiempo atrás. Por otra parte, la industria surgida a fin de siglo estaba muy ligada al

empuje de la Argentina agrícola y protegida por la distancia. En esto, sin embargo, no fuimos tan distintos a Australia, que también tenía una industria tecnológicamente pobre.

RH: ¿Y respecto de la concentración del suelo? De Juan B. Justo a Aldo Ferrer, muchas veces se denunció la gran propiedad como un considerable obstáculo al desarrollo. Es un tema recurrente en la reflexión sobre los problemas del país.

PG: Algunos autores le han dado más importancia de la que me parece que tiene, sobre todo si atendemos a la cuestión de la eficiencia en la organización productiva. Lo primero que hay que decir es que ese reparto de la tierra se hizo predominantemente en la etapa más ganadera de la ocupación territorial, con unidades productivas de gran escala. ¿Podía haber habido un debate más importante sobre la tenencia de la tierra? ¿Perdieron "los buenos"? Yo hubiera preferido otra manera de distribuir la propiedad del suelo en la pampa fértil, pero me resulta muy difícil imaginar cómo podría haber sido en una sociedad donde esa demanda de reforma no estaba presente. Por cierto Sarmiento hizo un caso al respecto con los "cien Chivilcoy" y no se lo puede ignorar. Pero a los pocos días de su discurso reformista, Mitre, que estaba saliendo del gobierno, le devolvió al debate una saludable cuota de pragmatismo, o de escepticismo. Era difícil cambiar una historia que en buena medida ya estaba escrita.

RH: Estoy de acuerdo. Hoy sabemos que en la pampa había bastantes empresas ganaderas de pequeña y mediana escala, muchas de ellas en tierra arrendada, y que no todo era gran propiedad. Pero eso no dio lugar a una demanda de distribución del suelo. Faltó el actor capaz de empujar ese programa. Sin esa base, liberales como Sarmiento o socialistas como Justo no podían ir a ningún lado. Por otra parte, la importancia del así llamado "latifundio" como traba al desarrollo se ha exagerado, aun si no hay duda de que una estructura de propiedad menos concentrada hubiera sido preferible desde el punto de vista social. Pese a que ya en la época tenía mala prensa, la concentración del suelo no le hizo mucho daño al crecimiento. Al igual que en nuestros días, en la era de la soja, el arrendamiento le dio flexibilidad y dinamismo a la organización productiva. Las cosas recién empezaron a cambiar desde el Grito de Alcorta, en 1912, y sobre todo desde la Gran Depresión. Recién entonces cobró envergadura una crítica a la concentración del suelo y a la oligarquía ganadera que se iba a mantener vigente por varias décadas. Perón fue uno de los que más y

mejor explotó esa hostilidad hacia la gran propiedad, muy extendida entre la población urbana.

PG: Recién dije que la historia de la distribución de la tierra estuvo escrita en gran medida desde muy temprano, y convinimos en que eso no afectó mayormente al desarrollo argentino. Quizá debamos revisar esta última afirmación si cometemos la herejía de saltearnos por un instante un par de décadas. La hostilidad hacia la gran propiedad definió aspectos cruciales de la política económica desde los años cuarenta del siglo XX, sobre todo su sesgo antiexportador. Si el campo era la oligarquía, había legítimas razones para transferir ingresos del campo a la ciudad más allá de lo que podría aceptarse como una política distributiva razonable. Y ese "más allá" se convertía –o se convierte– en una política antiexportadora y, por lo tanto, anticrecimiento cuando los mercados internacionales funcionan y brindan oportunidades. Solemos definir estas políticas como populismo, pero deberíamos agregar que en nuestro país la palabra "populismo" quiere decir "populismo urbano", a diferencia –para citar apenas dos ejemplos– de en los Estados Unidos o Rusia. En los Estados Unidos el término "populismo" hace referencia a la resistencia de los granjeros a fines del siglo XIX a los padecimientos que imponía el patrón oro cuando los precios de los productos bajaban y no había políticas monetarias y cambiarias que corrigieran el desbalance. En Rusia, populismo hace referencia al acercamiento, también a fines del siglo XIX, de los jóvenes ilustrados al pueblo campesino, fuente de toda sabiduría. El significado de las palabras lo da la política concreta en coyunturas concretas.

RH: Giremos entonces la atención hacia el plano más propiamente político, regresando al período que estamos tratando. Yo tiendo a pensar que la construcción de un sistema político más inclusivo de los actores que crecieron al calor del cambio social podría haber tenido lugar más rápido. Eso recién vino en serio, aunque de manera algo abrupta, tras la reforma de 1912-1916. Del mismo modo, el reformismo liberal de comienzos de siglo fue un proyecto que no alcanzó a tomar vuelo y, sobre todo, que transformó poco al Estado. Considerando este panorama, mi pregunta es cuánto incidió todo esto en el crecimiento, en qué sentido preparó mal al país para enfrentar los problemas que vendrían más tarde.

PG: No me parece que la demora en abrir el juego político haya significado algo importante en términos de oportunidades perdidas. Es cierto que el impulso liberal reformista de principios de siglo se plasmó muy débilmente

en políticas públicas. Cuán importante fue ese retraso es difícil decirlo. Podemos sostener que esa demora hizo que el Yrigoyen que llegó a la presidencia en 1916 no fuese solamente un reformista institucional sino también algo que nunca había imaginado ser: un justiciero social. Desde el punto de vista de su visión del funcionamiento de la economía, Yrigoyen era un decimonónico puro, y solo cambió forzado por las circunstancias una vez que alcanzó el poder. Hasta 1916, la única oposición que planteó algún debate sobre la cuestión social fue el socialismo, que era ante todo un partido distrital que atendía a los reclamos de la aristocracia obrera de la ciudad de Buenos Aires. En muchos aspectos, sin embargo, su visión era estrecha. Lo era, por ejemplo, al momento de pensar el país federal. Transportemos por un minuto a Juan B. Justo a 1880. ¿Qué hubiera hecho?

RH: Habría estado más cerca de Carlos Tejedor o de Alem que de Roca. Figuras como Tejedor representaban muchas cosas, no solo porteñismo. Los trabajos de Hilda Sabato muestran bien que expresaba una visión del ideal de república que era hostil al proceso de concentración del poder en el Estado que, desde el otro lado de la trinchera política, promovían figuras como Roca. No hay duda de que Tejedor era mucho más liberal que Roca, tanto en su visión de la política como de la economía. En esa tradición hay que ubicar a Alem y, por supuesto, también a Justo, que no quería saber nada de proteger a la industria o financiar al interior.

PG: Como representante político de una fracción de la ciudad de Buenos Aires a la que le gustaba el librecambio y los consumos importados que se derivaban del librecambio, con el socialismo de Justo no hubiéramos tenido ni paz ni administración, no hubiéramos tenido tratado de paz ni progreso en el interior. Hubiera sido un problema.

RH: En muchos aspectos, nuestra visión sobre la política de la era oligárquica ha evolucionado bastante. Hace tres décadas Roca y el PAN eran vistos, ante todo, como representantes de los intereses de los grandes estancieros. Esto es, de intereses muy acotados, tanto social como geográficamente: el partido de la oligarquía terrateniente pampeana. Hoy, en cambio, tendemos a mirar a ese PAN liderado por Roca y Pellegrini como el primer partido nacional, con todo lo que ello significa en términos de representar la diversidad social y productiva de esa nación en construcción. Con todos los peros que puedan imaginarse por el sesgo elitista de ese orden político, el PAN fue el partido en torno al cual la Argentina terminó de constituirse como una

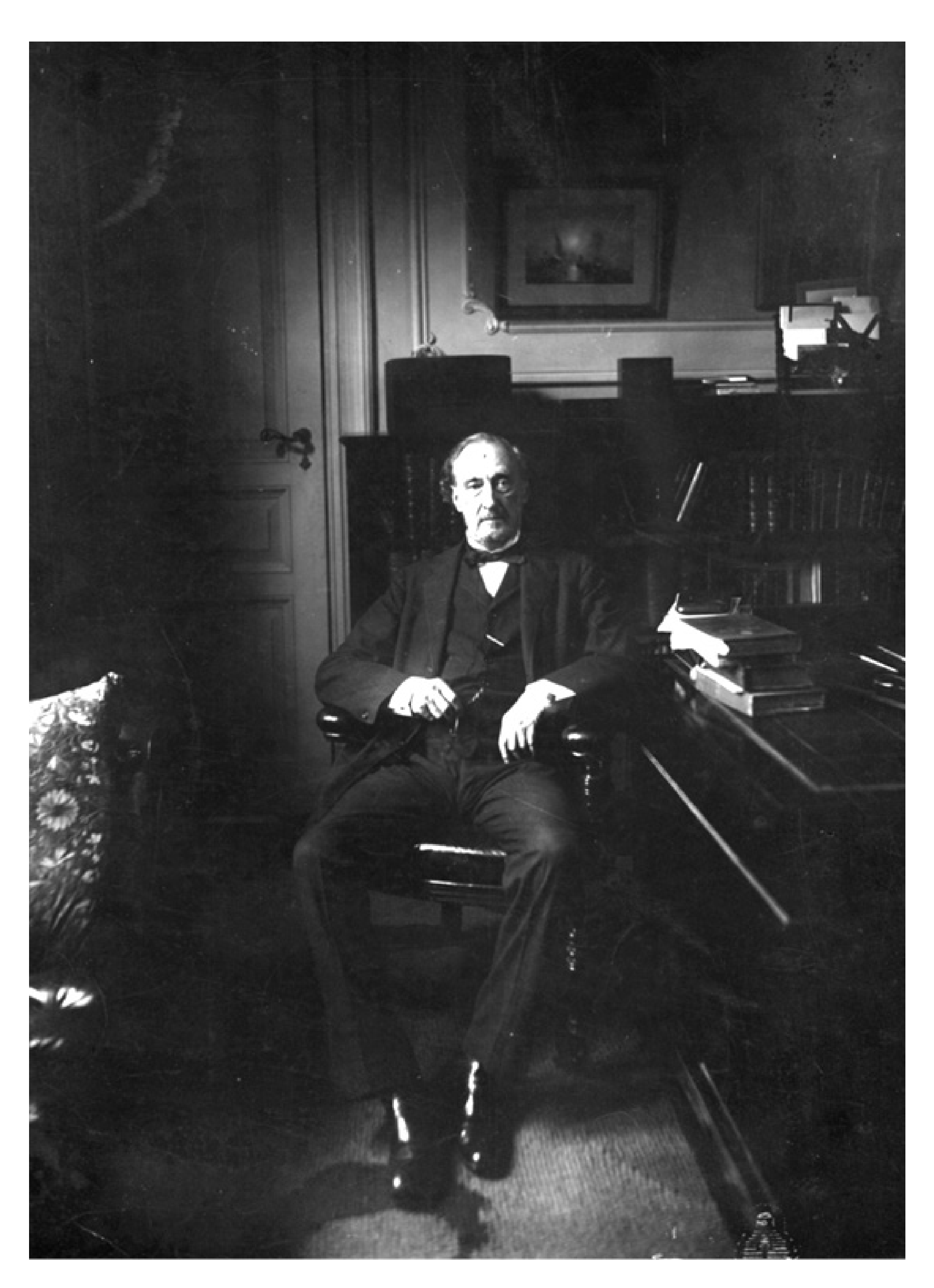
unidad política, el primero de una serie a la que luego se sumarán el radicalismo y el peronismo.

PG: Desde mi punto de vista, el mayor logro del PAN no fue promover el crecimiento exportador. El hecho de que la Argentina haya exportado cientos de miles de toneladas de carne o de trigo ni me asombra ni me conmueve. El mundo de la segunda mitad del siglo XIX se armó para que eso sucediera. En la forma en que se estaba organizando el capitalismo mundial, la pampa no podía quedar ociosa (pido perdón por el determinismo algo leninista). Sin duda, para que ello fuera posible era necesario pacificar, pero esto tampoco me asombra especialmente. Lo que más me seduce del período exportador, lo que fui aprendiendo, y es lo que pongo en el centro de mi valoración esa etapa, es la integración. Me parece extraordinario y asombroso teniendo en cuenta el punto de partida, el federalismo desigual. El esfuerzo roquista –entendido el roquismo como generación– por integrar a la nación me parece formidable, con componentes de modernidad liberal en muchos aspectos muy notables, y que no tienen que ver solo con la economía. En ese esfuerzo, las provincias generaron lo suyo. El PAN, como *catch-all party*, fue la expresión de ese proyecto dirigido a difundir la modernización. Lograron hacerlo a medias, porque el punto de partida era muy bajo, y porque chocaron con una realidad muy desigual. Lo que más me importa y valoro de ese período es cómo la expansión exportadora se reconvierte localmente en integración nacional y social.

RH: Creo que hay cierto desbalance en los logros alcanzados en estas dos dimensiones, producto en gran medida de las características de esa sociedad. La integración nacional, entendida ante todo como una integración política, avanzó mucho. Para 1910, la Argentina era un país que, en el plano político, estaba cohesionado. Pero todavía faltaba para que la sociedad terminara de estabilizarse, de cobrar forma, y eso puso límites a la demanda de reforma social. Hacia 1900 ya se había perfilado una poderosa élite propietaria pero, más abajo, todavía faltaba bastante para que se consolidara un orden social en torno a la idea de clase. La idea de permanecer toda la vida en el mismo empleo o en la misma posición social era extraña a la mayor parte de los integrantes de las clases populares, al menos entre los inmigrantes. Una sociedad tan móvil y tan dominada por la ideología del ascenso social, tan animada por esa vocación de incorporación que ya hemos comentado, además de atenuar el radicalismo de las identidades y de la política de clase, no favorecía la intervención estatal en la

regulación de las relaciones laborales. Considerando las características de esa sociedad y las aspiraciones que movían a las clases populares, no sorprende que la escuela, gran vector del proyecto de incorporación a la cultura letrada y de movilidad social, fuera bastante exitosa y que los intentos de regulación del mercado de trabajo lo fueran bastante menos.

PG: Tenemos que abrir nuestras mentes cuando analizamos aquella sociedad, que era muy singular, muy distinta a los modelos con que habitualmente la pensamos. Sabemos que pocos permanecían en su primer trabajo más de un año. Por esto que señalás, el problema de la desigualdad creciente de la república oligárquica debe ser tratado con cuidado. Hablar de incremento de la desigualdad no tiene mucho sentido cuando hay migración masiva y mucha movilidad. Las políticas sociales suelen arraigarse mejor en una sociedad que ya es un planeta enfriado. Pero cuando se está constituyendo una sociedad, y además se está constituyendo sobre la base de una migración de ultramar, la cuestión de la desigualdad no es el hecho central de la cuestión social. En este sentido, no me parece que una política social más ambiciosa hubiera logrado mucho. Alguno podría verse tentado de decir que esas demoras fabricaron al futuro peronista, pero esa no es mi manera de entenderlo. Cuando hablemos de la década del treinta podemos retomar el punto, pero no me parece que en 1910 estuviera escrito ese destino para la Argentina.



Bartolomé Mitre en su escritorio, en 1893. Para entonces, Mitre y su Partido Nacionalista, conocido como Unión Cívica Nacional, ya ocupaban un papel secundario en la vida pública.

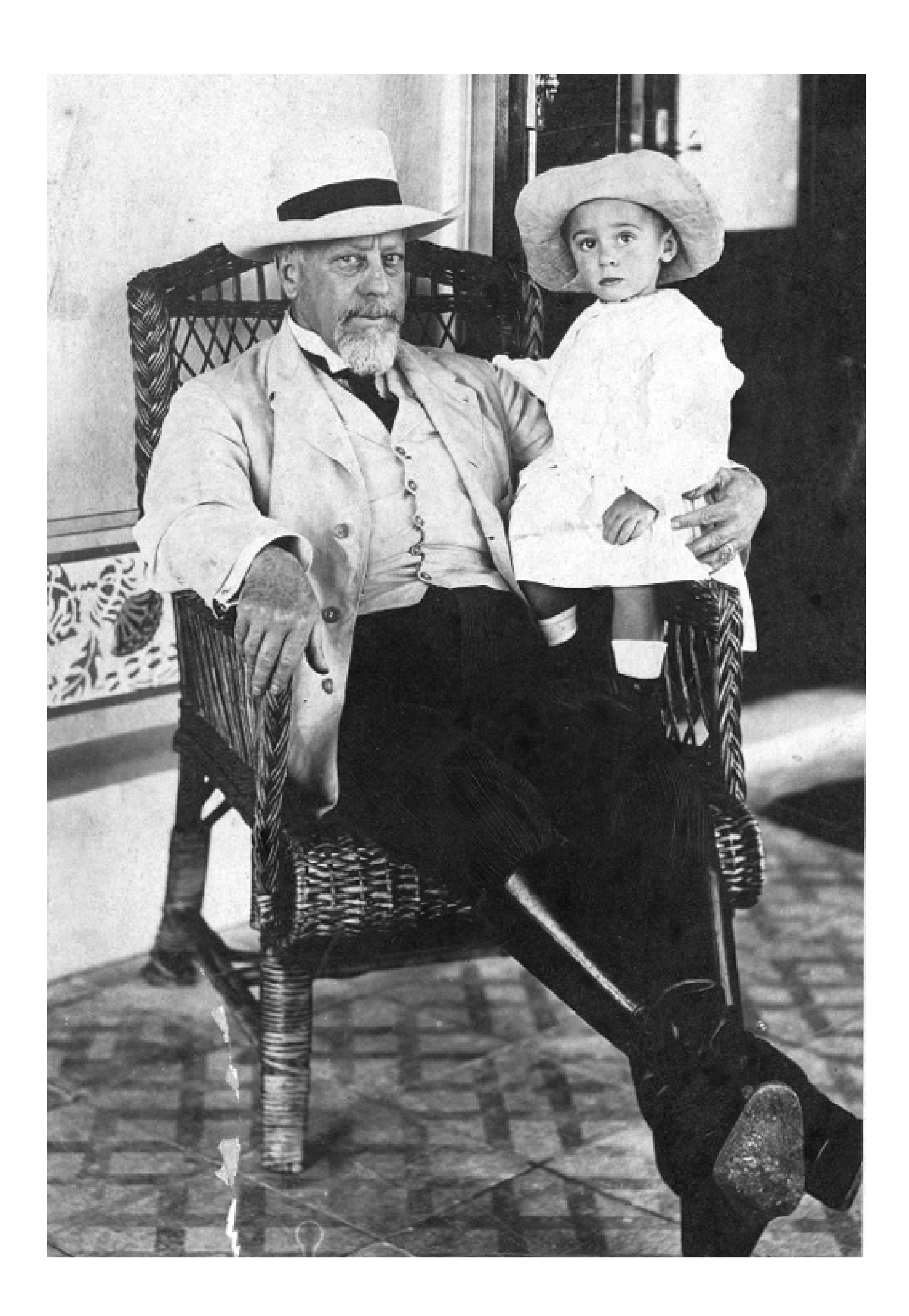
En esos años, el primer presidente de la Argentina unificada comenzaba a ser concebido, más que como un dirigente político en actividad, como uno de los padres fundadores del Estado nacional.
Foto: AGN



Domingo F. Sarmiento en la Exposición Universal de París de 1867. En ese momento, las tropas del Estado argentino combatían en la Guerra del Paraguay y a la vez enfrentaban el levantamiento de Felipe Varela, que conmocionó a las provincias andinas por largos meses. No sorprende entonces que Sarmiento, que sería elegido presidente un año más tarde, vistiera el uniforme de teniente coronel para concurrir a esa gran celebración del progreso científico y técnico de Occidente.
Foto: AGN



El presidente Julio A. Roca aborda el crucero chileno Chacabuco, atracado en el puerto de Buenos Aires, un día lluvioso del otoño de 1903. La visita de esta nave de guerra fue parte de las iniciativas para dejar atrás el clima de beligerancia que signó las relaciones entre Argentina y Chile en la segunda mitad de la década de 1890 y que se extendió hasta la firma de los Pactos de Mayo de 1902.
Foto: AGN



El expresidente Roca con uno de sus nietos, en su estancia La Paz, Ascochinga (Córdoba), hacia 1905. La incapacidad de Roca para imponer a su sucesor en las elecciones de 1904 fue una señal contundente de la declinación de su influencia política. Desde entonces, el primer hombre que alcanzó dos veces la presidencia pudo dedicar más tiempo a los placeres de la vida familiar. La intensidad de su mirada, sin embargo, no se apagó.
Foto: AGN



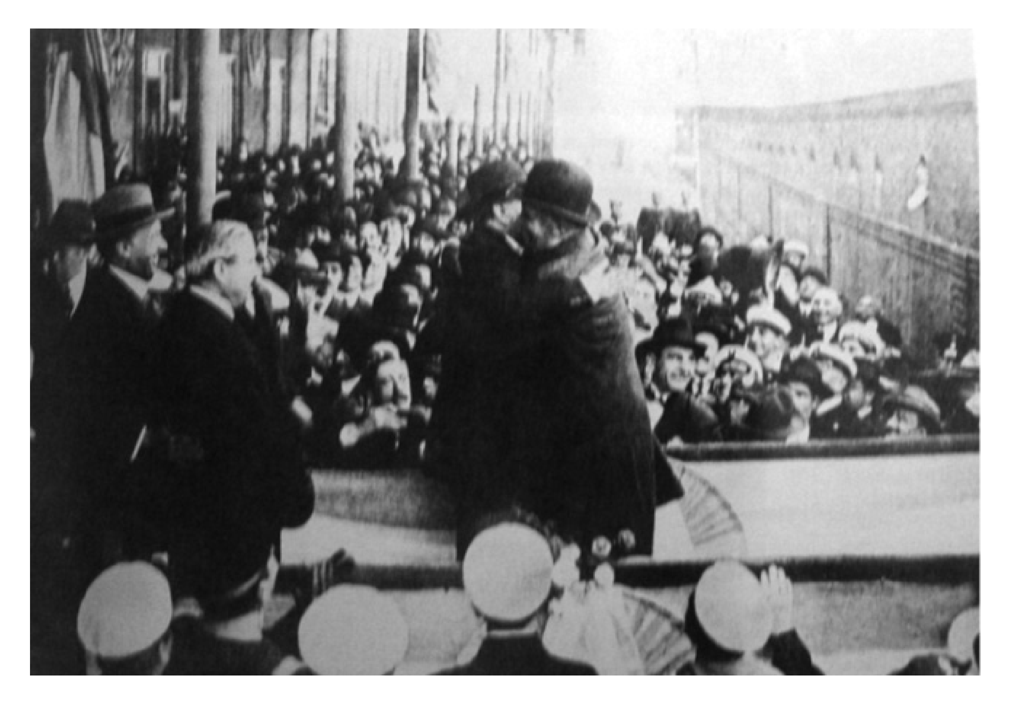
En la Argentina, también la política oligárquica tenía, en ocasiones, cierto calor popular. La fotografía muestra la Casa Rosada el 6 de agosto de 1890, durante la asunción de Carlos Pellegrini tras la renuncia de Miguel Juárez Celman. Apenas juró, Pellegrini ordenó la apertura de las puertas y el retiro de la guardia presidencial. Cientos de personas ingresaron a la casa de gobierno, recorrieron los salones y se asomaron a techos y balcones. Pellegrini también salió al balcón del primer piso y desde allí dirigió la palabra a los manifestantes congregados en la plaza.
Foto: AGN



Hipólito Yrigoyen es objeto de un recibimiento entusiasta al arribar a la estación ferroviaria de la ciudad de Rosario, durante la campaña electoral de 1926. En esos comicios, las principales fuerzas de oposición –conservadores, socialistas y demócrata-progresistas– apenas cosecharon el 27% de los votos. En vísperas de la elección de renovación presidencial de 1928, todo dependía de lo que sucediera en el seno del radicalismo.
Foto: AGN



Yrigoyen, padre del pueblo radical. La fotografía fue tomada el 20 de noviembre de 1929, en el bautismo de Hipólito Antonio Cruz, séptimo hijo varón de un matrimonio afincado en el pueblo de Rufino. En el centro aparecen el intendente municipal y su esposa; en torno al retrato del presidente se ubican los Cruz y sus hijos. De acuerdo con distintas fuentes, Yrigoyen visitó este municipio del sur de Santa Fe en varias ocasiones al menos desde 1905. Rufino contaba con un comité radical de envergadura, algunos de cuyos militantes viajaron a Buenos Aires para asistir a la asunción de Yrigoyen en octubre de 1916.
Foto: AGN



Marcelo T. de Alvear, ya consagrado presidente por el colegio electoral, arriba al puerto de Buenos Aires el 4 de septiembre de 1922. Embajador en Francia entre 1916 y 1922, Alvear no tuvo participación alguna en los comicios que lo llevaron a la Casa Rosada. De eso se ocupó Yrigoyen, que en la fotografía aparece recibiendo al hombre que había elegido para sucederlo en la presidencia.
Foto: AGN



El presidente Alvear da el puntapié inicial del partido con que el club Boca Juniors inauguró su nuevo estadio, el 6 de junio de 1924.
Foto: AGN



Agustín P. Justo en la quinta presidencial de Olivos, en noviembre de 1936. Rodeado de escolares, el presidente del fraude se da un baño de popularidad.
Foto: AGN



El 14 de mayo de 1953 el presidente Juan Domingo Perón concurrió al estadio de River Plate para ver un partido que, por razones deportivas y extradeportivas, tuvo una gran intensidad emotiva: Argentina-Inglaterra. Al ingresar al estadio, Perón fue objeto de un muy caluroso recibimiento. El encuentro terminó con una victoria local por 3 a 1, embellecida además por el formidable gol con que Ernesto Grillo abrió el marcador para el seleccionado nacional. Desde entonces, en esa fecha se celebra el Día del Futbolista Profesional.
Foto: AGN



Perón rodeado de los premios –automóviles Fiat, motonetas, bicicletas– que esperan a los finalistas de las pruebas de ciclismo “Presidente Perón Primer Deportista Argentino”, en julio de 1954. La fotografía fue tomada en el jardín de la quinta Unzué, entonces residencia presidencial y el lugar en el que Eva Perón había fallecido un par de años antes, en julio de 1952. Tras el derrocamiento de Perón, la residencia fue demolida para erigir allí una nueva Biblioteca Nacional.
Foto: AGN



Perón celebra el triunfo de Juan Manuel Fangio en el Gran Premio de Buenos Aires, realizado el 30 de enero de 1955. Conforme avanzó el año, Perón tendría cada vez menos razones para festejar.
Foto: AGN



En la quinta de Olivos, el presidente Arturo Frondizi inspecciona una combi fabricada por Industrias Argentinas Santa Fe bajo licencia de la automotriz alemana DKW. Las primeras unidades de este modelo salieron de la línea de montaje en 1960. Para entonces, la política de apertura a la inversión extranjera daba sus primeros frutos, y las clases medias comenzaban a calmar su sed de automóviles.
Foto: AGN



El presidente Juan Carlos Onganía en la inauguración de una planta embotelladora de Coca-Cola ubicada en la provincia de Catamarca, el 15 de julio de 1967. Presente en Buenos Aires y Córdoba desde la década de 1940, esta firma se expandió con fuerza en la segunda mitad de la década de 1960. "Todo va mejor con Coca-Cola" fue el lema de esa agresiva campaña. Bajo signo autoritario, la política desarrollista continuaba su avance.
Foto: AGN



El teniente general Jorge Rafael Videla y el general Augusto Pinochet se abrazan efusivamente en el aeropuerto de Santiago de Chile. La fotografía fue tomada el 11 de noviembre de 1976, durante la primera visita del presidente argentino a su par chileno. Pese a la colaboración entre ambos gobiernos en la represión ilegal, apenas un año más tarde las disputas por la delimitación de la frontera austral crecieron en intensidad, y en 1978 estuvieron a punto de provocar una guerra.
Foto: AGN



El presidente Raúl Alfonsín saluda a Saúl Ubaldini, secretario general de la Confederación General de los Trabajadores. La figura más emblemática del sindicalismo de esos años, Ubaldini fue un duro opositor al gobierno radical.
Foto: AGN



Edmundo Rivero canta –como de costumbre acompañado por la guitarra– para uno de sus admiradores, el presidente Raúl Alfonsín. La fotografía fue tomada en ocasión de un homenaje a Carlos Gardel realizado en la residencia de Olivos en diciembre de 1984. Por detrás de Alfonsín aparece la joven funcionaria Felisa Miceli, la primera mujer que, dos décadas más tarde, ocuparía el cargo de ministra de Economía.
Foto: Ricardo González. Gentileza *Clarín*



Carlos Menem, acompañado de su esposa, Zulema Yoma, el día en que el riojano asumió la primera magistratura. Tras la derrota de su candidato en las elecciones del 14 de mayo de 1989, y en medio de una situación económica muy compleja, que incluyó un episodio hiperinflacionario, el presidente Alfonsín decidió apurar el traspaso del mando, que tuvo lugar el 8 de julio de 1989, cuatro meses antes del término constitucional.
Foto: Archivo Télam



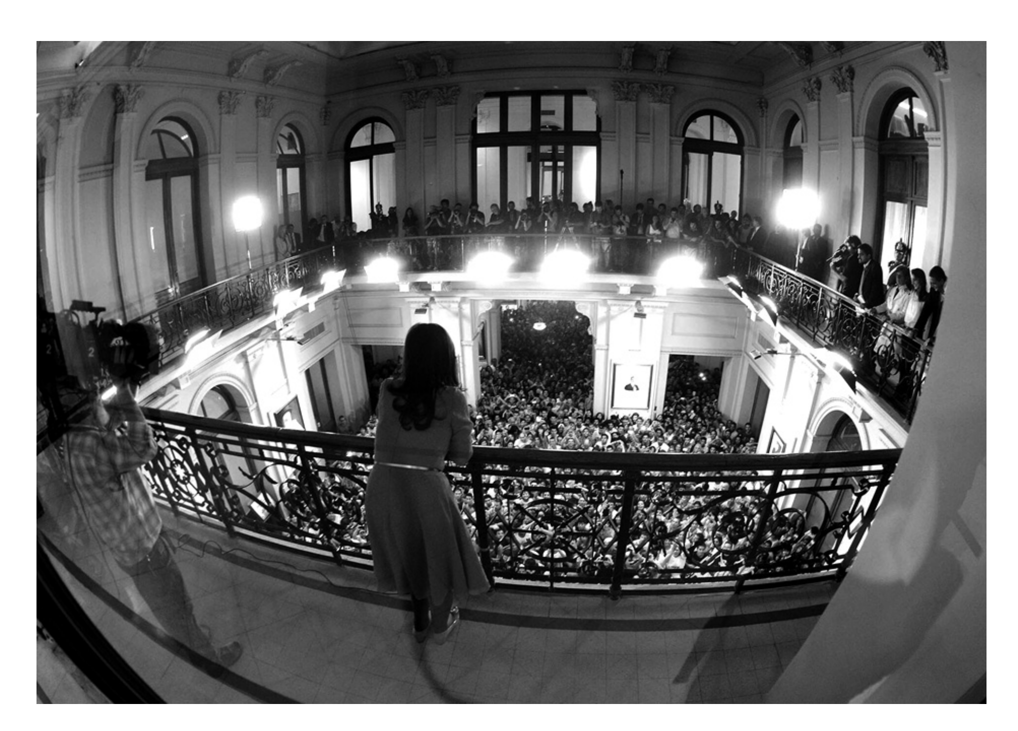
El presidente Menem invita al ingeniero Álvaro Alsogaray a hacer la “V” peronista. El líder de la UCeDe, entonces la principal agrupación política de derecha, responde con la “L” que representa los valores de la libertad económica. Los dos sonríen, lo mismo que el vicepresidente Eduardo Duhalde, que aparece entre ambos (más atrás, en segundo plano, el socialista Guillermo Estévez Boero observa la escena). El encuentro tuvo lugar en 1989. El peronismo de Menem terminó absorbiendo a la UCeDe, que al finalizar los diez años de gobierno quedó reducida a la insignificancia. Foto: Francisco Pizarro.
Gentileza *La Nación*



Al presidente Néstor Kirchner le agradaba confundirse con sus simpatizantes. Aquí aparece rodeado por trabajadores del yacimiento carbonífero de Río Turbio. Abajo y a la derecha se observa al ministro de Planificación Federal, Julio de Vido, arquitecto del proyecto de ampliación de la actividad de esa mina santacruceña.
Foto: Facebook Cristina Fernández



La presidenta Cristina Fernández de Kirchner recorre la muestra “Evita, la embajadora de la paz” en el Museo Histórico de Moscú, el 21 de abril de 2015.
Foto: Facebook Cristina Fernández



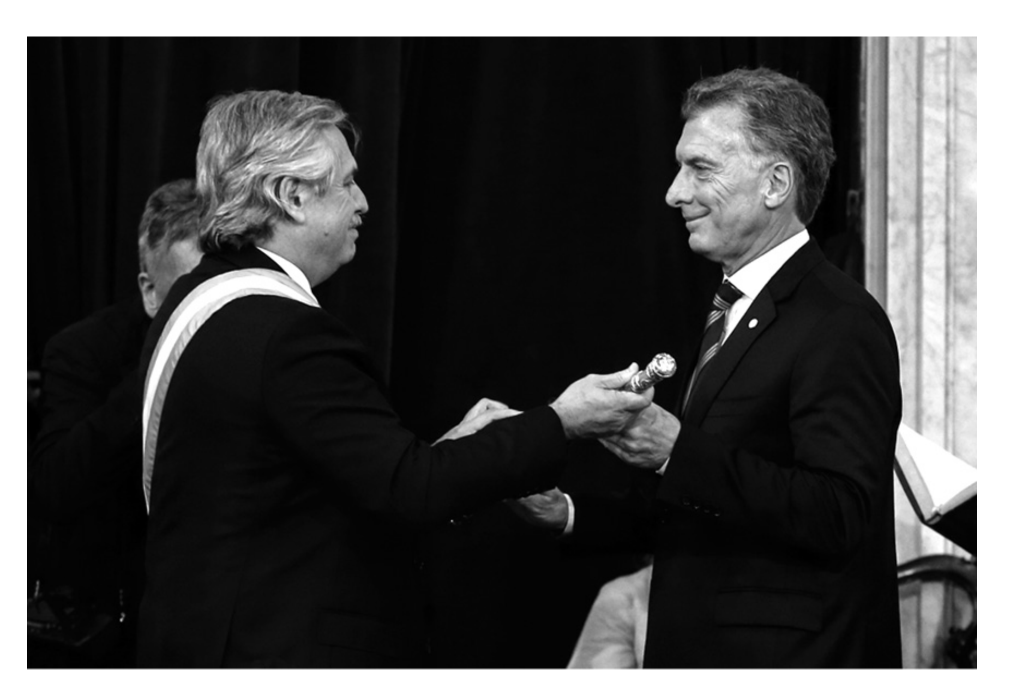
Cristina Kirchner les habla a sus seguidores, que colman los patios interiores de la planta baja de la Casa Rosada, el 11 de febrero de 2015. Luego de sufrir una derrota en las elecciones de 2013, el gobierno de Cristina se encaminaba a un nuevo traspié en las elecciones presidenciales de octubre de 2015, que dejaría al peronismo fuera del gobierno por cuatro años.
Foto: Casa Rosada, Presidencia de la Nación



El presidente Mauricio Macri y la gobernadora de la provincia de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, con trabajadores de la construcción, en ocasión del anuncio de un plan de obras públicas. En octubre de 2016, cuando esta fotografía fue tomada, Macri y Vidal tenían buenas razones para sonreír: la economía comenzaba a recuperarse de la fuerte caída que signó casi todo el primer año del gobierno de Cambiemos y Macri se encaminaba a su segunda victoria electoral, en octubre de 2017.
Foto: Facebook Mauricio Macri



Mauricio Macri y Angela Merkel, canciller de la República Federal de Alemania, durante la reunión del G20 desarrollada en Hamburgo el 7 y 8 de julio de 2017. Para entonces, el gobierno de Cambiemos cosechaba los frutos de su acercamiento a los principales países del capitalismo occidental.
Foto: Facebook Mauricio Macri



Alberto Fernández recibe los atributos del mando de manos del presidente saliente, Mauricio Macri. La ceremonia tuvo lugar el 10 de diciembre de 2019.
Foto: Archivo Télam

5. El radicalismo y la Década Infame

“Entre los yrigoyenistas, la elección de Alvear siempre fue mal vista, como una derechización del partido, como una traición a sus ideales. Todavía en la campaña de 1983 Alfonsín seguía sin nombrar a Alvear como parte de la historia radical. Es difícil de entender. Alvear le resolvió un problema a Yrigoyen. Todo Yrigoyen tiene que tener su Alvear si quiere mantener el predominio del centro político”.

“Creo que el patrón de crecimiento exportador no llevaba de manera natural, espontánea, a algo nuevo. Una vez que el rayo en un día de sol que fue la Crisis del Treinta inauguró un nuevo escenario, el crecimiento se reveló demasiado lento para satisfacer las aspiraciones sociales alimentadas en la década de 1920. El librecambismo argentino de hoy sigue creyendo que en 1930 se cometió un error trágico. Para mí, el giro proteccionista era inevitable, ya que la Argentina exportadora estaba agotando su potencial”.

Roy Hora: En esta charla pongamos el foco en el cuarto de siglo que corre entre el fin del régimen oligárquico y la llegada de Perón al poder. Lo primero que quisiera plantearte es cómo te parece que debemos llamar a esa etapa. No se trata de una cuestión nominalista. Se trata de ver cuánto hay de continuidad y cuánto de novedad en un período en el que no siempre es fácil distinguir cuál de estas dos facetas es más relevante para la comprensión del proceso histórico. No hay duda de que 1945-1946 supuso un cambio drástico para la Argentina, y que allí comenzó algo nuevo. Tampoco la hay respecto de que las tres o cuatro décadas previas a 1914 pueden concebirse como una unidad. Cómo entender lo que pasó entre ambas fechas, 1914 y 1945, es objeto de mayor discusión. Algunos relatos que se enfocan en las líneas maestras del crecimiento exportador ven continuidad hasta 1930. Es el caso, por ejemplo, del influyente *Ensayos sobre la historia económica argentina*, de Carlos Díaz Alejandro, que se publicó en 1967 y tiene ese gran capítulo inicial sobre los rasgos generales de la economía entre 1870 y 1930. Otros trabajos, en cambio, parten de la premisa de que, tras la Gran Guerra, la Argentina comenzó a moverse en un nuevo escenario, ya fuese porque el país se transformó o porque el mundo era distinto. Hay quienes, luego de enfatizar la importancia del quiebre de 1914-1918, subrayan las continuidades entre las décadas de 1920 y 1930 y, tomando una expresión frecuente en la literatura de habla inglesa sobre Europa, prefieren hablar de un período de entreguerras. Finalmente, están quienes sugieren que esas dos décadas cuentan distintas historias. Como tus trabajos se orientan en esta última dirección, te pido que comiences justificando esta elección.

Pablo Gerchunoff: Me cuesta pensar en esos años en los términos anglosajones de “período de entreguerras”. Eso puede funcionar en Europa, porque allí el corte político en el medio del período no es tan claro como lo fue en la Argentina. Al mirar nuestro país, tiendo a separar la primera

experiencia democrática, la que va de 1912 a 1930, de lo que sucedió tras el golpe de Uriburu. Hay algo propiamente argentino –comenzando por la lucha contra el régimen oligárquico, la primera experiencia democrática y luego el régimen del fraude– que invita a considerar por separado esos dos momentos y que me hace tomar distancia de los autores que tratan ese cuarto de siglo como una misma etapa, articulada en torno a la idea de período de entreguerras. Las diferencias son muy visibles en varios planos. La política económica tiene una dinámica singular durante los años veinte, asociada a problemas propios de ese período. En 1930, cayó sobre la Argentina un rayo en un día de sol, y desde entonces los problemas fueron otros. Vale la pena, entonces, distinguir ambas etapas.

RH: Decime, entonces, cómo te parece que conviene analizar la política económica de los años radicales, 1916-1930. ¿Cuál es, desde tu punto de vista, el mejor ángulo de abordaje?

PG: Comienzo recordando que, desde mi punto de vista, el predominio de la política para entender problemas de política económica es siempre inevitable. Esto lo advertí a mediados de la década de 1980, al estudiar los años peronistas, pero de a poco me fui dando cuenta de que, también para otros períodos, es el enfoque que me permite trabajar mejor. Por esta razón, si tuviera que decir en una frase qué fue el período de gobierno radical, diría que fue la construcción de un movimiento político nacional nacido a partir de su implantación en el centro, y que la política económica tiene que verse a partir de este fenómeno. Por centro me refiero al centro geográfico del país, un centro que ni siquiera abarcó, en la elección de 1916, a la provincia de Buenos Aires, ya que allí los radicales no ganaron. Lo que más me impresiona del ascenso radical es la transformación de ese movimiento político que, desde el centro geográfico del país, a partir de su implantación en las clases medias rurales y urbanas de la pampa más fértil, se fue extendiendo por todo el país y a las clases populares. Veo en esa dinámica un hilo conductor para entender aspectos centrales de la política económica del período.

RH: Un rasgo singular de esa primera democracia es que su gran protagonista, la UCR, se organizó desde el llano. Tanto el PAN, del que ya hablamos, como el peronismo, del que hablaremos en nuestro próximo encuentro, se constituyeron como organizaciones políticas a partir de una estrecha imbricación con el Estado. Forjados desde arriba, ambos dispusieron de recursos (políticos, organizativos, económicos) que los ayudaron a erigirse por largo tiempo en la fuerza

dominante del sistema político. El radicalismo, en cambio, se forjó desde el llano. Y luego de un comienzo promisorio en la década de 1890, hasta los años del Centenario fue un actor de reparto, poco más que una voz de impugnación moral a las miserias de la política oligárquica. Su ingreso en la abstención electoral a fines de la década de 1890, luego de que saliera derrotado en varias elecciones en la Capital Federal y en la provincia de Buenos Aires, fue una confesión de fracaso. En 1900 nadie pensaba que tenía por delante un futuro brillante. Sin embargo, con la apertura de 1912, pudo escapar de lo que parecía un callejón sin salida. En menos de una década pasó de pequeña fuerza antisistema, de crítico liberal de la política oligárquica, a gran partido popular. Ese ascenso fue una proeza política pocas veces vista en la historia de nuestro país, que debió mucho al talento de Yrigoyen.

PG: Husmeando un poco en la historia del radicalismo desde que se fundó hasta que llegó al gobierno, se tiene la impresión de que varias veces pudo haber desaparecido. Las apuestas a la revolución y la abstención son siempre muy riesgosas. Cuentan muchas veces con un apoyo inicial entusiasta y romántico que pronto se evapora. En el extremo, la revolución de 1905 fue casi una payasada. Yo creo que Yrigoyen percibió en ese momento el malestar de los cuadros de la UCR ante lo que vivían como un abstencionismo asfixiante y respondió con una iniciativa que los galvanizara sin que eso significara una rendición frente al régimen. En ese sentido, no le salió mal. Ganó tiempo. A veces ganar tiempo sin definir nada es crucial en política. Yrigoyen fue un maestro en eso.

RH: Ese levantamiento armado puede haber servido para dar un mensaje hacia dentro del partido, pero sus promotores debieron pagar un alto costo en términos de reputación. Alguna vez lo vi descripto por un radical de esos años como una “chirinada”. Evocaba lo que entonces era el signo de nuestro atraso político: la cultura del levantamiento armado y el desafío irresponsable a la autoridad. A muchos radicales les dio vergüenza, no les gustó que los asociaran con ella. Y parecía revelar que, en ese país en marcha hacia el progreso, Yrigoyen se estaba quedando solo. Para entonces, su principal activo era que su actitud intransigente ponía de relieve los vicios de legitimidad del orden oligárquico. No era un tema insignificante, sobre todo porque la élite gobernante se sabía en falta en ese campo. De allí que Roque Sáenz Peña creyese que tenía que sumar al radicalismo al proyecto de reforma del régimen electoral. Si no lograba sacarlo de su

encierro antisistema, pensó, su reforma podía fracasar.

PG: Y sin embargo sobrevivió, y sorprendentemente creció y se impuso. El movimiento ascendente recién se afirmó hacia 1912, y desde entonces no cesó hasta la elección de 1928, en la que Yrigoyen arrasó. El radicalismo se mantuvo bastante dignamente en 1930, en medio de la crisis económica, y desde entonces continuó siendo la fuerza mayoritaria hasta que llegó Perón y trastocó el mapa político. El año 1912 es un punto de partida interesante para contar la historia del partido porque es el año de sanción de la Ley Sáenz Peña, una reforma proyectada sobre la idea de la continuidad política del viejo régimen. La crisis económica de 1913-1917 fue un cachetazo a esa idea de continuidad. El cataclismo económico provocado por la guerra es muy importante para entender la derrota del régimen. No sé qué hubiera pasado si la guerra ocurría diez o veinte años más tarde, pero no descartaría que se hubiera dado un proceso de legitimación electoral más gradual y menos estentóreo.

RH: *El eslabón perdido*, tu libro de 2016, nos muestra algo que hoy nos parece obvio, pero que ninguna de las explicaciones anteriores sobre el fracaso del PAN en 1912-1916 incorpora plenamente. Me refiero a la idea, de sentido común para evaluar la política contemporánea, de que todo gobierno al que le toca enfrentar una crisis económica de gran magnitud difícilmente pueda mantenerse en el poder. El derrumbe económico provocado por la Gran Guerra no explica por qué el radicalismo ganó las elecciones presidenciales de 1916, pero sí nos ayuda a entender por qué al PAN le fue mal. Montados en la euforia del Centenario, Sáenz Peña y su grupo impulsaron una reforma de signo democratizador porque estaban convencidos de que no podían seguir demorando el ingreso a una etapa de sufragio más amplio y honesto, pero también porque pensaban que un régimen electoral más inclusivo y transparente reafirmaría las credenciales del PAN como gran partido de gobierno. Al fin y al cabo, representaban a la única fuerza política que podía atribuirse la paternidad de los progresos del país en los treinta años previos. Ni los católicos ni los cívicos, y menos aún los radicales o la izquierda, podían vanagloriarse de ello. Eso ayuda a entender la confianza con que, en 1911 y 1912, promovieron la reforma electoral. Lo que no pudieron prever es que, muy poco después de sancionada la Ley de Sufragio Secreto y Obligatorio, el derrumbe económico de 1913-1917 pulverizaría los salarios y el empleo, y que muchos de los votantes que en 1916 concurrían por primera vez a las urnas lo harían en un clima signado por el malestar y

la penuria.

PG: Hay que recordar que la crisis de 1914-1916 fue la más importante de la historia argentina para un período de tres años. La sociedad no tenía por qué comprender que ese derrumbe era el producto de un *shock* externo, y que el gobierno no tenía responsabilidad alguna en su gestación. Esa crisis fue tremenda para el nivel de vida de las clases populares, aún más dramática que la de 1930. En este sentido, ni siquiera podemos definir la apuesta reformista de Roque Sáenz Peña como un error de cálculo, porque en 1911 o 1912 no tenía por qué prever lo que sobrevino en 1914. Por otra parte, para explicar la reforma hay que recordar que Roque Sáenz Peña había mamado en su casa la idea de sufragio universal y secreto. A veces les digo provocativamente a mis alumnos que el primer presidente radical fue Luis Sáenz Peña, el padre de Roque. Pero a Luis le tocó gobernar en un tiempo muy difícil, todavía marcado por las secuelas de la Crisis del Noventa, y es por ello que no vemos con claridad que era un católico progresista, que venía hablando de la necesidad de reforma del sistema electoral desde hacía mucho tiempo.

RH: En 1910, la idea de que el sistema político argentino debía hacerse más transparente y representativo no era novedosa, pero estaba más extendida que en cualquier momento del pasado. La magnitud del proceso de cambio económico y social que se puso de relieve en los años del Centenario terminó de consagrarla. Un diagnóstico entonces muy generalizado en la opinión pública hablaba del contraste entre un país moderno y pujante y un orden político arcaico y corrupto. Ello explica por qué, dentro del PAN, Roque Sáenz Peña y su grupo ganaron la batalla de las ideas contra los partidarios de mantener el statu quo. Llegaron al poder por razones algo azarosas, como la muerte de Manuel Quintana, que les abrió el camino a la presidencia y les permitió imponerse dentro de un oficialismo dividido. Pero si utilizaron el argumento de la reforma electoral como bandera de combate contra otros sectores del oficialismo fue porque entendían que esa consigna podía resultar atractiva para amplios sectores de la opinión. También entonces la opinión pública contaba, daba legitimidad. Lo que los reformistas no pudieron prever es que, tras haber promovido el cambio en el régimen electoral, también ellos pronto estarían de salida. No tuvieron tiempo de saborear su triunfo.

PG: La historia puso al radicalismo en el centro de la escena por una combinación entre la reforma política y el cataclismo social que implicó la

guerra. Recordemos que en las elecciones de 1912 a los radicales no les fue tan bien, y tampoco en 1913 o 1914. Avanzaron, pero no dominaron. La victoria radical en las elecciones presidenciales de 1916 se explica, en gran medida, por la crisis, que devaluó el prestigio del gobierno y de las fuerzas políticas sobre las que se apoyaba.

RH: Sin esa crisis no hubiera habido derrota del PAN. Ese elemento fue decisivo. Pero luego hay que explicar por qué el radicalismo, y no otro grupo, logró capitalizar el desprestigio del oficialismo. Es cierto que la UCR era el partido que mejor encarnaba la idea de crítica moral al régimen, y que este sentimiento tenía fuerza entre las ascendentes clases medias. Pero con eso solo no alcanzaba. Para ir más lejos hacía falta acción política, y allí hay que introducir el factor Yrigoyen, con su enorme talento para organizar el partido y su extraordinaria capacidad estratégica. Pese a ser un hombre formado en la política facciosa del siglo XIX, una política que solo involucraba a sectores minoritarios de la población, entendió como nadie lo que significaba una reforma democratizadora, que obligaba a hacer política de otra manera, más centrada en el partido como organización, y como organización capaz de llegar a las mayorías y tomar en cuenta las necesidades y expectativas del hombre común. Así, a la vez que no se cansaba de denunciar al régimen, Yrigoyen amplió su partido acogiendo a todos los que quisieran sumarse, incluso a conservadores disidentes u oportunistas, sin pedirles cuentas por sus actos del pasado. Y, por sobre todas las cosas, entendió que la organización partidaria tenía que ir al encuentro de esa enorme porción de la población que se hallaba poco politizada, que hasta entonces había permanecido indiferente a la disputa política, y a la que se propuso conquistar acercando el partido al ciudadano de a pie.

PG: Ahí comienza la construcción de un sistema político nuevo, en torno a un partido nuevo. Lo más fascinante del período es que ese proceso de expansión territorial y social le generó al radicalismo de Yrigoyen y de Alvear demandas cruzadas de una envergadura que no podían imaginar en octubre de 1916. En cierto sentido, el radicalismo comenzó a parecerse al PAN cuando este estaba en el gobierno. No tanto porque Roca fuese parecido a Yrigoyen sino porque su carácter de *catch-all party*, de partido que tiene que atender varias clientelas, suele acentuar las similitudes entre los partidos gobernantes.

RH: Esto que señalás nos recuerda que las descripciones del

radicalismo como un partido de clase media, ya sea por su base electoral o por el tipo de intereses que representaba, no captan bien su complejidad. Puede que este sector de la sociedad, quizás el más sensible a la impugnación moral al régimen, fuese la principal base electoral del radicalismo en esos primeros años, y el lugar donde reclutaba muchos de sus cuadros. Pero los sectores medios todavía conformaban una porción menor de la sociedad. Su peso electoral solo se volvió realmente gravitante en la segunda mitad del siglo XX. En tiempos de Yrigoyen, el radicalismo comenzó a ganar elecciones porque era el partido más popular del país, porque contaba con apoyos en el mundo del trabajo mucho más numerosos que los de conservadores y socialistas, y que además fueron creciendo en importancia a lo largo del tiempo. Por sobre todas las cosas, creo, hay que ver al radicalismo como un fenómeno político determinado por la profunda ampliación que experimentó la vida pública luego de 1912. El radicalismo debió aprender a dominar esa energía y a explotarla en su favor.

PG: El aliento en la nuca de una sociedad movilizada marcó esa experiencia. Se continúa hasta la actualidad, con Alberto Fernández, y seguirá después de él. Esta no es una sociedad calma, y tampoco lo era entonces. Había nacido algo nuevo, en circunstancias iniciales muy complicadas por la crisis, y con un presidente que no entendía bien qué estaba pasando en el plano económico o cómo gobernarlo. Durante su primera presidencia, Yrigoyen tuvo un solo ministro de Hacienda, Domingo Salaberry. Lo mantuvo en el cargo no porque Salaberry fuese de una enorme fidelidad, sino porque no quería opinar ni estaba en condiciones de vigilar la marcha de la economía. Se quería sacar el problema de encima y, como buen exponente del siglo XIX, creía que las crisis estaban en la naturaleza del funcionamiento de la economía y que poco podía hacerse al respecto. Aunque a Salaberry el sayo no le cae del todo bien, se podría decir que Yrigoyen le delegó la administración de esas complejidades a un técnico.

RH: Sin embargo, *El eslabón perdido* muestra que Yrigoyen terminó metiéndose más de lo que el saber heredado consideraba prudente. A mediados de su primera presidencia ya era un hombre que, en materia de intervención y regulación de la economía, se asomaba al siglo XX.

PG: Yrigoyen asumió en octubre de 1916, en medio de una situación muy complicada. Hizo una buena elección en 1918 porque las dificultades se percibían como heredadas, un legado de la presidencia de Victorino de la

Plaza. Pero una recuperación muy lenta lo fue empujando a intervenir. En su gobierno, el Departamento Nacional del Trabajo adquirió un sesgo más proobrero. Y empujó la legislación en el mismo sentido. Sabemos que Yrigoyen no sentía aprecio alguno por el debate parlamentario. Sin embargo, a la vez que sobreactuaba la lucha contra el régimen con el fin de ganar poder, y desairaba a sus adversarios en el Congreso, también consiguió formar una mayoría que en 1918 le permitió sancionar una Ley de Retenciones Móviles. Fue el autor del primer movimiento fiscal distributivo de la historia de nuestro país.

RH: Y en 1920 también está la Ley de Alquileres, que congeló los alquileres de viviendas en la Capital Federal, que era la ciudad del país con mayor porcentaje de inquilinos. Fue muy favorable a los inquilinos en un momento en el que decir "inquilino" con frecuencia quería decir "trabajador".

PG: Esa ley, junto con la estabilización de la economía europea y sus consecuencias deflacionarias después de la inflación de la guerra y la posguerra, hizo que la popularidad de Yrigoyen creciera de manera notable entre 1920 y 1922. Esos fueron los años del definitivo despegue radical: el comercio exterior se normalizó, creció la recaudación por aranceles a la exportación, ayudada también por las retenciones. Desde mediados de 1920, Yrigoyen ya no tuvo que lidiar con la restricción presupuestaria que lo había asfixiado hasta entonces. Y a partir de ese momento tuvo algo que es un *bocatto di cardinale* para un líder popular: superávit fiscal, oportunidades para gastar. Ciertamente, Yrigoyen no tuvo tantos recursos como Perón, pero sí bastantes como para hacer política, sobre todo en las provincias. El aluvión de intervenciones federales de esos años vino acompañado por una gran canalización de fondos para acrecentar las chances de los candidatos radicales.

RH: Ese escenario de recuperación hizo que la idea del retorno a la dulce normalidad de preguerra no pareciera errada. Y la expansión del gasto, más orientado hacia la base de la sociedad, seguramente ayudó a que la elección presidencial de 1922 fuese sencilla para el oficialismo. El radicalismo obtuvo el 49% de los sufragios, contra el 24% de los conservadores, el 8% de los demócratas progresistas y el 7% de los socialistas. Quedó muy claro que el radicalismo era el nuevo partido dominante. De hecho, Marcelo T. de Alvear, el candidato radical, ni siquiera estuvo en el país durante la campaña electoral; así y todo, sacó más votos que Yrigoyen en 1916. Alvear se enteró de que

había sido elegido presidente mientras era embajador en Francia. La UCR ganó la elección sin que su candidato tuviera que molestarse en hacer campaña. Para eso estaba Yrigoyen.

PG: Hacia 1920 comenzó a aumentar el gasto público y la política económica se volvió expansiva. Todo ayudó a cimentar el poder del gobierno: políticas locales dirigidas a favorecer el consumo popular, como las ferias municipales, ingresos por retenciones –de importancia decreciente, porque eran móviles y los precios estaban cayendo–, mejora de los ingresos fiscales, retorno de capitales externos. Y también la expansión agropecuaria, fundada cada vez más sobre la mejora de la productividad agrícola. Todo eso dibujó un escenario macroeconómico parecido al de las buenas épocas anteriores a la Gran Guerra. En ese marco, Yrigoyen tenía condiciones ideales para elegir a su sucesor. Y ya que controlaba el partido, no podía elegir nada mejor que Alvear, con quien mantuvo casi todo el tiempo una relación de lealtad mutua, casi secreta. Se puede decir que había un teléfono rojo entre Alvear e Yrigoyen. No sé si esta idea del teléfono rojo entre ambos les gustaría a los viejos radicales de la tradición yrigoyenista.

RH: Tal como yo lo veo, Yrigoyen eligió a Alvear como su heredero en la Casa Rosada para atenuar las tensiones dentro del partido, pero también para asegurar la expansión de su fuerza hacia el centro y la derecha del espectro político. Esto era muy importante. No siempre se ha entendido bien que allí, y no a la izquierda, estaba su principal contendiente en la disputa por las preferencias del electorado. Esto puede observarse muy claramente en el principal distrito electoral del país, la provincia de Buenos Aires. Pese a que el conservadurismo perdió terreno desde la intervención federal de 1917, que lo sacó del poder, siguió ofreciendo la única alternativa al predominio radical, con un apoyo que rondaba entre el 30% y el 40% del padrón. Los conservadores bonaerenses nunca lograron ganar una elección, pero tampoco bajaron los brazos. Las agrupaciones de izquierda, en cambio, no tenían chances, eran casi invisibles. Todo se jugaba entre los radicales y los que estaban a su derecha. Por eso Alvear.

PG: Entre los yrigoyenistas, la elección de Alvear siempre fue mal vista, como una derechización del partido, como una traición a sus ideales. Todavía en la campaña de 1983 Alfonsín seguía sin nombrar a Alvear como parte de la historia radical. Es difícil de entender. Alvear le resolvió un problema a Yrigoyen. Todo Yrigoyen tiene que tener su Alvear si quiere mantener el predominio del centro político. Sí se puede entender que un

caudillo como Yrigoyen mantuviera la rienda corta, para que Alvear no cobrara demasiada autonomía. Pero eso estaba lejos de ser un problema entre 1922 y 1933, el año de la muerte de Yrigoyen.

RH: Los radicales tendrían que rehabilitarlo, siquiera porque esta figura de impronta y estilo patricio les prestó servicios muy valiosos en un momento en que el radicalismo ya se había consagrado como "el" partido popular. Fijate lo que pasaba en la Capital Federal, la principal vidriera de la política nacional y donde, además, el espectro político era más amplio, ya que la izquierda contaba. En este distrito, y de manera aún más clara que en la provincia de Buenos Aires, en el curso de la década de 1920 la política también se movió hacia la derecha. El caudal electoral del socialismo se estancó y, conforme avanzaba la década, más y más trabajadores se pasaban al radicalismo. Este partido fue el gran canal de incorporación de demandas populares a la vida política de esa primera era democrática. A los partidarios de las opciones de izquierda les fue mal, comenzando por las más extremas. Pese al entusiasmo que puede haber despertado la Revolución rusa, la izquierda más radical no logró nada importante, ya sea en términos electorales o en el mundo sindical. Las opciones más moderadas, como el Partido Socialista, también retrocedieron. De allí que, una vez que la crisis de los años de la Gran Guerra quedó atrás, casi toda la izquierda se fue moderando, a tono con las preferencias de sus votantes. La principal evidencia de este movimiento hacia la derecha fue la constitución, en 1927, del centrista Partido Socialista Independiente, que llegó a derrotar en las urnas al socialismo de Justo. En síntesis, si algo importante pasó en la izquierda en la década de 1920 fue su desplazamiento hacia el centro. Y todo sugiere que este corrimiento reflejaba el humor y las expectativas de las clases populares, que estaban disfrutando de una sensible mejora en su calidad de vida gracias a la recuperación económica y la política radical. El peligro para el radicalismo no venía por este lado. Esto ayuda a entender por qué Yrigoyen apostó por una figura como Alvear. Con él, el radicalismo no perdía votos en la base y los ganaba en el medio y arriba.

PG: Hay dos decisiones políticas en este período que me resultan fascinantes: una es Yrigoyen eligiendo a Alvear como sucesor en 1922, y la segunda es, una vez en la presidencia, Alvear no rompiendo con Yrigoyen. Alvear también tenía astucia política. Debía verlo viejo a Yrigoyen, y creyó que, si se quedaba en el partido, iba a heredarlo. Al final tuvo razón. Recién

mencionamos la muerte de Yrigoyen. Ahora podemos agregar que, con entendibles dificultades y con muchos dirigentes encabritados, Alvear pudo administrar el rumbo de la UCR en los difíciles tiempos de Agustín P. Justo, que había sido su ministro de Guerra.

RH: Y pese a evidentes diferencias de estilo político y pertenencia social, hay mucha continuidad en el plano de la política económica entre las presidencias de Yrigoyen y Alvear.

PG: Alvear fue un continuador de la economía política del yrigoyenismo: fue un poco más reformista, un poco más moderno. Pero no cambió nada importante. Alvear había respirado aires nuevos en Europa, en Francia, por lo que ser un poco más proteccionista no le parecía ningún escándalo. De todos modos, su Ley de Aforos de 1923 fue mucho más fiscalista que proteccionista. En síntesis, Alvear fue más continuidad que cambio en términos de políticas sociales y económicas. Ciertamente, más expansivo en lo que a gasto se refiere, porque tenía con qué serlo. Fue un hombre de suerte: durante su mandato los términos de intercambio mejoraron, la expansión agrícola y la diversificación productiva hicieron de las ciudades un campo florido, retornó la inversión extranjera, y el incremento de la demanda empujó el crecimiento. Gracias a estas circunstancias muy favorables, el radicalismo logró convertirse en algo que la Argentina no conocía ni conocería: un movimiento popular no proteccionista. Esa fue la gran diferencia con el peronismo, y es una de las ideas básicas de *El eslabón perdido*.

RH: Decí algo más sobre esto último, que a algunos puede parecerles una rareza hoy: un movimiento popular no proteccionista, un programa sensible a las demandas de las mayorías a la vez que partidario de la apertura. Desde hace mucho tiempo nos hemos acostumbrado a pensar que, en nuestro país, economía abierta al intercambio y mejora de la condición popular resultan fenómenos antagónicos. Sin embargo, a mucha gente de la primera mitad del siglo XX le hubiera resultado extraño este razonamiento.

PG: En efecto, desde la Segunda Guerra Mundial y por varias décadas tomamos como un fenómeno de la naturaleza –por lo menos para la Argentina– la conexión entre proteccionismo y justicia social. Pero eso no fue así durante los años veinte. Trato de explicarme. Hasta 1914 se venía transitando un patrón de crecimiento basado en la ocupación de tierra fértil,

las inversiones masivas en infraestructura, las migraciones y la movilidad social. Lo que ocurrió desde entonces modificó el panorama no solo por el factor externo de la guerra sino también por el agotamiento de la frontera agrícola, que pocos predijeron. Cuando los polvos del conflicto bélico se asentaron, pudieron percibirse las novedades. Por un lado, el proceso de capitalización agraria –la cosechadora de arrastre, el tractor– aumentó los rendimientos por hectárea y eso compensó la menor acumulación de tierras libres y fértiles. Más trigo, más maíz, más carne y de mayor calidad significaron más divisas. El salto en la modernización agropecuaria financió, entonces, la diversificación productiva –que generó más empleo en la industria y en los servicios– y les permitió a los gobiernos radicales inclinar la balanza del incipiente conflicto distributivo a favor de los salarios reales. Ya lo dijimos: justicia social sin redoblar el moderado proteccionismo roquista. Pero además del componente estructural de capitalización agraria que le abrió las puertas al radicalismo popular, hubo un factor coyuntural que lo favoreció aún más: cuando en 1920 y 1921 los Estados Unidos y Gran Bretaña se lanzaron, coordinados, a una política de ajuste estabilizador, los precios de los alimentos exportados por la Argentina cayeron, para beneficio de los trabajadores. En el mundo entero ese ajuste fue seguido por un proceso deflacionario. Y el efecto en nuestro país fue muy interesante. Los precios cayeron, pero los salarios no, de modo que aumentaron los salarios reales.

RH: Ese deterioro de los términos del intercambio bajó el costo de la canasta alimentaria para los trabajadores argentinos, y explica en parte la fuerte recuperación de los salarios reales en los años centrales de esa década. Pero no parecía sostenible en el tiempo. ¿Cuánto podía durar esa primavera artificial?

PG: Los precios caían, pero los volúmenes exportados aumentaban. La Argentina radical tuvo lo que he llamado un afortunado “respirador artificial”. La guerra civil que siguió a la Revolución rusa y el descalabro en la cuenca del Danubio favorecieron la colocación de nuestros productos ante la defección de algunos de nuestros competidores. Si en algún momento la Argentina mereció la caracterización de “granero del mundo” fue en los años veinte. Por supuesto, tu pregunta es de todas maneras válida. El cuadro que he pintado no podía durar para siempre, pero nada dura para siempre. La dinámica económica inaugurada en 1880 tenía un límite con el agotamiento de la frontera; veremos que la bonanza peronista encontró un límite rápido en la escasez de divisas; la justicia social radical, en efecto, no podría sostenerse si se frenaba el aumento de la participación de las

exportaciones en los mercados internacionales. Pero antes llegó la crisis de 1929. Si había algo intrínsecamente débil en el movimiento popular en economía abierta, ha quedado como una especulación académica.

RH: Viene entonces una pregunta clásica de historiador: ¿te parece que esto era percibido por los protagonistas de la época? ¿Había actores políticos, hombres de ideas, financistas que fueran conscientes del complejo entramado que estás narrando?

PG: Creo que no. Los gobiernos de Yrigoyen y Alvear no tuvieron, desde mi punto de vista, una perspectiva clara de lo que les estaba ocurriendo en términos de transformaciones productivas, pero me resulta difícil juzgarlos por ello cuando vivían en un mundo en tránsito y turbulento. Los debates eran predominantemente fiscales, presupuestarios y sobre todo monetarios, porque la guerra había dejado en suspenso el funcionamiento del patrón oro en el mundo entero y no había nación que no estuviera ansiosa por retornar a él. La Argentina retornó durante el gobierno de Alvear, en agosto de 1927, pero, como muchos otros países, lo volvió a abandonar en 1929, durante la trunca segunda presidencia de Yrigoyen. En el Congreso casi no había debates económicos sustantivos promovidos por el Poder Ejecutivo. Lo único que encontramos es el impuesto a las exportaciones, la actualización de las tarifas de avalúos, la reforma previsional de Alvear, que preanuncia la de Perón. El resto eran disputas sobre las intervenciones a las provincias, sobre los rasgos autoritarios de Yrigoyen, sobre el desprecio oficial por las leyes presupuestarias, de muy mediocre factura. Por fuera del Congreso, Yrigoyen y Alvear delineaban, cierto que con la ayuda de legisladores propios, sus políticas sociales. Ya hablamos en ese aspecto del congelamiento de los alquileres, promovido por Yrigoyen y prorrogado por Alvear.

RH: Marx lo advirtió hace mucho tiempo: los hombres no son plenamente conscientes del papel que les toca jugar en la historia, son ciegos ante las fuerzas que ordenan su mundo. Pero aun sin comprender del todo el escenario que les tocó en suerte, ni todas las consecuencias de sus acciones, los radicales lograron impulsar una fuerte expansión de su electorado tanto desde el punto de vista regional como social. Reforzaron su posición y contuvieron tanto a la derecha como a la izquierda.

PG: La combinación Yrigoyen-Alvear logró una expansión del radicalismo por abajo y por el medio, como un doble golpe de furca al viejo

conservadurismo y al socialismo, los partidos más relevantes con representación electoral. A los socialistas los acotó, los convirtió definitivamente en un partido distrital, encerrado en la Capital Federal. Ellos habían ingresado a la era democrática con altas expectativas, que no lograron realizar. Y a la derecha le siguió quitando votos.

RH: Quisiera preguntarte por el costo económico, si es que lo hubo, de esta victoria política. Tan exitoso fue el radicalismo que, en un momento, sus rivales llegaron a la conclusión de que era imbatible en las urnas y que, por tanto, si querían sacarlo del poder no tenían más opción que recurrir a otros medios. Pero ¿qué hay de las consecuencias de sus decisiones para el crecimiento económico, de su impacto sobre el largo plazo? Y conecto esto que estamos diciendo con la discusión sobre la "gran demora". En la época, se acusaba al gobierno de "electoralismo", es decir, de supeditar la política económica a conveniencias políticas de corto plazo. Populismo económico, en la jerga de nuestros días. ¿Hay algo de cierto en esto? ¿En qué sentido la política económica radical preparó mal a la Argentina para lo que vendría más tarde?

PG: No comparto ese punto de vista. Veamos primero qué quiere decir "demora". Algunos autores insisten en que en la década de 1920 se produjo una desaceleración del crecimiento. Otra interpretación apunta a problemas de naturaleza cualitativa: una vez agotada la frontera agropecuaria, era preciso pasar a una nueva etapa del desarrollo capitalista, la industrialización.

RH: Comencemos por esta última versión, bien explicitada en *Las etapas del desarrollo económico argentino*, un influyente libro de Guido Di Tella y Manuel Zymelman. En ese trabajo, que es de 1967, se sugiere que, más allá de si la economía creció al mismo ritmo que antes de la Gran Guerra, su progreso se demoró porque los radicales postergaron el viraje hacia el proteccionismo, desprotegiendo a la industria. Los radicales demoraron la implementación del tipo de políticas necesarias para fortalecer a los sectores de los que dependería el crecimiento en un mundo más cerrado al comercio internacional.

PG: Eso solo fue verdad tras la Crisis del Treinta. Pero ¿por qué los radicales tendrían que haber adivinado el futuro? ¿Por qué alguien debería haber tenido una mirada de águila como para saber que el mundo pos-1930 sería

distinto al que siempre habían vivido? Por otra parte, hay otros dos elementos que están negados en la visión de Guido y de los que hablan de la necesidad de un golpe de timón. Uno es que, como ya vimos, en la década de 1920 el sector agropecuario siguió expandiéndose por la vía del incremento de la productividad, incorporando tecnología y aumentando los rendimientos por hectárea, con la cosechadora de arrastre primero y la promesa del tractor después. El otro punto negado en la tesis de la demora cualitativa es que la industria y el sector urbano estaban creciendo, y muy rápido. A fines de los años veinte, la Argentina era el país más industrializado de América Latina, muy por encima de Brasil, Chile o México. Quien lea la *Historia económica de América Latina* de Victor Bulmer-Thomas, un libro de 1994, puede ver que la producción industrial per cápita argentina más que triplicaba la de México y quintuplicaba la de Brasil. No es poco. Con todo, la industria aún no tenía la dimensión suficiente como para convertirse en motor del crecimiento. No tenía sentido plantearse en ese momento una política proteccionista al estilo de las de Pinedo y Prebisch desde 1933, como reclama Guido en su texto.

RH: Agrego otro elemento: los que hacen suya la idea de la demora y se lamentan de la falta de un proteccionismo más sistemático suelen sobreestimar el poder del Estado para orientar y financiar el cambio productivo y, a la vez, son poco sensibles a la dimensión política de la política económica. Lo que ya dijimos sobre el radicalismo como movimiento popular no proteccionista nos recuerda que construir una coalición favorable a la industria protegida era más fácil en la era de Roca que en un contexto democrático. Roca no tenía que ganar elecciones; Yrigoyen sí. Avanzar más rápido por la senda proteccionista, me parece, hubiese encarecido importaciones de una canasta de consumo obrera que todavía tenía bastantes elementos importados. Ello hubiese significado una caída en el nivel de vida popular, que en algún momento iba a pagarse en las urnas. Mientras hubiera pleno empleo y salarios altos, la propuesta de cerrar el mercado no iba a resultar muy atractiva, toda vez que tendría consecuencias sobre el nivel de vida popular. Ezequiel Gallo lo argumentó hace mucho tiempo: si el proteccionismo no creció en la década de 1920 fue porque la democracia dio más gravitación a los intereses del litoral, y allí contaban no solo los exportadores de productos agrarios sino también los trabajadores urbanos y los consumidores.

PG: Y en la década de 1920 no era para nada claro que el camino fuera ese.

Si uno se coloca en 1927 y observa lo que estaba pasando, lo que ve es expansión, que se daba en una economía más diversificada, productivamente más plural que antes de la guerra, y que además contaba con un sector industrial que crecía más rápido que el sector agropecuario, y lo hacía de manera espontánea, empujado por inversiones extranjeras, ahora predominantemente de origen norteamericano. El progreso material de esos años fue asombroso y, puesto en el lenguaje de los economistas, nos habla de un proceso de convergencia veloz. Ningún otro país latinoamericano había ido tan lejos en cuanto a desarrollo manufacturero. Y su sector exportador no le iba en zaga: entre 1926 y 1928, el país tuvo exportaciones per cápita equivalentes a las de Australia. Hoy Australia está cerca de los 7500 dólares per cápita y nosotros apenas exportamos unos 1000 dólares… Es decir que, si nos situamos en la mitad de la década del veinte, y miramos hacia atrás, lo que había ocurrido era notable. Y la diversificación no fue una cuestión menor, incluso en el plano industrial. En síntesis, quienes hablan de la demora niegan tanto el incremento de la productividad agraria como los avances en la diversificación de la economía. Y dejo de lado la cuestión distributiva.

RH: Mirando este cuadro, no sorprende que el viraje proteccionista de la década del treinta haya necesitado bastante tiempo para cobrar forma, mucho más que en otros países. Dos o tres años después del golpe del 6 de septiembre de 1930 la mirada del gobierno seguía sin cambiar demasiado, esperando el retorno de la normalidad. Retrospectivamente parece un error, pero visto con los ojos de los contemporáneos era una actitud comprensible. La Argentina de esos años tenía una élite económica opulenta, que en la década de 1920 se hacía notar en París (en parte porque, como ahora sabemos gracias a los trabajos de Thomas Piketty, la Gran Guerra empobreció bastante a los ricos europeos). Pero el país, además de asegurar una vida de lujo a los de arriba, había hecho posible el progreso para amplios sectores de las clases medias y trabajadoras. Poseía más automóviles per cápita que Gran Bretaña, el país más rico del Viejo Continente. Por su nivel de salarios, seguía atrayendo inmigrantes europeos. En síntesis, los años radicales mostraron que la expansión exportadora era compatible con políticas dirigidas a incrementar el bienestar popular. ¿Para qué cambiar si al país le había ido tan bien gracias al crecimiento liderado por las exportaciones? Si esto es así, te pregunto por la otra versión de la idea de demora, centrada en la desaceleración del crecimiento. ¿Qué hay de cierto en este argumento, y qué nos dice sobre los problemas que la Argentina debía enfrentar en el futuro?

PG: El principal problema que veo insinuado en la década de 1920 es que la ganancia de participación en los mercados de productos agrarios, el "respirador artificial" del que hemos hablado, tenía un techo. Llegado cierto punto comienza a operar la Ley de Engel, que nos dice algo muy elemental: el gasto en alimento crece más lento que el gasto total. Cuanto más rica es una sociedad, menos gasta proporcionalmente en alimentos. Y eso es lo que estaba pasando en Europa, destino principal de las exportaciones pampeanas. En proporción a su ingreso, los europeos estaban destinando cada vez menos recursos a cereales y carne. Ello significa que las ventas externas argentinas no iban a poder expandirse al mismo ritmo que antes de la guerra. El colapso de las exportaciones de grano de la Unión Soviética y las dificultades de toda índole en la cuenca del Danubio ocultaron este fenómeno por un tiempo. Esa era la nube que oscurecía el cielo argentino: para seguir creciendo, inevitablemente, el país debía reestructurar su patrón productivo, su patrón de desarrollo, volcándose un poco más al mercado interno y/o buscando nuevas exportaciones. Pero mientras el respirador funcionara no había por qué planteárselo. Tiempo al tiempo.

RH: Contra la idea de Díaz Alejandro de que no había nubes en el horizonte hasta que la Argentina chocó con la Depresión y luego con el estatismo peronista, vos dirías que el gran desafío era diversificar el patrón productivo y buscar nuevos mercados con los que complementar los que estaban perdiendo dinamismo. El problema quizá no fue bien percibido en su momento, pero lo cierto es que el país no podía seguir expandiendo su economía al mismo ritmo que antes de la guerra sobre la base de sus exportaciones tradicionales.

PG: Tenía la difícil tarea de buscar nuevos mercados para nuevos productos, pero lo que quiero enfatizar es que no era una urgencia. Mientras se ganara participación en los mercados para los productos tradicionales, la Ley de Engel era una abstracción. Pero, a diferencia de la visión de Díaz Alejandro, creo que el patrón de crecimiento anterior no llevaba de manera natural, espontánea, a algo nuevo. Una vez que el rayo en un día de sol que fue la Crisis del Treinta inauguró un nuevo escenario, el crecimiento se reveló demasiado lento para satisfacer las aspiraciones sociales alimentadas en la década de 1920. El librecambismo argentino de hoy sigue creyendo que en 1930 se cometió un error trágico. Para mí, el giro proteccionista era inevitable, ya que la Argentina exportadora estaba agotando su potencial. Esa inevitabilidad ya la habían anticipado Pellegrini y Vicente Fidel López, entre otros. Algo hablamos ya de eso.

RH: En definitiva, entonces, el tipo de transformaciones económicas que vinieron tras la Depresión ya estaban anunciadas como asignaturas pendientes del patrón de crecimiento exportador. No había más opción que avanzar en esa dirección. Este argumento me recuerda las advertencias de Alejandro Bunge. Bunge no le restaba méritos al ciclo de crecimiento exportador, ni creía que, al tomar este camino, el país había hipotecado su futuro. Todo lo contrario. Pero desde la década de 1910 comenzó a insistir en que era preciso poner en marcha otros motores, diversificando la matriz productiva con vistas a favorecer un crecimiento más centrado en el mercado interno.

PG: Desde que empieza a publicar su *Revista de Economía Argentina* en 1918, con más moderación o menos moderación, Bunge fue un proteccionista de impronta pellegrinista hasta avanzados los años treinta. Le preocupaba cómo agregar valor a los productos de la tierra y cómo terminar de sustituir la producción básica alimentaria, la canasta de consumo obrera. Su visión del futuro de la sustitución de importaciones era modesta, no muy distinta a la de Pellegrini y Vicente Fidel López en los debates de la década de 1870. Hay que decir, sin embargo, que la visión de Bunge todavía era muy de capilla, una voz más en el debate económico de la década de 1920, por lo que decir "demora" me parece equivocado. La noción de demora no estaba en el ambiente.

RH: Con este cuadro de fondo, vamos entonces a la Crisis del Treinta. ¿Cómo sintetizarías el significado de ese descalabro económico para nuestro país?

PG: Creo que hay que mirar cuatro dimensiones: el cambio en el sistema monetario mundial, el cambio en el patrón productivo, la cuestión social y la del sistema político, con su foco en el fraude electoral.

RH: Comencemos entonces por el primer aspecto, el abandono del patrón oro. A la Argentina le iba a costar ese paso porque, en el medio siglo previo, el financiamiento externo había sido central para empujar su crecimiento. De hecho, fue de los países que, a la espera del retorno a la normalidad y a una nueva expansión de los mercados de capitales, siguió pagando sus compromisos externos. Y fue de los últimos en salir del patrón oro.

PG: La Argentina recién asumió que debía abandonar el patrón oro después

de que Roosevelt depreciara el dólar frente al oro en 1933. Fue de los países que más resistió la salida, y eso tiene que ver con que con ese sistema le había ido muy bien. Yrigoyen cerró provisoriamente la Caja de Conversión en diciembre de 1929, cuando cosas parecidas se estaban haciendo en todos los países exportadores de bienes agrícolas de clima templado, como Australia, Canadá y Nueva Zelanda. El gobierno de Uriburu continuó esa política. Pero, a diferencia de Inglaterra, Canadá o Australia, que abandonaron el patrón oro y depreciaron sus monedas, la Argentina instaló un control de cambios. El primer experimento, el de 1931, fue técnicamente muy deficiente. El segundo, armado por Raúl Prebisch en noviembre de 1933, funcionó. Recién en ese momento se tomó la decisión de crear un Banco Central. En síntesis, costó mucho abandonar el patrón oro. Solo a fines de 1933 la Argentina se acomodó al nuevo régimen macroeconómico mundial, gracias a Federico Pinedo y Prebisch, dos personas habilísimas para manejar la macroeconomía en el corto plazo.

RH: Pese a cierto retardo, entonces, hacia 1934 la Argentina se había adaptado a un sistema monetario que ya no giraba en torno al oro y, en consecuencia, contaba con mayor autonomía respecto de los avatares externos y un mayor margen de maniobra para atenuar la fase depresiva del ciclo económico. No tenía financiamiento, pero entonces casi nadie lo tenía. Por lo que veníamos diciendo, perfilar un nuevo patrón productivo iba a resultar una tarea más difícil. Gracias a la pampa, y siempre y cuando los mercados del Atlántico Norte permanecieran abiertos, la agricultura templada era una opción que no podía fallar. Eso es lo que enseñaba el pasado. La industrialización volcada sobre el mercado interno, en cambio, iba a revelarse como un sendero escarpado, cuesta arriba. Por su dotación de factores, la Argentina manufacturera nunca iba a ser tan exitosa como había sido la Argentina agraria. Trabajo caro, energía cara, poco o nada de carbón y mineral de hierro, un mercado interno relativamente pequeño y muy alejado de los grandes centros económicos del mundo, vecinos más pobres, poco capital y una cultura industrial muy reciente: con estos pobres materiales había que armar el edificio industrial. Pinedo y Prebisch, o cualquiera de sus sucesores, podían ser buenos macroeconomistas. Pero ayudar a crear una estructura productiva centrada en la industria no era algo para lo que el país estuviera muy bien dotado. Y, sin embargo, no había otra opción que trepar esa cuesta empinada.

PG: En un país como la Argentina eso no era nada fácil. Sin embargo, desde

1932, cuando Luis Duhau reemplazó al fallecido Antonio de Tomaso como ministro de Agricultura, comenzó a difundirse la percepción de que la industria tenía que ayudar al campo. Para los economistas más convencionales eso era una herejía. Es interesante advertir que, aun si Duhau sobreactuaba en sus declaraciones a favor de la industrialización, recibió pocas críticas. Y eso pese a que el sistema de cambio de tipo múltiple en vigencia discriminaba contra el campo. El tibio despertar manufacturero de mediados de la década fue un alivio para el sector agropecuario porque, si bien el campo por su alta productividad nunca tuvo un problema de presión sociodemográfica sobre la tierra, que el hijo del chacarero en dificultades encontrase trabajo mejor pago en la ciudad de Buenos Aires o en el Gran Buenos Aires era un beneficio para todos.

RH: La atracción de la ciudad fue importante para descomprimir la tensión en el campo pampeano. Fue un bálsamo. Pero si funcionó tan bien fue porque se montó sobre una experiencia previa, ya visible en la década de 1920, y tal vez desde antes. En esos años varios agrónomos ya protestaban contra la atracción que ejercían "las luces engañosas de la ciudad" sobre la población rural. Lugares como Buenos Aires no solo seducían por el empuje de su mercado de trabajo. Pese a las quejas de los nostálgicos de la vida rural, la expansión de las industrias del entretenimiento y la mejor oferta educativa y de sociabilidad volvían muy atractivo el medio urbano. En los treinta, pese a que las expectativas de progreso eran menores, y el factor expulsión pesaba más que antes, el camino ya estaba trazado. Volviendo sobre la discusión de la demora desde otro ángulo, el hecho de que incluso las clases populares rurales eligieran moverse hacia la ciudad nos está indicando que, para ofrecer un futuro mejor a sus trabajadores, el país necesariamente tenía que profundizar su desarrollo urbano. Y ello quería decir más servicios y más industria.

PG: Así es. Figuras como Duhau apostaban a que la industria se convirtiera en la columna vertebral de un nuevo mundo productivo capaz de aliviar la presión sobre el campo. Pero este camino no iba a ser sencillo, y la evidencia cuantitativa lo muestra. La Argentina fue uno de los países de América Latina que menos creció en esos años, mucho menos que Brasil, Colombia o México. Y esto, como dijimos, tiene que ver con el hecho de que estaba mal preparada para la industrialización. De manera algo paradójica, el hecho de que la Argentina ya estuviese bastante industrializada hizo que sus progresos desde la década de 1930 en este terreno fuesen más lentos. La industrialización por sustitución de importaciones no iba a rendir tanto

como en Brasil o México. Inevitablemente, iba a haber convergencia con los demás países latinoamericanos, y no solo en los años treinta. Hasta la década de 1970, esa iba a ser la historia argentina. A partir de ese momento, claro, los problemas fueron otros.

RH: La quiebra del comercio internacional y la escasez de divisas obligaron a virar hacia el proteccionismo de manera abrupta, en un momento en que el crecimiento industrial se hacía difícil. Amén de las limitaciones estructurales que ya señalamos, ese giro tuvo que hacerse cuando el impulso que provenía del intercambio externo y del ingreso de capitales, centrales para explicar el fuerte crecimiento industrial de las décadas previas, se debilitó.

PG: Eso no quiere decir que no se pudiera hacer nada, pero costó mucho más y dio menos frutos que en otros países. Además de lo que dijimos sobre una dotación de factores inapropiada para el desarrollo industrial, el Estado argentino no estaba en condiciones de motorizar el tipo de políticas que eran necesarias para crecer. En la década de 1930, las capacidades estatales para promover el crecimiento empezaron a cobrar un rol muy importante. Un ejemplo en ese sentido es cómo, frente a las tormentas de polvo, las sequías y la degradación de la tierra en los Estados Unidos, el gobierno norteamericano respondió con innovación tecnológica. En cambio, el Estado argentino tardó tres décadas en incorporar lo que su par norteamericano logró en una sola. Me refiero a los primeros tramos de la revolución verde.

RH: Veamos entonces la cuestión social.

PG: Hay que comenzar diciendo que, superado el terrible desempleo inicial que acompañó a la crisis como su sombra, y pese a las dificultades para crecer en el nuevo patrón productivo, en la década de 1930 el nivel de salarios no bajó y la distribución del ingreso no empeoró. Ello fue consecuencia, sobre todo, del cambio en la estructura del empleo, que hizo crecer el trabajo industrial, mejor pago que el agrario. A diferencia de lo que pasaba en Brasil, hay que ver ese crecimiento industrializador como un factor que le colocó un piso al nivel de salarios. Ello hace juego con una noción que desde entonces nos acompañó por décadas: la industria como eje de cualquier proceso de modernización y al mismo tiempo de inclusión. Hasta hace treinta años todos razonábamos así. Y no solo en la Argentina.

RH: Estas evidencias que señalás nos recuerdan que debemos tomar

distancia de las visiones que solo destacan los aspectos oscuros de la situación social en los años treinta. El mito del imperio de las tinieblas antes de la llegada del Mesías. La década comenzó con alta desocupación y caída del salario, pero, pasada la emergencia, el cambio en la estructura del empleo –que ya venía de antes pero que la propia crisis aceleró– y la expansión del empleo urbano mejoraron el cuadro. Visto en conjunto, pues, luego de 1933 el panorama fue de estancamiento más que de deterioro. Pero no podemos determinar la real significación de este estancamiento sin colocarlo en una serie más larga, prestando atención, además, a la manera en que fue percibido. Y aquí vuelvo a *El eslabón perdido*. Ese libro nos recuerda que en el período radical se produjo una formidable mejora en los salarios: entre la guerra y 1928 crecieron un 60%. Esto nos ayuda a entender por qué a la izquierda le fue tan mal y al radicalismo tan bien en la década de 1920. Aunque menos concentrado en el tiempo y por tanto menos perceptible y también menos atribuible a la acción del gobierno, el incremento de los salarios en los años radicales fue de una magnitud similar a la de los años peronistas. Lo que quiero destacar al traer estos elementos a la discusión es que el estancamiento de los años treinta tiene que ser medido contra las expectativas de mejora que la experiencia anterior había naturalizado. Y allí sí que el contraste es significativo, y explica bastante del clima sombrío que reinó en esos años, y por qué luego se impuso tan fácil la idea de que esa fue, para los trabajadores, una "década infame". Expectativas frustradas. A la luz de lo que había sido una historia más larga de mejora del nivel de vida popular, los años treinta supusieron una reversión de esa tendencia, independientemente de cuán dramática fue la caída. Esa década puso a las clases populares en otro escenario, les achicó el futuro.

PG: Totalmente de acuerdo. Si tenés una pendiente positiva de los salarios y de las condiciones de vida de los trabajadores por cierto tiempo, las expectativas son que continúe esa pendiente. Pero en los treinta la mejora se frenó y quedó, en el mejor de los casos, en un plano horizontal. Y, como decís en tu artículo "Repercusiones de la Gran Depresión en la sociedad argentina", ese *sudden stop* tiene que haber generado disconformidad. Sin duda fue un caldo de cultivo para el desencanto, para el crecimiento del Partido Comunista en los sindicatos y en las fábricas.

RH: No es sorprendente que en los años treinta haya habido más pesimismo y disconformidad y que ese clima abriera el camino para el

ascenso de discursos y programas críticos hacia el orden establecido. El veloz crecimiento del sindicalismo comunista, que en su momento tanto preocupó a los militares nacionalistas, es sin duda el más evidente. Los comunistas lograron aproximarse a los trabajadores, en particular a los trabajadores industriales, y sintonizar con sus demandas como nunca antes. Trabajaron duro para construir sus sindicatos, y alcanzaron éxitos importantes. Pero me parece que hay claros límites en esa confluencia, ya que fue el resultado de desencantos y frustraciones más que de la maduración de una conciencia obrera o popular anticapitalista. Ya lo dijimos: muchos trabajadores, la inmensa mayoría, siguieron fieles a la UCR. Y otros muchos mantuvieron su lealtad al conservadurismo, cuya clientela popular continuó siendo considerable. La radicalización que representó el avance comunista iba a contramano de la experiencia de los trabajadores en el medio siglo previo y, en particular, en los años dorados de la década de 1920, por lo que sus raíces no podían ser muy hondas. La rápida y profunda adhesión popular al peronismo unos años más tarde confirma que, animadas desde muy antiguo por aspiraciones de integración, las clases trabajadoras no ofrecían un territorio fértil para el arraigo de un proyecto antisistema. Apenas la Argentina volvió a ofrecer un rostro más amable, las expectativas de incorporación de las que ya hemos hablado –parcialmente marchitadas en esos años de sinsabores y frustraciones– volvieron a reverdecer.

PG: Si este cuadro que estamos describiendo nos ayuda a entender el origen del peronismo, no lo sé.

RH: Sería bueno recuperar este interrogante cuando hablemos de lo que pasó en 1945. Esta cuestión, por otra parte, nos permite girar hacia el último punto que señalabas, el sistema político. El régimen del fraude abrió una brecha entre élite dirigente y sociedad y esto, a su vez, profundizó las grietas del orden institucional. Acá también hubo un inédito *sudden stop* político: tras una década y media de avances en la incorporación política de las mayorías, la tendencia se revirtió. Pese a que hoy sabemos que no todas fueron rosas en la política de la era radical (la vieja política no murió de un día para otro) y que hubo muchos grises en la política de la década de 1930 (radicales que siguieron participando, distritos sin fraude, como la Capital Federal, etc.), lo cierto es que la falsificación electoral deslegitimó a las instituciones políticas a los ojos de amplios sectores de la ciudadanía. Y esto sucedió, como ya dijimos, en un momento de retroceso social.

Sin tener esto en cuenta, es difícil entender por qué Perón fue tan exitoso en su impugnación al orden político, incluyendo el marco liberal en el que se había desplegado la vida pública nacional desde Caseros.

PG: El régimen del fraude empaña cualquier matiz que uno quiera poner a la legitimidad del Estado. Esto no significa que no hubiera mejoras en sus capacidades, o vocación de cambio. La combinación de fraude y modernización no tiene por qué llamarnos tanto la atención. Pinochet fue dictadura y modernización. Es muy duro decirlo y suena exótico para la Argentina, pero no siempre las dictaduras fracasan en sus faenas económicas. Y eso aplica al fraude de los treinta.

RH: La modernización fue una de las caras de ese régimen. Incluso podría argumentarse que entonces se dio la paradoja de que una reforma tributaria de signo progresista, como el impuesto a los réditos, que no había podido sancionarse en los años radicales, se hizo realidad con Uriburu y Justo. José Antonio Sánchez Román muestra, además, que los contribuyentes de altos ingresos aceptaron esa reforma, lo que sugiere que la relación hostil entre los argentinos y el fisco que hoy conocemos aún no había terminado de cristalizarse. Esto habla de un Estado que contaba con un grado apreciable de legitimidad. De todos modos, en tu visión el Estado no logró nada importante en términos del mayor desafío del momento, esto es, orientar el cambio productivo. ¿Qué elementos de juicio te llevan a esta conclusión?

PG: En los treinta hubo una élite estatal que vio problemas, pero no contaba con el sostén de un Estado capacitado para convertir sus ideas en políticas sectoriales; tampoco encontró apoyos políticos suficientes. Las grandes iniciativas de Pinedo y Prebisch dirigidas a darle mayor impulso al cambio productivo fracasaron. Por eso me gusta decir que, pese a sus esfuerzos por ampliar la mirada, fueron en esencia dos grandes macroeconomistas. Que luego Prebisch se convirtiera en un economista del desarrollo es otro cantar.

RH: En esta clave siempre se menciona el Plan de Reactivación de 1940, poco respaldado por el oficialismo y luego derrotado políticamente por la oposición radical en el Congreso. Pinedo intentó convencer a Alvear de que el radicalismo lo apoyara, pero no lo logró.

PG: Ese proyecto de Pinedo no me interesa tanto porque el ingreso de los Estados Unidos en la guerra a fines de 1941 cambió el panorama y lo dejó obsoleto. Cuando la economía estadounidense se volcó a sostener el esfuerzo bélico, sus productos se retiraron de América Latina. En esas circunstancias, y mientras duró la guerra, Brasil y la Argentina pudieron expandir sus exportaciones no tradicionales para abastecer el mercado latinoamericano. La expansión del nivel de actividad vuelve muy distintas las circunstancias de la Primera y la Segunda Guerra. Durante esta última no hubo una recesión de la magnitud de la que tuvieron que enfrentar Victorino de la Plaza e Yrigoyen.

RH: La expansión manufacturera que tuvo lugar durante la guerra ayudó a mantener el empleo y el nivel de actividad. Pero también acentuó debilidades del tejido industrial argentino, como su baja productividad y su excesiva diversificación, rasgos derivados de esa forzada autarquía.

PG: Por eso me interesan los intentos de ampliación del mercado que se ensayaron en esos años, que podían haber atenuado esos problemas. En 1933, Pinedo y Prebisch ya empezaban a plantearse la cuestión de si era factible exportar productos industriales. En 1933 se creó un tipo de cambio para exportaciones a países vecinos y en 1940 esa idea cobró mayor vuelo. Allí se ve, de manera nítida, la idea de una unión aduanera con Brasil. Este proyecto revela que figuras como Pinedo o Prebisch advertían que el tipo de industrialización progresivamente en curso iba a alejar al país de la frontera tecnológica mundial. Tenían una obsesión: el exceso de diversificación industrial, la baja escala. Brasil podía ser una solución.

RH: La idea de ampliar el mercado también estaba en Alejandro Bunge, que por esos mismos años promovía una "Unión Aduanera del Sur", no con Brasil sino con Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay. El hecho de que hubiera dos proyectos distintos en danza sugiere que el problema del tamaño del mercado estaba en el aire. Ninguna de estas iniciativas fructificó. No era fácil avanzar hacia una unión aduanera cuando la industria, además de las limitaciones que ya hemos señalado, había nacido alzando la bandera proteccionista, de defensa del mercado interno.

PG: ¿Para 1940 el grado de diversificación ya era irreversible política y socialmente, y todo intento de modificarla iba a dar lugar a una fuerte

impugnación? Es difícil decirlo. En todo caso, la causa del fracaso de Pinedo no fue la resistencia empresaria. Fue responsabilidad de los militares de ambos lados, que lo rechazaron. Pinedo avanzó en negociaciones con el ministro de Hacienda de Brasil. Por un momento, la moneda estuvo en el aire. Hasta que el proyecto de Pinedo chocó con el veto militar. Si esa ampliación del mercado se hubiera logrado, la Argentina habría tenido un camino más despejado para hacer más eficiente su industria. No pudo ser. Aquí tenemos el punto final de la parábola para darle más dinamismo al patrón productivo perfilado en los años treinta y primeros cuarenta. La Argentina entró a la Segunda Guerra Mundial con una iniciativa innovadora, que fracasó internamente por la oposición del radicalismo de Alvear y externamente, por la desconfianza entre nuestras fuerzas armadas y las brasileñas.

RH: Se cerraba una época. Y poco después, en 1945, comenzaría otra muy distinta. De esta última hablamos en la próxima.

6. De Perón a Frondizi

"Guido Di Tella solía decir que, con Perón, la Argentina hizo en cinco años lo que otros hicieron en cien en materia de inclusión de los sectores populares. Aun si esta idea es un poco exagerada, podría argumentarse que un proceso de cambio tan acelerado quizá haya provocado una 'indigestión' macroeconómica. La década peronista de 1945-1955 fue un salto igualitario notable en un contexto autoritario, y sus consecuencias todavía no se han borrado del todo".

Roy Hora: Terminamos la charla anterior con una nota pesimista: en los años de la Segunda Guerra Mundial, las iniciativas para expandir el mercado para bienes manufacturados con el fin de darle mayor escala y dinamismo a la industria no llegaron a buen puerto. Quedaban anunciados algunos de los obstáculos que, en las tres o cuatro décadas siguientes, iban a ponerle límites a la industrialización por sustitución de importaciones. Arranquemos nuestra conversación sobre la etapa que se inició en 1945 mirando sus costados más brillantes. En los años de Perón, la Argentina alcanzó un nuevo umbral de bienestar popular. Luego de un decenio y medio de estancamiento, retomó su marcha hacia adelante. En esos años, la mejora del bienestar fue más veloz y extendida que en cualquier momento del pasado, y benefició a muy amplios sectores de las clases populares y medias.

Pablo Gerchunoff: Fue un progreso en la incorporación social que no había terminado de consolidarse ni con el reformismo liberal asociado a figuras como Joaquín V. González, ni con los gobiernos radicales, y por supuesto, tampoco en los años treinta. Guido Di Tella solía decir que, con Perón, la Argentina hizo en cinco años lo que otros hicieron en cien en materia de inclusión de los sectores populares. Aun si esta idea es un poco exagerada, podría argumentarse –muchos lo hacen– que un proceso de cambio tan acelerado quizá haya provocado una "indigestión" macroeconómica. La década peronista de 1945-1955 fue un salto igualitario notable en un contexto autoritario, y sus consecuencias todavía no se han borrado del todo.

RH: La idea de justicia social ya tenía un lugar en la discusión pública mucho antes de 1945. Pero en los años peronistas la retórica de la justicia social ganó el centro del escenario político, se volvió omnipresente. El poder de la idea de justicia social, articulada además como una demanda que interpelaba directamente al Estado y la élite dirigente, es fundamental para entender el nuevo umbral alcanzado

por los reclamos de inclusión que recorrieron la Argentina desde los años peronistas. Ante esa presión, cedieron los diques que, en la década y media anterior, habían reprimido o contenido muchas demandas populares.

PG: Para expandir tu reflexión me gustaría volver sobre el tema, que ya hemos conversado, de igualitarismo e incorporación social. Y para ahondar en ese asunto quiero recordar como punto de partida unas inspiradas páginas de Oscar Terán sobre igualitarismo en *De utopías, catástrofes y esperanzas*. En esa compilación aparecida en 2006, Terán usa el concepto "vocación igualitaria", y no "impulso igualitario", entiendo yo que para subrayar, en un diálogo implícito con Juan Carlos Torre, que no siempre la vocación igualitaria se convierte en igualitarismo. En cambio, digo yo, la incorporación social fue una constante tangible –no una vocación– desde las guerras de la Independencia hasta los años setenta del siglo XX, pasando por la gesta grande de la inmigración transoceánica e incluyendo las migraciones internas asociadas a la industrialización. La catarata de frases que los historiadores usamos para aludir a la vocación igualitaria son un himno al ingenio. Voy a mencionar tres: el propio Terán escribe que "en la Argentina los de más abajo miran a los ojos a los de arriba"; es casi sentido común adjudicar a José Gervasio Artigas el famoso "naides es más que naides"; Adolfo Canitrot decía que no le hubiera gustado vivir en un país en que le cedieran el asiento en el colectivo por el color de su piel, como le había ocurrido en una nación vecina. Condimento esto con una cuarta frase popular que focaliza sobre la incorporación: "No me dejen afuera". Con esta larga introducción como prolegómeno estoy dispuesto a afirmar que la década peronista de 1945 a 1955, o por lo menos los primeros tres años, fue un notable salto igualitario sobre un piso sólido de incorporación social. Iba a ser difícil y enormemente conflictivo volver atrás de eso. Los economistas e historiadores económicos que escribimos en clave de "sociedad conflictiva" o "conflicto distributivo" lo sabemos bien.

RH: Así es. En este plano, el peronismo tuvo aspectos muy novedosos, pero también era hijo de un pasado. El umbral del que partió era alto, sobre todo en lo que se refiere a la naturaleza socialmente democrática del orden social. Recién mencionabas algunos autores que llamaron la atención sobre el vigor de los cuestionamientos a las pretensiones exclusivistas de los poderosos. Esas críticas no desaparecieron en los años treinta, aunque el cierre del sistema político hizo que muchas veces las impugnaciones se manifestaran de maneras indirectas. Basta pensar en la difusión que alcanzó el lunfardo, o en el auge del tango y

de la prensa popular para advertir que antes de 1945 los más educados habían perdido el derecho de definir qué era legítimo y qué no en cuestiones tan centrales como el lenguaje y el arte. El surgimiento de ídolos populares venidos muy de abajo, o el éxito de diarios no solo populares sino también populistas como *Crítica* nos recuerdan que, en lo que a representaciones del orden social se refiere, ya en la década de 1920 esas élites habían perdido gran parte del terreno que habían conquistado en la era oligárquica. La suerte corrida por la vocación restauradora de los golpistas de 1943, que entraron a la Casa Rosada con la idea de encorsetar o erradicar esa cultura plebeya, es muy reveladora. Lo recuerda Félix Luna en el que es, quizás, su mejor libro, *El 45*: sus esfuerzos por adecentar el tango fueron objeto de mucha burla. La paradoja es que del seno mismo de esa dictadura nacida integrista y antiobrera surgió la figura que le concedió su carta de ciudadanía plena a ese mundo plebeyo. En fin: lo que comenzó con Perón tenía una larga historia pero, a la vez, 1945 supuso un salto cualitativo en la legitimidad de esa cultura popular, entre otras cosas porque desde entonces tuvo la bendición del Estado y porque entonces nacieron instituciones que acentuaron el poder de los trabajadores y las mayorías. No fue fácil manejar y, luego, desarmar eso. En esta clave, atenta a los legados del pasado pero también a las novedades de la era iniciada en 1945, te propongo que arranquemos mirando el programa económico de Perón, y que lo pongamos en relación con las expectativas y demandas de aquellos a los que aspiraba a conquistar.

PG: Comenzaría diciendo que Perón no quería tanto. Cuando leo lo que Perón escribía o decía se me aparece mucho más como un discípulo más o menos conservador del general José María Sarobe que como un líder de eso que algunos llaman populismo. Su imagen de la organización de la sociedad, de la obra pública, de la infraestructura, del trabajo, me evoca a un líder mucho más moderado del que finalmente le tocó ser. A Perón el equilibrio se le escapó de las manos. Siempre tengo diferencias con los economistas que me muestran evidencias de los enormes desajustes que produjo la desmesura de Perón, y que me señalan que su política económica tenía patas cortas. En principio tienen razón. Hacia 1948, ya se vislumbraba una crisis externa –muy estudiada por Juan Sourrouille–, así como desequilibrios fiscales y monetarios que parecían no molestar al general. Quizá por eso la experiencia justiciera fue histórica pero extraordinariamente breve. No duró ni dos años y medio desde el momento en que Perón llegó a la presidencia. Si somos más generosos y decimos que empezó en el 44, se extiende a lo sumo a cuatro años. Después fue un valle de lágrimas. Pero cuando me ponen frente a las cifras de los desequilibrios macroeconómicos provocados

por la gran “indigestión igualitaria” que fue ese primer peronismo, viene mi pregunta de siempre: ¿fueron los dirigentes o fue la respuesta a una sociedad extraordinariamente demandante la que los obligó a ir por ese camino? Y además: ¿se puede decir que tuvo patas cortas un proceso que tiñó con sus colores siete décadas de historia argentina?

RH: No hay duda de que todavía vivimos en la estela de lo que cobró forma en esos años. Para entender los determinantes políticos de la política económica justicialista a mí me gusta situar el relato en los meses posteriores a febrero de 1946, cuando Perón fue elegido presidente. Sabemos que su programa apuntaba a producir un *shock* de bienestar que tuviese un alto impacto en el corto plazo, y para ello nada mejor que intentar mantener, simultáneamente, un alto nivel de salarios, una elevada tasa de ocupación y, por tanto, una distribución del ingreso más favorable al trabajo. Pero la importancia que Perón les asignaba a las iniciativas dirigidas a distribuir tiene que ver con que percibía que su posición política era frágil e incierta, y que los votantes que le habían permitido ganar los comicios del 24 de febrero en cualquier momento podían volverle la espalda. El mayor riesgo no venía del sindicalismo, importante para organizar la campaña electoral pero no mucho más poderoso que el que, hasta 1943, todos los gobiernos habían tratado con algo de desdén. Más difícil de conquistar, creo, era el pueblo radical. Recordemos que en esas elecciones Perón debió enfrentar a la fuerza que el grueso de los trabajadores argentinos había seguido por más de un cuarto de siglo. Desbancar a ese gran partido popular, que hasta entonces nunca había perdido una elección, no iba a ser una tarea sencilla.

PG: A veces se tiende a mirar esa jornada electoral como si el mito del 17 de Octubre fuese verdadero; esto es, como si para la primavera de 1945 las lealtades populares hacia Perón ya hubiesen estado firmes y cristalizadas, selladas para siempre, y no restaba más que certificarlo una y otra vez en las urnas. Entonces nadie pensaba en esos términos. Comenzando por los socialistas y los comunistas. Escribí en 1984, para un seminario organizado por Guido Di Tella y Rudiger Dornbusch en España, un artículo en la línea que has comentado. La idea era la primacía de la política, en mi opinión hasta aprobada la reforma constitucional de 1949, que en realidad es una reforma de fines de 1948.

RH: La oposición quedó desencajada y perpleja por los resultados de las elecciones de 1946; muy pocos pensaban que las mayorías iban a

apostar por Perón. Gracias al poder que le daba su lugar en el gobierno, desde 1944 Perón había puesto en marcha la maquinaria de la reforma laboral y se había granjeado importantes apoyos sindicales. Pero creo que sabía que ninguno de sus beneficiados o de sus votantes en 1946 le había cedido un cheque en blanco: más común fue, en todo caso, la actitud de "probemos a ver qué pasa, veamos qué nos ofrece este coronel que promete tanto". Recordemos que cuando Perón asumió la presidencia en junio los salarios reales prácticamente no se habían movido. Por eso pienso la situación como un escenario en el que Perón había formulado una promesa, y esa promesa había suscitado no lealtad sino esperanza. Y esto significa que, más que tenedor de un cheque en blanco, el nuevo presidente era el deudor de un oneroso pagaré. Y lo que veníamos diciendo antes sobre la potencia de la demanda popular, y lo que vos mostraste en *El eslabón perdido*, nos ayuda a comprender por qué, luego de firmarlo, no tuvo más opción que honrarlo: al hacernos reparar en todo lo que el período radical tuvo como etapa de mejora de la condición popular, nos recuerda que las clases trabajadoras tenían buenas razones para volver al radicalismo si la apuesta por Perón –un personaje salido de la nada y a quien tres años antes nadie conocía y, para peor, un militar– defraudaba las expectativas que supo suscitar entre 1944 y su llegada a la Casa Rosada.

PG: Los recuerdos de mi familia materna y paterna sobre el período van en esa línea. Ninguno de ellos pensaba que la Unión Democrática podía perder las elecciones a presidente. Durante el largo escrutinio se prepararon para una fiesta que nunca llegó. Estaban persuadidos de que llegaba a la Argentina la derrota "del fascismo" por la vía electoral.

RH: Eso creían los dirigentes de la Unión Democrática, a tal punto que, pese a los reiterados pedidos de Perón para que lo acompañaran, ningún dirigente radical de primera línea quiso aceptarle la candidatura a vicepresidente que tenía servida en bandeja. Sabemos que el cordobés Amadeo Sabattini no fue el único que la rechazó. Hortensio Quijano, un dirigente correntino de escaso porte, y para peor de pasado antiyrigoyenista, un hombre de la centro-derecha del partido, que además era un perdedor en su distrito, fue de los pocos que aceptó sumarse y que, por la reticencia de tantos, se llevó el premio mayor. No solo era una figura de segunda sino que, ya bastante entrado en edad, no tenía mucho futuro. Tan poco pudo aportar Quijano al caudal de votos de la fórmula presidencial que, pese al

atractivo que podía significar para los correntinos tener a un hijo de su provincia en la boleta, Corrientes fue una de las cuatro provincias donde el oficialismo no ganó y, junto con San Juan, una de las dos en la que peor le fue. Esto nos dice mucho sobre cómo se veía el panorama electoral en el seno del radicalismo, el partido dominante del sistema político.

PG: Para Perón, un radical en la fórmula tenía una gran potencia simbólica, aun si la figura carecía de la estatura que él hubiese deseado. Desde 1916 en adelante todo había sido siempre radicalismo, pese a que todavía hoy los radicales no logran reconciliarse con parte importante de la historia de su partido en la década y media que siguió al derrocamiento de Yrigoyen, y continúan sin reconocer a Alvear. Nadie lo nombra, pese a que fue el elegido de Yrigoyen y el líder del partido por una década. Agustín P. Justo era radical, Marcelo Ortiz era mucho más radical que el propio Justo, a tal punto que fue uno de los que lideraron en el Congreso las reformas sociales de comienzos de la década de 1920. Hasta que llegó el peronismo, todo era radicalismo en alguna de sus vertientes. Perón capturó algo que parecía incapturable. Vale la pena leer en ese sentido el libro de Samuel Amaral sobre esas elecciones de 1946 y detenerse en sus minuciosas cifras. El voto a Perón provino mayoritariamente del radicalismo. Ese fue su gran éxito.

RH: Perón llenó sus listas de candidatos recurriendo a dirigentes sindicales, donde los había, pero sobre todo atrayendo a militantes radicales, casi siempre de segunda línea, los más dispuestos a arriesgar. ¿Qué otra cosa podía hacer una fuerza nueva, armada de apuro, sino convocar a lo que estaba disponible? De todos modos, me parece, lo más relevante de esa historia no fue lo que sucedió en la campaña o en las urnas ese último domingo de febrero de 1946, sino el hecho mucho más profundo de que en el curso de los dos o tres años posteriores se produjera esa formidable transferencia de lealtades que dejó al radicalismo huérfano de los apoyos populares que lo habían sostenido por tres décadas. Pese a que Perón solía proclamar que su reforma social estaba pensada para contener el avance de la izquierda, es dudoso que viera allí su tarea prioritaria. Él sabía muy bien que su principal desafío era otro: impedir que los trabajadores que lo habían acompañado en octubre de 1945 y febrero de 1946 vieran frustradas sus expectativas de mejora y retornaran, así fuese a regañadientes, al radicalismo. Esta tarea era bastante más costosa que doblegar al socialismo o al ascendente comunismo, o que disciplinar a la dirigencia laborista. Para ganarse a esos votantes populares –y para

ponerlo en las mismas palabras que usabas hace un rato–, la política económica peronista tenía que indigestarlos de bienestar.

PG: Eso es muy importante: la macroeconomía en riesgo era políticamente necesaria. Y esto tanto en la relación con los radicales y sus votantes, como en la relación con los dirigentes sindicales y los trabajadores. Para neutralizar a líderes como Cipriano Reyes no alcanzaba con la violencia; también había que volcar muchos recursos. Y si había que volcar muchos recursos el riesgo de una crisis macroeconómica estaba latente. Si nos detenemos a reflexionar un instante, no es muy distinto a lo que pasó en los años de Juárez Celman. La indigestión de Juárez, y en parte de Roca, se originó en el intento de atemperar el federalismo desigual; la de Perón, en el intento de atemperar la desigualdad social, la desigualdad de clase. A veces pienso que toda la historia económica argentina se puede contar en unas pocas líneas atendiendo a esos dos ejes: el federalismo desigual y la rebeldía social frente a lo que se percibía como injusticia.

RH: Esto que decís nos sirve para entender el sesgo protrabajo de la política económica de 1946-48. Veamos el otro aspecto característico de la economía política justicialista: su exacerbado mercadointernismo. En esos años, la industrialización como fórmula para profundizar el desarrollo no fue una peculiaridad local. Muchos países tomaron ese camino. Era el signo de los tiempos. En la Argentina, sin embargo, esa apuesta vino con un muy fuerte énfasis en la autarquía económica. ¿Qué factores incidieron en este curso? Sin duda pesó mucho la necesidad de preservar el elevado nivel de empleo y salarios alcanzado durante el período de aislamiento artificial provocado por la guerra. Pero, en tu visión, ¿cuánto gravitaron eventos externos como la dificultad para exportar o el peligro de una nueva guerra mundial, que podían volver a derrumbar el comercio internacional?

PG: Creo que Carlos Díaz Alejandro, en medio de todos sus aciertos, se equivocó al interpretar la inmediata segunda posguerra como una etapa de normalización, que estaba dando lugar a una expansión del comercio mundial. Me gusta más cómo lo plantea Jorge Fodor, que tiene un artículo muy interesante sobre la falta de oportunidades para la expansión exportadora de materias primas alimentarias en la inmediata posguerra. El razonamiento de Fodor vuelve más comprensible la constitución de esa arquitectura económica que no solamente era justiciera sino muy sesgadamente mercadointernista. No termino de entender cómo vio Perón la

reconstrucción europea, pero entiendo que el Plan Marshall estaba basado, según él, en la idea de que Europa debía ser lo suficientemente robusta como para enfrentar una tercera guerra mundial. Perón tenía en la cabeza una tercera guerra mundial. Si Europa iba a ir inexorablemente a una nueva guerra, tenía que aprender algo de las dos anteriores: no se podía perder una guerra por falta de alimentos. De allí a la autarquía alimentaria había un solo paso. Y de la autarquía alimentaria europea al proteccionismo industrial argentino había otro pequeño paso. De todas maneras, no puedo negar que Perón sobreactuó. Había un problema de demanda internacional de nuestros productos, pero el primer Perón se encargó de agravarlo desestimulando al campo y a las exportaciones. Es historia conocida: alimentos baratos eran salarios reales altos; proteccionismo industrial era, para la época, empleo alto. Otra vez la primacía de la política.

RH: Luego de bosquejar el panorama de lo que fue la economía del feliz trienio 1946-1948, veamos cómo, una vez que Perón pudo incrementar su margen de maniobra político, se propuso acortar la rienda y corregir el rumbo. El principal acicate para ello era el estrangulamiento externo provocado por la caída de los saldos exportables, que para peor se combinó con varios años de clima adverso y deterioro de los términos de intercambio: menos carne y trigo para exportar, menos ingresos unitarios por esas ventas. Se había acabado la abundancia de divisas originada en los años de la guerra. Y con pocos dólares no era posible adquirir insumos o renovar y ampliar el stock de capital, con lo que el avance de la industrialización volcada sobre el mercado interno se hacía más difícil. Sin saldos exportables, tampoco podía financiar la generosa política salarial de 1946-1948. Además, la inflación estaba en alza. Un fenómeno nuevo: una sociedad que en el medio siglo previo solo había experimentado unos pocos episodios inflacionarios, intensos y breves, como el que acompañó a la Gran Guerra, de golpe tuvo que convivir con aumentos de precios sostenidos, y superiores al 30% anual.

PG: En diciembre de 1948, Perón puso al frente del Ministerio de Finanzas y el Banco Central a Alfredo Gómez Morales. Esto significa que la idea de que era necesario hacer ajustes ya estaba instalada. En una entrevista hecha para el Archivo de Historia Oral del Instituto Di Tella, Gómez Morales cuenta que, al asumir, como buen economista, hizo un beneficio de inventario y un sumario de los enormes desequilibrios económicos y de las políticas que habían llevado al desquicio, ese desquicio que para comienzos de 1949 resultaba ya evidente. Perón le preguntó: “¿Usted no hubiera hecho nada de

lo que yo hice?". Gómez Morales le respondió que no, que no lo hubiera hecho. Y Perón le respondió: "Por eso no lo llamé a usted".

RH: Estatización de empresas de servicios públicos, acentuación del proteccionismo, nacionalización del sistema financiero y expansión del crédito, control del comercio exterior, alza de los salarios, expansión de la protección social: hacía falta un hombre muy arrojado para producir tantos cambios en tantos frentes en tan poco tiempo.

PG: Tenía que llamar a un "irresponsable", alguien que sintonizara con la enorme jugada política que significaba la consolidación del peronismo. Ese papel tenía que desempeñarlo alguien como Miguel Miranda, que reparaba poco en los costos de su acción y no tenía nada que perder en el ámbito profesional o académico. Es por ello que, antes de que los objetivos fijados en 1946 se alcanzaran, ya a fines de 1947 comenzaron a emerger los problemas, con una crisis de divisas. El hecho es que la penuria llegó muy pronto y Perón tuvo que lidiar con sus consecuencias hasta su caída. Lo hizo con bastante éxito, ayudado por las habilidades políticas y de gestión profesional económica de Gómez Morales, que hizo las cosas muy bien.

RH: Lo ayudó el hecho de que la situación política era muy distinta a la de 1946. Para 1948, Perón había logrado acallar a los sindicalistas más díscolos; a fines de ese año Reyes estaba preso, y pasaría el resto del gobierno peronista tras las rejas. El Partido Laborista y la Unión Cívica Radical-Junta Renovadora habían dejado de existir, reemplazados por el Partido Justicialista. Y Perón había refrendado su primer éxito electoral con una segunda y más amplia victoria en las urnas, a comienzos de 1948. Con la fuerza que llevaba su nombre –signo inequívoco de que esa vieja tradición de la política argentina, el personalismo, había alcanzado un nuevo umbral–, conquistó varios puntos más que en 1946, casi el 60% de los sufragios. El voto opositor retrocedió en todas partes. Con este respaldo, más su olfato político, podemos imaginar a Perón mucho más confiado en que la conversión de votantes circunstanciales en fieles seguidores se estaba consolidando y, en consecuencia, que podía comenzar a respirar tranquilo.

PG: Surge entonces la siguiente pregunta: si Perón y sus asesores económicos ya sabían que las cosas funcionaban mal al menos desde mediados de 1948, ¿por qué demoraron tanto, hasta comienzos de 1952, en

armar un plan de estabilización serio? Todo gobernante es negador de las dificultades y siempre piensa que las cosas van a mejorar por algún regalo del cielo. Perón acariciaba la ilusión de que una nueva guerra mundial, que comenzaría en Corea, resolviera muchos de sus problemas. No pasó. Mientras tanto, la inflación se desbocaba, había fuertes déficits fiscales, y un nivel de proteccionismo que el propio Perón criticó por excesivo. En la línea de tu argumento, creo que Perón recién se sintió verdaderamente tranquilo para acometer una política de ese tipo a fines de 1951, luego de su segunda victoria presidencial. Noviembre de 1951 es una divisoria de aguas. En esa fecha nace un nuevo Perón.

RH: Esas elecciones acrecentaron mucho el margen de iniciativa de Perón. En los dos o tres años previos a noviembre de 1951 se había visto que no todo era color de rosa en la Nueva Argentina. Perón también proclamaba a los cuatro vientos que se había acabado la fiesta. Y quienes protestaron contra el fin de la revolución distributiva no la pasaron bien: las huelgas ferroviarias del verano de 1950-1951 terminaron con cientos de obreros detenidos, muchos de los cuales pasaron varios meses en la cárcel. Este era el cuadro en 1951 y es por ello que las elecciones de noviembre de ese año fueron una suerte de plebiscito, y no solo sobre la reelección de Perón: también sobre la reforma constitucional de 1949, sobre si era aceptable un justicialismo más austero y más represivo; en fin, sobre las virtudes y defectos de un régimen que combinaba democratización social con autoritarismo político en una fase más madura y estabilizada, donde había menos de lo primero y más de lo segundo. Y el veredicto popular fue inapelable: casi dos tercios de ese electorado muy ampliado por la presencia femenina dijeron que, pese a todo, querían seguir junto a Perón. El socialismo y el comunismo tuvieron que contentarse con menos del 1% de los sufragios. A veces pienso que ese 11 de noviembre, y no el 17 de octubre de 1945, merece ser calificado como el verdadero Día de la Lealtad.

PG: Después de ese espaldarazo era más fácil convencerse de que el momento de ajustar las tuercas había llegado. El giro que vino entonces implicó, entre otras cosas, que el aumento salarial de un año pasó a valer para dos, es decir, que se bajaba a la mitad el ritmo de incremento de los salarios. Esto era fenomenal, y suponía tener mucha confianza en lo conseguido en la base de la sociedad. Me imagino a Perón diciendo a sus seguidores: aguanten, no desesperen, ya van a volver a tener su oportunidad, ya volverán los buenos tiempos. Cuando cuento la historia de

este modo, un amigo como José Luis Machinea, con una mente práctica, lúcida y brillante, me dice: lo que pasa es que Gómez Morales no sabía qué significaba un plan de estabilización y lo estaba aprendiendo sobre la marcha; por eso se demoró. Hay un punto a destacar en lo que dice José Luis. Finalmente, el ajuste fiscal había comenzado ya en 1949, y en 1950 hubo un tímido ajuste cambiario. Los salarios reales habían caído a fines de 1951 respecto de los de 1949. La pieza que faltaba era el plan de estabilización. Lo que no me termina de convencer de este argumento es por qué el plan se puso en marcha al día siguiente de la elección presidencial, como si lo hubieran pensado y pulido durante mucho tiempo. Es una discusión muy interesante.

RH: Incorporar la dimensión política no solo ayuda a contextualizar esa decisión; es central para explicar la confianza con que Perón reordenó prioridades sin temor a debilitar la estructura del edificio. Y allí vino el Plan de Emergencia anunciado en febrero de 1952.

PG: ¿Hay que poner el foco en los trazos gruesos y la historia de largo plazo? Si la decisión es esta, el primer peronismo va de 1944 a 1948, y luego viene el del ajuste y los años de austeridad, determinados por un campo que no generaba divisas suficientes como para sostener el crecimiento industrial y el nivel de salarios. Desde esa perspectiva, la historia se cuenta en pocas palabras: tres años de bonanza extraordinaria y siete de dificultades. Pero si queremos mirar el drama en sus detalles y en sus matices, tenemos que prestar atención a un tercer momento. Como a Roca más de medio siglo antes, también a Perón el mundo le dio una oportunidad para aliviar esa restricción externa. En el caso de Roca, la oportunidad vino con la apertura de los mercados de capitales. En el de Perón, con la aparición, a partir de 1952, de grandes empresas multinacionales deseosas de capturar mercados internos amparadas en barreras proteccionistas. En torno a este fenómeno, Perón vio una doble oportunidad. Por una parte, superar la crisis de desarrollo recurriendo a la inversión extranjera. Por la otra, coordinarse políticamente con el gobierno de Eisenhower, dejando definitivamente atrás la etapa de enfrentamiento con los Estados Unidos y alineándose en el esquema del mundo bipolar. Ese es un Perón al que se le presta poca atención. Cuento algo sobre él y sobre sus tensiones internas en *La caída*.

RH: Hay que recordar que la relación con los Estados Unidos ya era un problema para la Argentina, y en alguna medida lo sigue siendo hoy. El mundo dominado por los Estados Unidos no era tan agradable para

los países exportadores de productos agrícolas de clima templado como el que, hasta la década de 1920, había girado en torno a Inglaterra. Durante la segunda presidencia de Perón, sin embargo, vía la radicación de empresas norteamericanas en sectores como el automotriz o el petrolero, se abrió una posibilidad de acercamiento. Perón la promovió con entusiasmo. Cuando Milton Eisenhower visitó el país en 1953, fue colmado de elogios. Es claro que Perón ya no quería acordarse de que había llegado al poder atizando el enfrentamiento con los Estados Unidos, en la etapa "Braden o Perón". Y acá viene entonces el interrogante: ¿por qué ese acercamiento dio tan pocos frutos si, con tal de hacerse de ahorro externo para empujar la rueda del crecimiento, el gobierno estaba dispuesto a reemplazar la retórica del nacionalismo por la del alineamiento en el bloque anticomunista y la colaboración hemisférica?

PG: Perón no tuvo ningún problema en sacrificar su nacionalismo económico. Les dijo a los americanos: "Si quieren venir, los esperamos con los brazos abiertos. Si necesitan una Ley de Inversión Extranjera, se las preparo esta misma tarde". Los necesitaba, para capitalizar la industria y extraer petróleo. Recordemos que en esos años el 25% de las importaciones correspondían a petróleo y, dada la falta de divisas, atenuar esa presión sobre el sector externo era prioritario. Tampoco le tembló el pulso cuando les dijo, figurativamente, a sus legisladores: "Esa Constitución que ustedes votaron en 1949 ya no sirve en esta etapa". Con tal de aliviar la restricción externa, no tenía pruritos en abofetear la dignidad de esos senadores y diputados que muy poco antes habían sancionado esa reforma constitucional sesgadamente nacionalista. Perón fue siempre bastante cruel con su propia gente.

RH: Por momentos fue mezquino, sin duda. En este caso, el gran problema que enfrentaba era que, para redefinir la relación con los Estados Unidos, no solo debía arriar dos de tres banderas del justicialismo: la independencia económica y la soberanía política. Hacía falta algo más que abandonar la idea de un desarrollo económico basado en los recursos nacionales, o renegar de la Tercera Posición. No tenía más opción que bajar, siquiera un poco, la tercera bandera –la más valiosa, la más sensible de todas–, la de la justicia social.

PG: Para hacer lo que Juscelino Kubitschek hizo en Brasil en 1956, o lo que se hizo en la India por esos mismos años, había que ir más allá del

nacionalismo económico. Porque las empresas multinacionales que vinieran a radicarse en un entorno de alta protección necesitaban estar seguras de que podrían remitir utilidades. La globalización inversora de la posguerra exigía libertad cambiaria para remitir utilidades y dividendos, y Perón no podía satisfacerla. No tenía divisas suficientes. Esta es la gran diferencia entre los años treinta y el peronismo de 1946-1955, por una parte, y el momento desarrollista. Allí Perón encontró su límite. Podía bajar los salarios un 10%, como efectivamente los redujo en su segunda presidencia, pero no podía reducirlos un 25%, de modo de comprimir la demanda y liberar más divisas con las que remitir utilidades. No estaba en condiciones de hacer lo que Frondizi intentó hacer unos años más tarde. Satisfizo la demanda de libertad cambiaria en algunos casos particulares, pero no podía generalizarla para todas las empresas extranjeras. Y sin este requisito, el flujo de inversión iba a ser muy magro, como efectivamente fue. Hace ya muchos años di una conferencia en Córdoba en la que propuse la idea de Perón como protodesarrollista imperfecto desde 1952. Estaba Félix Luna. Quedó, naturalmente, entusiasmado. En 2002 escribí eso en colaboración con Damián Antúnez en *Los años peronistas*, el libro compilado por Juan Carlos Torre.

RH: La experiencia de apertura al capital extranjero fue demasiado breve y condicionada, y hasta vergonzante, como para producir resultados perdurables o incluso para incorporarse a la memoria justicialista (ni siquiera Menem la hizo suya de manera sistemática cuando, en la década de 1990, se propuso ya no combatir sino seducir al capital). Y el giro de 1952-1953 chocó, además, con resistencias entre la dirigencia peronista y el común de la población, para entonces ya muy ganada por el nacionalismo económico, tal vez porque veían que el cambio de rumbo los alejaba del trienio dorado de 1946-1948. Las virtudes asociadas con un movimiento popular no proteccionista como el de la era radical ya no formaban parte del horizonte.

PG: El giro procapital de Perón no produjo resultados importantes. Su segundo mandato estuvo inmerso en una crisis de desarrollo dominada por el moroso crecimiento de las exportaciones, que no encontró modo de resolver. Para aliviar esa restricción apostó a la inversión extranjera y terminó sorprendentemente ubicado en la posición de entreguista dentro del arco político nacional. En septiembre de 1955 todos los partidos políticos –en verdad todos– enfatizaron este punto: Perón pronorteamericano. De todas maneras, fue una sobreactuación que vale la pena poner en contexto. Contra Perón, cualquier argumento valía.

RH: Al margen de esas críticas desesperadas, de mala fe, el acercamiento a los Estados Unidos confirma que, en materia económica, Perón era un realista, más pragmático que muchos de sus seguidores. El nacionalismo económico de sus primeros tiempos estuvo muy determinado por el contexto de 1945: la guerra, el conflicto con los Estados Unidos, la disputa electoral. Pasado ese momento, consolidado en su poder, el panorama le abría otras opciones, y premiaba otras elecciones. Para Perón, lo primero era promover el crecimiento y aumentar el nivel de vida popular, y con ello, fortalecer su liderazgo, sin que importase demasiado qué instrumentos lo hacían posible. Pero un giro tan abrupto en su visión del papel de la inversión extranjera lo hizo blanco de la crítica ya no solo del socialismo o el comunismo sino también de la UCR que, en este y otros temas, como el de la reforma agraria, optó por colocarse a la izquierda del gobierno. Frondizi machacó mucho sobre el entreguismo de Perón en su libro más famoso, *Petróleo y política*, de 1954.

PG: En esos años el radicalismo no tuvo límites. Si tuvo que acusar a Perón de entreguista, lo acusó de entreguista; si creyó necesario convertirse al catolicismo desfiló entusiastamente en la marcha de Corpus Christi de 1955. Todo ello se entiende si convenimos en que el viraje económico venía de la mano de un creciente autoritarismo político. En parte me hace acordar a Pinedo y Alvear en 1940. Quizás a Alvear le gustaban las ideas que le llevó Pinedo a la reunión de Mar del Plata y que constituyeron el famoso Plan Pinedo, pero no las podía aceptar sin poner sobre la mesa la cuestión del fraude. Ese tipo de equívocos es materia prima de gran calidad para los historiadores.

RH: Y además están las bombas de abril de 1953, porque ese enfrentamiento no fue solo retórico. El clima se estaba enrareciendo: un gobierno más autoritario y una oposición que se sentía acorralada, y que solo pudo montar una ofensiva gracias a la cuña que supuso la ruptura de Perón con la Iglesia católica. Sin embargo, en *La caída* vos atribuís el resultado de la crisis de junio-septiembre de 1955 a cansancio y errores de cálculo por parte del gobierno. Ya vimos que no hubo desafección popular por la llegada de un tiempo de mayor austeridad; la clave tampoco se encuentra en la movilización de actores con poder económico dispuestos a derrocar a un gobierno que los asediaba. Más importante que el malhumor de la "oligarquía" fue que, al irritar a la Iglesia, el gobierno alienó a importantes sectores de las fuerzas armadas y de las clases medias. La calle dejó de ser suya.

Desde entonces todo fue cuesta abajo.

PG: Un gobierno tan verticalista tiende a volverse rígido y es propenso a paralizarse o cometer errores. Pero vuelvo a repetir: la crisis del 55 se explica por verticalismo más cierto desaliento social. Es fácil ser verticalista cuando todos te dicen "está todo muy bien, estamos conformes". Es más complicado cuando el verticalismo tiene que manejarse con restricciones, surgidas de las demandas de la propia base peronista. Ese es el fundamento del desgaste "de los leales" sobre el que pongo énfasis en *La caída.*

RH: Hagamos un balance de los logros de esa década. Sus méritos son indudables en el plano de la justicia social, entendida ante todo como bienestar popular: incremento de los salarios, protección contra la arbitrariedad patronal, expansión de la cobertura sanitaria y previsional, mayores posibilidades de acceso a la vivienda vía el crédito y el congelamiento de alquileres, etc. Y a todo esto hay que sumarle importantes gratificaciones simbólicas, como mayor reconocimiento. No hay tantos ejemplos de países que en esos años hayan logrado tanto en términos de incorporación social. El progreso resultó menor en el plano de la política educativa, donde ya se habían concentrado grandes esfuerzos estatales desde la era liberal. Perón no hizo mucho por construir un Estado de bienestar centrado en políticas universalistas –en parte por la resistencia de las organizaciones sindicales más poderosas–, pero quien cobraba un salario sintió que su situación era mejor que en cualquier otro momento del pasado, sobre todo si estaba integrado al circuito económico formal y gozaba de protección sindical. En lo que se refiere a bienestar material, el peronismo significó cosas distintas para los habitantes de Salta o Catamarca que para los que estaban integrados en los circuitos modernos y formalizados de la actividad económica. Por otro lado, quedaron varias asignaturas pendientes. Luego del auge de 1946-1948, la economía se contrajo por casi tres años, y desde entonces el crecimiento fue bastante más modesto que el de Brasil o México. No hay duda de que, constreñida por el marco en el que nació, la política económica peronista estaba destinada a ser mejor para distribuir que para generar riqueza de manera sustentable en el largo plazo. Por eso te pregunto si, evitando caer en el error de pensar que Perón carecía de restricciones a la hora de proponer un camino, te parece que en esos años se perdió alguna oportunidad de hacer las cosas mejor. En el recuerdo de Gómez Morales, el propio Perón había llegado a la conclusión de que Miranda era algo "chapucero". Me pregunto, por

ejemplo, si no hubiera sido conveniente pagarles mejores precios a los agricultores, con lo que quizá la caída de la producción de granos de fines de la década de 1940 se hubiera morigerado, lo que a su vez hubiera atenuado las dificultades de 1948-1952. ¿Cómo lo ves?

PG: Siempre es posible pensar que las cosas pudieron ser distintas. Pero cuando estudiamos la historia hay que incorporar los componentes inerciales, la dependencia del sendero inicial. Si decimos "restricción externa" o "restricción fiscal", deberíamos aceptar que los gobiernos también tienen restricciones políticas –lo cual es obvio–, pero además una restricción adicional, impuesta por el hecho de que es difícil desandar el camino e incluso cambiar moderadamente de dirección. Dejame darte un ejemplo que yo viví en mi paso por la función pública. La tentación del funcionario que recién llega es modificar *a piacere* el presupuesto público, pero cuando lo intenta rápidamente choca con el peso de la historia, con el hecho de que no menos del 80% del presupuesto viene predeterminado por decisiones anteriores muy difíciles de cambiar. Vamos entonces a Perón. El camino que emprendió entre 1944 y 1946, salarios reales altos y pleno empleo, necesitaba del proteccionismo redoblado, de los impuestos a las exportaciones agropecuarias, del control de cambios y de tarifas de servicios públicos bajas. Y junto con eso, de una arquitectura institucional y regulatoria, por ejemplo, el IAPI, sobre la que apoyar ese patrón distributivo. Perón armó todo eso bastante rápido y cuando se enfrentó a la escasez de dólares se encontró con que la enorme potencia de su revolución justiciera le trababa cualquier cambio hacia la moderación. No digo que se lo impedía por completo, pero se lo trababa. Su criatura económica se naturalizó en el Partido Justicialista y en la burocracia pública, que eran aproximadamente lo mismo. Eso no lo paralizó. Pero tuvo que invertir un gran capital político para conseguir bastante poco. Dije recién que llevó adelante un ajuste fiscal desde 1949, que devaluó algo la moneda en 1950 y que los salarios cayeron. Agrego que después del trienio 1946-1948 el IAPI les mejoró los precios a los productores agropecuarios. Coronó su esfuerzo con la apertura al capital extranjero y con el plan de estabilización. La economía se reactivó, pero no fue suficiente para reencontrarse con algo que pudiera llamarse un patrón de desarrollo.

RH: La inercia propia de la política pública, las rutinas del aparato del Estado, se combinaron con la renuencia de sus seguidores a acompañar el cambio de rumbo. No sorprende que, cuando fue derrocado en 1955, dejase varias asignaturas pendientes. Pero la evaluación del legado de Perón que Raúl Prebisch ofreció en su *Informe preliminar*, el

documento que escribió en 1955 a pedido del gobierno de Lonardi, fue demasiado dura.

PG: Fue un error gigantesco. Por supuesto, el diagnóstico contenía elementos de verdad, pero el cuadro era excesivamente sombrío. Más tarde, en privado, Prebisch reconoció ese error. En los años del gobierno de Alfonsín, del que fue asesor, nos dijo que las críticas estaban sobreactuadas.

RH: Tal vez no calculó bien la reacción más bien hostil que su *Informe* suscitó. Apenas apareció, a fines de octubre de 1955, le llovieron críticas de todos lados, no solo de peronistas como Arturo Jauretche, que escribió la impugnación más conocida. Radicales, comunistas, nacionalistas también dijeron lo suyo, casi siempre para tomar distancia del régimen derrocado. ¿A qué atribuís su deseo de exagerar los problemas de la Argentina?

PG: Una interpretación posible es que, llevado por el clima antiperonista dominante, a Prebisch le costara trazar una visión más equilibrada de los logros y desaciertos del régimen. Octubre de 1955 no era momento para moderaciones, sobre todo si lo que quería era alzar su perfil público. Creo que pensó ese *Informe preliminar* como un documento con sentido político porque aspiraba a ser un actor político, quizá con la ambición de ser presidente. Eso nubló su juicio. Por eso prefiero las contribuciones de quienes no se dejaron capturar por las emociones de ese momento y aspiraron a mirar los problemas de manera más objetiva: Tulio Halperin Donghi, Juan José Sebreli, Osiris Troiani y varios más en la revista *Contorno*. Rescato a un intelectual y profesor universitario como Gino Germani que, cuando Prebisch nos ofrecía ese panorama sombrío, estaba escribiendo "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", donde decía que el peronismo no era fascismo.

RH: Ese esfuerzo por esquivar la tentación del sentido común antiperonista fue muy valioso. Y muy productivo. En el caso de Germani, le sirvió para poner en claro las diferencias entre fascismo y peronismo. Germani también tenía razones personales para no ser complaciente, ya que el peronismo había tronchado su carrera universitaria. Pero fue capaz de tomar distancia del humor que predominaba en su medio. Lo vio como una dictadura, sí, pero también se interrogó por el significado de esa experiencia para los trabajadores. Y al observarlo desde esta perspectiva pudo advertir todo

lo que el peronismo significó como proceso de incorporación popular, visible no solo en sus aspectos económicos sino también en su dimensión institucional e incluso subjetiva: derechos laborales, reconocimiento, afirmación de la dignidad personal. El peronismo, decía Germani, no puede entenderse a partir de ideas como manipulación, engaño o falsa conciencia, tan frecuente entre los discursos de los vencedores de 1955. Su gran mérito, creía, fue darles a las mayorías, o al menos a amplios sectores de las mayorías, un nuevo lugar en la comunidad nacional. Deberíamos releer más seguido a ese Germani. Pertenece al valioso linaje de los que intentaron anteponer la vocación por comprender al deseo de juzgar.

PG: Es uno de los artículos más valiosos de Germani. Quienes luego lo criticaron lo hicieron a partir de una visión muy simplificada de sus argumentos.

RH: Pese a su vocación antiperonista y por momentos también restauradora, la Revolución Libertadora no se propuso atacar problemas económicos de fondo. Finalmente, no le hizo tanto caso a Prebisch. Se vio como un gobierno de transición. Has escrito un artículo sobre eso.

PG: La Revolución Libertadora se presentó como un gobierno que venía a liberar al país del último fascismo que quedaba en el mundo. Restableció la relación con la Iglesia y le devolvió sus privilegios. Hasta allí llegó. En materia de política económica no tomó decisiones importantes. No quiso tener trato alguno con inversores extranjeros. La división de los ministerios del área de economía que propuso Pedro Eugenio Aramburu muestra que prefería no cambiar nada. Por eso la ausencia de un hombre fuerte. En esos tres años, los problemas estructurales que enfrentó Perón en su segunda presidencia entraron en estado de latencia.

RH: Dirijamos entonces la atención hacia el primer intento serio de atacar los desequilibrios heredados de la etapa peronista: la presidencia de Frondizi. Fue, creo, el gobierno más importante hasta el de Videla, que tuvo enorme relevancia por razones menos felices. Si algo no le faltaba a Frondizi eran ideas y ambición, y fue esto lo que lo llevó a fracturar al radicalismo, donde mandaba Balbín, para armar su propia oferta electoral, la Unión Cívica Radical Intransigente. En esos años ya había quedado claro que, para crecer de manera sostenida, la

economía nacional requería un impulso modernizador. Frondizi pensaba que solo la inversión extranjera podía desempeñar esa función. Sin embargo, en la campaña electoral no hizo explícita la apelación al capital extranjero porque, habiendo cortado amarras con la UCR, necesitaba del apoyo de Perón y de los votos peronistas para llegar a la Casa Rosada. Cuando asumió, en mayo de 1958, todavía se presentaba con un perfil neoperonista, y se vestía con ropajes nacionalistas y antiimperialistas. Arrancó su presidencia con una política expansiva dirigida a seducir a los votantes peronistas. Seis meses más tarde, sin embargo, dio un golpe de timón y puso en marcha un plan de ajuste orientado a crear condiciones más favorables para la inversión.

PG: Los primeros seis meses del gobierno de Frondizi siempre me parecieron interesantes porque fue el comienzo de sus reformas (por ejemplo, los contratos petroleros), combinadas con una política macroeconómica que protegió el empleo y los salarios reales. Sin embargo, ya se estaba concibiendo un duro cambio de régimen. Conociendo cómo se negocia con el Fondo Monetario Internacional, no tengo dudas de que, mientras estaba pagando su deuda electoral con Perón y sus votantes, y desarrollaba una política semiperonista, elevando los salarios y expandiendo la base monetaria, ya estaba en conversaciones con el Fondo para llevar adelante el ajuste que sobrevendría. Fue el primer acuerdo *stand-by* con el FMI. Me refiero al de diciembre de 1958. Un acuerdo tan significativo no se arregla de un día para el otro. Hay que sacarse el sombrero ante la capacidad de Frondizi de mantenerlo en secreto.

RH: En un país en el que el peronismo estaba proscripto, las banderas que levantó en *Petróleo y política* finalmente tuvieron más utilidad para llevarlo a la presidencia que para construir un país industrializado. Y entonces entró en escena el Frondizi desarrollista, el que intentó dejar atrás el mundo económico forjado entre la Depresión y el peronismo: aquel que giraba en torno a una industria liviana poco capitalizada y tecnológicamente pobre, a la sustitución de importaciones centrada en bienes de consumo, y que veía al empresariado nacional, apoyado por el Estado, como el agente privilegiado del proceso de acumulación de capital.

PG: El plan de estabilización de diciembre de 1958 fue el punto de partida macroeconómico de una nueva época, durante la cual cambiaron las estrategias y los actores del desarrollo. Fue una apuesta para recuperar el

crecimiento, apoyándolo sobre nuevas bases. Cuando el sector agropecuario ya no podía funcionar como motor de crecimiento, cuando quedó claro que la industria de capital nacional no podía reemplazarlo en esta tarea, cobró fuerza la opción por la inversión extranjera protegida. Eso, como vimos, ya lo había vislumbrado Perón. Pero Frondizi fue más allá: estuvo dispuesto a sacrificar temporariamente el nivel de los salarios reales –o cualquier otra cosa que hiciera falta– para crecer a partir de lo que la versión canónica denomina la nueva etapa de sustitución de importaciones. En 1959, al liberar el mercado cambiario, provocó un fuerte salto inflacionario que hizo caer los salarios reales. Gracias a la inversión extranjera comenzó a madurar una industria mucho más capital-intensiva que la de los treinta y el peronismo, aunque también volcada sobre el mercado interno. Desde 1960, los salarios se recuperaron, y la distribución del ingreso se volvió más favorable a los trabajadores. Lo más llamativo del tiempo de Frondizi no fue tanto la apuesta al desarrollo industrial, similar a la de otras partes del mundo, sino que abrió las puertas a la inversión extranjera y, al mismo tiempo, mantuvo la apuesta proteccionista. No entraba en su horizonte cognitivo la idea de apertura de la economía. No es casual que Álvaro Alsogaray lo haya acompañado como ministro de Economía. El ingeniero Alsogaray era fiscalista pero también muy proteccionista, y lo fue hasta el final de sus días. Al igual que Frondizi, siempre miró la apertura económica con desconfianza. Esto me lleva a preguntas para las que no tengo una respuesta definitiva: hemos dicho que Perón tuvo incentivos políticos a favor del proteccionismo. ¿Los tuvo Frondizi? Y si no los tuvo, ¿por qué mantuvo a la economía argentina en un esquema semiautárquico? ¿Perdió acaso Frondizi una oportunidad para reinsertarse en los flujos del comercio internacional? El hecho es que nadie lo estaba haciendo en las naciones semidesarrolladas.

RH: Bueno, habría que ver si percibía el problema y, en ese caso, si estaba dispuesto a librar una batalla que inevitablemente lo iba a hacer chocar de manera frontal con sus apoyos peronistas, toda vez que ponía en riesgo no sólo el nivel de salarios sino también el de empleo. Por otra parte, tu referencia a Alsogaray, el hombre que un par de décadas más tarde se convertiría en el padre de nuestro liberalismo económico, confirma que, para la mayor parte de los economistas de inspiración ortodoxa del período que va del peronismo a los setenta, el principal problema que planteaba el Estado no era tanto su tamaño o su rol empresario, o el proteccionismo industrial, sino los desequilibrios que generaba el déficit fiscal. Podían criticar el trato que recibía el agro, o despotricar contra el poder sindical, pero los incomodaba mucho menos la idea del desarrollo industrial asistido

por el Estado. Formaban parte del consenso que veía a la industria como la locomotora del crecimiento.

PG: Te diría que muy pocos estaban preocupados por el tamaño del Estado en esos años, lo cual, dicho sea de paso, me parece muy razonable. Se apuntaba al desorden fiscal, al desequilibrio fiscal, como problema central. Estaban muy atentos al problema del déficit público y su eventual impacto inflacionario. Quien sucedió a Alsogaray en el Ministerio de Economía bajo el gobierno de Frondizi fue el joven Roberto Alemann, en mi opinión mucho más solvente técnicamente que Alsogaray, pero con la misma visión fiscalista. Si lo que estamos diciendo es correcto, hay algo más para agregar: el tiempo de las reformas económicas no había llegado. Ni la hora de la reforma del Estado ni la hora de la apertura económica. Quienes hoy reivindican el espíritu modernizador de Frondizi deberían tener en cuenta eso.

RH: En la segunda parte de 1960, el gobierno consiguió controlar la inflación con una política monetaria durísima, recordada por la frase de Alsogaray “Hay que pasar el invierno”. Allí terminó de consagrarse el nuevo rumbo, que les daba un papel central en el proceso de acumulación a las empresas extranjeras que producían bienes de consumo durable para el mercado interno empleando una tecnología más próxima a la frontera internacional. La modernización del aparato productivo que entonces comenzó fue muy importante, y le daría a la Argentina una década de crecimiento. Pero, como recién decíamos, no abandonó la senda proteccionista. Y eso plantea la pregunta de si era posible un proyecto industrial con un sesgo exportador, capaz de atenuar la dependencia de las divisas del campo.

PG: Creo que ese proyecto estuvo presente. Varios radicales fueron, para los patrones de la época, bastante más aperturistas que Perón o Frondizi, o que el propio Alsogaray. Eran aperturistas, entre otras cosas, por su vieja hostilidad a la inversión extranjera. Es una tradición que puede verse en la Declaración de Avellaneda de 1945, donde se critica a las industrias artificiales y se rescata a las naturales. Suele olvidarse eso porque se enfatiza la mimetización de la Declaración de Avellaneda con muchos otros aspectos de la visión peronista de la economía. Ese proyecto se plasmó, por ejemplo, en el plan que el Consejo Nacional de Desarrollo elaboró en 1963, bajo el liderazgo de Roque Carranza. El plan del CONADE era proexportador, en algunos aspectos parecido a la visión de Prebisch del *Informe preliminar*, que tenía razón en cuanto a la importancia de estimular las exportaciones

industriales. En la intervención de Carranza había una voz mucho más moderada en términos de proteccionismo, más sensible a la importancia de promover la exportación de manufacturas, pero era una voz que no osaba decir su nombre frente a la hegemonía proteccionista. Se oponía con argumentos oblicuos, como su hostilidad a la inversión extranjera. Pero tenía algo de razón. La idea de que era necesario algún grado de apertura estuvo también en Adalbert Krieger Vasena y su secretario de Industria y Comercio, Raúl Peyceré. Y también en la discusión más académica, en las contribuciones de Marcelo Diamand, Guido Di Tella, Aldo Ferrer, Mario Brodersohn y Adolfo Canitrot, todos los cuales se planteaban cómo hacer para que la industria generara sus propias divisas. Un valioso debate que giraba en torno a la pregunta de si el mundo de la globalización –más acotada entonces, más plena hoy– retira o brinda oportunidades. Es un interrogante que mantiene su vigencia en nuestros días. Y que ni entonces ni hoy se puede contestar con ingenuidad y sin matices.

RH: Sin duda, y ya tendremos ocasión de volver sobre esta cuestión. Por ahora, retornemos a los años sesenta: la inversión extranjera seguía su avance, liderada por la instalación de plantas automotrices, y también empujada por la promesa del autoabastecimiento de energía y la "batalla del petróleo".

PG: La economía comenzó a transformarse y eso es importante para entender por qué Frondizi creyó posible dar un salto sin red desde una base electoral a otra, de una donde predominaban los votos de clase obrera a otra donde predominaban los de clase media. En 1958 había ganado con los votos peronistas, y en 1962, luego de bajar los salarios, fue en busca de votos no peronistas. No le alcanzó para ganar las elecciones, pero sus logros no deben subestimarse. Perdió en la provincia de Buenos Aires, y sobre todo en el conurbano, pero en conjunto no le fue mal. Era osado, y tenía mucha picardía: su discurso hablaba de los grandes temas del desarrollo –la industria pesada, la energía, el petróleo–, pero muchas de las inversiones que recibió iban dirigidas a satisfacer a la clase media, sedienta de bienes de consumo durables. El ciclo de inversiones de esos años puso en el centro de la escena a la industria automotriz.

RH: Hay que recordar que las clases medias de la década de los sesenta soñaban con el automóvil. Tras la gran expansión del parque automotor de los años veinte, todavía muy concentrada en sectores altos y medios altos, se había producido un importante retroceso en la importación de vehículos, tanto en los años de la Depresión como en

los peronistas, cuando entraban con cuentagotas. Al considerar el grado de desarrollo y la amplitud de las clases medias urbanas, es claro que el país que recibió Frondizi se había quedado muy atrás en la carrera hacia el automóvil, entonces en proceso de masificación en las sociedades prósperas del Atlántico Norte. El abandono del programa antiimperialista de la Declaración de Avellaneda causó sorpresa y escozor entre los intelectuales de izquierda. La "traición de Frondizi". Pero –como Videla en 1979-1980 o Menem más tarde–, Frondizi tenía algo que ofrecerles a las clases medias: se proponía satisfacer las aspiraciones de consumo de este sector de creciente gravitación. Ahora que la cultura del automóvil ha entrado en un ocaso que parece definitivo, a las nuevas generaciones les cuesta imaginar cuán seductor fue el auto en esos años, cuántos sueños suscitó, incluso cuán central fue en la construcción de la identidad de clase media.

PG: El primer auto que tuvo mi padre, en los años de la Revolución Libertadora, un Chevrolet usado del año 1947, lo esperé dos horas en una esquina de Ramos Mejía, con el corazón latiéndome con fuerza. Esta anécdota pinta el cuadro con que se encontró Frondizi. La satisfacción de ese deseo hasta entonces muy reprimido produjo una avalancha de autos que se derramó sobre las clases medias. Fue un aluvión muy grande y también muy ineficiente: en un mercado de tamaño intermedio, se instalaron demasiadas plantas, más de veinte, cada una de las cuales fabricó un promedio de 20.000 unidades. El automóvil explica, para los años que van de 1958 a 1961, más del 90% del crecimiento industrial del período. Esos autos satisfacían aspiraciones de consumo, pero como contrapartida agravaban los problemas del sector externo. Se requerían divisas para producirlos y, una vez en la calle, consumían petróleo importado. Frondizi hablaba como si la Argentina estuviera construyendo una gran industria, pero lo que pudo edificar durante su presidencia estuvo muy orientado al consumo de la clase media. Esto prueba que Frondizi fue un político talentoso, que puso en marcha una estrategia de desarrollo que algunos de sus críticos por izquierda criticaban por estalinista, pero que apuntaba a la captura del favor político de una franja importante del electorado.

RH: Cuando se hace una encuesta sobre quién fue el político más importante del siglo XX, el nombre de Perón suele encabezar las preferencias de los argentinos. En cambio, cuando la pregunta es quién fue el principal estadista de ese período, las acciones de Frondizi suben bastante. En tu retrato del personaje, sin embargo, destacás más sus dotes como político que como estadista.

PG: Creo que, si un estadista no es un político hábil, no va a tener la posibilidad de ser un estadista. Frondizi no es el único caso. También Perón y Menem percibieron los vientos de la época y fueron astutos para procesarlos políticamente. Frondizi tenía ideas y convicciones, pero la forma en que construyó su desarrollismo no podía ser la de un Stalin que mira el largo plazo con ojo de águila. Recordemos siempre que, para usar una metáfora futbolística, los argentinos hacen marca a presión sobre sus dirigentes.

RH: Frondizi no tenía resueltos los problemas políticos de corto plazo. Tenía un horizonte más corto que el Perón de 1946 o 1952 o el Menem de 1992 o 1996, sencillamente porque no era dueño de gran parte de los votos que lo habían llevado a la presidencia. De todos modos, no me parece que su proyecto estuviera condenado al fracaso. Como tantas otras veces, por un momento la moneda giró en el aire, sin que estuviera claro de qué lado iba a caer. En esos años el juego político estaba más abierto de lo que a veces se piensa. Pese a todas las miserias implícitas en el proyecto de proscribir al peronismo y vetar su regreso al poder, la década de 1960 no fue un mero intervalo, poblado de gobiernos débiles o autoritarios, en el que el tiempo político se detuvo hasta el retorno de Perón en 1973. La idea de que no había futuro si no se le reconocía al justicialismo su condición de mayoría electoral no dominaba la mente de la época; esta creencia se fue reafirmando conforme se puso de relieve el fracaso de la Revolución Argentina. En 1958 o 1959 ya se sabía que el dominio del justicialismo sobre la organización sindical era inconmovible, y también que el caudal de votos de este signo era importante. Pero es dudoso que esa porción del electorado constituyese una mayoría tan sólida como para bloquear cualquier otro camino. Germani no era el único que pensaba en estos términos. Dos ejemplos lo sugieren. El primero es la elección de convencionales constituyentes de 1957. Solo el 24% de los electores acató la orden de Perón, que había llamado a votar en blanco. Fueron comicios muy concurridos, con muy alta participación, casi el 90% del padrón. Perón seguramente se preocupó al ver los resultados, ya que más de dos tercios del electorado se inclinó por opciones que no eran de su agrado, o que lo dejaban fuera del juego.

PG: También el resultado de las elecciones de 1962 puede entenderse en esta clave, como un indicio del debilitamiento de Perón.

RH: Sí, es mi segundo ejemplo. En esa elección crucial los

justicialistas, proscriptos hasta entonces, volvieron a participar bajo distintos nombres. A nivel nacional, los candidatos peronistas solo obtuvieron un poco más del tercio de los sufragios. Es cierto que Andrés Framini ganó en la provincia de Buenos Aires. Pero este emblema de la Resistencia apenas cosechó el 38% de los votos, 20 puntos menos de lo que solía obtener un candidato a gobernador peronista antes de 1955. Sumados, los radicales unionistas y los intransigentes estuvieron por encima, con el 45% de los sufragios.

PG: Framini sacó apenas 3 puntos más de lo que obtuvo Aníbal Fernández en 2015, considerado por todos como una elección desastrosa.

RH: Ese 38% de Framini fue demasiado para los militares, pero estaba muy lejos de constituir una mayoría electoral inconmovible. Si hubiera asumido el cargo, le hubiese tocado gobernar en minoría, con una Legislatura adversa. Las elecciones de 1957 y 1962 nos hablan de cierta erosión del apoyo al peronismo, de cierto cansancio con sus propuestas, y me parece que el principal factor que explica este movimiento es la expansión de las clases medias. Y esto fue así, en gran medida, porque la mejora del bienestar que desde 1946 estaba alcanzando a porciones crecientes de la población no se interrumpió tras la caída de Perón. Es lo que se sugiere en ese artículo tuyo con Juan José Llach que ya comentamos: "Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas". Los logros sociales del período 1946-1955 constituyen parte de una historia más larga de progreso que, además de fortalecer la organización sindical, continuó engrosando a las clases medias. Ese fue el escenario en el que Frondizi debió moverse, y el que le hizo pensar que su apuesta tenía futuro.

PG: La idea de que Perón o el peronismo indefectiblemente retornarían al poder no estaba labrada en piedra. Todo iba, con idas y vueltas, a una rutina política en la que el neoperonismo iba a moverse hacia el centro de la escena, con un Perón que gradualmente se opacaba. Fue así hasta que los jóvenes católicos, hijos de aquellos jóvenes católicos que habían contribuido a derrocarlo, le dieron la posibilidad de volver a un lugar que ya no estaba seguro de que volvería a ocupar. Perón no la desaprovechó. Pero no nos adelantemos. Frondizi falló, como en alguna medida fallan todos, y se tuvo que ir luego de perder las elecciones de 1962. Fue un derrocamiento absurdo. Pero con el estímulo a las inversiones en petróleo, en la industria automotriz, en todas las actividades asociadas de una manera u otra a la

modernización del sistema productivo, y con el comienzo de la tecnificación agraria, dejó sentado un *boom* de inversiones que nutrió a la economía argentina por una década.

RH: Otro elemento que en esos años cobró gran relevancia fue la relación entre devaluación y conflicto distributivo. Una novedad destinada a tener enorme importancia hasta nuestros días.

PG: Luego de la gran devaluación de 1959, la Argentina empezó a descubrir que tener un tipo de cambio más alto implica tener salarios reales más bajos pero que, al mismo tiempo, si queremos tener crecimiento y ofrecerles más y mejores empleos a esos mismos asalariados –que se enojan con cada devaluación de la moneda y con cada caída de los salarios reales–, es necesario tener un tipo de cambio real más alto que el que le gustaría a la sociedad. Se trata de un conflicto que no era ni es particular de la Argentina, pero es muy intenso en nuestro país. En 2016 escribimos un artículo con Martín Rapetti sobre este punto.

RH: Ese conflicto tenía –y todavía tiene– condimentos específicos por cuanto la población consumía –y, en buena medida, pese al auge de la soja, todavía consume– lo mismo que exportaba, por lo que un tipo de cambio real competitivo encarecía la canasta alimentaria y tenía un efecto socialmente regresivo, al menos en el corto plazo. Y en un país con fuertes organizaciones de trabajadores, ello siempre viene acompañado de disputa y conflicto.

PG: Aquí has tocado un punto central. La devaluación es conflictiva, pero la apertura comercial externa también, y ese sí es un rasgo específico de nuestro país. La apertura encarece los bienes exportables, pero si nos colocamos imaginariamente en Chile, el encarecimiento del cobre no perjudica a los trabajadores. En la Argentina la apertura encarece los alimentos, y eso sí es sensible. Además, los trabajadores perjudicados por el ajuste del tipo de cambio real y por la apertura comercial tienen más voz y más voto que en Brasil, o en la India, o en Egipto, para traer a colación otras experiencias desarrollistas. Y tienen más voz y más votos que en Chile, una experiencia menos desarrollista.

RH: Pese a los problemas que estamos comentando, los años sesenta fueron años de crecimiento, sobre todo desde que la inversión extranjera comenzó a dinamizar el aparato productivo. A Frondizi no

le alcanzó para darle vida a su proyecto político, pero dejó un valioso legado que, en líneas generales, todos sus sucesores aprovecharon e hicieron suyo. Tras su caída, y por más de una década, el desarrollismo no solo continuó empujando el crecimiento sino que siguió orientando la política pública y forjando el sentido común económico de amplios sectores de la población.

PG: Lo que vino después de Frondizi continuó siendo desarrollismo, dicho esto en sentido amplio. Illia anuló los contratos petroleros solo porque a los que abandonaron el tronco partidario no les podía conceder que hubiesen tomado el camino correcto. Pero si dejamos el tema petrolero a un costado, el resto de la política económica de Illia fue década del sesenta pura. También Onganía fue desarrollista, solo que vio a la democracia como una traba para realizar ese programa. El retorno de Perón tuvo algo de regreso al primer peronismo: economía más cerrada, altos salarios, consumismo, control de precios, rebaja de las tarifas públicas, tipo de cambio más bajo. Sin embargo, a grandes rasgos, la tarea económica que se fijó cada uno de ellos fue la misma que la que se había impuesto Frondizi. Eso duró hasta la crisis de 1975.

RH: No es fácil hacer una evaluación equilibrada de las dos décadas posteriores al derrocamiento de Perón. Lo que se observa en el campo político desentona con lo que puede verse en el terreno social o en el económico. La Argentina no logró alumbrar ninguna solución política estable, y saltó de crisis en crisis. Las expresiones que describen la política de esos años nos hablan de fracasos y frustraciones: proscripción del peronismo, traición de Frondizi, voto en blanco, golpes de Estado, militares que se arrogan el papel de custodios de la ciudadanía y de redactores de la ley, Estado burocrático-autoritario, Cordobazo, desafección hacia las instituciones democráticas y, finalmente, sueños revolucionarios y descenso hacia la violencia. En contraste, las otras dos facetas que recién mencioné muestran un panorama más amable. No fue el país latinoamericano que más creció pero sí fue, quizás, el que más se transformó al calor de las fuerzas de cambio que, en esos años de prosperidad, estaban redefiniendo el perfil social de las naciones del Atlántico Norte. Podemos describirlo así: incremento de la gravitación sociocultural de las clases medias, aumento de la matrícula secundaria y universitaria y, asociado a esto, ampliación del universo de ideas y experiencias, desarrollo de las industrias culturales y cambios en los patrones de consumo, emergencia de la juventud como actor central de la vida pública,

transformación de los roles tradicionales de género. En esa sociedad en movimiento, el sindicalismo siguió vivo. Pero el universo social cuyos intereses y aspiraciones encuadraba el poderoso gremialismo nacido en 1946 fue perdiendo gravitación, y además se volvió más heterogéneo. El trabajo manual y el empleo fabril retrocedieron y, al mismo tiempo, se produjo un cierto opacamiento de la cultura obrera. Y, finalmente, todo esto fue posible porque, pese a que muchos contemporáneos no lo podían ver o no terminaban de apreciarlo, la economía se estaba expandiendo a un ritmo superior al de los años treinta, el peronismo de 1946-1955 o el de 1973-1976, y por supuesto que el del Proceso.

PG: Fue una primavera económica, que dio una década de crecimiento ininterrumpido, con progreso material para amplios sectores. Mirando cómo evoluciona la distribución del ingreso, se observa un escenario social de relativa bonanza. ¿Hubo dificultades e ineficiencias? Por supuesto, pero no vale la pena detenerse mucho en este punto porque, cuando una economía toma un sendero, lo que más importa es si avanza, más allá de una reactivación de corto plazo. ¿Podría haber sido mejor? Sí, pero eso es secundario, porque en general las cosas funcionaban. El campo estaba reviviendo gracias a la mecanización y a innovaciones biológicas y agronómicas, y aumentaba su capacidad exportadora. También creció una industria más capital-intensiva, y lo hizo de una manera poco regresiva en términos distributivos.

RH: Todo esto que señalás es indudable pero me gustaría que evaluemos la otra cara de la moneda. El crecimiento económico no fue un fenómeno local y, contrastado con otras experiencias nacionales dentro y fuera de América Latina, lo de la Argentina estuvo lejos de ser descollante. Para muchos hombres y mujeres de la época incluso fue decepcionante. La economía mundial se expandió mucho en esos años; el entorno nos empujó hacia arriba. Frente a un panorama que en Europa a veces se describe como el de los "treinta años gloriosos", frente al Brasil que se industrializaba a paso redoblado, el progreso argentino fue bastante más acotado, más breve, menos rutilante. Apenas una década...

PG: Esto último que decís generó preocupaciones y escepticismo entre los militares y la clase política, lo que sin duda constituyó un factor que agravó la crisis política. La visión más escéptica a la que hacés referencia está muy impregnada por el formidable empuje de Brasil, que ya venía de antes, pero

que los argentinos recién descubrimos entonces. "¿Cómo puede ser que nosotros nos estemos quedando atrás de Brasil? No podemos admitirlo", dijeron muchos. Pero es una comparación sesgada. Tan notable fue lo de Brasil que, entre 1930 y 1980, fue el segundo país de mayor crecimiento del planeta. Si dejamos este caso de lado, vemos que en la década de 1960 la Argentina avanzó a la par del mundo, que estaba en plena expansión. Ya hemos hablado en otro momento de las dificultades del país para crecer a igual ritmo que otros países latinoamericanos en el mundo que fue cobrando forma a partir de 1930, el de la sustitución de importaciones; nunca iba a ser Brasil, pero tampoco México o Colombia. Es por ello que, después de largos años durante los cuales la Argentina había crecido muy por debajo del promedio de América Latina u Occidente, esta convergencia me parece un logro al que hay que prestarle atención. El corrimiento de la restricción externa que supuso la inversión extranjera y la moderada reanimación exportadora fueron importantes, como también las decisiones de política económica de los distintos gobiernos de ese período, que ayudaron. En síntesis, tuvimos una *performance* económica digna, que podemos calificar como muy buena respecto de las dos décadas previas, aunque empañada en la comparación internacional por la vecindad con el caso estrella.

RH: Medirse con Brasil en las décadas centrales del siglo XX es poner la vara muy alta. Brasil llegó a crecer a una tasa superior al 10% anual durante un quinquenio: no por casualidad se hablaba del milagro brasileño. Es, para volver a un ejemplo que pusimos antes, como compararse con Australia o los Estados Unidos en el siglo XIX.

PG: Sí. Y agrego que nuestros vecinos brasileños terminaron mal, y nosotros también. Desde la década de 1970 nos fue muy mal a ambos.

RH: En el próximo encuentro tenemos que hablar de este período plagado de frustraciones.

7. Del Proceso a Alfonsín: crisis y estancamiento

"El agotamiento de la sustitución de importaciones no hizo lugar a un patrón de desarrollo alternativo en el que las exportaciones pudieran sostener el consumo y las inversiones. No estoy hablando de tigres asiáticos, cuyo crecimiento esté liderado por las exportaciones, sino de exportaciones como lubricante del mercado interno. De hecho, no tenemos un patrón de desarrollo sino movimientos espasmódicos muy guiados por los movimientos de capitales. Y no tenemos un patrón de desarrollo porque consolidar su arquitectura es socialmente costoso en los momentos iniciales".

Roy Hora: Si nos situamos a fines de la década de 1960 y volvemos la vista hacia atrás, la trayectoria histórica argentina se nos presenta con más luces que sombras. Es, en líneas generales, la historia de una nación exitosa. Las grandes promesas surgidas con la euforia del Centenario no se habían hecho realidad, y tras la Gran Depresión el país fue perdiendo la capacidad de acortar distancias con el selecto club de las naciones verdaderamente ricas. Pero sus progresos eran palpables y nadie dudaba de que era, por lejos, el país más desarrollado de América Latina. Era el más alfabetizado y el de mayor esperanza de vida, el que tenía los salarios más altos y las tasas de desempleo más bajas, en fin, el que más lejos había llegado en la tarea de incorporar a las mayorías a los beneficios de la vida moderna, urbana, de consumo. Algunos de sus conflictos expresaban hondas divisiones políticas. Otros, en cambio, eran el producto de una sociedad dinámica y vibrante que, como otras tantas en el mundo desarrollado, estaba procesando los cambios sociales típicos de las décadas de prosperidad de posguerra. Si las calles estaban dominadas por la protesta de la juventud secundaria y universitaria era porque tenía una clase media de un tamaño inimaginable en Brasil, Colombia o México. Si había conflictos laborales era porque contaba con una organización sindical poderosa. La economía había crecido a lo largo de la década del sesenta y, aun cuando no faltaban problemas, también había confianza en la capacidad de superarlos. Los argentinos de comienzos de los años setenta no podían imaginar que, en breve, el país entraría en un período de retroceso económico e involución social muy prolongado, del que todavía hoy no hemos logrado escapar. Este último medio siglo representa un cambio cualitativo respecto de lo anterior. Es difícil encontrar ejemplos de naciones que hayan retrocedido tanto. La Argentina ya no brilla ni siquiera en América Latina. Conversemos, entonces, sobre qué factores llevaron a nuestro país a encerrarse en el laberinto.

Pablo Gerchunoff: Desde la década de 1970, algo se perdió, y ya no fue posible recuperarlo. Algunos de mis amigos sostienen que el retroceso respecto de los años sesenta fue el resultado de decisiones equivocadas. Varios de ellos incluso adoptan una visión conspirativa. Ven un complot contra algo que funcionaba bien. Esto lo escucho de boca de gente que era adulta en esos años y que, por entonces, creía lo contrario: que la Argentina no funcionaba nada bien. Lo primero que hay que destacar cuando se ingresa en los años setenta, y de allí en adelante, es la revalorización de los años sesenta.

RH: Antes de avanzar, te pido que justifiques las razones que, desde tu punto de vista, hacen de ese momento el verdadero parteaguas de nuestra historia económica. Digo esto porque hay quienes piensan que el rumbo se perdió mucho antes, en 1930 o en 1945.

PG: Es muy frecuente encontrarnos con interpretaciones que sitúan el comienzo de la decadencia argentina (¿decadencia?, ¿no es una palabra analíticamente elusiva?) alrededor de 1914 o alrededor de 1930, interpretaciones focalizadas en cuestiones económicas –el agotamiento de la frontera agrícola, la quiebra del comercio internacional– o en cuestiones institucionales –el golpe de Estado de 1930 y su convalidación por parte de la Corte Suprema de Justicia–. Yo no las comparto. El agotamiento de la frontera agrícola tenía que llegar en algún momento, la quiebra del comercio afectó a muchos países, los golpes de Estado abundaron en América Latina y no parecen haber afectado negativamente el desempeño económico de muchas naciones del continente. Creo que lo que ocurrió, digamos, entre 1928 y 1974, los años de la industrialización protegida en todas sus variantes, cabe en una palabra: convergencia. Después del *boom* agrario argentino y la diversificación productiva que ese *boom* generó, era casi una certeza que la mayoría de sus vecinos crecieran más, que sus manufacturas o algunas otras actividades se expandieran a un ritmo que cerrara gradualmente la brecha abierta en las décadas anteriores. No se sostiene eternamente un palacete en barrio humilde. La convergencia no ocurrió a un ritmo dramático. Durante esos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, el PBI per cápita argentino creció al 1,5% anual y el resto de América del Sur al 1,8%. La volatilidad del crecimiento fue más baja en la Argentina. La historia posterior, la que transcurrió entre 1974 y la actualidad, sin un patrón de crecimiento orientador, ya no cabe en la palabra convergencia, ya no puede ser narrada en los mismos términos. El PBI per cápita argentino creció al 0,6%, mientras que el resto de América del Sur mantuvo, con diferencias nacionales importantes, su 1,8% anterior.

Esto es, el ritmo de crecimiento argentino fue un tercio del de América del Sur, la volatilidad fue tres veces y media –indicador de crisis idiosincráticas– y aparecieron síntomas de desincorporación social.

RH: Para entender esta inflexión hay que tomar distancia de las explicaciones simplistas, más animadas por el deseo de repartir culpas que por el de comprender. Por ejemplo, de las explicaciones que cargan las tintas contra el ascenso del populismo, al que acusan de crear un Estado demasiado grande, que distorsionó el funcionamiento del mercado. La centralidad del Estado en la vida económica es un legado del peronismo. Pero ello no constituyó un obstáculo para la expansión de la década de 1960. Esa expansión desmiente la idea de que todo fue retroceso desde 1945. Del mismo modo, también hay que alejarse de las versiones que sugieren que nuestra expulsión del paraíso –si es que a la Argentina de esas décadas de posguerra se la puede llamar un paraíso– fue producto de una derrota nacional-popular, simbolizada por el golpe de marzo de 1976 y la instauración de un plan económico desindustrializador. Espejo invertido de la impugnación al peronismo, quienes adoptan este punto de vista suelen tener una imagen romantizada de la era de la sustitución de importaciones, cuyo fin describen como el producto de una conjura de viejas oligarquías e intereses antinacionales.

PG: Cuando comencé a estudiar de manera sistemática los sesenta me di cuenta de que había factores externos e internos que ayudan a explicar este quiebre, y que nos permiten entender el largo ciclo de dificultades que desde entonces enfrenta la economía argentina.

RH: Con esta guía en mente, veamos primero el gran panorama y luego las experiencias específicas que se fueron sucediendo a lo largo de este último medio siglo. Arranquemos, entonces, considerando los rasgos generales de esta etapa de declinación que, dicho sea de paso, comprende administraciones de todos los colores de nuestro arco político: militares, radicales, peronistas, macristas.

PG: Creo que la etapa que comienza a mediados de los años setenta y se extiende hasta nuestros días puede caracterizarse, de modo estilizado, a partir de la idea de *stop and go* ampliado. Me explico. Un primer tema a considerar es el fin del régimen monetario de Bretton Woods. Este régimen fijaba el tipo de cambio del dólar contra el oro. Bretton Woods murió el 14

y 15 de agosto de 1971 cuando, luego de una gigantesca especulación contra el dólar, Nixon abandonó el patrón oro y devaluó la moneda estadounidense. Fue el fin de la época de los tipos de cambio fijos y el comienzo de un largo período de inestabilidad cambiaria que nos acompaña hasta el presente, en todo el mundo. Este cambio está vinculado de distintas maneras con la expansión del mercado financiero que comenzó por esos años. Lo que hoy llamamos globalización financiera nació entonces. De allí la idea de *stop and go* ampliado. Se trata del viejo ciclo del *stop and go* pero en el que la fase expansiva del ciclo se extiende en el tiempo gracias al financiamiento externo. La condición necesaria para que ello ocurra es algo que no existía hasta entonces: la apertura de la cuenta capital a los movimientos financieros y la confianza de los inversores que ingresan fondos. Y la contrapartida es que, si el ingreso de capitales no genera capacidad de repago en dólares –en otras palabras, si no genera exportaciones suficientes ni está combinado con una tasa de ahorro en inversión creciente–, la confianza desaparecerá y se detendrán los flujos que hasta ese momento se veían como benéficos. Es lo que Guillermo Calvo, un brillante economista argentino radicado en los Estados Unidos, ha llamado *sudden stop*. De todas maneras, cuidémonos de ver esta novedad como algo mecánico. No necesariamente un país tiene que endeudarse por el solo hecho de que haya oferta de financiamiento. Un amigo, Daniel Heymann, suele decir que el hecho de que exista una empresa de agua corriente a la que estamos conectados no nos obliga a abrir la canilla. Yo diría, adelantándome un poco, que desde 1978 en adelante hemos abierto la canilla cada vez que estuvimos conectados, hasta que nos cortaron el agua. A los cortes de agua los llamamos crisis de deuda.

RH: Un fenómeno de enormes consecuencias en un país como el nuestro, en el que desde la década de 1980 ya nadie ignora la existencia de algo que se llama Fondo Monetario Internacional. Pero volviendo a esos años en que situabas la inflexión, otro hito –quizá menos relevante que el comienzo de la globalización financiera pero de todos modos digno de mención– fue el alza de los precios del petróleo a partir de 1973. Lo señalo porque supuso una dificultad adicional para un país que requería energía importada para mover su parque automotor y para proveer a los hogares. Y, sobre todo, para hacer funcionar sus empresas manufactureras, el eslabón más endeble de su cadena productiva. El acuerdo con la Standard Oil de 1955 y los contratos petroleros de 1958 nos recuerdan cuánto sufrieron la falta de energía Perón y Frondizi. Pero menos que los que vinieron después de que la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) pasara a la ofensiva y elevara los precios.

PG: En efecto, en 1973 por primera vez la OPEP hizo uso de su poder de mercado y puso los precios de la energía en un nuevo umbral. De ahí en adelante, el capitalismo occidental ya no pudo funcionar sobre la base de energía barata. El petróleo fue uno de los cimientos del crecimiento de los sesenta, en el mundo y en la Argentina también. Como los países de la OPEP eran economías de enclave, no hicieron desarrollismo, o no tanto como hubieran deseado, sino que depositaron gran parte de sus excedentes en bancos de Londres, Alemania y Estados Unidos, contribuyendo a la liquidez del sistema financiero internacional. A esto hay que sumarle que, en nuestro país, el impulso desarrollista en su versión mercadointernista ya había dado lo mejor de sí. A comienzos de los setenta, la industria manufacturera, esa que vimos crecer con dificultades desde la década del treinta, alcanzó un techo. No es casual que esos años de 1974 y 1975 hayan sido los de menor coeficiente de apertura de nuestra historia. Costos más elevados para una estructura productiva a la que le resultaba difícil procesarlos, menor dinamismo, menor crecimiento. Y más conflicto distributivo.

RH: Y esto nos devuelve a otro de los rasgos singulares de nuestro país, que ya señalamos varias veces: la imposibilidad de erigir el régimen económico a espaldas de las mayorías. Una de las formas a través de las cuales se expresa este fenómeno, de las más perdurables, es el poder sindical, que una y otra vez puso coto al retroceso de los salarios. Pese a que el período inaugurado en la década de 1970 estuvo animado por una tendencia a la desincorporación social, visible en el crecimiento del empleo informal y luego, del desempleo, el poder sindical siguió vivo, con gran beneficio para los salarios de los trabajadores organizados.

PG: Desde el peronismo, la capacidad de los sindicatos para defender el salario real fue una de las formas que adoptó ese viejo tema nuestro, al que ya nos referimos varias veces: la presión social sobre una estructura productiva que no puede satisfacer las demandas de la población. Conviene volver a traerlo en este punto porque, desde hace mucho tiempo, nuestro país sufre la ausencia de un acuerdo sobre el significado de las palabras "normalidad distributiva". Entre nosotros no existe una noción colectivamente compartida de normalidad distributiva. Disputas entre capital y trabajo hay en cualquier lugar del mundo, pero disputas como las nuestras no hay en muchos países. Algo parecido hubo en el Chile de Alessandri y Allende, pero la dictadura de Pinochet logró cambiarlo, entre otras cosas porque la industria era más frágil. El régimen de Pinochet pudo barrerla, y le entregó a la democracia una sociedad muy jerárquica y, si lo

queremos poner en el extremo, doblegada ante las nuevas reglas de juego.

RH: La comparación con Chile en este punto es buena porque, pese a que el Proceso logró acumular mucho poder, la historia fue muy distinta de este lado de los Andes. La dictadura argentina chocó contra restricciones que Pinochet no conoció. No logró someter a la organización gremial, como tampoco lo había logrado antes la de Onganía. Solo la acalló por un tiempo. Alfonsín se encontró con un movimiento obrero que, pese a las heridas que le infligió la dictadura, se mantenía de pie. Como en muchos otros países industrializados o semiindustrializados de Occidente y América Latina, al calor del cambio productivo, los trabajadores industriales fueron perdiendo importancia relativa en el último cuarto del siglo XX. Pero la organización sindical resistió, desplazando su centro de gravedad desde la actividad manufacturera hacia los gremios de servicios (transporte, banca, estatales). Ya no tenemos un Augusto Vandor o un Lorenzo Miguel, pero contamos con figuras como Hugo Moyano. Adaptándose a los nuevos tiempos y a una Argentina más pobre y fracturada, el sindicalismo sobrevivió a la era de las reformas neoliberales y conserva mucho de su poder de fuego. Una minoría intensa.

PG: Es por eso que en las últimas décadas siempre resultó imposible bajar los salarios por la vía deflacionaria –incluso hoy en día es imposible–, por lo que el ajuste, cuando se vuelve inevitable, siempre termina haciéndose por la vía inflacionaria. Desde 1975, el régimen inflacionario argentino se explica de ese modo. Pero la novedad que estamos trayendo en esta conversación de hoy es que, desde la globalización financiera, ha habido para gobiernos democráticos pero, quiero destacarlo, también para la dictadura una alternativa que permitió sostener un tipo de cambio bajo y salarios reales altos al menos por algún tiempo: el recurso al endeudamiento externo, naturalmente en un contexto que despertase la confianza de los prestamistas. Lo hemos visto con Videla, con Menem y durante los dos primeros años de Macri. Si no ocurrió en otros momentos fue porque la canilla se cerró y nos vimos obligados a pagar la deuda que se había contraído. Por un tiempo, el ingreso de dólares apacigua el conflicto distributivo y reduce la inflación, pero llegado cierto punto la deuda se vuelve insostenible y la confianza desaparece. Dadas las características del mundo aspiracional de los sectores populares y de clase media, una y otra vez los gobernantes no pudieron resistir la tentación del endeudamiento en los mercados de capitales para sostener cierto nivel de vida. Esa es la gran

dificultad de cualquier política de desarrollo que piense en términos de competitividad. En nuestro país, el término “tipo de cambio real alto y estable” es, o ha sido hasta ahora, una contradicción en los términos. Subrayemos este punto. Quienes definen el tipo de cambio alto como la llave del desarrollo deberían explicar cómo se hace para mantenerlo estable.

RH: Un tipo de cambio alto solo puede alcanzarse como resultado de una crisis externa. Pero tiende a moverse a la baja apenas esas circunstancias quedan atrás y las demandas de los trabajadores retoman su marcha.

PG: En las últimas décadas, el tipo de cambio real se mantuvo elevado por lapsos muy breves: pasó en 1989, volvió a pasar en 2001, y ahora se repite en el comienzo de la presidencia de Fernández. Más tarde o más temprano, se retorna a un tipo de cambio bajo, que asegura salarios altos medidos en dólares. Así, el tipo de cambio predominante fue bajo, dirigido a satisfacer la demanda de consumo, y a establecer un contacto empático con ese amplio arco de clases populares y clases medias tan central en nuestra vida pública. Por lo tanto, cuando los gobiernos buscaron atraer movimientos de capitales no es porque estuviesen perfilando un plan de desarrollo, sino que recurrían al ingreso de capitales de corto plazo porque esos dólares funcionaban, por un tiempo, como una tabla de salvación para los programas de estabilización antiinflacionaria o como instrumentos para asegurar un nivel de salarios reales elevado. Desde 1974, esa es nuestra historia: el agotamiento de la sustitución de importaciones no hizo lugar a un patrón de desarrollo alternativo en el que las exportaciones pudieran sostener el consumo y las inversiones. No estoy hablando de tigres asiáticos, cuyo crecimiento esté liderado por las exportaciones, sino de exportaciones como lubricante del mercado interno. De hecho, no tenemos un patrón de desarrollo sino movimientos espasmódicos muy guiados por los movimientos de capitales. Y no tenemos un patrón de desarrollo porque consolidar su arquitectura es socialmente costoso en los momentos iniciales. Se comprende. Si la deuda es un buen anestésico, ¿por qué no la vamos a usar? El problema es que las crisis de deuda empeoran estructuralmente las condiciones de vida de aquellos a los que queríamos beneficiar, al tiempo que incorporan un actor nuevo a la puja distributiva: el acreedor externo. Ese actor no existía antes. Fue una novedad de los años ochenta, y para volver a encontrarlo en nuestra historia tenemos que remontarnos a la crisis de 1890.

RH: Estás describiendo una economía que se mueve en círculos y que,

cada tanto, cae al abismo. Se recupera relativamente rápido pero, en la medida en que no logra fortalecer su perfil exportador ni disminuir su dependencia del financiamiento externo, una y otra vez vuelve a ingresar en una zona de turbulencia. La velocidad de ese movimiento es variable, determinada por factores como la oferta de financiamiento, los términos del intercambio, los avatares del ciclo político. Pero el ciclo económico suele terminar con una gran crisis. Tras una fase de expansión, viene un derrumbe más violento y profundo que las contracciones de los tradicionales ciclos que atravesamos entre las décadas de 1930 y 1970.

PG: Exactamente. En los ciclos de *stop and go* que conocimos regularmente desde el año 1938, llegado cierto punto el desequilibrio en la balanza comercial obligaba a devaluar y, luego de una recesión, recomenzaba el ciclo de expansión. Pero con acceso a financiamiento externo el momento de ajuste pudo demorarse, aunque a costa de incrementar los desequilibrios. En este ciclo expandido, entonces, el ajuste se vuelve mucho más violento que en el viejo e inocente *stop and go*. La “tablita” de 1978 inauguró eso: el tipo de cambio fijo estimuló el ingreso de capitales, lo que moderó la inflación y elevó progresivamente los salarios reales en dólares, sobre todo de las clases medias, hasta que en un momento determinado estalló la crisis que pagó Alfonsín. No hay nada de modernizador en este recurso desesperado al ingreso de capitales de corto plazo en un contexto de bajo ahorro. Pero cada vez que se establece un circuito de “confianza-entrada de capitales de corto plazo” se lo denomina, inmoderadamente, “modernización”.

RH: En este último medio siglo, la inversión extranjera ha hecho una magra contribución al fortalecimiento y expansión del sistema productivo. Se observan algunos procesos de transformación cuando los dólares y las nuevas tecnologías fluyen hacia la Argentina –lo sucedido en el agro pampeano en la década de 1990 es quizás el ejemplo más valioso, aunque hay otros en la agricultura regional, la minería, la manufactura, la banca–, pero en conjunto ese efecto ha sido insuficiente para promover el crecimiento de los sectores con potencial exportador o para aumentar la capacidad de sustituir importaciones en la industria y los servicios. Por razones comprensibles, esa inversión no tiene un horizonte de largo plazo. Inversiones golondrina, levantan vuelo en bandada apenas el horizonte se oscurece. La etapa de salida de capitales se parece al paso de un huracán. Además de contracción productiva, esta fase recesiva ha producido mucho daño social: su legado se observa en los saltos en

el nivel de pobreza e informalidad.

PG: Quiero insistir en esto. Uno de los grandes problemas de la Argentina nacida tras el estallido de 1975 es que, cada tanto, tiene una enorme confusión acerca del significado de la palabra “modernización”, porque toma la entrada de capitales de corto plazo como un signo de confianza de largo plazo. Esto nos ha acompañado hasta la crisis de 2018-2019, durante la gestión de Macri. Si uno aleja el foco y mira la historia desde 1974 hasta nuestros días advierte que, tanto durante el Proceso como durante la Convertibilidad y el primer macrismo, hubo financiamiento externo de corto plazo, pero muy poca inversión extranjera directa, y cuando hubo inversión extranjera directa se canalizó hacia sectores que no generaban dólares. Tres experiencias de crisis similares en apenas cuatro décadas. Y no tuvimos una cuarta porque el cristinismo pudo ahorrársela gracias a la bonanza de los términos del intercambio. No hay tantos países que tengan este ciclo tan violento y tan recurrente. La gran pregunta es si hay alguna manera de salir de este encierro. Pero dejemos las posibles respuestas para más adelante.

PG: La retomaremos cuando hablemos de la presidencia de Macri y de su legado. Lo cierto es que la globalización financiera de las últimas cuatro décadas le ha dado a la Argentina mucho menos de lo que le ofreció en tiempos de Roca y Pellegrini, cuando permitió armar un sistema de transporte y financiar la construcción del Estado, o en la década de 1920, cuando sirvió para modernizar la industria manufacturera, o incluso en los años de Frondizi, cuando el capital norteamericano desembarcó en la industria automotriz y en el sector energético. Desde Mitre, y por casi un siglo, el capital extranjero fue un símbolo palpable del progreso. No podemos decir lo mismo para nuestro tiempo. No sorprende que muchos argentinos, a la vez que disfrutan los placeres que ofrece la globalización, miren su funcionamiento efectivo con mucho temor. Nos ha cobrado un precio muy alto por sus servicios. Tememos sus caprichos.

PG: Porque la gran novedad es el predominio de capitales especulativos, de corto plazo. Los capitales golondrina aprecian la moneda y expanden el consumo, y dan una sensación de bienestar. Pero en un contexto de debilidad exportadora y de agotamiento de la sustitución de importaciones, que no nos permite ahorrar dólares, el ingreso de capitales genera procesos de endeudamiento insostenibles. En algún momento los mercados advierten que esos capitales no podrán repagarse. Llegado ese punto, los especuladores financieros internacionales revierten el movimiento de los

capitales, lo que a mediano plazo a su vez frena la inversión extranjera directa. Esto lleva a una depreciación real violenta, a una caída del nivel de actividad, que genera una recesión muy profunda y, vía la devaluación, una caída de los salarios reales. La baja de los salarios devuelve al país a un tipo de cambio real más competitivo, pero nos aleja de la constelación de precios que satisface la condición de justicia social.

RH: Es un escenario favorable para el retorno del crecimiento, pero solo mientras los salarios se mantienen bajos, o los términos de intercambio resultan favorables. Estas condiciones no se mantienen en el mediano plazo.

PG: Nos aleja de lo que en un trabajo que hice hace poco con Martín Rapetti y Pablo de León, "La paradoja populista", llamamos "tipo de cambio real de equilibrio social". Desde 1978 a la actualidad, cada gobierno ha gestionado el conflicto entre el tipo de cambio real que nos da competitividad y el tipo de cambio que da justicia social como pudo. Pero de una manera o de otra el resultado es inestable. Es otra cara de la ausencia de consenso sobre normalidad distributiva. Y la ausencia de ese consenso nos aleja a su vez del nuevo patrón de desarrollo. Me gustaría poner el acento sobre este punto. No es que desde 1974 no haya habido momentos de dinamismo exportador. Los hubo, pero bajo condiciones excepcionales e irrepetibles. Entre 1976 y 1978, por la represión salarial; durante el menemismo, por la apertura comercial externa; durante el kirchnerismo, por los precios extraordinarios. Lo que no ha habido es un ritmo regular de incremento de las exportaciones que fuera independiente de eventos extraordinarios. El término "excepcionalidad" es la clave. Observemos que la tasa de crecimiento anual de las exportaciones entre 1974 y 2011 –lo que vino después es otra historia– fue casi tan alta como la de 1880-1928, pero, como acabamos de ver, respondiendo a factores que no se podían sostener y no se pudieron sostener. No puedo llamar a eso patrón de desarrollo. Una ilustración de eso es que entre 1880 y 1928 la tasa de crecimiento del PBI per cápita fue del 2% anual, mientras que entre 1974 y 2011 fue del 0,9% anual. Poniéndolo en términos comparativos, el crecimiento de 1880-1928 probablemente haya sido el tercero del mundo, mientras que el de 1974-2011 estuvo en el último tercio entre ciento cincuenta países. La moraleja es que puede haber exportaciones en aumento por algún tiempo, pero sin que se esté fundando un patrón de crecimiento.

RH: El crecimiento de las exportaciones a partir de los años sesenta es una buena noticia. Pero también hay que señalar que esa expansión

partió de una base muy baja, producto de un estancamiento de las ventas externas que se prolongó por treinta años. Y en la comparación internacional, la Argentina del último medio siglo se destaca por el modesto ritmo de expansión de sus exportaciones, aun si dejamos de lado la desaceleración de esta última década. Quiero, de todos modos, dirigir la atención hacia el impacto social de este movimiento de expansión y recesión que estás describiendo. Las grandes crisis de la era exportadora causaban daño; pero al cabo de un tiempo, retornaba el crecimiento. Del mismo modo, los ciclos de expansión y contracción de la etapa de la sustitución de importaciones eran compatibles con el progreso económico y social. Eran oscilaciones dentro de un movimiento tal vez mediocre pero ascendente. Los más recientes, en cambio, provocan grandes recesiones y también generan lesiones sociales graves y profundas. Con cada crisis, el país no solo ve dañada su estructura productiva, sino que deteriora su capital humano y retrocede varios peldaños en el camino del desarrollo. El indicador más elocuente de este descenso es el incremento del porcentaje de la población bajo la línea de la pobreza.

PG: En efecto, es un ciclo asimétrico; esto es, la fase de bonanza no permite recuperar las condiciones de la bonanza anterior. En los dos campos que me parecen más relevantes, la moneda y la pobreza, el deterioro es acumulativo e irreversible. En cada depreciación de la moneda se observa un desplazamiento de los ahorristas hacia el dólar, una menor confianza en el peso como instrumento de ahorro. Cada crisis trae una escala de dolarización mayor, y la mayor dolarización le agrega un ingrediente de enorme complejidad a la reflexión sobre el nuevo patrón de desarrollo; no es un movimiento monótono, pero nunca se logra retornar al punto anterior. Y el segundo es que las cifras de pobreza tienen un movimiento oscilante pero ascendente. Es una tragedia que, además, tiene un costo fiscal que ha ocupado finalmente el centro de la escena, porque si no se crea empleo formal que remunere por encima de la línea de pobreza aumentará la necesidad de asistencia social y aumentarán las presiones para brindarles cobertura previsional a aquellos que por el propio estancamiento no alcanzan un mínimo de años de aportes. Los argentinos discutimos muchas cosas hasta la irritación, pero casi unánimemente coincidimos, desde 2001, en no dejar a la gente a la intemperie.

RH: En cada nueva crisis la pobreza alcanza un techo más alto y en cada recuperación retrocede un poco, pero para estabilizarse en un piso más alto. El mismo patrón se observa en el empleo formal o en el

empleo de calidad. De allí que, a contramano de lo que sucede en casi toda América Latina, donde hasta la pandemia del covid-19 se veían logros considerables en el combate contra la pobreza, los argentinos no hemos podido reducirla. La expansión de programas sociales como la Asignación Universal por Hijo, valiosos por muchas razones, es la expresión más elocuente de este deterioro. Cada vez dependemos más de ellos para asegurar un mínimo de bienestar a muchos argentinos. Son a la vez un motivo de orgullo y un testimonio de nuestros fracasos.

PG: Para el kirchnerismo fue un éxito volver al 25% de pobreza, pero era inimaginable pensar ese número como un éxito en 1975 o en 1990. Tenemos niveles crecientes de pobreza e informalidad. Y las dos cosas vienen juntas porque el nuevo ciclo es asimétrico. En estas circunstancias, mi mirada sobre el conflicto entre competitividad y justicia social, entre tipo de cambio real de equilibrio macroeconómico y tipo de cambio real de equilibrio social, se extiende al plano fiscal. Desde 2002 tenemos políticas compensatorias, dirigidas primero a atender la pobreza y luego a proteger a la ancianidad. Las transferencias a los mayores han crecido mucho desde entonces. Tras varias décadas de alta informalidad en el mercado de trabajo, muchos trabajadores ya no pueden jubilarse bajo las condiciones del art. 14 bis. Y los derechos sociales están presentes no solo en la letra de la Constitución sino en la práctica social. Atender a los trabajadores pasivos, a los jubilados, a los ancianos sin cobertura previsional empezó a ser muy demandante de recursos fiscales a medida que fuimos acumulando generaciones que no pudieron acceder a una jubilación.

RH: Alta informalidad laboral y alto gasto previsional presionan sobre las finanzas públicas e, indirectamente, sobre el sistema productivo. La Argentina está entre los países que más porcentaje de su presupuesto destina a previsión social. Pocos contribuyentes, muchos demandantes de transferencias, altos impuestos, problemas de productividad: un círculo vicioso.

PG: Desde el kirchnerismo, el crecimiento del gasto público está explicado, predominantemente, por la atención a los pobres y el aumento del gasto previsional. En este sentido, la cuestión fiscal es endógena a lo que estoy describiendo: movimientos de capitales que entran y salen, y dejan esa huella por el problema de la asimetría, que no puede ser atendida sino fiscalmente. En mi visión, el problema central es la competitividad, pero esa es una afirmación analítica que merece matices. En lo que vine diciendo puse el énfasis en el conflicto distributivo y en la natural resistencia de los

salarios nominales a reducirse en dólares cuando se han vuelto demasiado altos para exportar. Me gustaría agregar ahora que ese conflicto distributivo se canaliza también –y crecientemente– por la vía fiscal. Quiero decir que los desequilibrios fiscales sistemáticos pueden ser anticompetitivos y que un aumento del gasto público como el que vimos entre 2007 y 2014 también puede bloquear las exportaciones y el crecimiento. De hecho, eso es lo que ocurre.

RH: Cuando Juan Álvarez publicó *Las guerras civiles argentinas* en 1914, un libro del que ya hablamos, veía el conflicto federal como un conflicto del pasado, que había sido sacado del cuadro por el ascenso de los conflictos de clase. A fines de la década de 1930, en *El dolor argentino*, Alfredo Palacios tuvo que ir al interior profundo, a lugares como Catamarca o La Rioja, para descubrir un escenario de pobreza estructural. Durante muchas décadas vimos esa pobreza como una rémora del pasado, destinada a desaparecer gracias a la expansión del polo moderno de la economía. Ya no es así. Cambió esa dinámica y también esa topografía. Desde hace algunas décadas, para tener una experiencia como la de Palacios no hace falta más que alejarse 25 kilómetros de la Plaza de Mayo. Este cambio en la geografía de la pobreza obliga a replantear la cuestión federal.

PG: Para Perón, el conflicto federal era un tema totalmente secundario. Reapareció como problema en 1988, con la Ley de Coparticipación acordada entre Alfonsín y Cafiero. Ahora, la principal provincia demandante es Buenos Aires, porque la pobreza está localizada en las periferias urbanas. El 55% de la pobreza urbana se concentra en el Gran Buenos Aires, y si agregamos el Gran Córdoba, el Gran Rosario, el Gran Santa Fe y el Gran La Plata, ese porcentaje llega al 75%. Los campos de refugiados sociales están al borde de las grandes ciudades y principalmente en la ciudad de Buenos Aires. Es lo que ha convertido a la provincia de Buenos Aires en el principal demandante de fondos del nuevo conflicto federal. Esto no tiene nada que ver con el conflicto federal tal como lo conocimos en el siglo XIX. Roca y los dirigentes de su época no podrían comprender el fenómeno actual. Las migraciones internas desde los años treinta y la larga crisis de la industria mercadointernista que había albergado a esos migrantes transformaron el conflicto federal en un apéndice del conflicto social. Las nuevas provincias de la Patagonia, esas cuya existencia institucional Roca se negó a convalidar, son hoy las más ricas en términos de PBI per cápita, y algunas del norte, como Catamarca o Jujuy, se las están arreglando bastante bien con la nueva minería. El mapa ha cambiado por completo. Si no fuera por la

tragedia que suponen esos campamentos de refugiados sociales, sería una delicia analítica para historiadores.

RH: Nos confirman que la historia argentina ya no puede ser narrada como una historia de integración progresiva, donde frenos y retrocesos afectaban el ritmo y la intensidad pero no la dirección de este proceso. Esa fue nuestra historia hasta la década de 1970. Hoy estamos ante otro panorama. En el interior sigue habiendo un mundo de la pobreza arraigado desde tiempos inmemoriales, hoy muy visible sobre todo en las provincias del noreste. Chaco, Formosa y Corrientes tienen el dudoso honor de estar cerca o en el tope de la lista, cualquiera sea el indicador elegido para medirla. Pero la magnitud del problema de ese interior desheredado palidece frente a lo que se ve en las periferias de las grandes ciudades de la región pampeana, y sobre todo en el conurbano bonaerense. Aunque se hace escuchar por su capacidad para protestar en la calle y en la ruta –por su escala y envergadura, un fenómeno muy original, inexistente en otros países de América Latina, que se nutre de las tradiciones de organización popular que recorren nuestra historia–, este mundo de la pobreza está políticamente subrepresentado. No interpela a un sindicalismo que expresa a los sectores más privilegiados del universo laboral. Y el raquitismo de nuestras administraciones municipales y la marginación de la provincia de Buenos Aires en el reparto de fondos federales tampoco ayudan a orientar los recursos públicos hacia los distritos y los actores que más los necesitan.

PG: Para sintetizar, me coloco frente al período que arranca en 1974 y digo: estamos ante un problema complejo, un conflicto de tres caras. Conflictos acerca de la justicia social y la competitividad, conflictos en cuanto a la dinámica del gasto público para atender las cuestiones de pobreza y ancianidad, y nuevo conflicto federal producto de la nueva geografía de la pobreza. Este es el esquema con que abordo estas décadas y es, a mi juicio, la explicación de lo que tenemos ante nuestros ojos: una sociedad y una economía bloqueadas. Es tan complicado ese bloqueo que cada tanto nos asalta la tentación de convocar a un Alejandro Magno que corte de un tajo el nudo gordiano. Me conocés. Sabés que les tengo miedo a las soluciones a la Alejandro. Cuando a la noche suenan los truenos y se ven los relámpagos pienso que no es la aprobación de Zeus sino el signo de su ira. Pero quizá no hay que hacerme caso. Soy muy temeroso.

RH: Veamos, entonces, las primeras tres experiencias de política

económica de este ciclo que se prolonga hasta nuestros días. Comencemos con la del retorno peronista de 1973-1976, la primera de esas experiencias que terminó de mal modo. Breve pero tormentosa, quedó en parte opacada por los violentos conflictos políticos desatados en el seno del peronismo, que abrieron el camino para el golpe de Estado de marzo de 1976. Solo la gravedad de las calamidades que vinieron más tarde puede hacer que algunos recuerden ese trienio con nostalgia.

PG: El tercer gobierno de Perón se apoyó sobre la convicción de que los términos de intercambio excepcionales de 1973 podían sostenerse en el tiempo. Pero fueron más extraordinarios y efímeros que los de 1946-1948. A un año de asumir Perón, la economía ya estaba en dificultades. El gasto agregado, público y privado, aumentó muy rápido, pero los términos del intercambio cayeron por la decisión de la OPEP a la que ya hemos hecho referencia. Tras la muerte del general, al gobierno se le hizo muy difícil disciplinar a los sindicatos. Presionada por sus bases, la dirigencia gremial no se mostró dispuesta a moderar sus reclamos salariales. De allí que, con Celestino Rodrigo, el ajuste vino de la manera más grosera, más “alejandrina”, con un fuerte incremento tarifario y cambiario. Esto dio la señal de largada para una escalada en la puja distributiva. Los sindicatos desoyeron los pedidos de moderación del gobierno de Isabel Perón, reclamaron nuevos aumentos de salarios y en pocos días esterilizaron el ajuste.

RH: ¿Qué es lo que hace relevante a ese gobierno frustrado para entender problemas de más largo plazo? Ya hemos apuntado dos de sus novedades. Por una parte, en esos años la apuesta por la sustitución de importaciones dejó de pagar dividendos e inició su curva descendente. Esto solo se vio más tarde. El otro elemento, en cambio, no se le podía escapar a ningún contemporáneo. Fue el fogonazo inflacionario de 1975, que llevó el aumento de precios por encima del 500% anual. De allí en adelante, la muy alta inflación se volvió un problema crónico. Se convirtió en un rasgo de la “normalidad” argentina. Solo el recurso extraordinario a un sistema de tipo de cambio fijo, en la década de 1990, pudo frenarla. Pero regresó de la mano del gobierno kirchnerista.

PG: La dinámica que entonces se instaló colocó a la Argentina un par de peldaños más arriba en el régimen inflacionario. Dejamos atrás la inflación de Frondizi y de los años sesenta para ubicarnos en un nuevo umbral, bien

por encima del 100% anual. Sabemos que nuestro país tiene una inflación crónica desde el primer peronismo, pero en 1975 saltamos a un régimen de alta inflación que recién cedió, de manera temporaria, con la Convertibilidad.

RH: Entonces llegó una dictadura que, desde el punto de vista político, fue muy distinta a las de 1930, 1955 o 1966. Su proyecto represivo pretendió disciplinar y castigar a esa porción de la sociedad, y en particular a la juventud radicalizada de clase media, que había promovido o celebrado la violencia insurreccional. La "guerra contra la subversión" fue el cemento que unió al cuerpo de oficiales, y a este con los gobernantes del Proceso, y lo que le dio amplios apoyos sociales. En otros temas, como la política económica, las distintas tribus que pugnaban en el seno del régimen militar carecían de cohesión, e incluso de una visión compartida sobre la naturaleza de los problemas o los objetivos por alcanzar. De ahí que, más allá de su vocación por el orden, y su convicción de que había que imponerlo a cualquier costo, es difícil establecer una conexión directa y coherente entre su proyecto político y su programa económico. En este plano, el Proceso fue menos refundacional de lo que a sus generales les gustaba proclamar.

PG: La dictadura representó en términos económicos una coalición entre el neoliberalismo encarnado en Martínez de Hoz, un hombre que venía de la democracia cristiana –pero en la dimensión económica de la vieja siderurgia–, y un nacionalismo desarrollista de raíz militar. La coalición no fue fácil, pero en todo caso al comienzo se hizo tangible en un punto: los salarios reales podían caer, pero el empleo no. Eso fue lo que la primera Junta Militar le pidió al ministro de Economía. Y más tarde se hizo visible en otros dos puntos: inversión en infraestructura a gran escala y un nuevo régimen de promoción industrial que, contra la visión convencional y yo diría que dominante, vedaba el acceso del capital extranjero. De ese régimen surgieron los "capitanes de la industria" en actividades con un tono evocativo del desarrollismo: siderurgia, petroquímica, aluminio. No hubo en los siete años de régimen militar una pretensión de reforma del Estado, no importa lo que ese término quiera decir. No se privatizaron más que algunos servicios de limpieza. Tampoco hubo al comienzo una tentativa radical de abrir comercialmente la economía. En ese aspecto también se actuó moderadamente, hasta 1979. Las palabras que describen cabalmente al régimen son las que usaron Adolfo Canitrot y Guillermo O'Donnell: fue un ensayo de disciplina social. Pasados los primeros dos años, podemos usar

también la palabra “fracaso”. La dictadura fue abandonando cualquier arquitectura económica que sus líderes tuvieran en mente (si es que la tuvieron), hostigados y derrotados por un animal nuevo y desconocido: esa inflación alta, de magnitud pavorosa y además persistente, que había nacido en 1975 y a la que no pudieron vencer. Exploraron todos los caminos macroeconómicos y apuraron la apertura comercial como un intento de disciplinar también al empresariado industrial al que antes se había querido favorecer.

RH: Idas y vueltas, cambios de rumbo. Logros insignificantes, mucho menores que los de otras experiencias latinoamericanas de signo autoritario de esos mismos años.

PG: Quiero detenerme un instante en este punto, y en todo caso enlazarlo con ese otro fracaso menos estentóreo que fue la dictadura de Onganía. Eso no ocurrió en otros países de la región. A la dictadura brasileña de los años sesenta se la asocia a un milagro económico, lo que explica la centralidad militar en el gobierno de Jair Bolsonaro. Augusto Pinochet, después de varios traspiés, le entregó a la democracia chilena una economía ordenada y en crecimiento. Algo parecido ocurrió con el experimento autoritario de Alberto Fujimori, aunque con más dificultades. La idea de que para modernizar la economía había que suspender la democracia no resultó tan exótica en la región. De algún modo, eso parece decir que mi temor al tajo de Alejandro quizá sea un poco “provinciano”.

RH: Tal vez no tanto, porque lo que nos revela el fracaso de nuestra dictadura es que las estructuras sociales de esos países y el grado de organización de sus principales actores sociales eran muy distintos de los que imperaban acá. Eso que designás como provincianismo puede verse como un señalamiento de la singularidad argentina. Pese a todos los recursos de poder que estaban en condiciones de movilizar, Videla y Martínez de Hoz chocaron con una sociedad muy estructurada, muy resiliente, nada fácil de transformar. Pudieron contra el desafío juvenil, pero no les fue tan fácil contra los trabajadores. Pero me gustaría verlo desde otro ángulo, referido ya no tanto a los recursos de poder que el gobierno militar tenía a su disposición, sino a su visión sobre cómo solucionar los problemas económicos. Y acá aparece, en primer lugar, la cuestión de la alta inflación, esa que nació muy poco antes de que los militares llegaran al poder. En este campo, el Proceso no tuvo eficacia alguna. Los precios siguieron subiendo, y en 1977 ya estaban por encima del 150% anual. Probaron con distintas recetas,

pero no lograron nada sólido. Y recordemos que esta no era una cuestión menor: los resultados que alcanzaran en el combate contra esa inflación desbocada y persistente iban a ser juzgados como el principal indicador del éxito de su programa económico. ¿Hubo un problema de percepción? ¿Fue falta de pericia?

PG: La inflación con la que se encontró el equipo de Martínez de Hoz era un espécimen nuevo. Nadie sabía exactamente cómo se peleaba contra un régimen de inflación tan alto, que era una novedad en el país, nacida en 1975. ¿Por qué no probaron con una política de ingresos como finalmente había hecho Krieger Vasena con razonable eficacia? Porque la política de ingresos en su versión peronista era lo que acababa de fracasar y, por lo tanto, había quedado fuera del menú de opciones. Esta experiencia desacreditada no la querían repetir. La dictadura quería tirar a la basura todo aquello que podía resonar a peronismo y a Gelbard. Apenas se atrevieron a una tregua de precios de ciento veinte días que se agotaba, por definición, en el día ciento veintiuno.

RH: La dictadura no logró poner en marcha un programa de privatizaciones. No se desprendió de empresas públicas, ni hizo nada perdurable en el terreno de la reforma del Estado. A la luz de sus resultados, su denuncia del corporatismo y el estatismo fue pura retórica. Hubo más gasto militar y menos gasto social pero, en conjunto, las erogaciones del Estado no disminuyeron. Tanto es así que el tamaño del sector público creció en esos años, tanto en comparación con la experiencia peronista de 1973-1976 como en relación con el producto bruto. Martínez de Hoz y su equipo quisieron bajar el gasto, pero no lograron convencer a los jefes militares. Además de la resistencia al cambio que impera en toda organización, que siempre cuenta, otras dos razones ayudan a explicar sus dificultades para reducir el tamaño del Estado: en algunos casos, se entienden por su temor a aumentar la tasa de desempleo, que podía traer descontento y conflicto social; en otros, porque en muchos aspectos su visión de la economía no era tan distinta a la que todavía dominaba entre los civiles, y tenía poco de neoliberal. En este plano, el verdadero cambio, el cambio cualitativo, tuvo que esperar a la llegada de Menem. Pero ¿qué hay de la apertura? Es cierto que no fue significativa en los primeros dos años. Pero lo que sucedió desde 1978 fue de una escala nunca antes vista.

PG: Si no hubiera sido por la apreciación del tipo de cambio, sería difícil

distinguirla de lo que algunos años antes habían propuesto Roque Carranza o Raúl Peyceré. Es decir, un proyecto de apertura gradual, que apuntaba a una reforma moderada, en continuidad con un diagnóstico que no era original. Solo cuando se convencieron de que el plan antiinflacionario no daba resultados redoblaron la apuesta, bajando aranceles y eliminando proteccionismo. Convirtieron la apertura en una equivocada herramienta antiinflacionaria. Su idea era ponerle un techo a la formación de precios de los empresarios para que ellos, a su turno, pusieran un límite al movimiento de salarios. En síntesis, discrepo con aquellos que creen que la dictadura vino a cambiar la faz del país y hacer una nación para un tercio de la población. Me parece que la política económica de Martínez de Hoz se explica mejor por la presión silenciosa de la sociedad y por la búsqueda de popularidad de los propios militares. Y ello al punto de que, cuando encontraron una pócima para volverse más o menos populares, se enamoraron de ella.

RH: El acceso a financiamiento, la ilusión de fijar el tipo de cambio financiándolo con ingreso de capitales, para de ese modo inducir, en un país ya por entonces en avanzado estado de dolarización, una baja de las expectativas inflacionarias y, por ende, una baja de la inflación.

PG: Esa "pócima maravillosa" fue –en línea con la estilización de los últimos cuarenta y cinco años que hace un rato intenté– la apertura financiera y el ingreso de capitales de corto plazo atraídos por un régimen cambiario muy promisorio en términos de rentabilidad. La inflación bajó un poco, pero el atraso cambiario fue mucho. Los salarios en dólares subieron y los militares se sintieron, por un rato, queridos. La tentación de andar por ese sendero se repetiría de allí en adelante, pero esa fue la primera vez en el siglo XX. Como la inflación bajaba poco, combinaron la apertura financiera con una aceleración de la apertura comercial. Los bienes importados modernos y baratos y el turismo internacional barato atrajeron a las clases medias, hasta entonces vírgenes de esa experiencia. Cuando yo era niño quedé atraído por la goma de mascar Bazooka y por los jeans Levi's, la inocente apertura de la Revolución Libertadora. Pero esto fue mucho más… y mucho más fue el déficit externo que se generó.

RH: Mucho más, sin duda. Recuerdo la fascinación que nos produjo a los que entrábamos a la adolescencia en esos años el acceso a bienes de consumo importado que pertenecían a un umbral tecnológico y de diseño superior. El viaje a Europa o los Estados Unidos, por primera vez habituales en las clases medias altas, o el más modesto a las playas

de Brasil para presupuestos más acotados, reforzaron ese encanto. Fue un cambio muy abrupto en los patrones de consumo, hecho posible por un tipo de cambio muy atrasado, pero sin relación alguna con transformaciones en el plano productivo. No podía mantenerse por mucho tiempo.

PG: Esa es la clave. La única virtud que le concedo al *boom* de capitales de 1978-1980 es que fue corto. La crisis de 2001 fue mucho más violenta que la que comenzó en 1982 porque fue el producto de una promesa más creíble –en parte porque vino acompañada por reformas–, que hizo más prolongado y por tanto más profundo el ingreso de capitales. Era muy obvio que lo de 1978-1980 no podía durar porque el flujo de capitales no estaba asociado a ningún proceso de modernización. Del lado del incremento de la productividad no había nada que pudiese repagar ese endeudamiento. No duró mucho. Ya en 1980, cuando la tasa de interés subió en los Estados Unidos, el movimiento de capitales comenzó a revertirse. Los bancos comenzaron a caer y los ahorristas, a retirar sus fondos sin ninguna pérdida, gracias al seguro de cambio que les ofrecía la tablita. Pero la recesión fue muy profunda.

RH: Claro, la economía tuvo un fuerte derrumbe en 1981 y 1982, con una contracción del producto de más del 7%. Tras esa abrupta caída, la mayor desde Frondizi, la dictadura ya no tenía mucho futuro. Solo pudo pensar en soluciones mágicas pero a la vez sangrientas, como la aventura de Malvinas que, en un país encandilado por la idea nacionalista, por un momento la rodearon de una enorme popularidad. Pero fue una jugada muy arriesgada, que por fortuna terminó mal para ellos. Y ese fracaso en una causa nacional tan hondamente sentida agrandó la brecha entre dictadura y sociedad que Alfonsín supo explotar para proponer un nuevo horizonte político. Pero antes de avanzar, noto que tu actitud hacia la política económica de la dictadura es menos empática, menos comprensiva, que hacia las otras experiencias que repasamos. Cuando hablás de los responsables de la política económica del Proceso –nuestro descenso a los infiernos, nuestra renuncia a la idea de sociedad civilizada–, advierto que te cuesta ponerte en sus zapatos. Al momento de juzgar su competencia y su capacidad de comprender el escenario, tus juicios y tus calificativos son mayormente negativos. Dejaste de lado la empatía.

PG: Es así como decís, y no logro desprenderme de esta mirada despectiva hacia la dictadura. Cada tanto me lo pregunto… Tengo un amigo muy

querido que fue funcionario de la dictadura, Luis García Martínez. Fue jefe de Gabinete de asesores de Martínez de Hoz. Es un observador sutil y sagaz. Tenía un diagnóstico muy al estilo "conflicto distributivo" de la inflación, y estaba en minoría en el Gabinete. Yo lo conocí tras el fin de la dictadura, cuando ya no estaba en el gobierno. En los años de Alfonsín fue asesor de AdeBA, la asociación de bancos y, por esa razón, venía al ministerio con frecuencia. Cuando hablamos, me obliga a retomar mi aproximación de siempre. Su argumento –que cada tanto compro y después abandono– es que la inflación con la que les tocó lidiar era una cosa rarísima, un bicho que no conocíamos. Martínez de Hoz fracasó porque enfrentaba problemas nuevos, que no alcanzó a comprender. Luis habla muy mal de Martínez de Hoz y de buena parte del equipo que lo rodeaba.

RH: ¿De su incapacidad para comprender la complejidad de los problemas que tenían que resolver?

PG: Sí. García Martínez también había estado con Krieger Vasena, y enfatiza el contraste entre los dos ministros. Según cuenta, Krieger llegaba a las 9 de la mañana y se iba a las 5 de la tarde. Ese tiempo le bastaba para hacer su trabajo. Era un hombre seguro. Su escritorio estaba vacío de papeles; los expedientes y las carpetas los tenían sus colaboradores. En cambio, Martínez de Hoz acumulaba papeles por todas partes. Tenía tantos que se le caían del escritorio, y no sabía bien dónde estaba un trámite y dónde el otro. Tampoco tenía claro a cuál de sus asesores hacerle caso. Más que el conductor de un equipo económico, era un hombre irresoluto y confundido. Esto me hace creer que lo del Proceso fue una cadena de incompetencias.

RH: Cuando Martínez de Hoz llegó al ministerio, la idea de que la inercia inflacionaria debía ser tenida en cuenta, y que para enfrentarla hacían falta herramientas no ortodoxas, no era un razonamiento totalmente desconocido.

PG: Ya mencioné que, poco después de asumir, Martínez de Hoz hizo un control de precios de ciento veinte días. Tan poco creyó en él que no hubo nada preparado para el día ciento veintiuno, no previó la salida del congelamiento. Con ese nivel de imprevisión, las cosas no pueden salir bien. Me pongo muy distante quizá porque tengo un límite, como aquel que me señaló una vez Lucas Llach cuando empezamos a escribir *El ciclo de la ilusión y el desencanto* y yo insistía mucho con esto del tono empático e indulgente. Un día Lucas me preguntó: "¿Y con Hitler qué hacemos?". Es *la* pregunta

para esta mirada. La mirada empática e indulgente también tiene sus límites. Parecido a Benedetto Croce y Mussolini.

RH: Vamos al legado económico de la dictadura. El elemento más negativo, más dañino, fue la deuda. Dejó un escenario de insolvencia estructural, un pasivo impagable.

PG: Hubo otros legados en otros terrenos pero, hablando de economía, el gran legado fue que la democracia tuvo que subirse al tren en una estación horrible, en un momento muy difícil. La imagen que me sirve para dar una idea de la dimensión del problema es que los servicios de la deuda eran mayores que las reparaciones de guerra que le fijó el Tratado de Versalles a Alemania tras la Primera Guerra Mundial. Era una deuda impagable que afectó a toda América Latina, pero que el mundo no reconocía como tal. Los acreedores lo describían como un problema de liquidez cuando en realidad era de insolvencia. He leído algunas cartas del presidente Ronald Reagan a Alfonsín y me encontré con un par en las que Reagan le dice: "Los comprendemos, es un esfuerzo grande. Pero adelante, los vamos a ayudar". Como se sabe, no hubo nada concreto.

RH: No le dieron mucho a la naciente democracia. El alivio, muy parcial, solo vino al final del mandato de Alfonsín, en 1989, con la quita que proponía el Plan Brady. Hasta entonces fue una pesadilla. ¿Por qué, entonces, si la situación era tan difícil, no tuvieron éxito las iniciativas para darle un trato político al problema de la deuda? La idea del club de deudores estaba dando vueltas cuando Alfonsín llegó al gobierno. ¿Se discutía esto en el Ministerio de Economía?

PG: El contraste con experiencias de renegociación más recientes nos ayuda a entender las dificultades que entonces enfrentó Alfonsín. ¿Por qué, a diferencia de Kirchner en 2005, Alfonsín no pudo renegociar los términos del endeudamiento con la banca privada? Porque el mercado de capitales era muy distinto del que conocemos hoy. La democracia enfrentó la resistencia del gobierno de los Estados Unidos a abrir cualquier tipo de negociación. El default de 2002 –o cualquier default posterior– estuvo dirigido contra pequeños ahorristas, jubilados de Wichita o de Roma. La deuda de 1983, en cambio, estaba en manos de los grandes bancos. Eso significa que Alfonsín trataba con acreedores que tenían línea directa con Reagan, que podían levantar el teléfono y hablar con el presidente de los Estados Unidos. Los pequeños ahorristas de Wichita no pueden coordinarse,

pero los bancos sí, y con qué fuerza. Además, boicotearon la formación de un club de deudores. Hablaban con el gobierno de Brasil y le decían: "¿Tienen un problema? Los vamos a ayudar, pero sin club de deudores". Le refinanciaban al que se ponía un poco díscolo, al que no podía pagar, y entonces los gobiernos, comprensiblemente, dejaban el camino del potencial club de deudores. Eso sucedió con todos los gobiernos latinoamericanos. Alfonsín gobernó en moratoria permanente, pagando ya no el capital sino los intereses de la deuda. Pero incluso esto era muy difícil y a veces esos pagos se atrasaban y terminaba aumentando la deuda, capitalizándola.

RH: Con esa presión estructural para obtener superávit fiscal, la democracia pronto resintió su relación con la ciudadanía. Vivió tensionada entre las promesas de 1983 y su capacidad de honrarlas. Había ofrecido bienestar y, en el mejor de los casos, solo pudo devolver estrechez y austeridad. De allí al fracaso electoral, que se hizo realidad ya en las elecciones de 1987, no había más que un paso. Esto antes de que terminara en la hiperinflación y su resultado, la entrega anticipada del mando.

PG: Para complicar aún más las cosas en el punto de partida, hubo una zancadilla de último momento de la dictadura. Unos días antes de que Alfonsín asumiera, Héctor Villaveirán, el ministro de Trabajo de Bignone, concedió un aumento de salarios muy significativo, que puso en una encerrona al gobierno que estaba a las puertas de la Casa Rosada. En caso de que Alfonsín hubiera tenido algún margen de maniobra, Villaveirán se lo liquidó. Y arrastró una cruz durante todo su mandato.

RH: Villaveirán era un peronista de toda la vida, con vínculos fluidos en la dirigencia sindical. Era el tipo de personaje que tornaba verosímil la denuncia del "pacto militar-sindical" que Alfonsín agitó en la campaña, con el objetivo de mostrarse como la verdadera alternativa a ese régimen desprestigiado. Esa retórica le sirvió para llegar a la Casa Rosada, pero no le aportaba nada valioso para resolver sus problemas.

PG: El gobierno estuvo todo el tiempo a la búsqueda de financiamiento, en un contexto en el que –como en la Alemania de 1923– la presión a pagar depreciaba la moneda y empujaba la inflación. Al comienzo, además, el ministro Bernardo Grinspun no vio la necesidad de un plan de estabilización. Por el contrario, subió los salarios en medio de una inflación

creciente, y creo que eso lo hizo, entre algunos radicales y por algún tiempo, más popular que su reemplazante, Juan Sourrouille. Pero Grinspun lo hizo a la manera de 1975, y por ello la mejora de las remuneraciones en poco tiempo no fue más que una ilusión estadística, porque no se logra mucho incrementando los salarios si la inflación es del 500% o el 600% anual. Eso duró desde diciembre de 1983 hasta febrero de 1985. Entonces, con mucho dolor, Alfonsín despidió a la vieja guardia, y vino Sourrouille.

RH: Ya hemos mencionado los condicionantes externos con los que tuvo que lidiar el gobierno de Alfonsín. Son el factor determinante de su fracaso. En otro tramo de la charla te referiste a la presión adicional sobre las finanzas públicas que supuso la ambición de Alfonsín de permanecer en el poder. No hemos ponderado, todavía, qué papel jugó la oposición. Desde el comienzo, el peronismo adoptó una actitud poco colaborativa, que solo cambió a fines de 1987, cuando Cafiero creyó que tenía abierto el camino a la presidencia y apostó a una transición colaborativa y ordenada. El sindicalismo, en cambio, fue un opositor más sistemático.

PG: Una anécdota maravillosa, que una vez me contó Sourrouille, resume bien el problema que el sindicalismo le planteaba al gobierno. Sourrouille estaba dialogando con Saúl Ubaldini, el principal dirigente sindical de ese tiempo, explicándole las dificultades enormes en el frente externo, la caída de los términos de intercambio, etc. Y entonces le dijo: “¿No se da cuenta, Saúl, de que si en este contexto aumentamos los salarios nominales van a caer los salarios reales, porque va a aumentar la inflación?”. Y Ubaldini le contestó: “¿Y usted no se da cuenta, ministro, de que yo, frente a mi gente, obtengo una victoria si subo los salarios nominales, y si sube la inflación es una derrota suya?”. Esta anécdota pone al descubierto el nudo de una historia sobre las fuentes del poder sindical, que sin duda tuvo mucho que ver con las dificultades que enfrentó el primer gobierno de la democracia. Alfonsín tomó decisiones que, si bien entendibles, le trajeron dificultades: la entrada de un sector del sindicalismo al gobierno con Carlos Alderete, el relajamiento de la disciplina fiscal como consecuencia de la tentación de prolongar la estadía en el poder. Sin embargo, a esta altura tengo la sensación de que, aun si no hubiera tomado esos caminos, poco habría cambiado. Encerrado entre un sindicalismo más fuerte que el actual y los bancos norteamericanos, que además contaban con todo el apoyo del gobierno estadounidense, era muy difícil que saliera airoso. De modo que, para recordarlo a Alfonsín, mejor recordémoslo por lo que hizo en el plano político, porque lo que estamos contando es una historia triste.

8. De Menem a Kirchner

"Después de la bonanza inicial, tanto Néstor como Cristina se identificaron con una visión nostálgica y mítica sobre el funcionamiento de la economía. Menem tenía una visión que combinaba neoliberalismo y populismo, pero el kirchnerismo tenía los ojos en la nuca: tendieron a ver el pasado como futuro. Su utopía estaba atrás: al principio, en el mundo pre-1976, con lo cual revalorizaban los sesenta de un modo asombroso, muy probablemente sin tener una noción muy clara de lo que esos años habían significado; más tarde, en el mundo del peronismo clásico, el de 1946-1955. Aquel primer peronismo puede ser criticado desde muchos ángulos, pero tuvo sentido en los años cuarenta, un sentido que se había perdido en el siglo XXI y que solo podría recobrarse en parte con una quiebra de la globalización comercial y financiera".

Roy Hora: En la charla anterior conversamos sobre la etapa en la que el progreso de nuestro país se detuvo: en los años setenta la economía se estancó; en los ochenta, retrocedió. Hacia 1970 nuestro ingreso per cápita era la mitad del de los Estados Unidos; dos décadas más tarde era de apenas un tercio. Nos empobrecimos, tanto en términos relativos como absolutos. Y desde entonces seguimos cuesta abajo: antes de la pandemia la esperanza de vida ya era más alta en Chile y Colombia que en la Argentina. Veamos, en esta charla, de qué maneras intentamos salir de ese pozo. Agotado el impulso de la sustitución de importaciones, el país probó con dos recetas. Durante las presidencias de Menem apostó por la reforma del Estado y la apertura de la economía. Tras la profunda recesión del cambio de siglo, el país volvió sobre sus pasos y tomó el sendero contrario: los gobiernos Kirchner pretendieron reparar el daño social que dejó la crisis de 1998-2002 revirtiendo la orientación promercado y agrandando el Estado y, al cabo de un tiempo, cerrando la economía. Dos estrategias y, a la luz de sus resultados, también dos nuevas frustraciones.

Pablo Gerchunoff: Dijiste dos estrategias y dos nuevas frustraciones. Hay un par de elementos que me gustaría destacar. En primer lugar, un elemento político; salvo por el fugaz gobierno de la Alianza, entre 1989 y 2015 la escena estuvo dominada por dos peronismos irreconciliables pero persistentes: un peronismo de mercado, neoliberal dicen algunos (aunque a mí me resulta un término excesivo), y un peronismo nacional y popular, que pareció, después de un tiempo, un intento de retornar a las fuentes del 45, aunque con ingredientes actualizados en la dimensión cultural. Me refiero al menemismo y el kirchnerismo, primos hermanos desavenidos. El kirchnerismo ha estado muy visible y activo en los últimos tiempos; el menemismo, en mi opinión, quedó latente pero no desapareció, entre otras cosas porque el mundo de la globalización comercial y financiera, aunque con tropiezos que son muy anteriores a la pandemia, sigue vivo. Recordé esto cuando Macri convocó a Miguel Ángel Pichetto a la candidatura

vicepresidencial, en 2019. Escuchando sus primeras intervenciones públicas me dije: regresó el menemismo, con su fresco desparpajo procapitalista.

RH: Una experiencia política que dominó la Casa Rosada durante una década no iba a extinguirse de la noche a la mañana (del mismo modo que, durante la presidencia de Menem, el peronismo de perfil más clásico se mantuvo agazapado o en hibernación, esperando su oportunidad). La crisis de 2001-2002 la debilitó, pero en los comicios de 2003 todavía persistía como la opción más votada, elegida por uno de cada cuatro electores. ¿Y el segundo elemento?

PG: El segundo elemento se vincula con nuestra charla anterior. Menemismo y kirchnerismo también fracasaron en la empresa de fundar un nuevo patrón de crecimiento en el que una dinámica exportadora robusta sostuviera el consumo y la inversión sobre un sendero de menor volatilidad que el que efectivamente se observó. Ambos formaron parte de la larga saga sobre la que hemos conversado. Y, sin embargo, hubo períodos de crecimiento veloz de las exportaciones tanto durante el menemismo como durante el kirchnerismo. Podríamos decir que, en ese aspecto, menemismo y kirchnerismo tuvieron sus breves "edades de oro", como casi todos los gobiernos que conocimos. Recordemos que entre 1974 y 2011 el crecimiento de las exportaciones fue casi tan alto como el de 1880-1928. El 44% de ese crecimiento se explica por lo ocurrido entre 1992 y 1998 –la edad de oro de Menem– y el 25% por lo ocurrido entre 2003 y 2007… ¿la edad de oro del kirchnerismo? En todo caso, el kirchnerismo mejora aún más su desempeño si tomamos en consideración no solo el volumen sino los excepcionales términos del intercambio de los años iniciales.

RH: La recuperación del agro exportador luego del largo período de estancamiento que comenzó en los años treinta y se prolongó hasta los sesenta. Tras ese largo parate, las ventas externas volvieron a crecer. Pero no fue suficiente. ¿Cómo desembocamos entonces en la palabra fracaso?

PG: Si menemismo y kirchnerismo son dos versiones del peronismo, algo deben tener en común, algo profundo e intenso que expresa una pulsión de la sociedad y derrama y tiñe a otras experiencias políticas. Lo que tienen en común, desde el punto de vista de la política económica, es el tipo de cambio bajo, el bajo ahorro y el alto consumo, el "triángulo de lo popular", al menos en el corto plazo (que probablemente sea el único que importa si

analizamos la economía política y nos apartamos de una dimensión normativa). Tanto menemismo como kirchnerismo tardaron un poco en llegar a ese estado políticamente confortable del tipo de cambio bajo porque pasaron por turbulencias iniciales propias o porque heredaron turbulencias ajenas que los mantuvieron por un tiempo en una zona distinta, pero finalmente se instalaron en el “triángulo de lo popular”. Uno lo hizo en medio de un programa de reformas de mercado y de apertura económica; el otro en medio de una reversión nacional y popular de ese programa. Eso, en una mirada larga, quizá sea secundario, porque lo cierto es que ambos terminaron en desequilibrios externos insostenibles que cada uno financió a su manera. En otras palabras, dos experimentos de nuestra historia de declinación y de extraordinarias turbulencias desde los setenta hasta hoy.

RH: Similitudes no siempre percibidas pero inevitables si recordamos que ambas experiencias se desarrollaron en el seno de una fuerza política que depende, en primer lugar, de apoyos en la base de la pirámide social. Situemos ahora la mirada en el contexto y el corto plazo, que nos ayudan a diferenciar ambos fenómenos. Arranquemos analizando el momento en que se produjo el giro hacia el mercado, en la presidencia de Carlos Menem. Por lo que venimos conversando, tras una década y media sin crecimiento, la idea de que era necesario avanzar en la desregulación de la economía y la reforma del Estado estaba en el aire, ganaba consenso. Antes de que Menem alcanzara la presidencia, el ahogo financiero y el descontrol macroeconómico presionaban en esa dirección. Lo que hay que explicar, por ende, no es tanto el vuelco de Menem hacia el mercado sino su estrategia para empujarlo, caracterizada por su profundidad e intensidad. Es decir, por qué el primer presidente justicialista de la democracia decidió entregarse por entero al capitalismo de mercado, negando mucho de lo que la historia de su partido había significado en términos de modelo de desarrollo y política económica. Fue mucho más que el Perón de 1954. Y esto nos lleva, en línea con lo que has escrito con Juan Carlos Torre en un artículo sobre el tema, a situar al personaje en su contexto: nuestro gran reformador promercado era un hombre de pasado dudoso, un populista de una provincia pobre, dependiente del presupuesto nacional. No tenía los mejores antecedentes para asumir el gobierno en circunstancias de tanta debilidad, cuando requería la anuencia de los dueños del capital. Su foja de servicios era un baldón para el exigente tribunal de capitalistas e inversores que le tomaba examen. De allí su necesidad de sobreactuar su conversión al credo de la libertad de mercado, su adhesión al capitalismo globalizado y su alianza con los Estados Unidos.

PG: A fines de los años noventa di una charla en Barcelona sobre Menem. Alguien del público me dijo después que mi narrativa les hacía acordar en muchos aspectos a Felipe González, el socialista español que, al comienzo de su gobierno, en 1982, también tuvo que sobreactuar su celo reformista para seducir a los mercados y para seducir a Europa. Con Menem ese giro fue tal vez más descarnado, casi al borde de la caricatura, porque le tocó desenvolverse en el nuevo mundo surgido tras la caída del Muro y el derrumbe del socialismo real, por un lado, y la victoria del capitalismo globalizado, por el otro. Y en 1989 había un tercer elemento importante: el Consenso de Washington, una biblia reformista que, si la leemos hoy, encontraremos más interesante de lo que estuvimos por largo tiempo dispuestos a aceptar. Todo ello le dejaba a Menem poco margen. Obligado a labrarse una mejor reputación con la que tranquilizar a los mercados, fue un alumno sobregirado, el mejor alumno quizá, de ese recetario que promovía más apertura y más libertad económica, con el beneplácito del gobierno de los Estados Unidos. Menem tenía esa guía en mente en estado embrionario y esquemático desde la campaña electoral, cuando ya pensaba en términos muy distintos a los que proclamaba en su discurso electoral. Pero esa guía no le hacía olvidar que tenía que satisfacer a dos públicos: a los mercados y a la sociedad argentina, sobre todo a su base electoral. Era un juego de malabarista que recién le salió bien cuando se encontró con el programa de estabilización, la Convertibilidad.

RH: En la campaña electoral de 1989 fue Eduardo Angeloz quien ocupó el lugar de candidato del mercado, enfrentando el estatismo impenitente del riojano. Menem apeló una y otra vez a los componentes emocionales, la retórica y la estética de nuestra tradición populista. Eso, sumado al enorme descrédito que rodeaba la gestión económica de Alfonsín, lo ayudó a ganar las elecciones de mayo de ese año. Pero apenas asumió, dos meses más tarde, quiso dejar bien en claro que ya no era el hombre que había recorrido el país prometiendo un retorno a las fuentes del peronismo. Rindió homenaje a ese emblema del antiperonismo que era el almirante Isaac Rojas, y nombró a Miguel Roig, un hombre del grupo empresario Bunge y Born, al frente del Ministerio de Economía. Y cuando Roig falleció repentinamente a los pocos días de ser designado, dobló la apuesta: lo reemplazó por Néstor Rapanelli, otro alto ejecutivo del mismo conglomerado. Había ganado las elecciones gracias a los votos peronistas, y a su manera siguió cultivando esa base de apoyo. Pero la sometió a la presión que significó el giro de 180 grados tanto en términos de alianzas políticas como de orientación económica, y al comienzo no tuvo mucho para darle.

PG: Bunge y Born no era solo un grupo empresario, sino que además era un grupo empresario tradicionalmente enemigo del peronismo. El período en el que Roig y Rapanelli estuvieron en el Ministerio de Economía suele mirarse con un ánimo puramente descalificatorio. Es cierto que fracasaron contra la inflación. Sin embargo, hubo dos iniciativas muy importantes, en línea con los nuevos aires y con el Consenso de Washington. En esos meses Menem hizo aprobar dos leyes fundamentales: la de Emergencia Económica y la de Reforma del Estado. La primera apuntaba contra la idea de capitalismo prebendario –un término que habíamos acuñado durante el gobierno de Alfonsín– ya que suspendía todos los regímenes de promoción y de subsidios (al tiempo volvieron, porque es muy difícil vivir sin eso en una economía semidesarrollada). La Ley de Reforma del Estado, por su parte, abrió el camino para la política de privatizaciones, uno de mis temas en el equipo de Sourrouille, y uno de los frustrados temas finales del gobierno de Alfonsín.

RH: El signo de ese primer año de gobierno peronista fue la confusión y el fracaso. No solo la oposición estaba desconcertada con el rumbo que había tomado el gobierno. El propio Menem vivió en zozobra permanente mientras los ejecutivos de Bunge y Born estuvieron al volante. La situación no mejoró cuando los reemplazó por su comprovinciano Antonio Erman González. En ese primer año nada parecía salirle bien.

PG: Estás hablando del fracaso estabilizador, absolutamente crucial en medio de la hiperinflación. No iba a haber gobierno si no se resolvía eso. A Menem le costó entender por qué sus iniciativas de reforma estructural no conseguían resultados. Tenía en mente una llamativa conexión entre reformas y estabilidad. “Si estoy haciendo las cosas bien, si hago lo que me piden los mercados, ¿por qué la inflación no baja?”. Es una pregunta clásica: ¿por qué, si voy por el buen camino, no obtengo resultados? Esos fracasos hicieron que reemplazara a Rapanelli por alguien más próximo a él, Erman González. Tampoco sirvió. El desequilibrio del Banco Central, la deuda en bonos, lo hicieron recaer en la hiperinflación heredada, no una sino dos veces. No tuvo paz hasta la Convertibilidad. Y todo el tiempo estuvo evitando designar a Cavallo; Menem sabía que Cavallo tenía una fórmula estabilizadora, pero sabía también que con su nombramiento se ganaba un competidor político, y temía nombrarlo. El problema es que Menem era “el rey”, pero el alquimista era Cavallo. Casi fatalmente terminarían trabajando juntos.

RH: Menem asumió el 8 de julio de 1989 y la Convertibilidad se

instauró en abril de 1991. Casi dos años de sobresaltos. La economía no solo continuaba sin arrancar, sino que estaba en riesgo de caer al precipicio. La hiperinflación seguía agazapada, amenazante.

PG: Fue un largo período de tantear en las sombras sin saber muy bien qué estaba pasando. Menem probó distintas fórmulas, siempre sin éxito. Con Rapanelli intentó una estabilización clásica, con congelamiento de precios y salarios, erosionada por un desequilibrio cuasi fiscal mayúsculo. Con Erman González el gobierno viró hacia una política monetarista muy dura. Y eso vino acompañado de una apertura de la economía abrupta y profunda, muy en el estilo de Menem: si hay que hacer gestos promercado, se van a notar, van a ser en serio. Bajó los aranceles con muy poca sofisticación, porque el gesto aperturista le importaba más que el profesionalismo con el que se implementase la medida. Recién en 1991 llegó la tecnocracia y, con ella, una corrección muy entendible en el proceso de apertura comercial. Fue Cavallo quien puso la marca distintiva de la presidencia Menem en materia económica: la Convertibilidad, acompañada inevitablemente por la apertura financiera irrestricta.

RH: Menem demoró mucho en entregar el manejo de la economía a Domingo Cavallo. Era el economista de mayor relieve de su entorno. Mientras iba de fracaso en fracaso, lo tenía haciendo gimnasia de calentamiento en la Cancillería. Llegó a Economía el 1º de marzo de 1991.

PG: Menem le tenía miedo a las ansias de poder de Cavallo y al hecho de que, junto con Cavallo, desembarcaba un equipo de tecnócratas que le iba a resultar imposible controlar. Menem era entonces una persona ávida de reputación, y se la fue a comprar a Cavallo. Domingo Cavallo es un economista brillante. Es una pena que su palabra ya no sea tenida en cuenta. El hecho de que nunca estuvo dispuesto a aceptar que le fue mal durante la gestión dramática de la Alianza, en 2001, hace las cosas muy complicadas para que su opinión sea tenida por válida. La omnipotencia, la exuberancia y la negación fueron su cruz.

RH: La suerte de Cavallo representa un ejemplo extremo de cuán devaluada suele quedar la voz de los que pasan por el Ministerio de Economía luego de 1983. Desde Sourrouille a Dujovne, muchos corrieron esa suerte. Cavallo ocupa un lugar muy prominente en este grupo de parias. Su ostracismo revela no solo cuán dramático fue el

colapso de la Convertibilidad sino también la magnitud de las expectativas que en su momento suscitó. A veces olvidamos que sus éxitos en el plano de la estabilización, pero también en el del crecimiento, le permitieron al gobierno peronista ganar tres elecciones seguidas. Sin los logros económicos de esa criatura cuya paternidad era disputada entre Menem y Cavallo, es difícil entender por qué el riojano fue el primer presidente, luego de Perón, que logró cambiar la Constitución y hacerse reelegir.

PG: Con Cavallo no llegó un liberal puro al gobierno sino alguien que desde sus épocas juveniles tenía un costado productivista. Para constatarlo basta leer su tesis doctoral. Fue, paradójicamente, uno de los primeros economistas comprometidos con las cuestiones públicas que habló del tipo de cambio real alto y estable como una de las llaves del desarrollo. Pero esto no se hizo evidente en 1991 porque Menem necesitaba gestos promercado menos ambiguos que los que podía ofrecer una política con tintes desarrollistas. Y Cavallo trabajó entonces a la Menem, cerrando la puerta y tirando la llave al mar. El Plan de Convertibilidad fue un régimen de cuasi patrón dólar, una apuesta muy arrojada, sin vuelta atrás. Pero ya desde el comienzo Cavallo y buena parte de su equipo sabían –y eso me consta– que atar el peso al dólar en algún momento les iba a dar sorpresas amargas. Cavallo tenía un mensaje para pelear contra esa sombra. Decía una y otra vez que de la Convertibilidad se saldría apreciando el peso, porque el aumento de la productividad que se activaría con la reforma económica le daría sostenibilidad al peso fuerte. El alquimista era también un exorcista.

RH: La Convertibilidad fue una jugada arriesgada, propia de una situación desesperada: un compromiso inflexible, rubricado además por ley del Congreso, que buscaba recrear la confianza en el presente aun si, por su rigidez, podía sembrar dudas sobre su sustentabilidad en el mediano o largo plazo. Pero tu evaluación de lo que hizo Cavallo, además de empática, es positiva en líneas generales. Luego de varias recaídas en la hiperinflación, no había más remedio que ponerle a la economía argentina un chaleco de fuerza. Sin embargo, trató de contrarrestar los problemas que suponía esta opción. Así, por ejemplo, ya que tenía vedado tocar el tipo de cambio o emitir moneda, se enfocó en estimular la mejora de la competitividad. Era consciente de que la Convertibilidad, más que un punto de llegada, era un punto de partida, y que su suerte estaba atada, en última instancia, a una mejora de la eficiencia de la economía. No sé cuánto le preocupaba mucho la justicia social, pero no era indiferente a los problemas del

crecimiento. Y no creía que el mercado los iba a resolver por sí solo.

PG: Cavallo estaba alerta porque no sabía si el nivel del tipo de cambio establecido en 1991 era el adecuado. Le preocupó sobremanera la inflación inercial, que le siguió erosionando el tipo de cambio real hasta comienzos de 1993. Ya en noviembre de 1992, junto con algunas medidas fiscales que imitaban una módica devaluación real sin tocar la paridad, insinuó que en el futuro el dólar podía reemplazarse por una canasta de monedas; eso generó una reacción muy agria del mercado, que lo obligó a retroceder. Las políticas desregulatorias en el mercado interno –por ejemplo, en infraestructura– estaban dirigidas a bajar los costos, a mejorar la competitividad. No le gustaba el Mercosur; hubiera preferido una asociación de libre comercio que le diera mayor flexibilidad en la política arancelaria, para no pegarse tanto a Brasil, sobre todo si existía la probabilidad –que era alta– de tener un tipo de cambio problemático. También puso un impuesto a las importaciones del 10% para frenar el desequilibrio en la balanza comercial, que se explicaba entonces por el déficit con Brasil. Finalmente, las privatizaciones que quedaron en sus manos, las del área energética, se hicieron cuidando, con bastante éxito, que las tarifas no quedaran demasiado altas en dólares y perjudicaran al resto del mundo productivo. Como te dije, una batalla desesperada para que la productividad cancelara los efectos nocivos del dólar barato.

RH: De todos modos, la Convertibilidad siempre dependió de la benevolencia de los mercados de capitales. Aun si en esos años las ventas externas crecieron más rápido que en las décadas previas, al final se comprobó que ese impulso exportador no era lo suficientemente pujante como para liberar al país de la dependencia del flujo de dólares financieros, de inversiones de corto plazo. La Convertibilidad no logró generar suficientes dólares productivos para volverse sustentable. Fue su talón de Aquiles.

PG: Desde que se inauguró en 1991 hasta que se derrumbó en diciembre de 2001, la Convertibilidad siempre dependió de la credibilidad que fue capaz de despertar en los mercados de capitales. La gran fuerza de esa constitución económica fundada en la moneda inflexible fue su capacidad para bajar la inflación hasta un nivel similar al estadounidense, y en algún momento incluso menor. Pero necesitaba abrevar en los mercados de capitales para sostener un nivel de actividad y un salario en dólares que fuesen electoralmente redituables. El problema se manifestó desde un comienzo. Ya en el primer año de funcionamiento del programa hubo déficit de cuenta

corriente y de allí en adelante esto se repitió todos los años. El financiamiento de ese déficit no lucía muy atractivo y sólido a mis ojos y a los de varios amigos. Una parte era inversión extranjera directa, pero la mitad de esa inversión era para comprar los activos que se privatizaban, no para que se generaran activos nuevos que expandieran la riqueza y generaran empleo. El resto era inversión de portafolio, que tan rápido como ingresaba se podía ir. Sin embargo, el hecho de que no luciera sólido para algunos de nosotros fue irrelevante para entender su suerte. Los mercados se mostraron entusiasmados hasta la Crisis del Tequila y se volvieron a mostrar entusiasmados cuando confirmaron que el gobierno superaba esa crisis. Quizá percibían la dinámica exportadora como un signo de que las deudas que se contraían, públicas y privadas, podrían pagarse. La cuestión del "triángulo popular" era un exotismo que ni los rozaba. Cuando repaso temas como este dudo de la racionalidad de los mercados… o de la mía.

RH: El régimen de Convertibilidad duró una década. Para un país acostumbrado a ciclos económicos breves, fue mucho tiempo. Daba previsibilidad y sensación de estabilidad, pero su inflexibilidad creó tensiones que, cuando el entorno se volvió desfavorable, aumentaron su vulnerabilidad. A la distancia, ¿la ves como una apuesta razonable, o pensás que duró demasiado?

PG: En 1991, Adolfo Canitrot decía: "Esto se termina pronto. Para fin de año, pongámonos el casco". A veces los economistas contamos con herramientas para predecir acontecimientos, pero no para predecir la velocidad de los acontecimientos. Muchos académicos daban por muerta la Convertibilidad cada fin de año. La velaban en lugar de prender las velitas de un nuevo cumpleaños. Tenían razón en un punto: en algún momento algo tenía que ocurrir, porque era una experiencia del estilo del patrón oro en un mundo cuya arquitectura social no tenía nada que ver con el patrón oro. En el pasado peronista, un régimen de tipo de cambio bajo había sido compatible con una economía cerrada. Pero peronismo en economía abierta resultó un oxímoron. Desde 1993, pero sobre todo durante 1994, apareció un fenómeno totalmente novedoso para nuestro país: un fuerte incremento del desempleo al mismo tiempo que la economía crecía. Esto colocó al gobierno en un estado de completa perplejidad. Estábamos en la Argentina. Desempleo sin recesión simplemente no podía ocurrir.

RH: Y entonces vino la Crisis del Tequila, la primera de las grandes crisis financieras de esa década, que desde su epicentro en México se hizo sentir en todos los mercados emergentes. El sistema bancario

argentino soportó la salida de capitales, pero la recesión de 1995 fue muy intensa y, sobre todo, castigó mucho al empleo. La Convertibilidad tambaleó, pero el gobierno salió fortalecido.

PG: La palabra "contagio" es muy de los años noventa y luego se afincó como parte del sentido común. Revelaba la creciente interconexión del mundo financiero global, la velocidad de los movimientos de capitales, el latigazo que significa su retirada abrupta, o aun su desaceleración abrupta. Tuvimos una prueba en esos años. No bien comenzó la crisis mexicana, se produjo una contracción económica violenta, porque en Convertibilidad la salida de capitales es equivalente a una política monetaria contractiva. En 1994 el desempleo rondaba el 12%, y en 1995 alcanzó el 18%. Se trataba de una cifra asombrosa para nuestra historia, solo comparable a la Crisis del Treinta. Ahí hay un entrelazamiento llamativo entre la economía y la política. En medio de esas dificultades se aprobó la reforma constitucional y la reelección de Menem. La reelección es un hecho casi increíble. Quizá se pueda explicar por el miedo a la hiperinflación, cuya memoria estaba fresca; quizá también influyó el hecho de que los cambios de largo plazo forjaron una estructura del empleo muy sesgada hacia los servicios, cuyos trabajadores se benefician con el tipo de cambio bajo y no están directamente amenazados en sus empleos por la combinación de apertura comercial con tipo de cambio bajo.

RH: La reelección de Menem en 1995 muestra que el giro de 1989-1991 y el régimen de Convertibilidad tenían amplio consenso. La victoria del oficialismo en las elecciones de renovación legislativa de 1993 –que incluyó su triunfo en un bastión tradicionalmente antiperonista y de clases medias como la Capital Federal– ya había sugerido en qué dirección soplaba el viento. Es más: cuando aparecieron dificultades, los votantes se inclinaron mayoritariamente en favor de preservar la continuidad. Tanto es así que en su reelección Menem obtuvo más respaldo que en su anterior encarnación nacional-popular: 47,5% en 1989 contra 50% en 1995. Esto mismo se confirma al mirar la oferta de la oposición. La estrella en ascenso fue el Frepaso, que ponía más énfasis en cuestiones de calidad institucional –la impugnación moral ante la corrupción de Menem y su círculo estaba entre sus grandes temas– que en denunciar el giro hacia el mercado, como había hecho en su momento, y sin mucho eco, el Grupo de los Ocho; se anunciaba allí el camino que se consolidaría con la Alianza. Para los que el 14 de mayo de 1995 fueron a las urnas, el cuadro aparecía afeado por la corrupción del grupo gobernante y, sobre todo, por ese extraordinario

incremento de la desocupación al que hiciste referencia hace un rato, bien por encima de los dos dígitos. Pero muy pocos parecían dispuestos a colocar la idea de justicia social por encima de la estabilidad.

PG: Así es. Pocos estaban dispuestos a sacrificar la estabilidad aun cuando se percibieran síntomas de corrupción. Pero además la cuestión de la justicia social comenzaba a tener un doble y contradictorio significado. Aquellos que no se sentían amenazados por el desempleo definían justicia social como idéntica a salarios altos en dólares. Aquellos que sí se sentían amenazados preferían recuperar o preservar el empleo aun a costa de una mayor inflación, esto es, a costa de la Convertibilidad. El equilibrio entre estas dos fuerzas cambió con el tiempo. Encarnándolo en figuras políticas, seguramente Duhalde creció junto con la demanda de una política productiva que redujera el desempleo y que enfrentara lo que muchos comenzaban a percibir como el predominio del "mundo de las finanzas". Pero solo cuando la inconsistencia macroeconómica quebró la Convertibilidad desapareció la disociación entre las dos nociones de justicia social y se reunificó –yo creo que más temporaria que permanentemente– un único "discurso" de lo popular. Desde enero de 2002 se pudo reclamar por los salarios y por el empleo a la vieja usanza, sin que ambos términos aparecerían como conflictivos.

RH: Este desdoblamiento que señalás era novedoso, y creo que es un buen testimonio de que la larga era del pleno empleo había llegado a su fin en nuestra tierra. Hasta fines de la década de 1920 el país había importado trabajadores, y desde entonces, y salvo en los años de la Crisis del Treinta, el mercado de trabajo había estado bastante equilibrado. El desempleo había sido, ante todo, un fantasma, a veces muy temido, pero no más que un fantasma. El propio Videla no quiso verlo crecer, y cuando le faltaba poco para irse la tasa de desocupación no llegaba al 3%. Pese a la muy pobre *performance* productiva de la década de 1980 el desempleo se mantuvo por debajo del 7% hasta el fin del mandato de Alfonsín. Recién entonces comenzó a moverse a otro ritmo, empujado por la apertura de la reforma del Estado y el cambio tecnológico. De la mano de este divorcio entre la suerte de los empleados y los desocupados, en los años de Menem se derribó la creencia en que la desocupación era peligrosa y/o políticamente inaceptable. Las consecuencias políticas de este fenómeno, de esta divergencia de destinos en la situación de las mayorías y por tanto en el tipo de demandas que le plantean al sistema político, todavía las

estamos viendo. De un lado están los que piden una reducción del impuesto a las ganancias a los sueldos de los trabajadores; del otro, los que dependen de la Asignación Universal.

PG: Definitivamente. Pero me gustaría insistir con la idea de dos nociones de justicia social. El desempleo, por alto que sea, afecta a una franja de la población; ese grupo puede reaccionar con gestos de rebeldía muy potentes, pero su tragedia es el problema de una minoría. Cuando en 1994 la tasa de desempleo llegó al 13% o 14%, seguro que muchos de los desocupados dijeron "salgamos de la Convertibilidad", pero la mayoría veía las cosas de otra manera. En esos años descendimos un escalón en términos de justicia social tal como yo la entiendo, esto es, con pleno empleo. Aparecieron los primeros indicios de desincorporación persistente, algo asombroso para nuestro país. Y la razón por la que eso pudo mantenerse fue el miedo al retorno de la experiencia inflacionaria. Es cierto que la aspiración a construir una sociedad más igualitaria no desapareció; si no, no hubiera existido el kirchnerismo con la forma que adoptó. Pero para que el kirchnerismo emergiera fue necesario que el régimen de Convertibilidad colapsara y los costos los pagara una abrumadora mayoría de la sociedad. Aún hoy una franja muy amplia de los argentinos percibe la devaluación de fines de 2001 y no el régimen de Convertibilidad como "la causa de todos los males".

RH: Esta visión más acotada del ideal de justicia social ayuda a explicar por qué el sindicalismo, formado en la escuela de la negociación por mejores salarios en un contexto de alta inflación y pleno empleo, pudo adaptarse a los nuevos tiempos. Se quedó con una clientela más chica, pero mantuvo importantes cuotas de poder, y el apoyo activo o pasivo de los trabajadores que mantenían sus empleos. Menem amplió su coalición reformista con concesiones a las organizaciones y a la dirigencia sindical, como participación en el proceso de privatizaciones. Hubo sectores con los que chocó, pero incluso aquellos que lo enfrentaron no encontraron la manera de colocar a los desempleados en el centro de su agenda. Continuó siendo, y todavía es, un sindicalismo de los trabajadores formales, de algo que no es una aristocracia obrera pero que se le parece bastante. Y, tras las turbulencias que acompañaron el ciclo de privatizaciones inicial, en el resto de la década hubo bastante paz sindical.

PG: Durante la Convertibilidad los sindicatos estaban entre resignados y furiosos. Estaban aprisionados entre un régimen macroeconómico que les

impedía demandar aumento de salarios y los deseos de sus bases, que no querían que la Convertibilidad se quebrara. En la experiencia sindical pos-1945 la inflación había sido beneficiosa, porque estimulaba el reclamo y la acción sindical. La inflación era la razón de ser de ese sindicalismo. Cuando hablamos de este tema me viene a la memoria el diálogo maravilloso entre Sourrouille y Ubaldini que ya mencioné. La Convertibilidad puso fin a todo eso y por ello los más osados, como Hugo Moyano, querían acabar con ella.

RH: El retroceso de la industria desde la década de 1970 fue un fenómeno extendido en el capitalismo occidental. En todas partes cayó el empleo en la manufactura, empujado por el cambio tecnológico y la relocalización en áreas con salarios más bajos y menores regulaciones laborales, en especial en Asia, a la vez que crecía la demanda de trabajo en el sector de servicios. Esta tendencia general también se verificó en nuestro país, aunque su incidencia fue moderada hasta la gran apertura de los años noventa. Entonces la velocidad del proceso de destrucción de puestos de trabajo, en particular en la industria, nos puso en una categoría especial. La apertura comercial sometió una estructura productiva con escaso dinamismo, que funcionaba en un mercado chico y muy protegido, a una prueba demasiado exigente: debió enfrentar el desembarco de empresas más eficientes y con espaldas financieras más anchas, y debió hacerlo de manera repentina y con un tipo de cambio bajo. Muchas firmas cerraron o se achicaron, muchos industriales vendieron o bajaron la persiana. Junto con la política de privatizaciones, que llevó a una contracción de la planta laboral de las empresas de servicios públicos, ese derrumbe del sector industrial da cuenta de buena parte de la caída del empleo. Luego, claro, la recesión se expandió con fuerza en otros sectores, como el comercio y los servicios.

PG: Desde los setenta, la creación de puestos de trabajo se explica por los servicios más que por la industria. Según el censo de población, en 1991, el régimen de Convertibilidad nació con un 60% de los empleos en los servicios. En la etapa Alfonsín, el tipo de cambio real que se requería para pagar la deuda hizo que la industria no sufriera particularmente un problema de competitividad, aunque sí se resintió por la caída del nivel de demanda interna. El gran retroceso, las quiebras, vinieron con Menem, consecuencia de la apertura con tipo de cambio bajo. Los grandes empresarios se las arreglaron, entre otras cosas porque participaron de los procesos de privatización, o porque entraron como socios en sectores que no

eran industriales. Pero fue muy duro para los talleres industriales, y también para las economías industriales regionales, que no tenían una red de contención o actividades alternativas con las que sostenerse. Hubo además una caída del empleo estatal durante el menemismo, pero en un trabajo que hice junto con Osvaldo Kacef mostramos que la apertura explicaba bastante más esa baja que la reforma del Estado. Lo patético es que la reducción del empleo se podía leer como un aumento de la productividad del trabajo. Y así fue leído por el gobierno y por los analistas del mundo financiero.

RH: Esa aspiración a ingresar en la modernidad productiva pareció hacerse realidad una vez que la Crisis del Tequila quedó atrás. En 1996 la Convertibilidad salió airosa de su primera batalla, de su bautismo de fuego.

PG: Desde 1996 en adelante el gobierno de Menem tuvo un momento de bonanza que fue pura fortuna: los términos de intercambio mejoraron, a la vez que comenzaron a palparse los resultados de la apertura económica. Fue entonces cuando cobró volumen la dinámica exportadora que había arrancado en 1992. El déficit de la cuenta corriente se moderó por un tiempo corto. En estas circunstancias, la idea de que ese régimen podía perpetuarse comenzó a generalizarse. El triunfo electoral de Menem de 1995 y la dinámica de la economía en 1996 y 1997 fueron los padres de la Alianza. No hubiera habido Alianza sin esa coyuntura favorable. Quiero decir, no hubiera habido una Alianza pro-Convertibilidad. Y del otro lado, el conflicto entre Menem y Duhalde, entre los partidarios de la estabilidad a toda costa y los partidarios de favorecer la producción rompiendo con la Convertibilidad. Naturalmente, Duhalde no lo decía en voz alta, pero el solo hecho de proponer en 1997 la creación de un Ministerio de la Producción iba más allá de un tímido eufemismo. Para los buenos entendedores fue una declaración de guerra.

RH: Pero todavía no había ganado la partida. Con la recuperación que vino tras la Crisis del Tequila comenzó a hacerse carne la percepción de que, después de dos décadas de travesía en el desierto, de fracasos y frustraciones, la Argentina podía superar tres de sus mayores problemas: alta inflación, inestabilidad macroeconómica y ausencia de un horizonte de crecimiento. Me quedo con esta idea: un consenso bastante extendido, tanto entre los grupos dirigentes como a nivel popular, respecto de que la Argentina se estaba convirtiendo en un suburbio más del capitalismo globalizado. El costo social de ese cambio, expresado en una sociedad más desigual y con serios

problemas de empleo, era un precio que muchos estaban dispuestos a pagar. Es lo que decías hace un rato sobre las dos nociones de justicia social. De allí que la oposición no tuviera tantos incentivos para patear el tablero. Dentro del peronismo, y hasta cerca del final, los que añoraban la era del Estado intervencionista y proteccionista eran una minoría.

PG: Ese consenso popular era de tal naturaleza que las encuestas del momento previo a la salida de la Convertibilidad mostraban que más del 60% de los consultados no quería abandonar el régimen de tipo de cambio fijo. Esa actitud es comprensible, se entiende perfectamente. Pero lo interesante es que, a diferencia de la experiencia de la dictadura –que acudió a los mercados de capitales para financiar algo completamente inconsistente–, con Menem se puso en marcha una dinámica exportadora que por un momento pareció hacer sostenible ese régimen. El crecimiento de las exportaciones fue el gran indicio de que la Convertibilidad podía funcionar. Sin embargo, se interponía un problema. Ya hablamos de esto, pero quizá sea útil profundizarlo. Exportaciones con poco ahorro generan desequilibrios externos. Esto es así porque ahorro bajo significa consumo alto, y en una economía abierta, el consumo alto aumenta las importaciones. Si el ahorro es muy bajo, como lo fue durante la Convertibilidad, las importaciones son muy altas y emerge el desequilibrio externo. Si me permitís la licencia, son las complicaciones de un experimento de peronismo en economía abierta. Pero no tiremos al bebé con el agua sucia de la bañera. La naturaleza de esa dinámica exportadora es un tema muy rico en sí mismo, más allá de las inconsistencias de la macroeconomía.

RH: Un factor muy relevante a la luz de nuestra trayectoria previa. Luego de décadas de moroso crecimiento, las exportaciones, sobre todo las agropecuarias, volvían a crecer y ganaban participación en el mercado mundial. Detrás de este fenómeno estaba el cambio tecnológico estimulado por la liberalización –con la apertura y la Convertibilidad desaparecieron las retenciones– y por la baja de los costos del capital. Siembra directa, mecanización, uso por primera vez intensivo de herbicidas y fertilizantes, biotecnología: todo esto hizo posible el incremento de los rendimientos por hectárea y la expansión de la frontera productiva. Allí cobró forma la revolución de la soja, cuyos mayores beneficios se cosecharon más tarde, durante las dos primeras presidencias Kirchner.

PG: Ese crecimiento en parte dependió de las reformas macroeconómicas, porque la apertura fue una de las condiciones de posibilidad del nuevo mundo agrícola que vino con la siembra directa. Con el tipo de cambio bajo, la maquinaria y los insumos –particularmente los fertilizantes– se volvieron baratos, y eso impulsó un proceso de cambio muy profundo aun con la moneda apreciada, que el campo pudo soportar. Llamativamente, la industria también participó del impulso exportador gracias al mercado interno ampliado que significó el Mercosur, un proyecto que compartieron Pinedo, Perón, Alfonsín y Menem, pero que recién desde Alfonsín pudo ponerse en marcha. Fue por esa vía que las manufacturas pudieron moderar en parte, solo en parte, los efectos negativos de la apertura comercial.

RH: Lo que pasó en el campo era novedoso. Era la primera vez en tres décadas que un fenómeno de crecimiento exportador estaba siendo empujado por la inversión más que por una mejora circunstancial del tipo de cambio, que usualmente solo produce efectos de corto plazo. Por otro lado, esa expansión agraria tuvo por protagonistas a las empresas de mayor escala, que poseían espaldas financieras más anchas. La Federación Agraria no estaba tan contenta como la Sociedad Rural con ese proceso de expansión que era a la vez de concentración productiva, y que reprodujo en el campo el giro procapital tan característico de esos años.

PG: Y la de las exportaciones en general fue una recuperación llamativa e inesperada. Pensemos que, en medio de la Crisis del Tequila, muchos imaginaron que había llegado el momento de terminar con la Convertibilidad. Me puedo imaginar a Cavallo evaluando con cierto escepticismo la propuesta, pero no a Menem, para quien el uno a uno era el símbolo de su gobierno. En 1996 las dudas se despejaron: los términos del intercambio mejoraron, los capitales de largo plazo no recuperaron el vigor de antaño porque las privatizaciones –salvo la de YPF– se agotaron, aunque los de corto plazo ayudaron a financiar los desequilibrios del sector externo. Pero fue una fiesta corta, como casi todas las fiestas económicas argentinas: al año siguiente el escenario comenzó a deteriorarse. Algo crucial cambió en el contexto mundial: cuando Cavallo estableció la paridad del peso con el dólar en abril de 1991, el dólar estaba barato, pero desde fines de 1996 comenzó a apreciarse, y *pari passu* se apreció el peso respecto del resto de las monedas. Era una pérdida brusca de competitividad que no estaba originada en políticas domésticas. Los países afectados devaluaron porque nada se lo impedía. Y a esto se sumaron varias crisis financieras, comenzando en 1997 con la de Corea. Y luego, en 1998, sobrevino la crisis

rusa. Ambas incrementaron el riesgo país: creció la desconfianza entre los inversionistas, los capitales empezaron a escrutar más severamente a la economía argentina, que no podía devaluar, y el horizonte se ensombreció. A fines de 1999, la devaluación brasileña asestó el golpe más duro. Si hasta ese momento el punto podía discutirse, desde entonces no hubo dudas: nuestra moneda estaba sobrevaluada y la Alianza en el gobierno tendría que cargar con ese peso muerto.

RH: Bastante antes Cavallo había salido del gobierno. Apenas superada la crisis mexicana, Menem lo reemplazó por Roque Fernández. Hay que recordar que en el momento de mayor éxito de la Convertibilidad Cavallo llegó a competir en popularidad con el propio presidente. Vuelvo sobre la semblanza del personaje: era histriónico, excesivo, la delicia de los humoristas. Despertaba odios enconados, pero también respeto. Cavallo le disputaba a Menem la paternidad de la Argentina promercado. Se entiende por qué, cuando el presidente creyó que ya no le era imprescindible, decidió sacárselo de encima, y designar en su reemplazo a un ortodoxo que fuese una garantía para los mercados, pero que no le hiciera sombra.

PG: Grandes ministros de Economía suelen ser personas políticamente ambiciosas. Tal vez no lo saben al principio, pero una vez que prueban el éxito nace la tentación: "¿Por qué no trasladar mis éxitos a la política?". La historia de la relación entre Menem y Cavallo tiene antecedentes, y hay un paralelismo con la de Frondizi y Alsogaray. Sabiendo que el fin se acercaba, Cavallo hizo un crescendo crítico frente a la corrupción, levantó la voz contra las deficiencias de las privatizaciones. Años más tarde, y en una situación similar, Roberto Lavagna hizo otro tanto. Pero como Menem tenía un problema de reputación, cuando echó al padre del modelo económico tuvo que reemplazarlo con un ministro ortodoxo. Es lo mismo que debió hacer Frondizi cuando despidió a Alsogaray. No hay nada que en términos de funcionalidad política se parezca más a Roberto Alemann que Roque Fernández. Es una parábola que Kirchner pudo ahorrarse porque no estaba mirando a los mercados y a la inversión extranjera. Por eso siempre se pudo arreglar con ministros de Economía de segundo orden una vez que despidió a Lavagna. Menem no tuvo esa ventaja.

RH: Por otra parte, Menem calculó mal, o fue demasiado optimista, porque la fase expansiva que siguió a la Crisis del Tequila fue demasiado breve. De allí que la Argentina ingresó en una etapa de dificultades mucho más graves que la de 1995 con un equipo menos

imaginativo que el que asumió en 1991. El "piloto automático" no parece una buena idea para atravesar turbulencias.

PG: En octubre de 1998 Menem fue invitado a hablar ante la reunión anual del Fondo Monetario. Los organismos financieros internacionales no querían que a esta experiencia le fuera mal, y redoblaron su compromiso con la Argentina, pese a que tenían claras las dificultades propiamente económicas. Desde octubre de 1998 hasta diciembre de 2001 fue la historia de un ocaso. Problemas de desconfianza que ahuyentaron a los capitales, aumento de la tasa de interés, recesión. Por otra parte, cuanto más se debilitaba la fe en la Convertibilidad, más voces dentro y fuera del gobierno se alzaron pidiendo la dolarización como una forma de redoblar la apuesta. Yo estoy convencido de que no podía funcionar, porque no podía resolver el problema de fondo y podía generar otros. En la discusión sobre por qué cayó la Convertibilidad hay dos escuelas, una que enfatiza el problema del tipo de cambio real y otra que pone el acento en los problemas fiscales. Ambas pueden combinarse. En ese momento, siempre tendí a ver el tipo de cambio real como el problema: la desconfianza frente a la sostenibilidad de la Convertibilidad elevaba la tasa de interés y la tasa más alta se transformaba en un problema fiscal, y ahí se ingresaba en un círculo vicioso acumulativo. Sigo creyendo eso.

RH: En este punto vuelvo sobre un tema que ya tocamos cuando hablamos de Alfonsín: el deseo de permanecer en el poder. Este factor también jugó un papel en esos años. Menem, el peronista de la era del Fin de la Historia, el padre de la Argentina integrada al capitalismo globalizado, no quería despedirse de su criatura. No le bastó que su principal rival electoral, la Alianza, estuviera comprometida a preservar su legado. La disputa por la re-reelección se desarrolló cuando la economía se estaba enfriando. Y al igual que Alfonsín una década antes, para sostener ese proyecto Menem relajó la disciplina fiscal. ¿Esto te parece importante para explicar el fin de la Convertibilidad?

PG: Te voy a contestar casi copiando mi respuesta cuando hablamos de Alfonsín. Una cosa es el ocaso y otra es el gatillo que desata la crisis final. Las complicaciones de la Convertibilidad comenzaron con la apreciación del dólar y, por carácter transitivo, la del peso. Si eso no revertía, el gatillo podía ser cualquier otra cosa, pero no creo que la indisciplina fiscal de las provincias haya sido el disparador, aunque sin duda contribuyó al deterioro. La crisis de 1998 a 2002 fue la más profunda que experimentó la Argentina

en toda su historia, quizá con excepción de la de la Primera Guerra Mundial. El disparador final fue la crisis bancaria, la fuga de depósitos que se acrecentó desde marzo de 2001. Pero quizá me estoy apresurando.

RH: Esa crisis, larga y profunda, primero elevó y luego derrumbó al gobierno de la Alianza. Sin el extendido malhumor que generó la contracción iniciada en 1998, es dudoso que la Alianza hubiera llegado al gobierno. Las clases medias que habían acompañado a Menem en los años dorados de la Convertibilidad se pasaron a la oposición, y en las elecciones presidenciales de 1999 le dieron a la Alianza una amplia victoria sobre Duhalde. Atado al carro de la Convertibilidad, el nuevo gobierno nunca consiguió recrear el crecimiento ni revertir la desconfianza de los mercados. Ni el ajuste fiscal de Machinea ni el blindaje sirvieron para ello. Todo el tiempo fue cuesta abajo, y en ese camino los apoyos que había cosechado en 1999 se esfumaron muy rápido. Cuando López Murphy fue designado ministro de Economía, en marzo de 2001, se vio que la sociedad no toleraba un mayor ajuste fiscal. La administración De la Rúa cometió errores, pero estos no explican su estruendoso colapso. Fracasó en la tarea imposible de restaurar el crecimiento cuando el mundo le había dado la espalda a la Argentina. En las elecciones de octubre de 2001, con la economía en caída libre, esa Alianza ya hecha jirones perdió más de la mitad de sus votantes de dos años antes. Solo retuvo el 21% de los sufragios. No sé si hay otro ejemplo en nuestra historia de un retroceso electoral tan brutal. Tras esa catástrofe, sin el apoyo de su partido, y con la recesión que continuaba profundizándose, el gobierno tenía los días contados. El fin llegó tras el congelamiento de los depósitos bancarios de comienzos de diciembre. El corralito derrumbó la actividad económica y puso a ahorristas en pie de guerra. Pobres y desocupados también confluyeron en la protesta en las calles.

PG: Quizá si De la Rúa y Alfonsín se hubiesen puesto de acuerdo –no tengo muy claro en qué, probablemente sea una hipótesis alocada–, la derrota electoral de octubre de 2001 no habría sido tan dura y, como consecuencia, podía haberse evitado la renuncia del presidente. Después era pura magia, o un puro sueño: en algún momento se depreciaba el dólar, mejoraban los términos del intercambio y la economía argentina volvía a crecer. Nada de eso ocurrió. O sí. Ocurrió demasiado tarde. El hecho es que Alfonsín y De la Rúa nunca se llevaron bien, y menos desde que Domingo Cavallo fue convocado nuevamente al Ministerio de Economía con la peregrina idea de que el padre de la criatura podía salvarle la vida. Cerca de Alfonsín muchos

creían que De la Rúa se había vuelto loco; cerca de De la Rúa algunos creían que era una astuta maniobra para independizar al gobierno de la estructura de la UCR, decididamente alfonsinista.

RH: Cavallo se inclinó por revitalizar la Convertibilidad no por vía del ajuste fiscal sino por medio de la mejora de la competitividad y el estímulo a las exportaciones. Apostó más a hacer crecer la economía que a comportarse como un pagador intachable.

PG: Cavallo nos sorprendió con el diagnóstico correcto: en su visión, el problema de la Argentina era un problema de competitividad. Y quiso resolverlo poniendo impuestos que no fueran anticompetitivos, o lo menos anticompetitivos que fuera posible, y moderando los impuestos que afectaban la competitividad. También usó la política comercial: levantó los aranceles al máximo que le permitía la Organización Mundial de Comercio. En su momento, el hombre que había heredado de Erman González una apertura sin matices, la corrigió con aranceles escalonados y con la tasa estadística. Y cuando volvió al ministerio, en 2001, se jugó por una política moderadamente proteccionista.

RH: Marzo de 2001. Acabás de decir que ya era demasiado tarde.

PG: Ya estaba Bush en la presidencia de los Estados Unidos, con la idea de que "no vamos a gastar la plata de los carpinteros y los plomeros norteamericanos para ayudar a esta gente". Desde entonces, la búsqueda de financiamiento se hizo muy difícil, y la fuga de capitales, que desde marzo venía a un ritmo constante, se aceleró, hasta que, a comienzos de diciembre, como acabamos de charlarlo, desembocó en el corralito. Ya no había más dólares. Para entonces se vio que la Convertibilidad era una noción abstracta, que un peso no valía un dólar. En las calles de Buenos Aires confluyeron sectores marginales e informales que sufrían impiadosamente la falta de dinero en efectivo, y ahorristas de clase media que reclamaban sus dólares, o sus pesos convertidos en dólares. Fue una explosión. Ese fue el disparador del que hablábamos. La Convertibilidad había muerto.

RH: Entonces, luego de cuatro años de retroceso que terminaron en esa caída estruendosa, se produjo una recuperación muy veloz. En medio de un panorama social desolador –que impactó hasta en las estadísticas de mortalidad infantil–, a mediados de 2002 la actividad económica comenzó a revivir. Liberado del chaleco de fuerza que le

había impuesto la Convertibilidad, el tipo de cambio se disparó. Pero cuando el polvo del derrumbe se asentó, vinieron cinco años de crecimiento, sostenido por un tipo de cambio alto y salarios bajos, y la vasta capacidad ociosa que se había acumulado durante la larga depresión que precedió al colapso del régimen de Convertibilidad. Es decir, una combinación ideal para empujar el crecimiento, al menos en el corto y mediano plazo. La moratoria y luego la renegociación de la deuda externa y la mejora de los términos de intercambio también ayudaron a mantener varios años de superávit fiscal y comercial. Finalmente, Duhalde primero, y Kirchner después, pusieron sus talentos para el mando y su ascendiente sobre el peronismo al servicio de la reconstrucción del poder del Estado. Sin este aporte, la recuperación podría haberse demorado, e incluso frustrado. El momento del "que se vayan todos" quedó atrás.

PG: En línea con el esquema más o menos estilizado que usé en la charla anterior, el estallido de la Convertibilidad nos impuso costos irreversibles en términos de informalidad y de pobreza. También de desempleo. Por otro lado, ocurrió algo analíticamente muy interesante, aunque socialmente terrible. El miedo, la desesperanza y naturalmente el desempleo paralizaron las presiones distributivas. Había manifestaciones diarias en las calles, pero no había una demanda sindical multitudinaria al estilo de 1975, ni tampoco se escuchaba la voz de los jubilados. Quizá contribuyó a eso la mejor herencia que dejó la Convertibilidad: la desindexación y el bajo traspaso a precios de una devaluación, que en principio cuadruplicó el tipo de cambio mientras que los precios solo se incrementaron un 40%. El resultado fue, por un tiempo, una distribución del ingreso muy regresiva que, paradójicamente, ayudó a Néstor Kirchner. El nuevo presidente heredó y mantuvo un tipo de cambio muy alto y un superávit fiscal también muy alto. Dicho de otro modo, le sobraban recursos. Muchos economistas le recomendaron entonces que dejara caer el dólar, pero él prefirió mantener muy alto el tipo de cambio nominal, mientras aumentaba los salarios mínimos y promovía la apertura de las convenciones colectivas de trabajo. Fue la respuesta de un político astuto. Evocando a Ubaldini una vez más, podríamos decir que la caída del tipo de cambio nominal iba a ser vista como una respuesta anónima y espontánea del mercado, pero el aumento de los salarios era una victoria de Kirchner. ¿Que eso, tarde o temprano, le iba a costar en términos inflacionarios? Por supuesto, eso fue lo que ocurrió. Pero al principio no importaba, o no le importaba a Néstor Kirchner.

RH: Junto con los primeros cuatro años de la Convertibilidad, el

quinquenio 2003-2007 fue el período de mayor expansión del producto del último medio siglo. En ambos casos, tras una fuerte caída, hubo un rebote que por un tiempo se transformó en recuperación. Con Duhalde y Kirchner, el crecimiento fue empujado primero por la inversión y más tarde por el consumo, todo en un contexto de abundante capacidad ociosa. Pero la estructura económica no mostró signos de transformación y el país finalmente terminó chocando, como en el pasado, con esa pared que se llama falta de dólares, o restricción externa. Como otras veces, el agro y la construcción fueron los motores que primero se pusieron en marcha y que empujaron el crecimiento. Pese a la retórica reindustrializadora, no hubo nada que se asemejara a un proceso de modernización industrial. La industria no incrementó su capacidad para exportar o sustituir importaciones. Y el paso del tiempo no embelleció este cuadro. Ya sea como porcentaje del producto bruto o como generador de empleo, a lo largo de los doce años de gobierno kirchnerista la manufactura nunca logró superar los niveles que había alcanzado en la segunda presidencia de Menem. En un mundo globalizado, la idea de reindustrializar el país a golpes de proteccionismo e inversión pública, como quiso hacer Cristina en su segundo mandato, se reveló una quimera. Pero tal vez creer que el kirchnerismo tenía un plan maestro dirigido a transformar la economía argentina sea entender mal el problema. Un artículo tuyo escrito en 2016 con Osvaldo Kacef, "¿Y ahora qué hacemos?", enfatiza que siempre fueron hijos del corto plazo.

PG: Creo que, para entender las limitaciones de la política económica de esos años, hay que prestar mucha atención a la debilidad del kirchnerismo, tal como ellos la percibían. El hecho de que hayan gobernado durante tanto tiempo, doce años y medio, oculta que nunca dejaron de sentirse amenazados, y que ello les hizo más difícil pensar en el largo plazo. El kirchnerismo fue puro presente, todo el tiempo. Néstor y Cristina siempre vivieron temerosos de perder el poder. Llegaron al gobierno por la defección de Menem en la segunda vuelta de 2003 y hasta la elección de 2007 no se sintieron para nada seguros. Y podría agregarse que esa elección también les dejó un sabor algo amargo. "No hay ningún gobierno peronista que haya sacado tan pocos votos", se deben haber dicho la noche de esa elección, cuando terminó el conteo y vieron los resultados. La idea de que todavía no habían terminado de consolidar su poder probablemente siguió rondándolos. Y pronto sobrevino la crisis del campo y en 2009 volvieron a perder una elección. En mi opinión, eso explica medidas, entre audaces y desesperadas, como el falseamiento de las estadísticas públicas antes de los comicios presidenciales de 2007 con el solo objeto de ocultar la inflación

durante la campaña. O aun antes, las restricciones a las exportaciones ganaderas para frenar el precio de la carne, el prolongado congelamiento de las tarifas públicas para poner dinero en los bolsillos de las clases medias, y luego la nacionalización de los Fondos Privados de Pensión para financiar el incremento de las erogaciones públicas. Y desde 2009, después de la derrota, la ley que estableció la Asignación Universal por Hijo (la única medida indiscutiblemente valiosa de esta colección), o la transferencia de reservas del Banco Central al gobierno para pagar deuda externa. En una dimensión macroeconómica, durante la campaña electoral que culminó con la reelección de Cristina con el 54% de los votos, se ingresó en una dinámica de apreciación real de la moneda y de expansión acelerada del gasto público. Nada que nos sorprenda.

RH: Es muy útil poner la *performance* electoral kirchnerista en perspectiva. Desde las cumbres que solían alcanzar Yrigoyen o Perón, y hasta el propio Menem en su reelección en 1995, el 45% de Cristina en 2007 luce pobre. Dejando de lado la anomalía de 2003, con el peronismo dividido en tres, fue la cosecha más magra en una elección presidencial de toda la historia de la democracia, desde 1983 hasta esa fecha: Alfonsín, Menem y De la Rúa habían obtenido más votos. Y luego vino el humillante traspié en las elecciones de 2009, que siguió al conflicto con el campo, cuando el propio Néstor cayó derrotado ante un novato como Francisco de Narváez. En verdad, su única victoria inapelable fue la de 2011, que aseguró la reelección de Cristina, y que además vino junto con una gran fragmentación del voto opositor: lejos de Hermes Binner, que salió segundo con apenas el 17% del voto, y más lejos todavía de la UCR, cuyo candidato, Ricardo Alfonsín, cosechó un magro 11%. A la luz de estos antecedentes, se entiende el entusiasmo con que recibieron ese 54%, su única gran victoria, que abrió la puerta a la retórica del “vamos por todo”, tan irritante para la oposición. Ese “vamos por todo” tuvo algo de festejo y algo de desahogo. Fue la única vez que lograron construir una amplia coalición, con muchos votos populares y bastantes de clase media. Durante el resto del tiempo que pasaron en la Casa Rosada todo les resultó muy trabajoso. Con una base de apoyo tan acotada, el deseo de dar buenas noticias, de alegrar el día siguiente, debe haber sido permanente.

PG: Nada debe haber aliviado más a Cristina, y al principio también al propio Néstor –hasta que murió repentinamente en octubre de 2010–, que la sorprendente reactivación que vino tras la gran recesión mundial de

2007-2008, decisiva para explicar el resultado de la elección de 2011. Nunca tuve tan clara la rentabilidad política de las reactivaciones hasta que vi lo que pasó en 2010-2011. Una recuperación así tiene una enorme rentabilidad política, quizá mayor que el crecimiento sostenido de largo plazo. El crecimiento de largo plazo se convierte en una rutina y eso cambia las agendas electorales porque las aleja de las vicisitudes de la coyuntura económica. Pero en una sociedad que vive permanentemente en un escenario de enorme volatilidad real, pasar de la fase descendente del ciclo a una fase ascendente tiene un visible significado político. El capítulo referido al kirchnerismo en *El ciclo*… quiso captar ese fenómeno: "La reactivación como sueño eterno" es su título.

RH: Esa reactivación produjo un abrupto cambio de escenario, y algunos hasta se entusiasmaron con la idea de una "Cristina eterna". Pero tuvo patas cortas, y ya en 2012 la economía entró en recesión, anunciando el largo período de estancamiento con inflación que signó la segunda presidencia de Cristina. Y en su estela vinieron dos derrotas más, en 2013 y 2015, y otra tercera, ya fuera del gobierno, en 2017. Todo esto nos recuerda que el kirchnerismo solo excepcionalmente fue una fuerza mayoritaria. Contó con el piso de voto popular que siempre acompaña al peronismo y, ocasionalmente, pero de manera mucho más condicional, con apoyos en las clases medias. Logró politizar de modos muy originales a algunos sectores minoritarios de las clases medias, donde despertó no pocas vocaciones militantes entre los jóvenes. Pero su caudal electoral tendió a ser relativamente pobre para el estándar peronista. En verdad, su poder dependió más de la dispersión del voto y la falta de cohesión de la oposición –resultado, en gran medida, del derrumbe del radicalismo–, que de la magnitud y fidelidad de sus apoyos. Esto agiganta su proeza política. Se mantuvieron en el poder doce años seguidos con pocos votos, y pese a que perdieron más elecciones que las que ganaron.

PG: La paranoia asociada a esa fragilidad les vedó la posibilidad de pensar en el largo plazo. Más tarde, con la caída de los términos del intercambio desde 2013, el horizonte se acortó todavía más, pero por razones estrictamente económicas.

RH: Los trabajos que escribiste sobre estos temas sugieren que, para entender la política económica kirchnerista, conviene distinguir dos momentos. El primero fue la salida de la crisis, ese quinquenio de recuperación. Ayudada por la nueva configuración macroeconómica

que produjo el derrumbe de la Convertibilidad, la política económica kirchnerista exhibe más continuidad que cambio. Lo has llamado "desarrollismo popular". Una vez que, hacia 2007, la recuperación se agotó, Néstor y Cristina no supieron cómo explorar un camino alternativo, y una y otra vez sacrificaron el largo plazo a las conveniencias del momento. El aumento del gasto público, la imposición de restricciones a las exportaciones ganaderas y agrícolas, la apreciación real del peso y el incremento de los subsidios en las tarifas de servicios públicos constituyeron sus recetas para intentar mantener el consumo y el nivel de vida popular en una época de desaceleración económica. Además, echaron mano a recursos –estatización de fondos de pensión, falsificación de la estadística pública, apropiación de las reservas del Banco Central– que terminaron agravando los problemas que enfrentaban. Vaciaron la estantería. Y dejaron una economía estancada y con alta inflación.

PG: Al terminar el mandato de Cristina en 2015, el tipo de cambio real estaba indiscutiblemente atrasado, el valor real de las tarifas era un 70% más bajo que el del promedio de todos los años de la democracia, y el gasto público en relación con el PBI había aumentado 19 puntos desde 2004, casi tanto como el nivel del gasto público en los años de Alfonsín. Un experimento notable que solo podía convivir con un control de cambios muy severo –el que se instaló en noviembre de 2011 y se conoció con el nombre de cepo cambiario– y restricciones cuantitativas a las importaciones. Y a esto hay que sumarle su anacronismo para pensar la economía y el desarrollo económico. Después de la bonanza inicial, tanto Néstor como Cristina se identificaron con una visión nostálgica y mítica sobre el funcionamiento de la economía. Menem tenía una visión que, para decirlo con palabras excesivamente simplificadoras, combinaba neoliberalismo y populismo, pero el kirchnerismo tenía los ojos en la nuca: tendieron a ver el pasado como futuro. Su utopía estaba atrás: al principio en el mundo pre-1976, con lo cual revalorizaban los sesenta de un modo asombroso, muy probablemente sin tener una noción muy clara de lo que esos años habían significado; más tarde, en el mundo del peronismo clásico, el de 1946-1955. Aquel primer peronismo puede ser criticado desde muchos ángulos, pero tuvo sentido en los años cuarenta, un sentido que se había perdido en el siglo XXI y que solo podría recobrarse en parte con una quiebra –probablemente deseable para el kirchnerismo– de la globalización comercial y financiera.

RH: Así como hace un rato destacabas la astucia con que Néstor

Kirchner se manejó en 2003, manteniendo el dólar alto para cosechar los beneficios políticos de la recuperación del salario, ahora subrayás el anacronismo de sus ideas y cierta cortedad de miras. Creo que su manera de pensar los problemas económicos, y las decisiones que tomaron hacia 2006-2008, fueron un obstáculo para que la recuperación de 2003-2007 sentara las bases de un ciclo de crecimiento más sustentable y vigoroso, capaz de combinar el aumento de las exportaciones con la expansión del mercado interno. No entendieron el potencial del nuevo agro ni las limitaciones de las estrategias tradicionales de sustitución de importaciones, y fueron poco sensibles a la importancia de favorecer la inversión productiva. Y al permitir el retorno de la inflación en un mundo en el que incluso los gobiernos más redistributivos la habían desterrado, pulverizaron la posibilidad de recrear condiciones que hicieran posible una incorporación más profunda de las mayorías al mundo de la producción y el ahorro popular. Allí hubo una oportunidad perdida, una moneda que cayó del lado equivocado.

PG: En 2006 o 2007, cuando parecían tener resuelta la cuestión de las exportaciones y la restricción externa se esfumaba como algo del pasado, se perdió la oportunidad de poner en marcha un proceso de crecimiento más sustentable. Pensaron que los buenos precios de los productos exportables habían venido para quedarse, los tomaron como si fueran un dato; vieron lo que no era más que fortuna como si fuera un estado permanente. Y fundados sobre los buenos precios de la soja, avanzaron con la estrategia mercadointernista, a la que ni siquiera pudieron diseñar como probablemente lo hubieran deseado, porque a comienzos del siglo XXI ya no resultaba posible cerrar la economía sin afectar a la propia industria. En 2011 ya no estábamos en el mundo de 1930 o 1940, cuando era relativamente sencillo sustituir importaciones sobre la base de recursos locales. Fueron incapaces de entender las limitaciones de una arquitectura productiva y social poco dinámica y poco competitiva. Lo que hicieron fue proteccionismo en su forma más simple, no una política dirigida a convertir gradualmente a la industria heredada en una producción competitiva, una política que convirtiese a alguno de esos sectores atrasados en verdaderos competidores de las importaciones. No hubo en el kirchnerismo un espíritu reformista.

RH: En la era de la globalización, su apuesta por restringir las importaciones mediante el control de cambios terminó afectando el nivel de actividad incluso en los sectores que se propusieron estimular.

Cuando Cristina terminó su segundo mandato, el sector manufacturero era comparativamente más pequeño que en los años de la Alianza. Los que hablan de "desindustrialización por sustitución de importaciones" tienen algo de razón. Y esto me lleva a otro aspecto sobre el que quiero conocer tu opinión. Además de malas ideas, o ideas equivocadas, me parece que también hubo cierta impericia. Ya mencionaste que, al haber dado la espalda al capitalismo globalizado, podían prescindir de funcionarios que fueran agradables para los mercados. Pero desde la salida de Lavagna en 2005 también pensaron que podían arreglárselas con profesionales de poca experiencia o escaso reconocimiento. Con funcionarios más competentes, algunos errores podían haberse evitado, algunos daños podían haberse minimizado.

PG: No sé si estoy de acuerdo con eso. Me produce cierta desconfianza el término "mala praxis". Muchas veces se lo usa para plantear, en verdad, una diferencia conceptual sobre el funcionamiento de la economía, no una diferencia instrumental. No voy a negar la mala praxis. Pero a veces llamamos pobreza de instrumentación a lo que es la instrumentación de una visión distinta a la nuestra. Supongamos que Axel Kicillof dijera hoy: "Yo quiero tener tipos de cambio múltiples". Algunos economistas dirían que es mala praxis. Pero otros podrían decir que es una visión "peronista de los cuarenta" acerca del funcionamiento de la economía actual, o aun podrían decir que los tipos de cambio múltiples son la política que mejor se adapta, todavía hoy, a las necesidades de la heterogénea estructura productiva argentina. Pongo un ejemplo menos especulativo. ¿Fue el "cepo cambiario" mala praxis o la alternativa que eligió Cristina para evitar, al menos temporariamente, una depreciación real y una caída de los salarios reales? Quizá fue un error de cálculo, porque pienso que el cepo le enajenó las simpatías de las clases medias dolarizadas, pero un error de cálculo no es mala praxis. ¿Hubo mala praxis en el diseño técnico del cepo? No quiero entrar en detalles, pero yo creo que sí, del mismo modo que, como sabemos los historiadores económicos, hubo errores técnicos muy costosos en el diseño del control de cambios de septiembre de 1931, que Pinedo y Prebisch corrigieron en noviembre de 1933. Lo que en definitiva quiero decir es que distingamos entre diferencias de visión, errores de cálculo y mala praxis.

RH: Esta distinción es muy relevante, la comparto. Nos recuerda que, en una sociedad democrática, no hay un único camino ni un solo punto de llegada. Cuando hablo de mala praxis pienso en políticas que, sin entrar a discutir los objetivos últimos que persiguen, no aciertan al momento de definir cómo alcanzarlos o, por otro lado, en

medidas cuyo costo ya de entrada se puede adivinar mayor que el beneficio eventual que puedan producir. Pongo un ejemplo: la falta de comprensión sobre las consecuencias que podía acarrear la adulteración de la estadística pública que comenzó en el último tramo de la presidencia de Néstor. Ese camino, del que es difícil salir sin que se note, terminó contaminando todo el sistema estadístico, y finalmente obligó a bajar la persiana del Indec. Más importante, el problema inflacionario no solo no se atenuó sino que, perdidas las referencias objetivas sobre su evolución, tendió a agravarse. Con una inflación en alza, recrear un mercado de capitales local que pudiera prestar a mediano y largo plazo se hizo imposible. Es difícil crecer sin crédito. Y además, condenó a los sectores de menores ingresos, los que menos pueden protegerse de la inflación, a renunciar al ahorro –el que abre el camino al auto y sobre todo a la vivienda, a la máquina o la heladera industrial que permiten crear un emprendimiento propio– y a vivir con un horizonte más chico, en el puro presente del consumo. Finalmente, la falsificación de la estadística pública le hizo perder al país la posibilidad de financiarse con ahorro externo, en un momento en que era abundante y barato. En fin, Néstor y Cristina terminaron pagando un precio excesivo por seguir las ocurrencias de gente como Guillermo Moreno.

PG: Quizá no estemos discutiendo una cuestión de fondo. Y hasta podría agregar algo en tu línea que no se ha discutido. Cuando los gobiernos kirchneristas falsificaron las estadísticas y subestimaron la inflación, lo que finalmente hicieron fue destruir el impuesto a las ganancias con escalas progresivas, el centro de una tributación moderna y justa. Congelaron las alícuotas, cada vez más gente pasó a pagar –lo que no me parece grave–, pero casi todos esos contribuyentes pasaron a pagar en el nivel más alto del 35%, lo que tornó muy impopular al impuesto. Si el kirchnerismo quiso ser progresista, en este caso encaró la ruta equivocada.

RH: Sí, y no solo fallaron al ideal progresista en lo que se refiere al impuesto que en casi todas partes se llama impuesto a la renta o al ingreso. Nunca, por ejemplo, propusieron una reforma que atendiera el otro costado de la tributación progresista, el dirigido a gravar el patrimonio y, sobre todo, ese gran productor de desigualdad que es la riqueza heredada.

PG: Estoy de acuerdo.

RH: En tus trabajos no le asignás mayor relevancia analítica al problema de la corrupción, de la apropiación ilegal de recursos públicos. Es un árbol en el bosque, parte del paisaje. Estoy de acuerdo con esta idea en términos generales. Pero también sabemos que, pasado cierto umbral, la corrupción produce una mala asignación de los recursos públicos y termina debilitando al Estado. Hay dos capítulos de nuestra historia reciente donde, por la escala del fenómeno, vale la pena preguntarse por su relevancia y sus consecuencias. El primero es la presidencia de Menem, que dio lugar a muchos negocios sucios, sobre todo con motivo de la privatización de empresas públicas de su primer gobierno. Y el segundo es la era pingüina, centrado en la obra pública. En comparación con etapas anteriores, en este último tramo la corrupción adquirió un carácter más estructural y sistemático, y más controlado desde el núcleo del poder. Los Kirchner parecían animados por la idea de que, para alcanzar mayor autonomía política, no conviene depender de las contribuciones, siempre condicionales e inciertas, del empresariado, y que más vale generar fuentes de financiamiento propias. En algún momento, la bestia se les escapó de las manos, con las consecuencias que conocemos a través de investigaciones periodísticas como las de los cuadernos de las coimas. Al margen del juicio moral que nos merezca, la pregunta es cuán importante te parece esto como problema de economía política.

PG: Me rindo. Hace bastante que me he rendido, aunque no lo he reconocido públicamente. La corrupción nunca me pareció un elemento explicativo en la economía política. ¿Roca o Yrigoyen no les pedían préstamos privilegiados a los bancos públicos? Puedo explicar la economía política de Roca e Yrigoyen sin eso. ¿Necesito los negociados de los años treinta para construir una historia económica sobre el período?; ¿y las zonas oscuras de los contratos petroleros de Frondizi? Nunca me pareció necesario, y sé que me gano muchos enemigos con esta afirmación. Pero me doy cuenta de que algo ha cambiado cualitativamente desde Menem y, particularmente, con el kirchnerismo. Lo has contado muy elocuentemente. Ahora bien, una vez declarada mi rendición, debo decir que a mis 75 años prefiero dejarles a las nuevas generaciones la tarea de integrar la corrupción al análisis de la economía política. No sé cómo hacerlo. Si ahora mismo llegara un encuestador y me preguntara: “¿Por qué perdió Cristina las simpatías de los sectores medios después del triunfo de 2011: porque se descubrió el sistema corrupto del kirchnerismo o porque puso el cepo, les dificultó a las clases medias ahorrar en dólares y se deterioró la economía?”, me temo que me inclinaría por la segunda opción. En otras palabras, mi

reflejo sigue siendo que la corrupción emerge como problema político cuando alguna otra cosa está funcionando mal. Seguramente, deberé luchar contra mis reflejos, pero quienes quieran incorporar a la corrupción como causa del estancamiento económico y de las crisis económicas deberán, a su vez, aceptar la complejidad del desafío. Dejame poner tres ejemplos "solo para molestar", como dicen los brasileños. Uno es China, la nueva superpotencia: Branko Milanovic acaba de publicar *Capitalismo, nada más*, un libro en el que la corrupción es un ingrediente de su modelo de crecimiento. Un segundo ejemplo, más modesto, es el Perú de 1990 en adelante: los presidentes caen, se suicidan o van presos por las causas de corrupción, pero eso no frena su dinámica económica. Mi ejemplo favorito viene de más lejos: Italia y su *boom* económico de los años cincuenta y sesenta. Supimos en los años noventa, por el proceso popularmente conocido como "Mani pulite", que el arreglo multipartidario para el financiamiento ilegal de la política había nacido en 1947. De hecho, ese arreglo, suele decirse, facilitó la instrumentación de políticas procrecimiento. Algo así como que la corrupción fue el lubricante del crecimiento.

RH: Es así. Y podríamos seguir sumando ejemplos. El Brasil de Lula, con todo lo que significó en términos de progreso social –y que tomó un camino muy distinto en lo que se refiere, por ejemplo, a solvencia fiscal y política antiinflacionaria–, funcionó con un vasto sistema de distribución de prebendas a sus aliados, en el Parlamento y el mundo de la empresa. Este arreglo funcionó durante el período de éxitos del PT, pero se convirtió en objeto de impugnación extendida y malhumor ciudadano cuando, en los años de Dilma, llegó la recesión. Estos casos nos muestran que la denuncia de la corrupción muchas veces encubre otras demandas, moviliza otras agendas. Pero aun sabiendo que la relación entre corrupción y crecimiento económico es compleja, y que para entenderla es preciso ir más allá del juicio moral, creo que la lucha por alcanzar mayores niveles de transparencia en el uso de los recursos públicos debe ser pensada como parte de la lucha por la construcción de una sociedad más democrática, en la que todos seamos iguales ante la ley, en la que no haya atajos para nadie. En este punto, la Argentina sigue en deuda.

PG: Así es.

RH: Quiero cambiar el foco, ya que poner la atención sobre estos temas nos invita a mirar el debe, no el haber, de la era kirchnerista. Hay

otros elementos que nos permiten ensayar un acercamiento más empático, siempre necesario, y siempre presente en tus trabajos. En este caso, además, hay buenas razones para hacerlo. Los gobiernos Kirchner fueron sensibles a la necesidad de restaurar el daño social que había producido un cuarto de siglo de retroceso económico, acentuado en los años de la hiperinflación y el giro hacia el mercado, y profundizado por el derrumbe de la Convertibilidad. No fueron los únicos que hicieron política con la bandera de la justicia social, ni los únicos que batallaron para imponerla en la agenda pública. Pero, pese a todo lo malo que pueda decirse sobre ellos, los gobiernos kirchneristas llevaron esta marca, que no se explica solo por el "aliento en la nuca". Hicieron suyos dos argumentos muy valiosos: que la Argentina no tiene futuro si no se convierte en un país menos fracturado por el desempleo, la pobreza y la desigualdad, y que no es posible alcanzar este objetivo sin cuestionar los privilegios de los poderosos. Pese a todas sus zonas grises, el kirchnerismo se identificó con estas ideas. Luego, y como suele suceder en mayor o menor medida con todo proyecto de poder, terminó conviviendo más de lo que sería deseable con aquello que decía querer cambiar. Sobre todo si el tan ansiado crecimiento económico, que es condición necesaria para el progreso social, termina revelándose una quimera.

PG: Con tan altos niveles de pobreza urbana y con este ciclo de expansión económica con poca industria y poca creación de empleo formal, no fue posible alcanzar logros perdurables en el terreno social, y el kirchnerismo indudablemente fue una víctima de esta limitación. El mundo de la pobreza y el trabajo informal alcanzó más volumen, y esto se combinó con el hecho de que los sindicatos fueron perdiendo fuerza como consecuencia de la expansión de los servicios, producto de cambios estructurales que ocurren en todas partes del mundo, pero que aquí se vieron acentuados. A veces se acusa al kirchnerismo de ser el partido de los pobres y el partido del asistencialismo social. Pero esta afirmación invita a la repregunta. ¿No estamos confundiendo al cristinismo posterior a 2015, en el llano, con lo que el kirchnerismo construyó desde el poder? Conscientes de la fragilidad de la representación política y de su sistema de lealtades, Néstor y Cristina usaron el dinero de manera desenfrenada para irradiarse desde su núcleo –que también les costó construir– hacia las franjas medias: las moratorias previsionales, los subsidios tarifarios, el propio atraso cambiario. El problema es que, cuando se pierde el poder del Estado, mucho de eso se evapora. Algo así le ocurrió también a Perón después de 1955. El regreso de Perón es una historia que nace en 1970, no el fruto de una resistencia popular prolongada (un mito poderoso, pero naturalmente falso).

RH: Dejame decirte algo sobre ese núcleo duro, porque tu mención a Perón nos recuerda que ese mundo popular fue mutando con el tiempo, obligando a cambiar también a sus voceros e intérpretes. Una buena prueba de ello la encontramos en un libro inspirador de Steven Levitsky, *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista*. Levitsky muestra cómo ya en la década de 1980 el peronismo se fue acomodando a un nuevo paisaje social signado por el empobrecimiento y el retroceso industrial. Lo que en tiempos de Perón fue una fuerza que pivoteaba en torno a la clase obrera fabril y la organización sindical, se transformó, gradualmente, en un partido cuya base estaba en el mundo de la pobreza y el trabajo informal. Sobre todo en el crucial conurbano. Levitsky hizo su estudio en los años del cambio de siglo y sacó su libro en 2003, por lo que apenas pudo entrever la verdadera magnitud de esta deriva. Sin embargo, su argumento tiene una gran fuerza persuasiva para entender por qué el kirchnerismo terminó convirtiéndose en la opción política preferida de grupos minoritarios de las clases medias politizadas de sensibilidad nacional-popular, pero, sobre todo, en la fuerza que mejor representa al tercio inferior de la pirámide social, a esos que siguen a la intemperie. Su capacidad para convocar a los trabajadores formales mejor remunerados y a las clases medias fue más acotada y variable en el tiempo. Basta ver las discusiones sobre el impuesto a las ganancias de los trabajadores, que cada dos por tres regresan a la discusión pública, para advertir esta tensión.

PG: El kirchnerismo en el llano, después de 2015, debe ser entendido como una expresión política del mundo de la pobreza, de las periferias urbanas, y en particular, del Gran Buenos Aires. Por eso se vio obligado a construir una coalición más amplia para los comicios presidenciales de 2019. En los años de Menem ese mundo no tuvo voz… Lo de Menem fue teoría del derrame en estado puro: la victoria universal del capitalismo y que los perdedores se defiendan como puedan, con el solo amparo de las iglesias –católicos, evangelistas–. Pero en algún momento ese mundo de la pobreza iba a encontrar su voz. Duhalde fue el comienzo, y Néstor y Cristina –sobre todo Cristina, porque le tocó gobernar en el momento en que cayeron los términos del intercambio y tuvo que redoblar la apuesta asistencial– representaron el otro extremo. Cuesta entender si el kirchnerismo podía ser una cosa distinta a lo que emerge del libro de Levitsky. Pero hay que señalar, sin embargo, que lo que sobrevive de los sindicatos no es poco, sobre todo en el sector de servicios, y mucho más si se lo compara con el resto de América Latina. Siempre aparece un Moyano o un Palazzo, y no me extrañaría que aparezcan otros. Y, además, del otro lado, emerge no solo el

asistencialismo, sino también la representación de los trabajadores informales, que ha logrado algo inesperado: imitar la organización de los sindicatos formales, reclamando empleo y obras sociales. El mundo del trabajo está fracturado, pero de ambos lados hay voz.

RH: Así es. El sindicalismo se fortaleció en los años de recuperación económica post-2002, y tuvo mucha más vitalidad que en la década dominada por el capitalismo de mercado. Basta pensar que en octubre de 2010 Hugo Moyano se atrevió a proclamar, ante una multitud que llenaba el estadio de River, que, al igual que el Brasil de Lula, la Argentina estaba madura para un presidente obrero. Fue más lejos que Vandor. La centralidad de una figura como Moyano, pero también de dirigentes del sector público o bancario, muestra bien que el centro de gravedad del mundo gremial se ha desplazado de la manufactura a los servicios. Pero, además, muestra que allí se detuvo su avance. Hay una brecha entre ese sindicalismo y el mundo del trabajo informal. Tenemos ante nuestros ojos a un mercado de trabajo fracturado, sobre el cual se montan dos trayectorias sociales y dos tipos de relación con el Estado y la política. Una es la de raigambre laborista, y tiene en su centro al trabajador organizado. La otra es más novedosa, hija de la crisis y el desempleo; si tiene algún linaje histórico es, ante todo, el del peronismo de las provincias pobres. No son experiencias incomunicadas, y de hecho la importancia de las organizaciones de desocupados y trabajadores informales, excepcional en América Latina, debe mucho a la historia más larga de movilización popular a la que ya nos hemos referido varias veces. Allí también late el deseo de reconocimiento e inclusión. En los últimos años ha habido un valioso intercambio de ideas sobre las posibles derivaciones políticas de este panorama bifronte. Para algunos, nos encontramos ante un mundo popular irremediablemente dividido en dos universos, con demandas distintas y en tensión. El resultado es una fractura de la representación de las mayorías tal como la conocimos durante la larga hegemonía peronista: el ocaso del trabajador formal como la figura que resume y simboliza la unidad de las clases populares. Otros, en cambio, consideran que no debemos apresurarnos a decretar el fin de una época. Me parece que en este tema aún no se ha dicho la última palabra. Mucho dependerá de cuánto logre la Argentina en las próximas décadas. La pandemia pone un signo de interrogación sobre este futuro y nos vuelve más pesimistas. Pero, como siempre, la política tiene un papel decisivo que desempeñar en la creación de las condiciones que hagan posible el crecimiento y, sobre todo, un crecimiento inclusivo.

PG: Solo me quedo con un interrogante final. En un trabajo sobre la expresión política de la fractura social, Juan Carlos Torre se pregunta si esa fractura en el mundo del trabajo puede ser suturada por la política. La respuesta, provisoria, la encontramos en las elecciones que llevaron a Alberto Fernández a la presidencia. Yo dudaba de que pudiera ocurrir, y sigo dudando en plazos más largos si no se resuelve al mismo tiempo la vacancia de un patrón de crecimiento, esa vacancia a la que le hemos dedicado no poco de estas conversaciones. Por un tiempo, el kirchnerismo pudo suturar lo que el menemismo rompió. Como dijimos, la reactivación fue su sueño eterno, el mito del Ave Fénix que surge una y otra vez de las cenizas para, al poco tiempo, volver a ser ceniza. En todo caso, si esa sutura se produce en medio del desempeño económico mediocre y la volatilidad, aquello que quede unido solo tendrá el poder de la resistencia, un retorno a la sociología de la coalición defensiva de Guillermo O’ Donnell, pero un retorno agresivo y efímero. Un grito. Ni siquiera tendrá sentido el concepto de empate hegemónico, porque no habrá empate. Y si la sutura no se produce porque no emerge ese patrón de crecimiento que brinde a la sociedad algo más que un breve exitismo financiero, habrá que pensarlo todo de nuevo. Todo de nuevo.

9. La era Macri

“Hoy hay sectores medios que se sienten mucho más cómodos porque no tienen que hacer oídos sordos a lo que dicen los dirigentes radicales progresistas, no tienen que disimular que no los escuchan. El radicalismo servía para pelear contra el ‘horror peronista’, pero no era una herramienta muy cómoda para muchos votantes de la clase media, de tendencia conservadora. Esto ha cambiado. Hay mucha gente que escucha al PRO y dice: por fin alguien nos habla en el idioma que siempre quisimos escuchar. Menos estatismo, una economía más abierta, una mirada más globalizada. Eso es lo que ha movilizado el PRO y, por extensión, la coalición Cambiemos, cuyos matices minoritarios liberal-progresistas y demócrata-cristianos están presentes, persisten y pueden crecer, pero que en conjunto ha desterrado de su abanico de posibilidades la tradición nacional-popular”.

“La idea del impulso reaccionario de Macri puede parecer exagerada, pero se condensa en una consigna que usó repetidamente: ‘Nuestros problemas vienen de setenta años’; esto es: nuestro problema como nación es el peronismo, el partido de base nacionalista-popular. Si pudiéramos desarmar pieza por pieza lo que se armó en 1945 seríamos un gran país. Retomo a Albert Hirschman una vez más: eso es retórica reaccionaria. Afortunadamente, fue solo retórica”.

Roy Hora: Luego de cuatro años de estancamiento, de pobres realizaciones y expectativas frustradas, la derrota del oficialismo en las elecciones de 2015 no debería sorprendernos. Más llamativo fue que lo venciera una coalición articulada en torno al PRO, el partido creado por Mauricio Macri. Dado que el PRO es una fuerza que parece haber venido para quedarse, comienzo dirigiendo la atención hacia sus peculiaridades. Es otro hijo de la nueva política, asistida y alimentada por las redes sociales. Como tantos otros nuevos partidos en Europa o América, surgió en un contexto marcado por la erosión de las identidades políticas y sociales y las lealtades partidarias que le dieron forma a la disputa por el poder a lo largo del siglo XX, que terminó debilitando ya no solo a las fuerzas de izquierda sino también a muchas de centro y derecha. Pero aquí comienzan a verse las diferencias. De Hungría a los Estados Unidos, la oferta electoral nacida tras la gran recesión iniciada en 2008 no solo impugnó a las élites dirigentes, sino que adquirió una fuerte tonalidad proteccionista y populista. El PRO, en cambio, se declara antipopulista y proapertura. Al igual que en el caso del ascenso de Jair Bolsonaro en Brasil, para entender al PRO hay que prestar atención a las singularidades de los sistemas políticos nacionales. Es un producto de 2001, del derrumbe del radicalismo y del reclamo de "¡que se vayan todos!", pero también de una historia más larga. Entre muchas novedades de superficie, el pasado sigue importando.

Pablo Gerchunoff: Creo que en este aspecto la pregunta que debemos tratar de responder es: ¿por qué aparece el PRO en la escena política? Es decir, ¿por qué ha mostrado una fuerza y una persistencia inicial y una resistencia tan extraordinaria a sus propios errores y a sus propios problemas? Esto se debe, creo, a que vino a resolver un problema para muchos votantes. Observar ese problema en el largo plazo, dando un rodeo por la historia del radicalismo, ayuda a entenderlo. Desde Yrigoyen en adelante, la Argentina de la democracia de masas fue un sistema que, cuando fue democrático,

tuvo algo parecido a un bipartidismo o, mejor, visto en secuencia, a un movimiento nacional y popular que después fue reemplazado por otro. Pero ese primer movimiento nacional y popular, el radicalismo, no vivió con armonía y tranquilidad su sustitución por el peronismo. Desde 1945 tuvo una base social y electoral de clase media, en buena medida conservadora, muy distinta a la que la mayoría de sus dirigentes quería tener. Es decir, siempre aspiró a convertirse nuevamente en un partido mayoritario de base popular, a volver a ser como había sido con Yrigoyen, pero ahora con el apoyo de los sindicatos. No todos los dirigentes radicales pertenecen a esa tradición yrigoyenista, y los que pertenecen a ella no la abrazan todo el tiempo, pero al final del día ese llamado estuvo muy presente, y generó una tensión permanente entre el sistema de ideas de los dirigentes y su electorado. Un ejemplo inicial fue la Declaración de Avellaneda. El Tercer Movimiento Histórico es una manifestación de que, aunque con novedosos tintes socialdemócratas, el último caudillo radical seguía pensando en estos términos.

RH: Me parece bien tratar de entender el éxito del PRO mirándolo en relación con aquello a lo que vino a complementar o reemplazar, y atendiendo no solo a su oferta sino también a lo que sus votantes esperan de él. Muchas veces hemos centrado demasiado la mirada en su propuesta, o en el origen de sus dirigentes, prestando menos atención a cómo lo ven sus votantes, qué le reclaman. Y este ángulo de observación tiene mucho potencial analítico porque, pese a que a nosotros, profesores, nos gusta mucho mirar el mundo de las ideas y los discursos, lo cierto es que en nuestro país el principal determinante del voto no es la ideología sino la condición de clase. Los de abajo votan de una cierta manera; los del medio y los de arriba, de otra. La oferta partidaria debe hacer sus apuestas en un esquema que sólo tiene dos grandes casilleros, y que reserva poco espacio para expresiones más ideológicas, ya sea de derecha o de izquierda. Al enfocarlo desde este ángulo se advierte que el PRO es un partido que, en muchos aspectos, mejora lo que la UCR tenía para ofrecer. Desde la consagración del peronismo como partido mayoritario, el radicalismo quedó confinado a funcionar como una fuerza cuyo único público posible estaba en las clases medias y altas y, para peor, tuvo que hacerlo en un contexto en el que el enfrentamiento de clase se hizo más abierto. Pero sus viejas tradiciones partidarias siguieron pesando, arrastrando su discurso y a veces su práctica hacia el cuadrante "democracia con contenido social" de la vida cívica. El radicalismo no pudo cosechar muchos éxitos porque este espacio estaba saturado por el peronismo pero, al mirar su manera de interpelar al electorado, se

ve que tampoco se movió demasiado de allí.

PG: Lo que quiero enfatizar es que un sistema político con dos partidos fuertes, en el que el predominante es un partido de la tradición nacional y popular con un componente autoritario, y el otro es de la tradición nacional y popular con un componente más democrático, es un sistema político muy sesgado. Así vivimos por décadas. En ese sistema, el votante medio del radicalismo –ese votante de clase media del que hablamos– usó por mucho tiempo al radicalismo para oponerse al peronismo, pero nunca terminó de sentirse expresado por el radicalismo de manera satisfactoria y plena. El radicalismo era una expresión muy imperfecta de buena parte de esas clases medias. Siempre hubo una suerte de incomodidad mutua. Me acuerdo de que Alfonsín decía: "No te preocupes tanto por quién te vota, preocupate por a quién votás". En esa frase, por cierto muy aguda, estaba aceptando a sus votantes, pero también estaba revelando su impulso profundo: el de competir con el peronismo por el favor de las clases trabajadoras. Ese, el de no haber podido ganarse a las clases trabajadoras, fue su fracaso de fondo, mucho más que los enormes problemas económicos con que terminó.

RH: Así es. El radicalismo triunfaba en Caballito y Barrio Norte, pero no quería renunciar a recuperar el conurbano industrial, a Lanús, Avellaneda o San Martín. Y por mucho tiempo siguió proponiendo una agenda de gran contenido social, e incluso progresista, y hablaba de temas que tenían poco que ver con las demandas de sus votantes. Hablaba de socialización de las ganancias o la reforma agraria, presente en la retórica de sus dirigentes progresistas hasta la década de 1970. Fue Ricardo Balbín, pero no quería renunciar a ser Moisés Lebensohn. ¡Vos mismo, que te describís como un "liberal de izquierda", fuiste funcionario del gobierno radical! Agrego que este desajuste entre oferta y demanda electoral nos retrotrae al incómodo lugar que la era democrática les reservó a las clases medias, producto del hecho de que, desde muy temprano, el sufragio obligatorio hizo que el centro de gravedad del sistema electoral se corriera abruptamente hacia la base. Los problemas políticos de las clases medias no comenzaron con el peronismo. Ya en septiembre de 1930, cuando una Plaza de Mayo repleta de gente vestida con saco y corbata vivó al general Uriburu, se vio que había un desfasaje entre la oferta partidaria y las demandas de importantes sectores de las clases medias. Es un costado, bien problemático, del impulso democrático que marcó a nuestro siglo XX. Los trabajadores fueron, primero, predominantemente radicales y, luego, masivamente peronistas. Las

clases medias, en cambio, se movieron más, y en distintas direcciones, incluso acompañando gobiernos militares. Pero, dueño de cerca de un tercio de los votos, el radicalismo siempre obturó la emergencia de un partido con un discurso de derecha, o centro-derecha, más definido. Hasta que, como muestra Juan Carlos Torre en un trabajo sobre "los huérfanos de la política" al que ya nos hemos referido, el colapso de la Alianza lesionó la relación entre radicalismo y clases medias de manera perdurable, y dejó a la fracción mayoritaria de ese grupo a la deriva, en disponibilidad.

PG: Cuando ese radicalismo entró en crisis como consecuencia del derrumbe del gobierno de Fernando de la Rúa y se produjo una vacancia de representación política, se abrió el espacio para que emergiera una fuerza política nueva, del estilo que vos describías al comienzo de esta charla, con un fuerte componente de rechazo a la vieja política, de novedad frente a lo viejo, pero, sobre todo, que no sentía vergüenza alguna de proclamar que representaba a quienes representaba. Ya no era el Movimiento de Intransigencia y Renovación ni nada por el estilo, sino el PRO, un movimiento de centro-derecha, difícil de definir acabadamente, pero en todo caso sin ninguna identificación con la tradición nacional y popular. Es curioso porque, en realidad, Macri tuvo sus primeros escarceos políticos pensando en hacer carrera dentro del peronismo; hacia allí quiso arrastrarlo Ramón Puerta. Pero sus éxitos los iba a cosechar, más tarde, en otro cuadrante del espacio social y político. Es muy comprensible. Macri ocupó el lugar que había quedado vacío. Y lo hizo, y yo creo que por él el PRO lo sigue haciendo, con extraordinaria eficacia.

RH: Si Macri hubiera seguido el consejo de Puerta, podría haber sido otro hijo de Menem, como lo fueron Carlos Reutemann o Daniel Scioli, o el propio Palito Ortega. Esto no solo por lo que Macri representa en términos políticos, sino porque el peronismo siempre estuvo abierto a incorporar figuras provenientes de otros campos (el deporte, la farándula, tal vez algo menos el mundo de la empresa). En cambio, el radicalismo que emergió de la debacle de 1945-1951 fue por décadas una organización más endogámica, más reacia a admitir elementos extraños en su seno.

PG: Si hubiera sido un hijo de Menem, un lugar hubiese seguido vacante: el de expresión de las clases medias, porque el radicalismo ya no podía cumplir bien esa función. La situación lo fue alejando de la opción peronista, y la manera en que terminó aliado al radicalismo lo debe haber

sorprendido incluso al propio Macri.

RH: Tuvo suerte, pero también supo esperar su oportunidad. Atrincherado en su fortaleza porteña, donde se sabía inexpugnable, dejó pasar la elección de 2011, el gran momento de Cristina. Y en 2015 se encontró con la posibilidad de liderar la coalición opositora, luego de que la recesión y el control de cambios ralearan las filas del oficialismo y erosionaran la relación entre Cristina y sus votantes de clase media. Golpeado y falto de líderes con atractivo electoral, el radicalismo no pudo resistir la tentación de unir su suerte a un candidato que tenía chances de ganar la elección presidencial aglutinando el voto no peronista (que, como ya dijimos, se había mantenido disperso desde el derrumbe de la Alianza), y que le permitía volverse más competitivo en los demás cargos electivos. Se entiende: aunque la oferta de Macri fue bastante mezquina, fue difícil de resistir para un partido que en ninguna de las tres elecciones presidenciales posteriores a 2001 alcanzó el 20% de los sufragios. Había un electorado vacante que la UCR ya no lograba captar.

PG: Macri se quedó con la mayoría de los votos del radicalismo, y con un abanico más grande aún, conformando lo que Ignacio Zuleta llamó el partido del balotaje. Pero, por lo que venimos diciendo, fue algo más que una alianza. Me parece que Ernesto Sanz, un dirigente muy importante y muy lúcido en la historia que estamos contando, se dio cuenta de que, con la implosión –o con la compresión– del radicalismo, lo que vino a reemplazarlo iba a tener otra gestualidad política, otro discurso político, y que eso no sería solamente el producto de las innovaciones tecnológicas para hacer campaña, sino que estaría determinado por algo más profundo. Pondría fin al divorcio entre la sociología del voto radical y el discurso político de sus líderes. Hoy hay sectores medios que se sienten mucho más cómodos porque no tienen que hacer oídos sordos a lo que dicen los dirigentes radicales progresistas, no tienen que disimular que no los escuchan. El radicalismo servía para pelear contra el "horror peronista", pero no era una herramienta muy cómoda para muchos votantes de la clase media, de tendencia conservadora. Esto ha cambiado. Hay mucha gente que escucha al PRO y dice: por fin alguien nos habla en el idioma que siempre quisimos escuchar. Menos estatismo, una economía más abierta, una mirada más globalizada. Eso es lo que ha movilizado el PRO y, por extensión, la coalición Cambiemos, cuyos matices minoritarios liberal-progresistas y demócrata-cristianos están presentes, persisten y pueden crecer, pero que en conjunto ha desterrado la tradición nacional-popular.

RH: Todavía está por verse qué peso relativo tienen estas dos tradiciones políticas dentro de las cuales se mueve el universo de Cambiemos, o Juntos por el Cambio, o como quiera que se llame de aquí en adelante la coalición organizada en torno a la alianza entre el PRO y la UCR. Puede suceder que la pata liberal-progresista alcance más relieve. Improbable, aunque no imposible. Aclaremos, por las dudas, que cuando hablamos de "liberal" lo hacemos en el sentido que suele darse a esta expresión en el hemisferio norte, no en el lenguaje nativo, donde tiene connotaciones de derecha.

PG: Liberadas de la tradición nacional-popular, las clases medias pueden persistir en un liderazgo a la Macri, pero también puede ocurrir que el fiel de la balanza se corra a una posición más liberal-progresista. Por el momento no ha sido así, pero no descarto que ocurra en el futuro. Ahora, gobernando Alberto Fernández, hay algún debate interno en ese sentido. Lo que definitivamente ha quedado fuera del horizonte es la visión nacional-popular.

RH: Sí, parece que la tradición yrigoyenista dentro del radicalismo se agotó. El hecho de que algunos dirigentes asociados con esa izquierda radical se hayan pasado al kirchnerismo es revelador. Persiste, sin embargo, ese mundo de las clases medias que tiene un alma progresista, con tintes liberales, sobre todo en el plano de las costumbres, muy visible en distritos como la ciudad de Buenos Aires. Es el ambiente donde se impuso el pañuelo verde, protagonista de la gran revolución de nuestros días, para mí lo mejor que la política argentina nos ha dado en estos últimos años (y no sólo por su agenda sino también por su capacidad de empujarla convocando a una movilización que trasciende las fronteras partidarias). Y el ambiente en el que florece, entre los más jóvenes, la preocupación por la crisis ecológica, un tema que, pese a su importancia, todavía no ha encontrado expresión política. En su momento, hacia ese sector social apuntó, con bastante éxito, una propuesta como la de Chacho Álvarez y su Frente Grande. Pero cuando consideramos a las clases medias en su conjunto, esta sensibilidad progresista se revela minoritaria. No es un fenómeno nuevo. Lo fue incluso en momentos en que la política argentina más se corrió a la izquierda, como la primera mitad de la década de 1970. Lo mostró Sebastián Carassai en sus estudios sobre las clases medias. El otro mundo de las clases medias, de impronta más conservadora y cristiana, tiene tanto o más volumen. Para volver al ejemplo pre-2001, es el sector que se sentía más a gusto con un

liderazgo como el de Fernando de la Rúa que con uno como el de Chacho Álvarez. Y para una propuesta como la de Macri, es más fácil sintonizar con este último universo, y no solo con sus sectores más prósperos, más internacionalizados y dotados de más credenciales educativas. Una coalición dominada por el discurso político y los valores del PRO –sintetizados en palabras como “esfuerzo individual”, “meritocracia”, “eficiencia”, “competencia”, pero también “orden”, “familia” y “trabajo”, y marcado por su desconfianza hacia el poder sindical y las transferencias hacia los más pobres– es algo más que una mera coalición electoral: constituye una oferta muy bien ajustada a las expectativas e ilusiones de sectores muy importantes de las clases medias. Por eso una vez que el PRO de Macri logró atemperar su imagen de partido de ricos y de empresarios, su discurso encontró mucho eco en aquellos distritos, de la CABA a Mendoza, donde esa sociedad de clases medias tiene mayor gravitación.

PG: Cuando uno mira el mapa del voto en las elecciones de 2015, y también el de 2019, se dice frecuentemente que se parece a una camiseta de Boca. Es la famosa franja amarilla entre dos mundos azules. A mí me parece que ese mapa es muy esquemático, que esconde muchos matices. Pero provisoriamente puede servirnos. Allí se observa una sociología de ese voto que en realidad no se diferencia mucho de la sociología inicial del voto a Yrigoyen en 1916. Dejando de lado el caso de la Patagonia, una región rica en la que el voto peronista es predominante también entre las clases medias, y tal vez de algunos distritos de fuerte tradición peronista, el resto del país se ajusta bastante a este patrón. Me parece que hubo ahí un proceso de construcción de una lealtad política, de un afecto político entre ese movimiento naciente y sus bases electorales, que es lo que ha llevado a esa obstinación en votar a un gobierno, aunque fracase, porque es “el nuestro”. Creo que teníamos un antecedente: el del voto por Angeloz en medio de la hiperinflación de 1989. Era una especie de llamada histórica, que traza un lazo con aquello a lo que el PRO viene a suceder y superar. No tengo ahora los números a mano, pero me parece que la franja amarilla se hizo más nítida y persistente desde la crisis de la 125, la ruptura del kirchnerismo con la pampa productiva, un regalo al Macri que vendría.

RH: El PRO mejoró la oferta de ese radicalismo en parte porque en el último cuarto de siglo la fractura social argentina se hizo más profunda, y a la vez, más moldeada por los cambios sociales y culturales que trajo la globalización. Interpela a una sociedad más dividida, y más consciente de esa división. Y pese a todo lo que pueda

decirse, la propuesta del PRO es más sensible a las demandas de diversidad y modernidad cultural que imperan entre las clases medias de las grandes ciudades que lo que en su momento pudieron ofrecer otras expresiones de nuestra derecha o centro-derecha, ya sea de origen radical como liberal (pienso no solo en figuras como Alsogaray sino también en la efímera experiencia del Recrear de López Murphy, que en las elecciones presidenciales de 2003 obtuvo casi el 20% de los sufragios, pero que al cabo de unos pocos años perdió volumen y terminó absorbido por el PRO). No me imagino a la UCeDe o a Recrear como organizaciones capaces de convivir, e incluso promover, a una militante consecuente de la agenda feminista como Silvia Lospennato.

PG: Para retratar la fisonomía del mundo social que constituye el principal electorado del PRO y de la coalición política que integra, me apoyo en algunas ideas de Manuel Mora y Araujo, que escribió trabajos muy interesantes sobre la estructura social de nuestro país. En su mapa sociológico, Manolo veía un conjunto de sectores internacionalizados y una clase media que "se percibe" como competitiva, que puede aspirar a la movilidad social, que representa un 38-40% del voto total. Estos sectores no se definen solamente por su ingreso. En su esquema, Manolo ve que los sectores medios están integrados por esa clase media competitiva y, al lado, están también la cultura sindicalizada y la cultura de la clase media tradicional. Por supuesto, uno nunca puede establecer una relación uno a uno entre resultados electorales y sociología de esos resultados; para conectar esos dos universos está la política. Pero este panorama nos sirve como punto de partida para entender qué es el PRO. Un partido cuyo líder tenía una enorme resistencia al radicalismo, pero que terminó quedándose con sus votos y hasta exagerando su antiperonismo. Es curioso, porque allí adentro hay dirigentes peronistas que nunca renegaron de su peronismo, pero son en gran porcentaje peronistas porteños, algo así como un oxímoron. Horacio Rodríguez Larreta, el alcalde de la ciudad de Buenos Aires, ahora el más popular de sus dirigentes, es exactamente eso. Alguien debería estudiar en detalle el peronismo porteño y su influencia secreta en la política nacional. Carlos Pagni ha dicho que el propio Alberto Fernández es un producto del peronismo porteño.

RH: Alberto Fernández es un producto del peronismo porteño y de la sociedad porteña. Basta ver su familia –una familia del siglo XXI– para advertir cuánto lo separa de las costumbres que predominan en Córdoba, Tucumán o la propia La Plata. Y ese ambiente define otra manera de hacer política, muy centrada en la agenda de las clases

medias, en la que actores como el sindicalismo y temas como la pobreza están en un segundo plano. Rodríguez Larreta lo ha entendido bien, y fue también muy exitoso al momento de expandir sus apoyos electorales hacia abajo, en gran medida gracias a políticas que en algunos terrenos tienen una impronta inclusiva (urbanización de villas, por ejemplo) que no siempre es celebrada por sus votantes más fieles. Pero no es una experiencia habitual, entre otras cosas porque una ciudad con la potencia cultural, los niveles de ingreso y el presupuesto de Buenos Aires es un privilegio que nadie más posee (Rosario, por ejemplo, tiene a su "conurbano" metido dentro de la propia ciudad). De allí que en los años de Macri vimos perfilarse un sistema político con un sesgo clasista más explícito: un polo que les habla a las clases altas y medias en su propio lenguaje, y otro que, luego de que el apoyo al kirchnerismo declinara en las clases medias, interpela, de manera predominante, al tercio inferior de la sociedad. Un azul más intenso, un amarillo más nítido. Muchos elementos sugieren que, si lo que primero fue Cambiemos y luego Juntos por el Cambio logra sobrevivir unido a la pérdida del gobierno y consolida la adhesión de ese mundo del 41%, del tercio (corto o largo) superior de los votantes, este escenario tiene buenas chances de perdurar. Sin duda habrá mucha disputa por el terreno intermedio, probablemente también apuestas a formar una tercera fuerza, y desplazamientos de parte de las clases medias en un sentido y en el otro. Pero los polos en torno a los cuales se organiza la oferta electoral se recortarán con mayor nitidez.

PG: El peronismo, más precisamente el Frente de Todos que le ganó las elecciones presidenciales a Macri y ahora gobierna, está muy condicionado porque su núcleo central es el partido de los pobres, porque en la medida en que se debilita la cultura de la clase media sindicalizada, es bastante lógico que su principal expresión sea la Cristina que conocimos en el llano. La globalización intensifica esta división, porque combina integración al mundo y polarización social interna. Y esa polarización interna es, sobre todo, la fractura dentro de las clases medias. Los de arriba pueden vivir bien en París o en Buenos Aires, les da lo mismo. Los pobres ya tienen sus voceros, en una medida inimaginable hace pocos años. El problema está en el medio, y eso vuelve más desafiante la oferta electoral de Juntos para el Cambio para esa franja del electorado. Los del medio son fluctuantes. Son las clases medias bajas no internacionalizadas, que perciben o intuyen la caída de sus ingresos relativos (no solo en la Argentina), que se resienten cuando constatan la creciente protección social a los de abajo mientras ellos tienen que lidiar con el mercado, cada vez con menos instrumentos. Son los

que comprueban cada día que, para ser repositor en un supermercado, hay que haber completado la escuela media, que se perciben, por lo tanto, como sobrecalificados para los puestos de trabajo que les ofrecen. Descontentos con Cristina en 2015, una parte de ellos le dio el triunfo a Macri; descontentos con Macri, le dieron el triunfo al peronismo en 2019. Era muy improbable que, con el estado de la economía en 2019, el oficialismo pudiera ganar las elecciones presidenciales. Y de hecho las perdió, aunque por un margen menor de lo que se esperaba. No sabemos si alguna franja social en particular inclinó la balanza. En línea con lo que vengo diciendo, mi hipótesis es que las clases medias bajas desilusionadas con su destino, conscientes de que viven un proceso de licuación de su capital educativo, tienen un comportamiento electoral más volátil. A veces votan mayoritariamente peronismo; a veces votan parcialmente al arco no peronista. Pero no hace falta que cambien de una elección a otra en forma masiva. Con un porcentaje menor, definen una elección. Su descontento va a persistir. Tiene un componente estructural.

RH: Varios analistas han observado este movimiento pendular de las clases medias bajas, atribuyéndolo a veces a dimensiones aspiracionales (evocadas con frecuencia en las explicaciones del apoyo a Cambiemos en 2015 y, sobre todo, en 2017), y a veces a las alzas y bajas de su condición material (un argumento repetido al momento de explicar su vuelco hacia el peronismo en 2011 y 2019). Pero ya sea que se enfatice la cultura o la economía, estos desplazamientos nos alertan contra las visiones algo estáticas del modelo de la camiseta de Boca. Hay que ver cómo sigue la historia porque, además de los factores que estamos ponderando, y otros de influencia más circunstancial, lo que la dirigencia política sea capaz de proponerle a la sociedad también cuenta. Pero más allá de cuánto apoyo eventualmente logre concitar en ese territorio en disputa que son las clases medias bajas, la oferta de Juntos por el Cambio tiene buenas chances de consolidarse porque las fuerzas que representan al votante no peronista hoy tienen más gravitación institucional que en los tiempos de Balbín o de Alfonsín. Para empezar, la reforma constitucional de 1994, con la creación de una tercera banca de senador, aumentó mucho su representación en las provincias tradicionalmente peronistas. Distritos como La Rioja, Catamarca o Formosa dejaron de ser tan monocromáticos, y ello les da más volumen político y una implantación territorial más sólida a los que gobiernan o tienen peso en la franja amarilla. Y luego está el caso singular de la ciudad de Buenos Aires…

PG: Esa reforma fue una victoria de Menem en el corto plazo, y de Alfonsín en el largo plazo. Reelección para Menem a cambio de mayor poder a la oposición. Entre otras cosas, Alfonsín pudo ofrendarle a su partido un distrito en el que no iba a perder nunca, o casi nunca: la provincia núcleo de ese mundo internacionalizado o de clases medias que se perciben competitivas. En la ciudad de Buenos Aires, sus representantes van a ser absolutamente predominantes. No solo el PRO de Macri; antes De la Rúa.

RH: Desde 1983, el peronismo solo pudo triunfar una vez en Buenos Aires, y en elecciones legislativas, nunca para elegir jefe de gobierno. Para ganar tuvo que vestirse de menemismo, con una lista encabezada por Antonio Erman González y en la que también estaba Patricia Bullrich. Parecido es el caso de Córdoba, donde se impone la UCR o un peronismo muy singular, cuyas distintas variantes, de José Manuel De la Sota a Juan Schiaretti, tienen más afinidad con el PRO que con el kirchnerismo. Y luego está Rosario, capital nacional de la soja y otra colina que el peronismo siempre halló difícil conquistar, y donde por largo tiempo gobernó un socialismo que recoge muchas adhesiones en las clases medias, y que se alía en la provincia con el radicalismo contra el peronismo. Este conjunto no estaría completo si no mencionamos a Mendoza, emblema de una agroindustria que se siente a gusto en el mundo de la globalización. Las mayores ciudades del país tienen una impronta política similar.

PG: ¿Por qué tanta independencia todo el tiempo respecto del peronismo? Es toda la franja del centro del país, con las salvedades que hemos señalado. Y sobre todo la ciudad de Buenos Aires. Esa ofrenda que Alfonsín le regaló a su partido fue aprovechada, después de 2001, por la nueva fuerza que vino a reemplazarlo. Esa gobernación es un faro luminoso, que hechiza a sectores que están en los márgenes de estas clases medias más competitivas e internacionalizadas. La “política de las vacaciones de invierno”: familias de las provincias interiores que vienen a la ciudad y se quedan extasiadas. Macri hizo mucho por convertir a la ciudad en ese faro, y Horacio Rodríguez Larreta siguió y sigue en ese sentido. La gran fachada de la modernidad, y no tan difícil de gobernar. La ciudad de Buenos Aires tiene ingresos por persona al nivel de naciones desarrolladas. Como el resto de las provincias, no tiene que lidiar con las complicaciones de la política monetaria, pero, a diferencia de ellas, el peronismo casi no compite. Toda una rareza. Por eso te decía antes que no fueron pocos los dirigentes peronistas porteños, como el propio Horacio Rodríguez Larreta, que se incorporaron al PRO para incrementar sus chances electorales.

RH: Alfonsín jugó bien sus cartas en la Convención Constituyente: tercer senador y una nueva provincia donde el peronismo nunca iba a poder afirmarse, que además es el principal escenario de la política nacional (esto último, acentuado por las características de nuestro sistema de medios de comunicación, muy centralizado). Menem alcanzó lo que quería, pero a costa de grandes concesiones, que lesionaron a su partido.

PG: Y Alfonsín tuvo otra importante victoria. Me refiero al sistema electoral de doble vuelta a nivel nacional. Si bien es una doble vuelta "débil", en el sentido de que en la primera se puede acceder a la presidencia con menos del 50% de los votos, si el peronismo se fractura, una coalición que aglutine al arco no peronista puede llegar al poder en segunda vuelta. Eso es exactamente lo que sucedió en 2015. Fue la primera vez que ocurrió desde la reforma constitucional. Tardó, pero ocurrió.

RH: Y puso a Macri en la presidencia. Hablemos, entonces, de esta figura. Es un líder peculiar por sus orígenes y su trayectoria. En un país en el que la dirigencia política sigue formándose y reclutándose en la universidad pública y tiene un nítido perfil de clase media, es el primer presidente surgido de una universidad privada y del seno del gran empresariado. Educado en la cultura del capitalismo prebendario, su paso por la gerencia del conglomerado familiar fue poco destacado. Quizá por eso se lanzó a una segunda carrera, en la que le fue mucho mejor: se convirtió en un muy exitoso presidente de un club de fútbol muy popular como es Boca y esto, a su vez, le sirvió como trampolín para una aún más exitosa carrera política. Puede que, en algunos aspectos, sea un líder de escaso vuelo: no es un gran orador, le gusta más ver y hablar de fútbol que leer libros, carece de aprecio por la alta cultura. Pero juzgarlo de este modo es medirlo con la vara de los ilustrados, una vara torcida y poco estimulante, que deja demasiadas cosas afuera. No nos permite ver cuán grande es su ascendiente sobre sus seguidores, ninguno de los cuales hasta ahora lo ha desafiado de manera abierta, ni siquiera en tiempos de derrota electoral. Y ello al punto de que hablar de PRO y hablar de Macri ha sido, al menos hasta el fin de su presidencia, prácticamente lo mismo. Macri subordinó al radicalismo y venció al peronismo con un partido que él mismo creó y por largos años manejó a sus anchas, en la mejor tradición personalista de nuestra política. Y como Yrigoyen o Perón, su PRO forjó una nueva camada de dirigentes, pero también admitió a todos los hombres y mujeres de la vieja política que quisieron acercársele,

provenientes tanto del peronismo como del radicalismo o de la constelación de la derecha. Se mueve con más soltura en los círculos de la gran política internacional que cualquier otro dirigente argentino de primera línea. Más allá de qué suerte corra como opositor, no hay duda de que su ingreso a la vida pública dejó una marca en el sistema político.

PG: Como toda personalidad, tiene distintas facetas, es compleja, y esa complejidad se expresó durante su gobierno de cuatro años. Por una parte, es un liberal conservador, pero por momentos parece un reaccionario cuyos instintos siempre necesitaron ser moderados. Lo inverso de Alfonsín, a quien había que moderarle sus reflejos de centro-izquierda cuando no servían al propósito de fortalecer su gobierno. La idea del impulso reaccionario de Macri puede parecer exagerada, pero yo la condenso en una consigna que usó repetidamente: "Nuestros problemas vienen de setenta años"; esto es: nuestro problema como nación es el peronismo, el partido de base nacionalista-popular. Si pudiéramos desarmar pieza por pieza lo que se armó en 1945 –fue explícita o tácitamente el mensaje del PRO hasta diciembre de 2019–, seríamos un gran país. Retomo a Albert Hirschman una vez más: eso es retórica reaccionaria. Afortunadamente, fue solo retórica. No tenía posibilidades de convertirse en política práctica. Mientras tuvo herramientas para ello, Macri negoció con los movimientos sociales y con los sindicatos todo lo que pudo y sin pudores ideológicos. Así lo aprendió en Boca y lo ejecutó en la ciudad de Buenos Aires. Si algo no le falta a Macri es astucia política.

RH: Aprendió muy rápido un oficio para el que ni su mundo social de origen, ni las instituciones educativas a las que concurrió, ni su carrera en el conglomerado familiar lo prepararon bien.

PG: Por otro lado, Macri y el conjunto de la coalición tuvieron entre 2015 y 2019 un enorme optimismo sobre la globalización. Y en algunas cosas me pareció sorprendente. Les hablaba a los empresarios y a los hombres y mujeres de la gran política del mundo como si fueran sus iguales. Y de verdad los percibía como iguales. Macri fue un adalid de la globalización en el momento en que muchos otros países empezaron a vacilar en sostener este juego. Cuando Inglaterra decidió en los años treinta el unilateralismo fue dura con nosotros. Con el Pacto Roca-Runciman no nos trató como los Estados Unidos nos trató en los años de Cambiemos. Y Macri logró con esas habilidades cosas notables: allí donde debió haber un default en el otoño de 2018, hubo un auxilio del Fondo Monetario como nunca antes lo hubo con

ningún otro país. También pudo firmar –en 2019, en medio de la crisis– un interesante acuerdo con la Unión Europea que estuvo trabado varios años. Su relación con los líderes mundiales no tiene antecedentes en la Argentina. Superó la que tuvieron Frondizi y Menem. Es que Macri ha tenido una asombrosa eficacia para no romper con nadie en un mundo que, recordemos, se ha vuelto bastante multipolar. Me consta que los técnicos del Fondo estuvieron enojadísimos porque la Argentina incumplió todos los acuerdos. Que esos técnicos no pudieran hacer pesar su voz fue un éxito político de Macri, porque no estaríamos hablando de él en los mismos términos si en el otoño austral de 2018 hubiera habido cesación de pagos.

RH: No nos adelantemos. Veamos primero cuál fue el panorama que Macri encontró al llegar a la Casa Rosada, y de qué manera esa herencia condicionó sus opciones. Comienzo recordando que, al igual que Alfonsín respecto de la dictadura, Macri quiso seducir al electorado presentándose como la contracara de la administración que estaba en el poder. Frente a un gobierno muy desprestigiado y en declinación, apostó por impugnar todo lo que oliera a kirchnerismo.

PG: Suele ocurrir. Ocurrió con Menem respecto de Alfonsín, y con Néstor Kirchner respecto de Menem. Esta vez fue Macri quien tuvo una conducta reactiva, inspirada en la idea de barrer con el pasado inmediato. Allí donde había control de cambios debía eliminárselo de un tajo; allí donde había habido descapitalización productiva en el agro y en la energía ahora había que convertir a esos sectores en los grandes motores del crecimiento y de las exportaciones, derogando los impuestos y las restricciones cuantitativas que los trababan; si la industria mercadointernista había sido la predilecta del kirchnerismo ahora ocuparía un lugar menos central, aunque recibiría un trato más benigno que durante la apertura comercial menemista; allí donde el kirchnerismo había sometido a las provincias a un duro ejercicio de subordinación financiera, ahora se aplicaría –cierto que determinado en gran parte por las relaciones de fuerza– un federalismo económico con menos poder del Estado central y más autonomía y holgura de las provincias, como se suponía debía ser desde la primera Ley de Coparticipación Federal de impuestos de 1934. Del mismo modo se modificaron las relaciones internacionales, con una inclinación mayor y más benevolencia hacia el Occidente liderado por los Estados Unidos. El problema es que puede ocurrir que una conducta reactiva al pasado subestime las dificultades del cambio y deje al gobierno anclado a un debate eterno con ese pasado, sin construir, y por lo tanto sin transmitir, una visión de futuro. Eso le sucedió en parte a Macri durante su gobierno.

RH: Me detengo un minuto en ese pasado que Macri quería dejar atrás. ¿Cuáles fueron, a tu juicio, los aspectos más problemáticos del legado económico del gobierno de Cristina?

PG: Incontables. Tipo de cambio atrasado, tarifas públicas gigantescamente atrasadas, default de 2001 sin resolver del todo, un control de cambios imposible de sostener tal como estaba diseñado, un gasto público desmesurado, indexado y difícil de reducir, porque su crecimiento había estado asociado a la expansión de derechos sociales. Pero creo que una parte muy importante de la herencia estuvo en el mundo productivo y no en la macroeconomía: me refiero a la descapitalización energética y ganadera y a las trabas a la agricultura. Eso explica en parte los inevitables ajustes tarifarios y la eliminación de las restricciones a las exportaciones agropecuarias del comienzo de la gestión Cambiemos. Macri, productivista pero no con sesgo industrialista como su padre –quiero decir, desarrollista pero poco industrialista–, apuntó a resolver esa herencia aumentando las rentabilidades en energía y agro y postergando en esa misma decisión el ajuste fiscal. Más tarifas para las empresas y no para corregir los desequilibrios presupuestarios, y menos impuestos para el campo. En ese aspecto, Macri sacrificó durante sus dos primeros años lo fiscal por una prioridad productiva. En líneas generales, eso debería haber redundado en salarios reales más bajos, pero el gobierno lo fue compensando parcialmente con la apreciación real generada por la política monetaria, moderando a la vez la apertura comercial externa en comparación con la de Menem, para no generar un alto desempleo. Con esta combinación de elementos, desde finales de 2016 y hasta comienzos de 2018 hubo una etapa de recuperación de la demanda y de la producción. La crisis posterior nos hizo olvidar esa etapa.

RH: Es importante recordar ese momento porque nos ayuda a entender por qué ganó las elecciones de medio término. El gobierno de Macri, desde el punto de vista económico, no fue una historia lineal, no fue la crónica de una muerte anunciada. Si tuvieras que sintetizar en qué consistió la experiencia económica de Macri en unas pocas frases, ¿qué dirías? ¿Qué aspectos privilegiarías? ¿Cómo ordenarías los argumentos? Hagamos foco inicialmente en la primera mitad del mandato, hasta fines de 2017.

PG: Voy a tratar de ser conciso, pero voy a necesitar algo más que unas pocas frases. Comienzo diciendo que en diciembre de 2015, tras una victoria en los comicios presidenciales facilitada por la división del peronismo y que

abarcó sorpresivamente a la provincia de Buenos Aires, se inició lo que, evocando palabras de Perón, podríamos denominar la etapa dogmática de la revolución macrista: libre movilidad de capitales, flotación cambiaria, pago a los tenedores de bonos en litigio y a los tenedores de contratos de dólares a futuro, corrección de precios relativos, reducción de impuestos y política monetaria contractiva. Los momentos iniciales fueron duros, más duros de lo que el propio gobierno esperaba, y se resumen en pocas palabras: recesión e inflación durante el año 2016.

RH: Un comienzo agresivo, pero mucho menos drástico que el del Menem de 1989-91. La revolución de Macri tuvo que conceder bastante. Desde el comienzo, estuvo muy condicionado: en la calle, en las urnas, en el Parlamento. Ganó por muy poco, y nunca tuvo mayoría en el Congreso. Además, no sé cuánto confiaba en que la UCR lo iba a acompañar en todas sus iniciativas. Todo esto lo obligó a ser muy concesivo en el frente fiscal. No hubo ajuste de las cuentas públicas, y el gasto, en particular el gasto social, creció. Se extendió, por ejemplo, la Asignación Universal. Tampoco tuvo margen para empujar una agenda de privatizaciones. Todas asignaturas que quedaron pendientes, para un tiempo que nunca llegó.

PG: Es que esa etapa dogmática, con sus graduales cambios de fisonomía, se puso con el tiempo al servicio de un objetivo principal: revalidar los títulos políticos de noviembre de 2015 en las elecciones intermedias de octubre de 2017. Eso explica que la batería de medidas nos sorprenda con una anomalía que se apartó del dogma: en los dos años inaugurales, no estuvo acompañada por la disciplina fiscal sino por una política fiscal aún más relajada que la de Cristina durante 2016 y tan relajada como la de Cristina durante 2017. Así se armó, con vacilaciones y con demoras, un triángulo que no puede ser explicado sino desde una perspectiva política: la política monetaria contractiva con flotación cambiaria y libre movilidad de capitales apreció la moneda e hizo lugar, desde el otoño de 2017, al clásico consenso argentino del tipo de cambio bajo, inflación descendente y salarios reales que se recuperaban y estimulaban el consumo; la política fiscal laxa completó ese consenso con su sesgo hacia la inversión en infraestructura y hacia una apuesta redoblada en lo social, financiando los desequilibrios con capitales externos de corto plazo que apreciaban aún más la moneda; el tercer lado del triángulo, la corrección de precios relativos –que dificultaba el proyecto estabilizador del Banco Central–, estimuló, sin embargo, las inversiones en el agro y en la energía, los favoritos de Macri en el heterogéneo mundo productivo argentino. Había en todo esto una pata

consumista, pero también una pata proinversión.

RH: Incentivos al consumo popular y estímulos para revivir la producción, en particular en los sectores exportadores. Una mesa con esas patas corría el riesgo de estar desequilibrada.

PG: Si no fuera porque ya usamos esos términos para la primera etapa kirchnerista, diríamos que, con sus más y sus menos, esta combinación de elementos terminó siendo, con todas las inconsistencias que puedan imputársele, un experimento desarrollista-popular a la manera nada exuberante de Macri, o un experimento de centro-popular a la Merkel, como alguna vez lo llamé por esos tiempos. Hoy suena raro y hasta poco creíble ponerle esas cucardas al gobierno de Macri, pero te invito a que por un momento nos situemos en octubre-noviembre de 2017. El experimento dio sus frutos electorales en la primavera de 2017 –con la economía creciendo, los ajustes tarifarios momentáneamente suspendidos y la pobreza bajando–, solo que a costa de desequilibrios muy profundos.

RH: Un triunfo electoral hecho posible gracias a una laxa disciplina fiscal, sostenida con endeudamiento, por un Macri que aceptó sumarse al club "populista" del tipo de cambio bajo. Esto nos ayuda a entender la primavera macrista de 2017. Profundicemos en esto: triunfo electoral, largueza en el frente fiscal, tipo de cambio bajo, atrasado. Vamos por partes. Cambiemos mejoró su *performance* electoral de 2015, y cosechó casi el 42% del padrón. No fue suficiente como para ampliar su margen de maniobra en el Parlamento, donde siguió en minoría. Pero logró vencer a un peronismo que otra vez concurrió dividido a las urnas. Y su importancia simbólica fue grande porque, con un candidato poco conocido y poco carismático como Esteban Bullrich, derrotó a Cristina Kirchner en el distrito que ella había elegido para dar pelea, la provincia de Buenos Aires. El hecho de que en 2017 la economía creciera casi un 3% y tuviera su mejor año desde 2011 ayuda a explicar por qué el caudal electoral de Cambiemos mejoró respecto de 2015. Muchos votantes le renovaron el beneficio de la duda. Por entonces, además, el prestigio del kirchnerismo, golpeado por varios escándalos de corrupción, estaba en uno de sus puntos más bajos. Parecía que comenzaba un nuevo tiempo político, el del ocaso definitivo del kirchnerismo. Y, uno tras otro, los dirigentes peronistas se alejaban de Cristina.

PG: En su momento estuvo de moda atribuir los éxitos electorales de 2015 y 2017, pero sobre todo el de 2017, a dos factores: uno de ellos fue lo que en el gobierno y en sus equipos de campaña se denominó un “cambio cultural”, la supuesta aceptación por parte de la mayoría de la sociedad de una gestión que proponía un horizonte temporal más largo, aunque esto tuviera costos económicos de corto plazo. El ejemplo era la aceptación de los ajustes tarifarios porque iban a redundar en mejores servicios en el futuro. Súbitamente –se podría decir–, la sociedad se había imbuido de una ética de la paciencia, según la mirada del gobierno. El segundo factor que se consideró decisivo fue la tecnología electoral, infinitamente superior a la del contrincante peronista. En este aspecto, las palabras clave fueron encuestas de seguimiento diario, *big data*, campañas segmentadas, redes sociales, contactos personalizados. Agreguemos, adelantándonos en el tiempo, que “cambio cultural” y tecnología electoral iban a ser, al comenzar agosto de 2019, los ingredientes que explicarían el indisputado triunfo que sobrevendría en las primarias abiertas presidenciales, a pesar de la crisis económica que se vivía desde comienzos de 2018. Ese triunfo no ocurrió y Macri viró, hacia el final, a una campaña electoral muy al estilo de la vieja política: actos de masas, abrazos, besos a los niños, discursos tradicionales. Algo había fallado.

RH: Significó el fin de la nueva política macrista y de su modesta formulación del “vamos por todo”, esa que se apoyaba sobre la idea de que Cambiemos no necesitaba de la política tradicional para ser reelegido.

PG: Así es.

RH: Vuelvo un paso atrás. Los resultados de las elecciones de 2019 nos invitan a relativizar la idea de que la política argentina había entrado en una nueva etapa, dominada por otras aspiraciones y demandas. Si algo nos enseña la historia sobre el comportamiento de los votantes es que, con o sin cambio cultural, no puede haber largo plazo si no es gracias al auxilio de algunas recompensas de corto plazo. Además de un mapa y una promesa, hace falta agua y comida para cruzar el desierto. Y es cierto también que esos comicios invitan, si no a negar, al menos a relativizar el poder de las nuevas tecnologías electorales que interpelan de manera segmentada a los votantes. Por un momento, sin embargo, estuvo de moda afirmar que las tecnologías digitales estaban cambiando la manera de hacer política. Fue una primavera breve pero intensa. Para entender esta creencia hay que recordar que

no sucedió solo acá. Las victorias de Trump y de los partidarios del Brexit, ambas de 2016, se atribuyeron en alguna medida a esas innovaciones, a punto tal que suscitaron temores y levantaron protestas por lo que ese tipo de propaganda focalizada significa en términos de degradación de la vida cívica y por la supuesta manipulación (o intento de manipulación) de los electores que muchas veces la acompaña. Me refiero al escándalo de Cambridge Analytica y al debate sobre *fake news*. En vísperas de las PASO 2019, hasta los propios candidatos peronistas y sus encuestadores de confianza estaban convencidos de que el oficialismo haría un buen papel en la elección. No hubo equivalentes al Mora y Araujo de 1983. En mayor o menor grado, todos vimos el escenario a través de ese lente. ¿O no?

PG: Desde luego que sí. Difícil nadar contra la corriente. Pero había al mismo tiempo algo que me resultaba disonante. Dejemos de lado la victoria de 2015, que fue pura promesa frente a un gobierno desgastado. La de 2017 tuvo, para mí, una explicación "clásica": la reactivación económica, impulsada por un diseño macroeconómico que, como vimos, se originó en una racionalidad política. Ya hemos hablado, al conversar sobre el kirchnerismo, del efecto electoral de las reactivaciones económicas. Lo mismo ocurrió en 2017, después de la recesión de 2016. A la altura de las elecciones, la economía estaba creciendo casi al 4% anual. Se estaba cumpliendo la secreta utopía macrista, a cuyo servicio se había puesto la macroeconomía. La utopía era mantener el consumo de Cristina en medio de una lluvia de inversiones privadas y de un *boom* de inversiones públicas en infraestructura, el proyecto favorito del ingeniero Macri, como había sido el proyecto favorito del ingeniero Agustín P. Justo en la década del treinta. El consumo de Cristina se mantuvo porque los salarios reales se recuperaron como contrapartida de la apreciación real y la expansión del crédito; la lluvia de inversiones se produjo, pero fueron predominantemente inversiones de portafolio; la inversión pública en infraestructura, esa sí brilló. El reverso amenazante de todo esto ya lo hemos mencionado: déficit fiscal y déficit externo. ¿Cuánto durarían las buenas épocas con semejantes desequilibrios?

RH: El segundo punto que mencionaste es el de la postergación del ajuste fiscal. Eso fue objeto de un largo debate a lo largo del gobierno de Macri. Para algunos, mantener un elevado nivel de gasto sirvió para comprar paz social y fue uno de los factores que hizo posible el triunfo electoral de 2017. Le permitió a Macri "revalidar los títulos" de 2015. Para otros, en cambio, el déficit fiscal fue el hecho maldito de la

gestión de Cambiemos, el que lo llevaría al desastre. Los primeros estaban atentos a la sustentabilidad política del proyecto Macri; los segundos, en cambio, miraban ante todo las dificultades que presentaba el frente económico. La palabra que sintetizaba la cuestión era "gradualismo". Recuerdo que vos defendías públicamente la política gradualista.

PG: Me parece que la palabra "gradualismo", el debate sobre el gradualismo en general, necesita un prólogo. El problema de la política pública no puede centrarse en una discusión sobre velocidad, pero la velocidad y el ritmo con que se ejecutan las políticas es importante. Si yo tuviera que resumir en tres palabras lo que está en juego en la política diría: "visión, secuencia y velocidad". Siempre y en cualquier lugar. Una visión que proporcione horizonte; de esa visión se desprende una secuencia de iniciativas y la velocidad para llevarlas a cabo. En la Argentina de estos años hay distintas visiones sobre problemas de fondo. Conviven y entran en conflicto tres visiones: un conservadurismo popular anacrónico, nostálgico de las "viejas buenas épocas", de los cuarenta, de los cincuenta; una segunda visión que está haciendo los primeros palotes de un reformismo socialmente sostenible, y finalmente un liberalismo conservador, quizá con los tintes reaccionarios que te mencioné. Creo que no tengo que decirte que el peronismo combina la primera visión con la segunda, y que, hasta que no se demuestre lo contrario, en el peronismo la visión conservadora popular ha sido hasta ahora abrumadoramente mayoritaria.

RH: Así es, y lo que estamos viendo del gobierno de Alberto Fernández nos sugiere que las cosas están más o menos en el mismo punto. ¿Y del otro lado, qué combinación de elementos te parece que caracterizó la política pública del gobierno de Cambiemos? Ya señalamos que en el seno de esta coalición oficialista convivieron expresiones muy diversas, que van del progresismo al conservadurismo de raíz cristiana.

PG: En el gobierno de Macri coexistieron liberalismo conservador y el balbuceo minoritario de un reformismo socialmente sostenible. Podemos ahora darle carnadura a la palabra "gradualismo". El gradualismo fiscal fue una herramienta central, con tinte reformista: "Si vamos a cambiar las cosas, que sea de a poco y apoyados en consensos amplios". Eso evoca los viejos debates entre reformistas y revolucionarios en la vieja familia socialista-comunista, pero también puede aplicarse a las reformas de mercado. Desde que asumió Macri y hasta la victoria en las elecciones intermedias de 2017,

la política económica gradualista en lo fiscal estuvo pensada un poco en esta clave –reformas paso a paso, en algunos casos reformas en suspenso– pero mucho más con un legítimo sentido de oportunidad electoral: había que "confirmar el saque" después de haberle "quebrado el saque" a Cristina en 2015, y para ello había que evitar heridas sociales originadas en un ajuste fiscal duro. Por si esto no fuera suficiente, hay que rematar el cuadro dejando en claro que el gobierno de Macri fue el primero en épocas democráticas que siempre estuvo en minoría en ambas cámaras, y eso lo obligó a ceder demasiado fiscalmente. Y, sobre todo, a negociar concesivamente con los gobernadores. Llamo gradualismo a ese mosaico complejo. Es una discusión que ha quedado en el olvido.

RH: La opción por mantener el alto nivel de gasto heredado, financiándolo con endeudamiento, fue contradictoria con lo que hizo el Banco Central, que avanzó por otra senda, la de un monetarismo inmitigado.

PG: La política monetaria persistentemente dura llevada a cabo por el gobierno de Macri fue una novedad en la historia argentina, sobre todo desde la segunda posguerra, y fue una novedad especialmente desagradable para una estructura productiva modelada en parte por tasas de interés reales negativas. Fue, vista desde una lógica de economista, contradictoria no solo con la estrategia fiscal sino también con las condiciones que el gobierno se autoimpuso en el punto de partida. Macri decidió desarmar el cepo cambiario de Cristina muy rápidamente. Eso implicó una depreciación del peso que aceleró la inflación heredada. Y cuando decidió eliminar retenciones y corregir a paso vivo las tarifas de los servicios públicos, echó leña adicional al fuego de la inflación. Después de esa batería inicial, se instaló una política monetaria restrictiva que apuntaba a reducir la inflación a gran velocidad, esto es, a corregir los efectos de sus propias medidas inaugurales.

RH: En el fondo, entonces, la idea de gradualismo no nos dice mucho. Tenemos que situarla en un contexto más amplio.

PG: Lo sintetizo así: la palabra "gradualismo" vale, con los "peros" que queramos ponerle, para la política fiscal, pero la política monetaria y el programa de estabilización fueron puro fundamentalismo monetarista acelerado, sobre todo sin la ayuda de una política de ingresos en la conformación de expectativas. En una primera mirada, la política fiscal

estuvo diseñada para un país y la política monetaria para otro. Pero eso porque yo, por deformación profesional, elijo que la primera mirada sea la económica. Si ahora introducimos en la escena la mirada política, la política fiscal y la monetaria no fueron tan contradictorias sino que confluyeron finalmente en un objetivo común: ganar las elecciones intermedias con políticas fiscales expansivas (o no contractivas) y políticas monetarias que garantizaran la menor inflación posible, aunque no tan baja como a las autoridades del Banco Central y al propio Macri les hubiera gustado. Así, las inconsistencias y las malformaciones que cree descubrir la mirada económica se explican por las necesidades urgentes de la política. Sabemos ahora que eso condujo la economía a una situación más difícil que la que Macri había heredado: sin financiamiento monetario de los desequilibrios fiscales porque así se había decidido, sin un mercado doméstico de capitales más o menos estable al cual recurrir, el único camino para financiar los desequilibrios fiscal y externo crecientes fue el endeudamiento en dólares, con la consecuente apreciación real de nuestra moneda. Una política electoralmente exitosa al borde del abismo. Si lo examinamos en perspectiva histórica, parece que todos somos Juárez Celman si tenemos la oportunidad. Solo que el Macri-Juárez Celman duró apenas treinta meses.

RH: Quiero detenerme un instante más en la política monetaria. Fuertes alzas en el tipo de cambio y en las tarifas de servicios hicieron poco menos que imposible la promesa de reducir la inflación de manera perdurable. Por sí sola, una política monetaria restrictiva difícilmente podía alcanzar ese objetivo. Sabemos desde hace mucho que, cuando el dólar y las tarifas se mueven, los precios los acompañan. Y esto es así porque, desde el gobierno de Néstor Kirchner, esos reflejos que permanecieron dormidos hasta la salida de la Convertibilidad volvieron a activarse, y la inflación alta y persistente ha vuelto a incorporarse a las expectativas de la población, podría decirse, como el estado natural de las cosas (en todo caso, las alarmas se encienden y la inflación alcanza el estatuto de verdadero problema cuando los ingresos se retrasan respecto de los precios, o cuando se acelera "demasiado").

PG: Siempre me llamó la atención el sendero escogido por el gobierno de Macri: bajar la inflación con una sola herramienta, como si las experiencias del pasado y sobre las cuales hemos hablado en estas conversaciones no hubieran existido. Las nociones de inercia inflacionaria y de una inflación impulsada por la corrección de precios relativos no ingresaron al marco conceptual del gobierno ni a su caja de herramientas. El resultado fue que la

inflación bajó algo, pero a costa de una acelerada dinámica de apreciación del peso. En el contexto de los profundos desequilibrios de fines de 2017, el gobierno, que percibió el problema después de ganar las elecciones, le pidió al Banco Central al terminar diciembre que corrigiera e hiciera más realistas las metas de inflación y que bajara las tasas de interés. Así fue como la rígida política monetaria que operaba como ancla desapareció como tal, pero sin que surgiera otra ancla en su reemplazo. Más realismo, pero sin logros en la política antiinflacionaria.

RH: Hemos hablado del triunfo electoral de Cambiemos en 2017 y de sus ingredientes económicos. Has subrayado que, si lo examinamos desde una perspectiva política, las políticas monetaria y fiscal no fueron tan contradictorias. Nuevamente, la primacía de la política. Pero no nos hemos focalizado sobre otro tema muy debatido: el perfil de los funcionarios y la organización del gobierno. ¿Cómo lo pensás?

PG: Se ha insistido mucho en dos cuestiones: el gobierno de los CEO y la falta de una coordinación mínima en el área económica. Ambas cuestiones están entrelazadas y no estoy seguro de que hayan sido un problema para el presidente. Macri siempre estuvo inquieto porque las inversiones productivas no llegaban. Muchas veces se debe haber preguntado: "¿Por qué, si soy tan amigo de Donald Trump, no vienen las inversiones norteamericanas?", una pregunta propia de Juan Domingo Perón en 1953 o de Carlos Menem en 1990. Pero, mientras tanto, nombró a un hombre de la empresa Shell en el Ministerio de Energía, a un dirigente del sector agropecuario en el Ministerio de Agricultura y a un ex ejecutivo de JP Morgan en el Ministerio de Hacienda. Se equivocó en el tercer caso porque, con errores o no, Alfonso Prat Gay se comportó como ministro de Hacienda y no como representante sectorial, pero no se equivocó en los otros dos casos, que trabajaron para aumentar la rentabilidad de sus sectores. Trabajaron disciplinada y lealmente. Lo que quería Macri, y lo hizo explícito varias veces, era que el agro y la energía fueran los motores del crecimiento. Desde luego que esas decisiones significaron conflictos de intereses, pero Macri estaba convencido de que, si esos ministros hacían bien su trabajo, la patria no se los demandaría, sino que se los agradecería. Lo que no pudo resolver Macri no tuvo que ver con el conflicto de intereses sino con el conflicto de objetivos. Con esa política postergaba el ajuste fiscal. Me gustaría preguntarle algún día cómo vivió ese conflicto, si es que lo percibió. Ahora que está fuera del gobierno quizás tenga ganas de contestarla.

RH: No sé cuántos de sus votantes estaban realmente preocupados por ese conflicto de intereses, o si veían que esas designaciones menoscababan la dignidad o la imparcialidad del Estado. La neutralidad de los funcionarios no es un tema que pese mucho en el debate político argentino, salvo como argumento para impugnar a los que están del otro lado de la trinchera política. En cualquier caso, vos dirías que el problema de fondo fue la tensión entre la política productiva y la fiscal.

PG: Yo diría que hubo una tensión económica, no política, entre la política fiscal y la política monetaria, entre el gradualismo fiscal y la política monetaria contractiva, pero desaceleradora de la inflación. La política productiva fue parte del gradualismo fiscal, porque implicó un sacrificio de recursos estatales a favor de empresarios privados. Un indicio de esta transferencia fue la gran valorización bursátil de las empresas de servicios públicos.

RH: Que al final del gobierno de Cristina estaban por el suelo. En todo caso, ese andamiaje se vino abajo entre fines de 2017 y comienzos de 2018. Los que comandaban el Banco Central sostienen que el derrumbe se produjo luego de que, en diciembre de 2017, el gobierno presionó al Banco para corregir las metas de inflación y, más significativo todavía, para bajar las tasas de interés. Fue la señal, dicen, de que la autoridad monetaria había perdido su autonomía. Un golpe a la credibilidad.

PG: Quisiera poner eso en un contexto más amplio y más complejo. Inmediatamente después del comicio, Macri viró hacia un esquema fiscal que apuntó en dos direcciones: impulsar la inversión y las exportaciones con un cronograma de reducción de impuestos de la nación y de las provincias, y transferir fondos a la joya de la corona, la provincia de Buenos Aires, la gran acreedora financiera desde comienzos de la democracia. ¿No era económicamente peligrosa una reforma tributaria que bajara impuestos cuando el déficit fiscal seguía siendo alto? ¿No lo era aún más cuando, para ser aprobada en el Congreso, la reforma debió incluir un impuesto a la renta financiera justo en el momento en que más se necesitaba el concurso de los inversores? Sin duda lo era, a menos que el gobierno creyera sin vacilaciones que había comenzado una era de crecimiento indefinido. Para más, el gobierno no solo arriesgó en el plano económico sino que tocó una cuerda políticamente sensible, en la Argentina y en casi todo el mundo occidental: modificó la fórmula indexatoria de jubilaciones y pensiones. Puede recordarse que eso desató una batalla campal en las inmediaciones

del Congreso, la primera impugnación callejera de magnitud a las políticas de Macri. Ese fue el eslabón inicial de un encadenamiento de hechos internos y externos que en pocos meses puso en cuestión ese proyecto político que después de las elecciones intermedias parecía imbatible.

RH: Esto que decís nos recuerda que, con frecuencia, los actores ofrecen explicaciones que sobreestiman la importancia de lo que sucede en su entorno inmediato o que dependen demasiado de su experiencia directa, perdiendo de vista el panorama más amplio. Ampliemos el foco, entonces. ¿Qué otros eventos te parece importante destacar para entender por qué, a comienzos de 2018, el horizonte del gobierno Macri se estaba oscureciendo?

PG: Casi al mismo tiempo que las modificaciones en la política monetaria, se aprobó el impuesto a la renta financiera; en el mismo mes de diciembre, se produjeron las violentas revueltas callejeras contra la reforma a la cláusula indexatoria de las jubilaciones; en marzo de 2018, la Reserva Federal de los Estados Unidos aumentó la tasa de interés y lo haría otras tres veces a lo largo del año; a fines de abril las monedas de casi todos los países emergentes se estaban depreciando, pero el Banco Central de la República Argentina, preocupado por la inflación doméstica, vendió 5000 millones de dólares en una semana para evitar, infructuosamente, que el peso siguiera el mismo camino; los mercados financieros se volvieron reacios a financiar a la Argentina y en mayo Macri pidió ayuda al FMI, confirmando que el niño mimado había perdido la confianza de sus protectores en los mercados. Todo esto sucedió, además, en un infausto contexto climático: entre diciembre de 2017 y julio de 2018 la Argentina sufrió la peor sequía en cincuenta años… Repito: esta impensada vuelta de campana ocurrió en apenas cinco meses. En noviembre de 2017, casi todo el mundo político daba por descontada la reelección de Macri dos años después. Una lección más de que mejor no escribir el futuro antes de que se convierta en historia.

RH: Varios problemas, de distinta naturaleza, tanto en el frente interno como en el externo, conjugándose al mismo tiempo. Una tormenta perfecta…

PG: Me he dicho varias veces que fue una tormenta imprevista. Y me pregunto ahora: ¿por qué imprevista? Se podía pensar que cualquier chispa iba a encender la pradera, y acabamos de mencionar varias chispas. La apreciación real que generó el Banco Central con su política monetaria,

combinada con la política fiscal parsimoniosa, había dado por resultado, además de un triunfo electoral, un crecimiento de la deuda. Eso fue independiente de la deuda que de verdad le había trasladado Cristina, que existió y era grande. Para fines de 2017 el gobierno de Macri exhibía un déficit fiscal total mayor que el de Cristina y un déficit externo mayor que el de Cristina. Llegado este punto, preferiría omitir las idas y vueltas de la economía bajo tutela del FMI. Con aciertos y desaciertos, diría que ya no formaron parte del proyecto ambicioso de Macri, sino de políticas a la defensiva. Sí vale la pena subrayar que Macri terminó su mandato abandonando el monetarismo, emitiendo para financiar el desequilibrio fiscal, con la moneda depreciada, con muy alta inflación y con un cepo similar al que desarmó en diciembre de 2015. Triste convergencia final con lo que fue la última Cristina, la disolución de un proyecto.

RH: Con la perspectiva que nos da el paso del tiempo, ahora podemos ver que allí, en el verano de 2018, comenzó la cuenta regresiva para el gobierno de Cambiemos. Golpeado por la dificultad para financiarse, Macri buscó la protección del FMI. Eso fue en mayo. Pero esa coraza no logró restaurar la confianza de los mercados. La salida de capitales continuó y, desde entonces, el gobierno debió convivir con una fuerte alza del tipo de cambio y un recrudecimiento de la inflación. Y pronto también con una profunda recesión, que no atinó a morigerar. El naufragio de la economía Macri en el curso de 2018 puso en duda su proyecto de reelección y creó las condiciones para la reunificación del peronismo, que inevitablemente tenía que darse en torno a Cristina, dueña de más votos que cualquier otra figura de ese espacio.

PG: Fue un giro de 180 grados en la economía: el consenso del tipo de cambio bajo se desintegró y el FMI recetó una política fiscal contractiva. Aun así, Macri persistió –sorpresivamente– en el dogma de la libre movilidad de capitales y la flotación cambiaria en medio de una crisis de deuda, lo que empeoró las cosas y generó recesión, además de devaluación e inflación. No quiero juzgarlo. Era muy difícil manejarse en la tormenta; no hay recetas únicas para las crisis. Treinta años antes yo había sido testigo y protagonista de algo similar. Los que más rápido se percataron de que estaban ante un nuevo escenario, además de los inversores, fueron los peronistas que se habían apartado de Cristina. Rumiando para sus adentros el malestar con la jefa a la que habían dado por muerta políticamente, con el tiempo volvieron al redil uno tras otro, atraídos por la oportunidad que les brindaba el descalabro económico. Así fue como Macri perdió las elecciones presidenciales de octubre de 2019 frente a un peronismo

unificado, mientras la depreciación de la moneda y la aceleración inflacionaria corregían los desequilibrios macroeconómicos por una vía más bien caótica a la que, eufemísticamente, solemos llamar licuación. La utopía de que la coalición que expresaba al arco no peronista se iba a mantener en el poder, porque lo que venía ocurriendo políticamente desde fines de 2015 era un cambio cultural que restaba importancia al estado coyuntural de la economía en la lidia electoral, se escurrió entre las manos.

RH: Este razonamiento nos permite cerrar la síntesis. Giremos la atención hacia el legado del gobierno de Cambiemos. No me llama la atención tanto el hecho de que haya terminado su gobierno sin grandes contratiempos como que se haya despedido del cargo con el apoyo del 41% de los votantes. Ya hemos hablado de que allí se está forjando un nuevo bloque político, asentado sobre una estrecha afinidad entre la propuesta de Juntos por el Cambio y las demandas de su electorado. Esto sucedió pese a que traicionó muchas de las expectativas que había suscitado. No logró poner en marcha la economía ni domar la inflación. Dejó un país con más desocupación y más pobreza que el que había heredado. La situación social, que ya era muy mala, empeoró. La recesión golpeó con dureza al tejido productivo. Si tuvo algún mérito, quedó opacado por ese enorme fiasco que fue la segunda parte de la gestión Macri.

PG: Los cinco meses que fueron de fines de 2017 a mayo de 2018 lo cambiaron todo. En Macri pasaron a convivir –de nuevo, obligadamente– Frondizi y Alsogaray. Fue el fin del gradualismo fiscal, del tipo de cambio bajo y de toda la alquimia macroeconómica. Desde entonces su retórica fue: resolvamos la cuestión del déficit como sea, si es necesario brutalmente, y, resuelto eso, vamos a poder bajar los impuestos, y de esa manera aumentará la competitividad y aumentarán las exportaciones. Ya sabemos –y Macri volvió a probarlo– que es una solución que no llega nunca si no se combina con otras políticas.

RH: Esta secuencia –primero lo fiscal, luego lo productivo– se había ensayado en otros momentos de dificultades, como en el ocaso de la Convertibilidad.

PG: En los momentos finales de la Convertibilidad, la política fiscal era buscar la llave donde había luz, porque las políticas monetaria y cambiaria estaban vedadas. Para mí, lo central es la competitividad, lo que demanda

política fiscal y política cambiaria. Es muy complicado, pero no imposible: Vaca Muerta, agricultura, ganadería, cuatro o cinco unicornios de calidad internacional, industrias competitivas, plantas nucleares, vinos y frutas. Lo que sea. Lo que está ante nuestros ojos y lo que todavía no está ante nuestros ojos. Con las tensiones que hemos descripto, Macri tuvo su mirada puesta allí y esa fue una de sus virtudes. El problema fue que varios de los economistas que lo acompañaron creyeron que la cuestión de la competitividad estaba resuelta por definición con el tipo de cambio flotante. La fórmula, aunque no se explicitara, era Menem con tipo de cambio flotante. Durante la mayor parte del mandato de Macri hubo una sacralización del tipo de cambio flotante (la inversa de la Convertibilidad) y de la libre movilidad de capitales (al igual que en la Convertibilidad). Pero, a diferencia de Menem, les faltaban las joyas de la abuela para financiarse y para ofrecer negocios atractivos a la clase empresaria.

RH: Al momento de interpretar las limitaciones electorales del oficialismo en 2019 suelen enfatizarse dos factores, ambos hijos de la crisis económica de 2018-2019. Por un lado, lo que en 2015 y 2017 era expectativa se transformó, en poco tiempo, en frustración y desencanto. Golpeado por la recesión, el retroceso del empleo y el salario, Macri tuvo dificultades para crecer electoralmente. El segundo elemento es que, cuando el descrédito del gobierno hizo que la iniciativa pasara a la oposición, Cristina puso su gran talento político al servicio de la reunificación del justicialismo. Unido, el peronismo volvió a mostrar su predominio. Visto con algunos años de distancia, el entusiasmo con que en 2015 y, sobre todo, en 2017 algunos proclamaron el ingreso de la Argentina en un nuevo ciclo político fue apresurado. En esos años nació una fuerza de oposición que puede perdurar, pero está por verse si nació una verdadera alternativa de poder que, para consolidarse, necesita contar con más apoyos populares. Si alejamos el *zoom* y paseamos la mirada por nuestro pasado se comprueba que este objetivo dista mucho de ser sencillo. El PAN necesitó una década de crecimiento a todo ritmo como la de 1880 para afianzarse. El radicalismo requirió de ese cataclismo que fue la Gran Guerra para doblegar al PAN, y la prosperidad de la década de 1920 para convertirse en el amo de la política argentina. El peronismo, por su parte, necesitó del malestar que trajeron la Gran Depresión y la Década Infame para erosionar el predominio radical y, luego, el trienio dorado de 1946-1948, seguido por varios años más de progreso social, para volverse hegemónico. Por supuesto, en ese siglo y medio muchos actores pujaron por ganarse un lugar en la historia, pero nuestro pasado fue un gran cementerio de proyectos alternativos a los forjados

por Roca, Yrigoyen y Perón. Basta pensar en la suerte de Frondizi y Alfonsín, que por un momento creyeron que podían dar vuelta una página de nuestra historia. ¿Con qué recursos el Cambiemos de Macri quiso ir más lejos? No tuvo mucho más que el estancamiento de 2011-2015 y la modesta y efímera primavera de 2017 para dar batalla. El tiempo que le tocó en suerte no le dio chance alguna de convertirse en un partido mayoritario, en una fuerza capaz de ampliar hacia abajo la coalición electoral conformada en torno a las clases medias. Sin crecimiento económico, condición necesaria para darle más volumen social a un proyecto político, las chances de éxito son muy escasas. No me sorprende que los herederos del General hayan retornado a la Casa Rosada.

PG: Argentina fue un aluvión expansivo entre 1880 y 1914, fundado en la acumulación de tierras. La paz roquista y las nuevas tecnologías lo hicieron posible. Las exportaciones alcanzaron algo así como los 360.000 millones de dólares de hoy y permitieron importar los bienes de capital que se necesitaban para seguir creciendo, financiar la inversión en infraestructura e incorporar simultáneamente a gauchos ariscos y a inmigrantes pobres, pero con aspiraciones. Retengamos esto: gauchos ariscos e inmigrantes pobres, pero con aspiraciones, dos diferencias fundamentales con otros países de colonización tardía, como Estados Unidos, Canadá o Australia, que no tuvieron población criolla significativa y recibieron inmigrantes más ricos. Nunca fuimos Canadá, ni Australia. La demanda social en la Argentina era voraz, pero a ese nivel de exportaciones se podía satisfacer. El problema fue que después de los treinta ese mundo se acabó porque se agotó la tierra libre y porque quebró el comercio internacional. No es que el progreso se frenó totalmente, pero la velocidad fue mucho menor. Perón jugó en 1945 su carta "a la Roca", su carta audaz para reeditar una segunda edad de oro incorporadora, pero como ya no podía ser financiada por las exportaciones, ahora estancadas o declinantes, la apuesta fue el *superproteccionismo*, que hacía posible el tipo de cambio bajo y los salarios altos, pero chocando una y otra vez con la restricción externa. Me detengo en esta selección arbitraria. Dos hombres, dos modelos, dos apuestas, que tiñeron los intersticios de la historia, incluso en buena medida al yrigoyenismo del lado de Roca, y al posperonismo del lado de Perón. Quiero quedarme en esos trazos gruesos para llegar al final. Hace tiempo que el proteccionismo se agotó como patrón de crecimiento, y las exportaciones apenas alcanzan ahora los 60.000 millones de dólares, con inversiones bajas y tasa de ahorro más baja. En esas condiciones, el proyecto de una tercera edad de oro, ese proyecto que cada tanto asoma obstinadamente su cabeza como si no se la hubiéramos cortado ya, excede mi capacidad de imaginar. Si es así, si mi

incapacidad de imaginar es porque lo que imagino efectivamente no está a nuestro alcance, habrá que esforzarse y progresar a pasos lentos. Se dice fácil. ¿Puede ofrecer el peronismo a sus bases sociales un progreso a pasos lentos, una justicia social incremental, partiendo para colmo de un punto bajo?; ¿está en la mente de los líderes peronistas pedirlo? Cuando este libro esté en la calle tendremos alguna pista. Como tantas otras veces en la historia argentina sobre la que hemos conversado, la moneda está en el aire.

RH: Sobre este último período, el que estamos viviendo, tengo algunas preguntas. Te las hago en la próxima charla, que será nuestro último encuentro.

10. Un final abierto

"El vector que resulta de las fuerzas que constituyen el Frente de Todos no puede ser otro que el ida y vuelta: un día a favor de los equilibrios macroeconómicos, otro día desdeñándolos; un día a favor de los sectores exportadores, al otro día condenándolos porque afectan al mercado interno; un día negociando con el FMI, al otro día responsabilizándolo de los males argentinos; un día estatizando empresas, al otro volviendo atrás de esa iniciativa. Cristina ha dicho en un ya famoso discurso que la Argentina es el país en que mueren las teorías económicas. Alberto trata de mantenerlas vivas, pero evitando que sus palabras contradigan a Cristina, al menos evitando que la contradigan por mucho tiempo. Cada día asombra, pero el conjunto no asombra. Tiene explicación, su razón de ser. Ciertamente, si esto es una experiencia peronista, es una experiencia peronista muy particular".

Roy Hora: Estamos a fines de marzo de 2021 y la gestión del nuevo presidente ha cumplido quince meses. Es poco tiempo para delinear el sentido de su paso por la historia, pero mucho y con mucha densidad como para pasar por alto sus rasgos distintivos. Es poco teniendo en cuenta algunas experiencias de la era democrática nacida en 1983: a los quince meses de iniciada la presidencia de Alfonsín, todavía se estaba desarrollando el Juicio a las Juntas y Juan Sourrouille acababa de mudarse al quinto piso de Hipólito Yrigoyen 250, la sede del Ministerio de Economía; a los quince meses de iniciada la presidencia de Carlos Menem, todavía no se había encontrado un rumbo macroeconómico y la palabra "Convertibilidad" aún no había llegado a la tapa de los diarios; a los quince meses de iniciada la presidencia de Fernando de la Rúa, con Domingo Cavallo haciendo su ingreso al gobierno, nadie podía imaginar los sucesos de diciembre de 2001. Por otra parte, es cierto que, en un momento tan singular como el que hoy vivimos, estas comparaciones pueden parecer algo forzadas. Tras un año de pandemia, quince meses es mucho tiempo. Desde que Alberto Fernández juró como presidente de la República Argentina, el 10 de diciembre de 2019, hemos sido testigos de muchas novedades y de una cadena de sucesos que nos resultan contradictorios y confusos. Y esto nos obliga a decir algo sobre la historia del presente, aunque vos y yo sepamos bien que este ejercicio está condenado a naufragar en los arrecifes del error. Comienzo, entonces, preguntándote: ¿quién es Alberto Fernández? ¿Qué ves detrás de este nombre?

Pablo Gerchunoff: ¿Tengo que contestar esta pregunta? Efectivamente, podemos naufragar. Para tomar algún recaudo recordemos una vez más en este libro a José Luis Romero, advirtiendo una y otra vez –para admiración de Tulio Halperin Donghi– que la historia del presente requiere un esfuerzo mucho mayor de objetividad que la del pasado y obliga, por esa razón, a "multiplicar los controles". No sé si soy capaz de ese esfuerzo, pero si me obligás, empezaría diciendo algo sobre la génesis de la actual presidencia.

La historia de Alberto Fernández presidente, aunque entonces no lo supiéramos, comenzó a escribirse en la primavera de 1993. Él era superintendente de Seguros de Menem y estaba completamente alejado de lo que voy a contar. Menem quería la reelección y para eso necesitaba una reforma constitucional que negoció con Alfonsín. Menem entendió, con profunda sabiduría, que el peronismo no era la mitad más uno de la sociedad argentina, de modo que si en el proceso de negociación se veía obligado a ceder un sistema electoral de doble vuelta tenía que ser uno en que no se llegara nunca a esa segunda vuelta en la que el peronismo podía ser derrotado. Así nació lo que hoy está vigente: gana el candidato que obtiene el 45% de los sufragios o al menos el 40% con diez puntos porcentuales de diferencia. Durante veintiún años no hubo segunda vuelta, aunque sí es cierto que el peronismo fue derrotado una vez, en 1999. Pero el día llegó. En octubre de 2015, Daniel Scioli no obtuvo los votos necesarios en la primera vuelta y Macri fue presidente en la segunda vuelta. El reaseguro de Menem había fallado. Una parte del voto peronista, representado por Sergio Massa, había abandonado la casa paterna, una novedad que vale la pena mantener *in mente*.

RH: Claro. El costo de esa división debe haber quedado grabado a fuego en el cerebro de Cristina, que entonces dejaba la presidencia pero se mantenía como la dirigente política con mayor caudal de votos del peronismo y del país. El 2013 y, sobre todo, el 2017 –la derrota frente a Esteban Bullrich en la provincia de Buenos Aires–, ya la habían aleccionado sobre los límites de su poder. Y en 2019, montada sobre el amplio disgusto provocado por la política económica de la segunda parte de la presidencia Macri, convocó a los díscolos que la habían criticado y reconstruyó la unidad electoral del peronismo. Sabía que no podía hacerlo desde su propia candidatura. Sin Cristina no se podía, pero con Cristina no alcanzaba. Y no tuvo más remedio que ceder el centro del escenario, entregar esta valiosa prenda de paz. Con un simple tuit, el 18 de mayo de 2019, ungió a un dirigente de segundo rango como candidato sustituto. No podía ser un dirigente cualquiera. Debía ser alguien bien alejado de ella, alguien que la hubiera criticado abiertamente y que atrajera los votos que se habían perdido y, quizás, otros que nunca había tenido, sobre todo entre las clases medias, pero que el enojo y la frustración con Macri podían acercar. El feliz (y sorprendido) beneficiario de esta cesión fue Alberto Fernández, el despechado primer jefe de Gabinete de Néstor Kirchner, que accedería a la presidencia acompañado por Cristina en la vicepresidencia y por Sergio Massa, el apóstata de 2013 y 2015 –y en su momento crítico furioso de la corrupción kirchnerista–, como

presidente de la Cámara de Diputados. Ciertamente, una ingeniería política de alto nivel, que revela la sangre fría de los tres conjurados. Pero que, a la vez, reflejaba las dificultades de fondo que atravesaba y atraviesa el peronismo. Su unidad es precaria; su ascendiente electoral, limitado. La presidencia de Alberto Fernández lleva esa marca de origen. Su manera de gobernar también.

PG: Estamos llegando a un punto central, entonces. Alberto Fernández tiene los atributos del mando y las herramientas institucionales para gobernar, pero es un presidente débil, que ha llegado adonde llegó por la decisión de una jefa política de la cual, aparentemente, no puede, no sabe o no quiere prescindir, o con la cual convive por conveniencia. Ese es un segundo aspecto que quería dejar indicado. Hemos conversado hace un tiempo de los presidentes débiles, de aquellos que fueron elegidos por líderes indiscutidos: Juárez Celman, Luis Sáenz Peña, Marcelo T. de Alvear, Roberto Ortiz, Héctor Cámpora. Detrás de ellos estuvo la sombra gigante y omnipresente de Roca, Mitre, Yrigoyen, Justo y Perón. Algunos fueron mansos, otros fueron díscolos; algunos cargaron su cruz con astucia, otros torpemente; algunos duraron, otros no. Lo que importa subrayar aquí es que Alberto Fernández no es un bicho raro en la historia argentina. Tiene compañía, una compañía muy difícil de clasificar por la "entomología política", por ponerle un nombre. Cada caso es un caso.

RH: Tiene un espejo en el cual mirarse. Pero no sé si Alberto se reconoce por entero en esas imágenes del pasado. Hay una rareza que vale la pena subrayar. Porque Alberto Fernández no solo es un presidente débil, sino un presidente débil ungido por una líder política minoritaria. Nombres como Yrigoyen o Perón proyectaban una sombra que cubría gran parte del escenario político. Eran restricciones legales, más que el veredicto de las urnas, lo que les impedía ser presidentes y lo que los obligó a buscar un colaborador. Pero su ascendiente sobre sus criaturas era enorme. ¿Qué podía ser Alvear al lado de Yrigoyen, o Cámpora al lado de Perón? Cristina está en otra posición. Es la líder política y afectiva de una minoría importante, pero que no por ello deja de ser una minoría. Es, sobre todo, la guía y protectora de los pobres del conurbano. Nada más y nada menos. Pero en nuestro país eso no construye una mayoría. Su caudal electoral en ese distrito no es muy distinto al de la Cristina que ya fue derrotada en 2017. De allí la necesidad de convocar a una figura externa a su círculo, capaz de atraer a otros públicos. Para ser justos con Alberto, digamos que es muy difícil gobernar en esas condiciones, agravadas por los efectos de

la pandemia, y que necesitamos tiempo y reflexión para dictaminar si está haciendo un buen uso de su módica, condicionada, cuota de poder. Hasta ahora, mi balance es negativo. Su manera de ejercer la presidencia y la arquitectura que le dio a su gobierno no me satisfacen, pero me preocupa todavía más cuán poca energía ha puesto en la tarea de encender los motores de crecimiento de nuestra economía. Pero tal vez le estoy reclamando demasiado a un hombre cuyo destino no era ser presidente, y no tengo suficientemente en cuenta que se contenta con poco.

PG: Decís que tu balance provisorio es negativo y yo comparto tu juicio, pero quizás no debamos cargar las tintas exclusivamente sobre el presidente, quizás el rompecabezas del gobierno sea imposible de armar.

RH: Puede ser. No quisiera subestimar cuán condicionado se encuentra. Desde el primer día, Fernández parece guiado por dos grandes objetivos: no perder a las franjas de la sociedad recuperadas –al menos por ahora– para el voto peronista, y mantener unida a su coalición. La brújula de Cristina tiene otro Norte. Ella trabaja para consolidar la fidelidad de su base y, en la medida de lo posible, para ampliarla en beneficio propio y de La Cámpora, que constituye la organización política más importante de la Argentina actual. La Cámpora y sus extensiones forman una organización que no tiene el entusiasmo de antaño, pero sí un proyecto de poder que trabaja de manera incansable en las entrañas justicialistas. Eso significa que en el seno del gobierno coexisten dos figuras políticas de distinta ambición y envergadura pero, también, y más importante, dos discursos distintos y dos estrategias políticas y económicas con zonas de conflicto y zonas de acuerdo. Se necesitan mutuamente, pero no parten del mismo punto ni avanzan en la misma dirección.

PG: El vector que resulta de esas fuerzas es la ambigüedad, la falta de nitidez. Desde el Perón de 1945 hasta la Cristina de 2015, las cosas nunca fueron así en el peronismo. El tema judicial ilustra esta dinámica, pero no es el único campo donde se observan choques y abrazos. De hecho, no necesitamos ingresar en este territorio enlodado para constatar esta peculiar dinámica. Las cambiantes figuras geométricas que se forman en el caleidoscopio de esta nueva encarnación del peronismo abarcan la economía, la política sanitaria, la política social, la política internacional. Lo abarcan todo. Pedirle un rumbo claro a un gobierno de estas características, como muchas veces le reclamamos, es pedir lo imposible. La contradicción

está en su naturaleza y, paradójicamente, garantiza su supervivencia. El vector que resulta de las fuerzas que constituyen el Frente de Todos no puede ser otro que el ida y vuelta: un día a favor de los equilibrios macroeconómicos, otro día desdeñándolos; un día a favor de los sectores exportadores, al otro día condenándolos porque afectan al mercado interno; un día negociando con el FMI, al otro día responsabilizándolo de los males argentinos; un día estatizando empresas, al otro volviendo atrás de esa iniciativa. Cristina ha dicho en un ya famoso discurso que la Argentina es el país en que mueren las teorías económicas. Alberto trata de mantenerlas vivas, pero evitando que sus palabras contradigan a Cristina, al menos evitando que la contradigan por mucho tiempo. Cada día asombra, pero el conjunto no asombra. Tiene explicación, su razón de ser. Ciertamente, si esto es una experiencia peronista, es una experiencia peronista muy particular, alejada de sus formas tradicionales de verticalismo, acercándose sorprendentemente a una horizontalidad que trata de mantener en secreto pero que le otorga rasgos que encontramos con más naturalidad en la historia de la UCR. Los peronistas –dirigentes territoriales, sindicalistas, intendentes, gobernadores– viven esa experiencia absortos. Quizás sea un aprendizaje. Pero eso no es un tema que deba sorprendernos. Todas las experiencias peronistas han sido particulares. Hasta ahora eso ha formado parte de su vitalidad. Hasta ahora. No sabemos cómo seguirá la historia.

RH: No hemos mencionado sino al pasar la pandemia. Si esta charla hubiera tenido lugar hace seis o diez meses, la conversación habría estado dominada por el covid-19. Durante todo un año, la pandemia dominó por entero nuestras vidas y alteró nuestras rutinas. Ahora que estamos sosteniendo esta última conversación, la amenaza sanitaria sigue latente, no ha desaparecido de nuestras preocupaciones cotidianas. Pero nos vamos acostumbrando a convivir con ella y los optimistas confiamos en que se ve luz al final del túnel. En comparación con otras grandes epidemias del pasado, la primera de la era global dio lugar a una crisis profunda y dramática pero breve, al menos para los tiempos de la historia. La ciencia confía en que se trata de un desafío manejable. En pocos meses, los investigadores identificaron el agente patógeno que causa la enfermedad, aprendieron a prevenirlo y tratarlo y, de a poco, la vacunación masiva nos está devolviendo algo de calma. La Argentina no será recordada como un ejemplo de eficiencia en el tratamiento de la pandemia pero, aun así y como en casi todas partes, el tributo de sangre no es tan grande como a veces imaginan los que tienen la vista fija en el día a día. En nuestro país mueren dos veces más personas por año solo a causa de enfermedades cardiovasculares (unas 100 000) que las que el

coronavirus se llevó en todo 2020. ¿La crisis que provocó el covid-19 es un paréntesis en la historia, quizás solo un acelerador de tendencias que ya estaban actuando desde antes? Sería muy simplista verlo de este modo, y todavía hay capítulos y costados de esta cruel saga que no logramos entender o que nos resultan desconocidos. Pero a los fines de esta conversación tal vez nos convenga pasar muy rápido por lo que produjo la epidemia, que solo podrá verse con mayor claridad cuando tengamos una perspectiva temporal más amplia.

PG: Por supuesto, estos quince meses no han pasado en vano. No regresamos al mismo punto de partida. No es un paréntesis. El coronavirus y la dura y temprana cuarentena con que el gobierno respondió a la amenaza sanitaria trajeron angustia y sufrimiento e incorporaron cierta naturalidad a una agenda que, en casi todo el mundo, estaba reservada a pequeñas élites sofisticadas: el ambientalismo, la salud como bien público a escala mundial, las demandas igualitaristas por su distribución. Por un tiempo –y quizás vuelva a hacerlo mientras este libro se imprime–, Alberto Fernández se sumergió en un discurso universalista, a la manera del Perón del 73, pero con otra temática. Por lo demás, el costo económico y emocional de la cuarentena fue muy alto, pero lo que subrayo es que su costo residual puede ser altísimo en términos de capital destruido y en términos sociales. Quiero decir que si bien la ciencia está dando respuestas asombrosas, quizás estemos frente a una tragedia que necesite otras respuestas económicas y políticas igualmente asombrosas y que todavía no están a la vista, ni en la Argentina ni en el mundo en general. Poniendo el foco en nuestro país, la tragedia y la complejidad de las políticas para hacerle frente se hicieron presentes muy rápido. Las dificultades que encontró el gobierno en la emergencia sanitaria pusieron de relieve las debilidades de nuestro Estado –falto de moneda y de crédito, y de un robusto sistema sanitario– y, en muchas partes, sacaron a la luz viejos autoritarismos. Más allá del balance de lo que pasó en estos meses, es claro que la pandemia profundizó muchos de los problemas que el país ya enfrentaba antes de que nos enteráramos de la existencia de una ciudad llamada Wuhan. En el primer año del gobierno de Alberto Fernández, la economía argentina estuvo entre las que más se contrajeron, acumulando tres años de recesión con alta inflación, que se suman a un largo estancamiento. Y como la pandemia golpeó con mayor fuerza al sector informal, del que dependen los más débiles, esto trajo más desempleo y pobreza. Alberto Fernández había llegado al poder con el mandato de poner en marcha la economía y traer más bienestar. Es difícil, casi imposible, que pueda dar una respuesta satisfactoria a esa promesa.

RH: Ha tenido mala suerte Alberto Fernández, entonces.

PG: Mala suerte… no sé si se puede decir tan nítidamente. Una cosa es cierta. Cuando asumió, el 10 de diciembre de 2019, tenía un sendero económico bastante ancho por el cual transitar. Gracias al ajuste de Macri y a su propia contribución –“les vamos a pagar a los jubilados con las Leliqs”, una intervención tan parecida al “dólar requetealto” de Guido Di Tella durante la campaña electoral de Carlos Menem–, la economía argentina tenía una moneda competitiva, un escenario fiscal cercano al equilibrio y el cepo ya instalado por el gobierno anterior. Solo faltaba reestructurar la deuda pública, lo que se iba a hacer bajo el comando del ministro Martín Guzmán, y llegar a un acuerdo con el FMI, más difícil para el gobierno que se inauguraba que para el que salía. Tomando todo esto en cuenta, Alberto Fernández tuvo mala suerte con la pandemia porque le desequilibró la economía y lo condenó a administrar una recesión inesperada. No recuerdo un proceso económico tan oscuro y a la vez tan largo en la historia argentina, y hemos tenido varios. Sin embargo, en marzo de 2020 un analista político muy inteligente dijo que la pandemia fue la oportunidad para instalar a Alberto Fernández en la presidencia con una agenda propia: el gobierno de los científicos, la épica del combate contra lo invisible. Y ello dejaba en un segundo plano a Cristina, que no tenía nada que decir sobre todas estas novedades. Dos miradas, una económica, otra política. Una enfatizaba la mala suerte; la otra, la buena suerte y la supuesta creciente autonomía de Alberto Fernández. Curiosidad tras curiosidad en un gobierno genéticamente curioso.

RH: Es cierto. Por un momento, la pandemia pareció disponer el escenario para que el presidente ensayara un programa original y propio. Para cambiar la agenda, para acumular poder, para convocar a una cruzada que reuniera a todo el arco político bajo su liderazgo, y que lo tuviera como piloto de tormentas. Ese proyecto ya se marchitó. El “gobierno de los científicos” se diluyó rápido. La lucha contra la pandemia y la larga cuarentena fatigaron a la sociedad y consumieron los recursos del gobierno. A esto se sumó la debilidad del Banco Central. En una situación como la que le toca enfrentar a Fernández, un Banco Central sin reservas es una sombra ominosa, una fuente de grandes peligros. Sobre ese fondo de malestar y dificultades, volvió a emerger la protesta popular –en particular la de las clases medias– para confirmar que la sociedad sigue dividida y cada vez más estabilizada, en términos políticos, en dos grandes conglomerados. Antes hablábamos de que tenemos un gobierno de coalición; ahora

agreguemos que tenemos una oposición cortada por esa misma tijera, y que también se ha mostrado capaz de preservar su unidad y con ello parte considerable de su gravitación política. En ese contexto, a veces parece que lo único importante para Alberto Fernández es ganar tiempo. A veces, ganar tiempo es muy valioso. En especial cuando la principal aspiración parece consistir en terminar el mandato.

PG: Y demorar decisiones conflictivas es también importante para disimular las fisuras de su coalición. No tomar decisiones es también una decisión política, y a veces es la decisión inteligente. Y demora tras demora, otras cosas más favorables ocurrieron después que le permiten a Alberto Fernández atravesar el campo minado del corto plazo, aunque con el vacío de una visión coherente sobre la estabilidad y el crecimiento, según yo lo veo. Las sorpresas de la historia son especialmente ricas cuando ponemos la lupa en las vicisitudes del corto plazo. Muchos economistas daban por sentado durante la primavera de 2020 que todo iba a terminar en un Rodrigazo. Y bien, no fue así. Mientras estamos conversando, la soja vale más de 500 dólares por tonelada –un precio "kirchnerista"–, es casi seguro que el FMI se va a capitalizar y a nuestro país le va a tocar su cuotaparte, el ministro Guzmán tiene amigos en el gobierno de Biden y en la nueva conducción del FMI. No quiero exagerar el valor de la amistad en la política y en la política internacional, pero algún valor tiene. Este cuadro de situación era impensado hasta hace poco. No voy a cometer el error de apostar por la continuidad de estos vientos favorables, pero tampoco apostaría por su rápida reversión en este año electoral. Y la combinación de soja cara y vacuna –aunque aún avanza lento– es un buen nutriente político para el gobierno. Todavía está por verse si Guzmán puede tener un lugar central en esta historia. Por el momento es una buena combinación de paciencia y sensatez, un buen zurcidor, pero no alguien que trace una hoja de ruta para la economía argentina y logre convencer con ella a todos los integrantes de la coalición.

RH: Cuando la pandemia llegó a nuestras playas el futuro del mundo se veía muy negro: contracción del comercio internacional, proteccionismo redoblado, imperio del Estado de excepción y ascenso del Estado autoritario. Hoy esos pronósticos ya no resultan muy convincentes. Por fortuna, el paso del tiempo los ha desmentido y nos presenta un panorama más amable. La economía asiática retoma su crecimiento y le vuelve a tender una mano a países como la Argentina. Otro tanto sucede en el mundo financiero internacional, que ofrece tasas de interés bajas y dólares en abundancia. También dentro de

nuestras fronteras podemos registrar algunas señales positivas. La actividad económica está remontando desde el fondo del pozo y la sangría de los depósitos en dólares se ha detenido; la inflación se mantiene alta, pero no se ha desbocado. Subrayo esto para marcar que, pese a todo, Alberto Fernández tiene cierto margen de maniobra, que bien utilizado quizás le permita darle un sentido original a su presidencia, un sentido que hasta ahora no fue posible entrever. Pero ello depende, en alguna medida, de su visión de la Argentina, de su diagnóstico de cuáles son los grandes problemas nacionales, y de lo que cree que es políticamente posible hacer para remediarlos. Por momentos, el presidente parece más nostálgico del pasado que dispuesto a imaginar un futuro distinto al de los años de la bonanza kirchnerista, que, como hoy bien sabemos, no ofrecían un camino despejado sino un callejón sin salida.

PG: Me parece acertado el término "nostálgico" aplicado al presidente, ¿pero nostálgico de qué pasado? Él creyó en un principio que podía reeditar el desempeño económico de Néstor Kirchner entre 2003 y 2007, recuperación productiva y solvencia macroeconómica. Sin embargo, Néstor parece hoy más un prócer en un retrato y en los nombres de calles y teatros que el nombre de una experiencia colectiva que conmueva. Lo que conmueve a las bases kirchneristas es el recuerdo nostálgico –nostálgico porque es irrecuperable– de Cristina en su cenit. Me refiero al período que transcurrió entre fines de 2009 y fines de 2011 y que culminó con el 54% de los votos: Asignación Universal por Hijo, expansión de la cobertura previsional, salarios en dólares que crecían más del 50%, consumo per cápita un 70% más alto que en 1998 –el mejor año de Menem–, combinado con el matrimonio igualitario y la viudez estoica. Para millones de argentinos, todo esto se mantiene como una coyuntura feliz e inolvidable. Me atrevería a decir que 2009-2011 toleraría una comparación con 1946-1948 (aunque seguramente caería derrotada). Para infortunio de Alberto Fernández, la línea histórica es Perón-Cristina, no Perón-Néstor, y eso, a la par que le pone muchas piedras en el camino, le dificulta encontrar lo que recién has llamado "un sentido original para su presidencia".

RH: Sí. La evocación de los años de Néstor por parte de Alberto, tanto cuando era candidato como ahora que es presidente, cumple la función de acotar la centralidad del "momento Cristina", de ese segundo kirchnerismo que el paso del tiempo cada vez separa más del primero y recorta con rasgos más brillantes y más nítidos. Doble desafío entonces para Fernández: ya no solo encontrar un camino

propio, sino hacerlo tomando distancia de esa experiencia que muchos corazones populares atesoran como la más valiosa que han conocido en toda su vida. A la luz de este argumento, creo entender por qué no mostrás mucho entusiasmo con lo que viene ocurriendo. Pero igual te hago una pregunta final: a lo largo de *La moneda en el aire* dijimos varias veces que el principal obstáculo –no el único, el principal– para que la Argentina encuentre el camino que le permita estabilizarse y volver a crecer es político. Un bloqueo político. ¿Lo ve de este modo Alberto Fernández? Y si es así, ¿descartás que pese a todo lo que dijimos pueda encontrar la claridad de ideas, la vocación, la suerte y los recursos necesarios para intentar sacar al país de su laberinto, para ofrecerles un futuro mejor a sus mayorías?

PG: La solución siempre es política, lo hemos reiterado en estas páginas. Le ha tocado esta vez a Alberto Fernández enfrentarse a la tarea de Sísifo, una tortura argentina. Siempre pienso que las respuestas escépticas a tus preguntas llevan las de ganar, pero eso es porque el pasado de medio siglo plagado de frustraciones manda sobre un futuro que es pura especulación. Vamos a ver qué ocurre esta vez, vamos a ver si algo inesperado desmiente nuestro propio escepticismo, en el que hemos coincidido. Como siempre, el paso del tiempo nos dará perspectiva. Pero el libro termina aquí, en el tránsito hacia un destino que desconocemos.





